

TODA UNA VIDA PARA RECORDAR

Núria Pradas



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Abril de 1932. Septiembre de 1934. Persiguiendo un sueño

1. Los olvidados
2. 2719 Hyperion Avenue
3. Chouinard Art Institute
4. Sindicatos
5. Lápiz de labios
6. La locura de Disney

Septiembre de 1934. Diciembre de 1940. Las chicas de Tinta y Pintura

7. Las chicas de Tinta y Pintura
8. Líneas
9. «Semper gluteus maximus»
10. La bella Marge
11. Navidades en Nueva York
12. «Background»
13. Estreno
14. Screen Cartoonists Guild
15. Despedida
16. Eve

Octubre de 1940. Octubre de 1945. Aires de tormenta

17. Volver a empezar
18. Dumbo
19. La confesión
20. El lado oscuro de Mickey Mouse
21. No soy un títere
22. El principio del fin
23. La carta

Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Con sólo dieciséis años, Sophie Simmons deja a su familia para ir a Los Ángeles durante la Gran Depresión persiguiendo un sueño: trabajar como dibujante en Disney Studios. Pronto descubrirá, sin embargo, que no es un mundo para mujeres. Y así, entre amores y desamores, encajando los golpes que le da la vida, Sophie luchará hasta el final en medio de una época convulsa que marcará un antes y un después entre los profesionales de la animación de principios del siglo xx.

Toda una vida para recordar es una novela con una protagonista femenina decidida, un entorno histórico fascinante y una lograda mezcla de personajes de ficción y de la vida real.

TODA UNA VIDA PARA RECORDAR

Núria Pradas

Traducción de Josep Escarré



*Para ti, Claudia.
Gracias a ti, muchas cosas han sido posibles.
Esta novela es una de ellas.*

Ginger Rogers hizo todo lo que hizo Fred Astaire.
Hacia atrás... y con tacones altos.

BOB THAVES

Abril de 1932

Septiembre de 1934

Persiguiendo un sueño

Cualquiera que desee dedicar cientos de horas y miles de dibujos a hacer algunas películas es bienvenido a formar parte del club.

WINSOR MCCAY

Los olvidados

El paisaje desfilaba veloz ante los ojos de Sophie, que lo veía pasar con la cabeza apoyada en la ventanilla del tren.

En el interior del vagón, el aire remoloneaba templado y húmedo.

Cerró los ojos y se dejó acariciar por el sol que entraba lentamente a través del cristal. Al instante, un montón de imágenes relampaguearon en su cerebro. Imágenes de aquel futuro tan deseado que había ido construyendo en sus sueños noche tras noche, durante meses, y que poco a poco se había convertido en una obsesión en la que se estancaban todos sus pensamientos.

Sabía que para alcanzar su objetivo debía renunciar a muchas cosas. Estaba dispuesta a abandonar el cobijo del hogar familiar, los amigos y, en definitiva, la seguridad de la ciudad conocida y amada. La cuna de sus recuerdos.

Evidentemente, había dudado y había tenido miedo. Por supuesto, la incertidumbre la había mantenido en vela muchas noches. Pero había conseguido afrontar las dudas y había exorcizado la incertidumbre y los temores. Y, entonces, un cielo diáfano se había abierto ante ella y había tenido la seguridad de que aquello era lo que quería. Por encima de todo y a toda costa. Estaba dispuesta a cualquier sacrificio, incluso a ese, el primero, el largo viaje de Nueva York a la Costa Oeste. Y es que para llegar a Los Ángeles había que pasar tres largos días, con sus interminables noches, en un tren ruidoso y caluroso, conducido por una locomotora de vapor que lo empolvaba todo.

Sin embargo, Sophie no contaba con lo duras que fueron las semanas previas a su marcha. Y aunque la distancia que marcaba el ritmo constante del tren hacía trizas los recuerdos y los dejaba atrás, todo lo que había vivido, sobre todo las últimas horas, volvía a su mente y la sumía en una sensación de vacío que se le clavaba en el pecho como un afilado agujón.

«Estos tiempos infelices exigen la construcción de planes que descansen sobre los olvidados, sobre los desorganizados, unidades indispensables del poder económico; planes como los de 1917, que se construyen de abajo hacia arriba y no de arriba hacia abajo, que depositan su fe en el hombre olvidado, en la parte inferior de la pirámide económica...»

Aquella tarde del 7 de abril de 1932, desde Albany, Nueva York, el gobernador del estado y candidato a la presidencia de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, difundía a través de las ondas sonoras un mensaje a la nación. El candidato, a diferencia del actual presidente Hoover,

prometía afrontar los retos de la gravísima crisis que afectaba a todos los sectores económicos del país aportando soluciones que pusieran remedio a la trágica situación de las capas socialmente más desfavorecidas, las que estaban sufriendo más en su propia piel el crac económico.

El matrimonio Simmons, fiel a sus costumbres inalterables, estaba sentado —como cada tarde a la misma hora— en la sala de estar de su casa mientras esperaba la llegada de sus hijas para cenar en familia. Como cada tarde, también, Joseph Simmons ocupaba el sillón de orejas situado frente a la chimenea, mientras leía *The New York Times* con el rumor del aparato de radio de fondo, mientras su esposa, Vera, estaba sentada en el sofá de tres plazas colocado de espaldas a la galería, con las agujas de tejer en sus manos.

Los Simmons y sus dos hijas, Elionor y Sophie, vivían en la 74th Street, casi en la esquina con Amsterdam Avenue, en pleno Upper West Side. El edificio formaba parte de una hilera de casas, una típica *townhouse* de piedra marrón, una construcción dominante en el barrio y que, como otras edificaciones de ese estilo tan común en los barrios históricos de Nueva York, había sido levantada en las primeras décadas del siglo XX para alojar a una creciente clase media.

La casa de los Simmons, en concreto, era una agradable vivienda de estilo anglo-italiano. Como a las casas vecinas, se accedía a la puerta de entrada por una escalera con barandillas de hierro forjado. Debajo de la entrada principal se ubicaba el acceso a un sótano inglés. En la primera planta, donde se abrían grandes ventanas arqueadas, había un amplio vestíbulo del que arrancaba la escalera que conducía a los pisos superiores. A ambos lados de la escalera había dos salas donde, hasta hacía dos años y medio, Joseph Simmons, un médico muy conocido y solicitado entre los vecinos, había tenido su despacho y su consultorio.

Sin duda, la joya de la casa era la galería de hierro fundido que adornaba el gran salón del primer piso. En la sala de la galería, como siempre la habían llamado los Simmons, era donde pasaba más tiempo la familia. Allí estaba la chimenea, el aparato de radio, los cómodos sofás y sillones y las esponjosas alfombras donde durante años se habían reunido para leer, hablar, recibir visitas y celebrar los días especiales. Aquel espacio luminoso era el escenario de la vida familiar y social de los Simmons, que, hasta hacía muy poco, había sido plena y bastante brillante.

Pero todo había cambiado después de que aquel Jueves Negro de aciago recuerdo, el 29 de octubre de 1929, transformara la vida de miles y miles de americanos.

Solo una semana después del crac, en la Bolsa se habían esfumado las ganancias de un año entero. Unas pérdidas que rondaban los dieciocho billones de dólares y que ni la intervención de la banca, ni de los gigantes financieros como los Rockefeller, ni los ánimos que intentaba insuflar a la población el presidente Hoover habían podido detener.

A la primera ola de suicidios de inversores que habían perdido auténticas fortunas en pocas horas le siguió la falta de créditos. Los acreedores que habían visto cómo se volatilizaban sus inversiones no podían pagar los préstamos y los bancos no podían cobrar. Mermaron las reservas bancarias, y eso repercutió en los pequeños ahorradores y en las empresas más débiles, que empezaron a cerrar en cadena.

Tras el crac de la Bolsa, el doctor Simmons no solo había perdido los ahorros de toda una vida, sino también gran parte de sus pacientes, que ahora acudían a él solo en caso de necesidad extrema. Su actividad profesional había quedado reducida a hacer esporádicas visitas a domicilio y, por esta razón, se había visto obligado a cerrar su consultorio, que solo le comportaba gastos. A partir de entonces, el mundo de Vera Simmons, antes tan deslumbrante, quedó cubierto de repente por una luz mortecina que empapaba su vida de incertidumbre. Y quizá por eso se había guarecido detrás de un sólido muro de indiferencia. Se entrenaba todos los días en el arte de fingir que todo seguía igual y pocas veces expresaba con palabras su amargura. Se había hecho fuerte en aquella sala y hacía lo imposible por conservarla inalterable, inasequible a la decadencia que se anunciaba. Allí, en efecto, nada había cambiado. En el alféizar de la galería, los tiestos con azaleas, peonías y, por supuesto, rosas neoyorquinas perfumaban la sala como lo habían hecho siempre. Como en los mejores tiempos. Y las cortinas de encaje cribaban la luz y distanciaban a Vera de aquel mundo convulso que no entendía.

Joseph había doblado el periódico, que reposaba ahora en su regazo, y tenía toda su atención puesta en lo que decía el gobernador del estado:

«Hay personas que sugieren que un gasto enorme de fondos públicos por parte del Gobierno federal y de los Gobiernos estatales y locales podría resolver completamente el problema del paro. Pero está claro que aunque pudiéramos recaudar miles de millones de dólares e invertirlos en obras públicas, no podríamos dar trabajo a entre siete y diez millones de personas que hoy no lo tienen...».

Y entonces llegó Sophie. Dio la impresión de que el resplandor del sol que se filtraba a través de las cortinas blancas de la galería salía a recibirla. Toda la sala quedó inmersa en una luz rosada como sus mejillas. Le brillaban los ojos.

Joseph apagó la radio.

Sophie estaba a punto de graduarse en la Washington Irving High School. Se había especializado en diseño; la pequeña de los Simmons tenía alma de artista. Lo había demostrado desde niña y en la Washington Irving había destacado por su talento como dibujante. Este hecho llenaba de orgullo a Joseph, que disfrutaba con todo lo que hacía su hija; era su principal admirador. En cambio, había dejado a Vera perturbada.

Vera era una mujer que necesitaba entender las cosas: por qué ocurrían, de dónde venían, adónde conducían... Si las podía prever, mejor que mejor. Para ella era del todo lógico y comprensible que su hija mayor, Elionor, fuera enfermera y trabajara en un hospital. Para eso la había educado: para que tuviera un trabajo serio, útil y práctico con el que ganarse la vida y asegurarse el futuro. ¿Qué podía ser más lógico, más previsible, más cuerdo que el hecho de que la hija de un médico fuera enfermera?

En cambio, lo de Sophie, toda aquella desazón por llenar papeles de monigotes, pasarse tardes enteras en el zoológico observando los animales y dibujándolos, aquello, pensaba, ¿no era una

auténtica pérdida de tiempo? Tenía claro que buena parte de la culpa era de su marido, porque siempre había estimulado las fantasías de la chica. Sophie era, con diferencia, la preferida de Joseph, la niña de sus ojos, y aquella obsesión artística que a ella tanto le angustiaba tenía a Joseph prendado y maravillado.

Puestos a repartir responsabilidades, Vera también culpaba a los profesores de la *high school* de las inclinaciones de Sophie porque, según ella, habían atizado esa rara vocación de su hija. Había uno en especial, Bob Waldman, que según Vera había ejercido una gran influencia en Sophie y había contribuido de manera decisiva a llenarle la cabeza de pájaros. Fue, en parte, gracias al profesor Waldman que su pequeña se había decantado por esa especialización en arte, algo que le resultaba incomprensible.

En ese momento, sin embargo, Sophie parecía del todo ajena a las reflexiones en que andaba enredada su madre y a todas aquellas preguntas que se hacía y para las que no encontraba respuestas. Y es que aquella tarde en que las calles parecían hervir con sueños y sonrisas primaverales, Sophie escondía una bomba a punto de estallar.

—Me voy a Los Ángeles.

Espetó Sophie de golpe, sin saludar ni besar a sus padres, sin ni siquiera quitarse el sombrero.

Sí, lo dijo, y acto seguido sintió que se había quitado un gran peso de encima y respiró aliviada. Sin embargo, sus palabras habían quedado flotando en el aire, como perdidas, y lo habían sumido todo en un gran silencio. Vera, que estaba haciendo calceta, ensimismada en sus cavilaciones, levantó los ojos de la labor y se la quedó acechando tan intensamente que la chica se vio forzada a desviar la mirada. De repente, la mujer dejó la labor encima del sofá. Algunos puntos se escaparon. Aquello era inaudito y no presagiaba nada bueno.

—¿Me puedes repetir lo que acabas de decir? —consiguió preguntar Vera.

Joseph miraba a su hija con ojos curiosos y algo inquietos.

—He dicho que quiero irme a Los Ángeles —repitió Sophie con una vocecita frágil como el cristal. Sin embargo, enseguida pareció recuperar el aplomo y añadió, sonriendo ilusionada—: ¡He conseguido una beca para el Chouinard Art Institute! Empiezo en septiembre.

Hizo una pausa y se quedó mirando fijamente a sus padres, intentando captar sus reacciones. A Joseph le brillaban los ojos. Los de Vera, en cambio, seguían fríamente clavados en ella.

Como ninguno de los dos decía nada, Sophie creyó oportuno dar alguna explicación más:

—La solicité hace unos meses. El profesor Waldman me animó a hacerlo. Chouinard es la escuela de arte más prestigiosa...

—¿Qué estás diciendo, Sophie? ¿De qué hablas? —la interrumpió Vera con los labios apretados en una mueca de decepción.

—Mamá, es una gran oportunidad, ¿es que no lo entiende? El Chouinard Art Institute forma tanto a profesionales de las bellas artes como a artistas comerciales. Me dará la formación

necesaria para poder entrar a trabajar en unos estudios de animación.

Su voz se quebró un poco mientras la mirada de Vera se le seguía clavando como un taladro.

—Es mi sueño. Quiero ser animadora.

—¿Tu sueño, dices? ¿Es que no has pensado en la situación que se vive en esta casa? —dijo Vera, pronunciando cada sílaba con amargura. Había desviado los ojos hacia su marido, como si él fuera el verdadero culpable del crac de la Bolsa. Después volvió a clavarlos en Sophie, y con una voz más grave, más de acuerdo con aquel doloroso zarpazo que sentía en el centro de su alma, añadió—: ¿Acaso has olvidado que tu padre ha tenido que cerrar el consultorio?

—Vera... —intentó interrumpirla Joseph.

—¿Es que no te das cuenta del esfuerzo que hace tu hermana para contribuir a la economía familiar? —prosiguió, sin atender la súplica de Joseph—. ¿O es que crees que su sueño es pasarse todo el día en un hospital en el otro extremo de la ciudad?

Sophie había perdido hasta la última chispa de coraje. Aun así, hizo de tripas corazón para contrarrestar los argumentos de su madre:

—Ya sé que tendré que trabajar para mantenerme. Cuento con ello, mamá. No pretendo ser una carga para ustedes. Lo tengo todo previsto. He ahorrado dinero de las clases de dibujo que he estado impartiendo este curso. Me basta para el billete y para los primeros días. El profesor Waldman me ha escrito una carta de recomendación. Conoce a un animador de Disney Studios y cree...

—¿El profesor Waldman? ¡Siempre el profesor Waldman! ¿Por qué no se mete en sus asuntos, el profesor Waldman? —levantó la voz Vera mientras se removía en el sofá indignada y se dirigía directamente a su marido, como si Sophie no estuviera allí—: ¿Pero tú la oyes, Joseph? ¿La estás oyendo? ¿No piensas decir nada?

—Yo creo que deberíamos escucharla, Vera.

—Pues yo creo que ya la he escuchado bastante. ¡Tiene diecisiete años, Joseph! Y quiere irse sola a Los Ángeles. ¡Sola! Con los tiempos que corren. ¿Acaso no lo ves? No sabe cómo ganarse la vida. ¡Solo sabe hacer dibujos en un papel! ¡Y quiere cruzar el país para ir a trabajar... a unos estudios!

Vera se calló y una calma de cristal se instaló en la sala. Volvió la cabeza y desvió los ojos hacia la ventana, por donde entraba una luz que, de golpe, se le había vuelto ingrata.

—Siempre he querido dedicarme a la animación, mamá. Para mí, los dibujos animados son magia. Es un arte, mamá. Usted...

—¡Yo nada! Basta de hablar de este tema.

Vera volvió a coger las agujas. Resopló cuando vio los puntos que se habían escapado. Sophie se quedó mirando fijamente a su padre, con una mirada muda de socorro. Él le devolvió un gesto elocuente. Un gesto que pedía paciencia, tiempo y, también, serenidad.

Cuando Elionor entró en la sala, vestida aún con el uniforme de trabajo, se tropezó con aquel muro de espeso silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó, intuyendo que detrás del silencio se ocultaba algo más. Algo, pensó, que debían de haber provocado las excentricidades de su hermana, que tanto exasperaban a su madre.

—¿Qué has hecho ahora? —le preguntó a Sophie con voz agria.

Vera se levantó, y ahora sí, guardó cuidadosamente la labor y anunció:

—Cenaremos dentro de un cuarto de hora. Chicas, id a arreglaros. Elionor, por favor, cámbiate de ropa. Tienes un aspecto horrible.

Elionor se contuvo. Sabía que era inútil discutir con su madre cuando adoptaba ese tono hiriente. Tampoco creía que fuera posible hacerle entender que poco podía hacer por su aspecto tras una dura jornada de trabajo en el hospital y de recorrer media Nueva York en metro para volver a casa entre toda aquella gente que olía a trabajo, a cansancio y, a veces, a miseria.

Se quitó con rabia el casquete redondo, que dejó al descubierto sus rizos rubios, y salió de la sala detrás de Vera.

Joseph se acercó a Sophie, que se había sentado en un sillón con la mirada perdida en los dibujos geométricos de la enorme alfombra que cubría el suelo. La cogió por el codo y, con suavidad, la obligó a levantarse.

—Hija, ¿querrás explicarme lo de la beca después de cenar?

Sophie sonrió y sus ojos grises volvieron a iluminarse, llenos de esperanza.

Fueron más de dos meses de continuas amenazas. De malestar y discusiones. De silencios hirientes que caminaban como sombras junto a Sophie cuando entraba en casa.

De noche, cuando se tumbaba en la cama, exhausta después de haber mantenido aquella perpetua batalla con su madre, las lágrimas se le desbordaban de los ojos sin que intentara ni siquiera controlarlas. Otras veces, con los ojos secos, una rabia roja le hinchaba el corazón y le impedía pensar con claridad.

Vera lo había dejado muy claro: era menor de edad y no se podía ir de casa sin el permiso de sus padres. Si lo hacía, la obligaría a volver. La avergonzaría. Haría lo que fuera necesario para quitarle esa idea de la cabeza.

¡Lo que fuera necesario!

Y su padre parecía haber tirado la toalla.

Hasta que ella comprendió que, de ninguna manera, un sueño como aquel podía ser en vano. Tenía que arriesgarse. Y se dispuso a hacerlo. Aunque las clases en el instituto de arte no empezaban hasta septiembre, Sophie decidió marcharse inmediatamente después de su graduación para poder establecerse en Los Ángeles con tranquilidad y ponerse en contacto con los estudios de animación. Estaba dispuesta a todo para hacer realidad su sueño. Quizá no consiguiera trabajo en

unos estudios enseguida, pero tenía dos manos y, si era preciso, podía utilizarlas para lavar platos y servir mesas.

Compró un billete solo de ida con destino a Los Ángeles. El día de su partida salió de casa en silencio, sin despedirse, como una fugitiva. Aún era muy temprano; los rayos de sol más madrugadores apenas empezaban a lamer las calles de la ciudad cuando abandonó el único hogar que había conocido.

Llegó a la Gran Estación Central con mucho tiempo.

Nerviosa.

Había estado vagando por la ciudad con la maleta en una mano y el portafolio con sus trabajos bajo el otro brazo. Al fin, cansada, se había dirigido hacia la estación, que, a pesar de la hora, ya vibraba de gente que iba y venía en todas direcciones.

Pasó junto al mostrador de información. Admiró una vez más el techo azul con las constelaciones celestes pintadas con trazos dorados. Se despidió en silencio de las enormes arañas luminosas, de las galerías situadas sobre el vestíbulo principal, del suelo de mármol que brillaba siempre impoluto a pesar de los miles y miles de pies que lo pisaban a cada momento.

No sabía cuándo volvería a Nueva York. A esa estación. A casa.

Ni siquiera sabía si volvería.

Y entonces notó la presión de una mano sobre su hombro y pensó que su sueño terminaría antes de empezar. Se volvió poco a poco, con el corazón galopando a la desbandada. Y vio el rostro sonriente de su padre.

Se sentaron en una de las cafeterías de la estación. Se cogieron las manos frente a dos tazas de café. Joseph le dio a Sophie un sobre con dinero.

—No puedo aceptarlo, papá... Ustedes...

Él no la dejó terminar.

—Cógelo. Y quédate tranquila. Ya sabes que hemos tenido que vender algunos objetos valiosos para tener liquidez. Es poco dinero, pero es tuyo. Lo necesitarás, créeme.

Sophie guardó el sobre en el bolso. Le temblaban las manos de emoción mientras lo hacía.

—Pero mamá... Si lo supiera...

—No te preocupes por ella. Tu madre es muy previsible. Ya me las arreglaré. Le haré comprender que es mejor que estés en Los Ángeles estudiando y buscando tu camino que obligarte a volver a la fuerza y armar un gran escándalo. Le hablaré de las grandes familias que llevan a sus hijos al Chouinard. Ya lo verás, dentro de un mes estará explicando a sus amistades que tiene una hija artista con una beca en el mejor instituto de arte de América.

—Pero no les dirá que su hija quiere trabajar en unos estudios de animación.

Se rieron. Cómplices, como siempre.

—¿Sabes lo que debes hacer cuando llegues?

—Primero debo presentarme en el instituto y buscar un sitio sencillo para vivir durante las primeras semanas hasta que encuentre un trabajo. Ya le dije que tengo una carta de recomendación

de Bob Waldman, mi profesor. Él conoce personalmente a un animador que trabaja en Walt Disney Studios. Debo presentarme ante él y enseñarle mis dibujos. Creo que si voy recomendada todo será más fácil. Es posible que me acepten para trabajar a media jornada. El señor Waldman me ha comentado que Walt Disney tiene una gran debilidad por los estudiantes del instituto de arte. — Sophie se reclinó en la silla y soltó un suspiro ensoñado—. Papá, esta beca es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Y sería un sueño hecho realidad poder trabajar con Disney. Si mamá pudiera entenderlo...

—Lo conseguirás.

Padre e hija se sintieron unidos por el silencio que siguió a aquellas palabras de ánimo. Joseph miró a Sophie con una intensidad extraña: una mezcla de añoranza por la separación inminente y de orgullo. Ella pareció que se volvía hacia adentro, como si removiera el alma para buscar aquellos instantes de felicidad vividos con su padre que guardaba en el corazón. Sobre todo el recuerdo de aquella tarde mágica en que la llevó al cine y pudo ver por primera vez dibujos en movimiento.

—Se está haciendo tarde. Debo ir a pasar un par de consultas —dijo Joseph con una mirada tierna pero cansada.

Ambos se levantaron y se fundieron en un intenso abrazo.

—Sé siempre tú, pequeña. Pase lo que pase, sé tú y no renuncies a tus sueños.

La voz de Joseph era poco más que un susurro que acariciaba la oreja de su hija. Con pesar, se separó de ella y empezó a caminar hacia el gran vestíbulo. Sophie sintió una gran pesadez en el pecho, pero se esforzó por enderezar la espalda y respiró profundamente. Ahora no sería cobarde. No lo sería.

Sería una hija digna de su padre.

2719 Hyperion Avenue

La ropa había quedado tendida y olvidada sobre la cama. Blusas, faldas, chaquetas y algún vestido de verano esperaban con paciencia que unas manos generosas los colocaran en el armario.

Sophie se refrescaba la cara en el baño del hotel mientras la bañera se llenaba entre crujidos de tuberías. Hacía solo unas horas que había llegado a Los Ángeles después de dejar atrás el desierto de Mojave y una aún adormecida Pasadena. Había bajado del tren y había arrastrado la maleta y el portafolio por la estación, sin aliento.

El calor de aquel final de junio era sofocante.

Había subido a un taxi y le había dicho al conductor que la llevara a un hotel sencillo pero muy alejado del centro. Había tenido suerte. Los Ángeles no parecía tener secretos para aquel hombre hablador y servicial que, además de estar dispuesto a llevarla a un hotel que cumpliera con sus expectativas, le había hecho de guía de los lugares que cruzaban con un orgullo y un entusiasmo encomiables.

Sophie miraba el paisaje que desfilaba ante sus ojos, y a pesar del afán del taxista, solo veía una especie de desierto deprimente lleno de solares vacíos. A medida que se acercaban al centro, las calles parecían animarse con la presencia de algunos edificios de oficinas —muchos de ellos vacíos— y mucho sitio disponible para aparcar. No tenía nada que ver con el lugar abigarrado y cosmopolita de donde ella venía.

El taxista se detuvo en una avenida ancha, Adams Boulevard, que, según le dijo, pertenecía al West Los Ángeles y tenía más de un kilómetro y medio de longitud. Un kilómetro y medio lleno de pequeñas casas victorianas, intercaladas con otras residencias más grandes, que discurría como un río hacia el centro de la ciudad y hacia los barrios que se extendían al sur. En el 127 East Adams Boulevard se levantaba una de esas casas que anunciaba con un rótulo que admitían huéspedes.

Una vez que se hubo marchado el taxi, Sophie se quedó de pie delante de la casa de paredes amarillentas, rematada por dos altos tejados a dos aguas de tejas verdes, a la que se accedía cruzando un jardín descuidado que llegaba hasta el pequeño porche de entrada. No pudo evitar pensar en cómo el paso del tiempo marchita la belleza de todas las cosas.

Echó un vistazo a los alrededores. De hecho, se reafirmó: hacía mucho tiempo que la decadencia se había instalado en aquella vecindad como un residente más. Un vecino que no

parecía tener ninguna prisa por marcharse.

Elionor miraba fijamente a Sophie desde el otro lado del espejo. Y Sophie le devolvió la mirada. Elionor era toda una belleza. Tenía el cuerpo espigado y esbelto. En eso se parecía a Vera, su madre. Bueno, en eso y en muchas otras cosas. La belleza de Sophie, en cambio, era más accesible. Su rostro, en forma de corazón, era agradable, y tenía la piel pálida y suave. Era bajita, como su padre, delgada y proporcionada, pero no tenía el porte elegante de su madre y su hermana.

El pelo de Elionor era del color del trigo y su larguísima melena había desaparecido hacía poco; ahora, le llegaba hasta los omóplatos, como la moda parecía imponer. Sophie no había querido cortarse sus abundantes cabellos, rizados y castaños. Sabía que el pelo corto no le quedaría bien, porque lo tenía ensortijado y bastante indomable, y solo lograba mantenerlo en orden si se lo recogía.

Las dos hermanas tenían los ojos grises, como los de Joseph. En eso se parecían. O puede que no. Porque los de Sophie estaban llenos de curiosidad.

Y eran vivos.

Y a menudo tiernos.

A veces, incluso brillaban en ellos unas chispas atrevidas.

Los de Elionor tenían fulgor de navaja.

Claro que Sophie era poseedora de un tesoro único en la familia: aquellos dos hoyuelos risueños que suavizaban sus mejillas. Vera no se cansaba nunca de decirle que no sabía de dónde habían salido.

Sí, las hermanas Simmons eran muy diferentes. En los gestos, en las palabras. En la forma de comportarse de Elionor siempre había un punto de altivez y una cierta frialdad. Sophie, en cambio, era frágil, y la bondad se reflejaba en sus ojos, que transmitían serenidad y confianza.

Sus formas de ser, tan opuestas, y sus diferentes intereses las habían mantenido siempre alejadas. Nunca habían sido demasiado amigas, aunque Sophie siempre había deseado lo bueno que creía que debía haber en una relación entre hermanos. Al crecer, las diferencias de carácter se habían acentuado. Las hermanas Simmons avanzaban por caminos muy distintos. Por eso, Sophie no acababa de entender por qué, ahora que se habían separado, no hacía más que pensar en Elionor. Lo cierto era que, solo tres días y medio después de haberse ido de casa, añoraba incluso la sonrisa de suficiencia que su hermana solía llevar encaramada a sus labios.

Quizá el amor entre hermanos era esto: echar de menos lo bueno.

Y también lo menos bueno.

Sophie sacó la lengua ante el espejo, y la imagen de Elionor, tan arrogante bajo la capa de su belleza, se fue diluyendo hasta desaparecer, y ella recuperó su propio reflejo mientras se desnudaba, indolente. Se sentía sucia y pegajosa después de haber pasado tres días y medio en un

vagón de tren. Empezó a recogerse el pelo en un moño alto para no mojárselo. Se sumergió en el agua caliente de la bañera y gimió de placer. Cerró los ojos y dejó que aquella deliciosa sensación recorriera todo su cuerpo.

A la mañana siguiente, Sophie salió a la calle con energías renovadas, los ojos brillantes y las mejillas encendidas de emoción. Se había puesto su mejor vestido de verano. Era de *shantung* rosa, y aunque ya tenía un par de años, a ella le gustaba porque se ajustaba a su cintura como un guante, estilizándola. Se había hecho un moño informal del que se escapaban algunos rizos rebeldes que intentaba esconder bajo la pequeña boina de punto rosa, como el vestido.

Llevaba en la mano derecha el portafolio con sus trabajos, su verdadera carta de presentación. De su hombro izquierdo colgaba el pequeño bolso en cuyo interior descansaba la carta de su profesor y aquella dirección:

Walt Disney Studios
2719 Hyperion Avenue

Sophie había soñado con aquellos estudios; los había pintado de muchas y diferentes maneras en su imaginación. Pero ninguno de aquellos retratos imaginarios coincidía con el vacío de un barrio sin casas donde las malas hierbas invadían las aceras y se adueñaban de cada rincón.

Miró a ambos lados. A esa hora de la mañana, la calle estaba casi desierta. Se fijó en el pequeño edificio que había junto a una estación de servicio. Delante había dos coches aparcados. Los dos únicos coches aparcados en aquella calle ancha.

Pensó que se había equivocado. No podía ser. Sin duda alguna se había hecho un lío con el Yellow Car, el tranvía que recorría Los Ángeles de un extremo a otro, y había acabado lejos de la dirección que buscaba. La preocupación se le enroscó en el estómago y, por unos momentos, se sintió perdida. Se acercó lentamente al edificio que había al lado de la gasolinera. Era blanco y verde, con un techo de tejas rojas y una bonita parcela de césped enfrente. Le pareció la casita de un cuento. Cuando estuvo cerca, pudo leer el rótulo que había en la puerta:

Walt Disney Studios

Tragó saliva para dominar el miedo y los nervios y empujó la puerta de sus sueños.

Sophie se encontró en el interior de una gran sala que se había dividido con un tabique. A ambos lados del pequeño vestíbulo de la entrada había dos despachos cerrados. Leyó las placas de las

puertas. El despacho de la derecha era el de Roy Disney. El de la izquierda, el de Walt. Su corazón dio un doble salto mortal.

Como nadie parecía haberse dado cuenta de su presencia, avanzó por el pasillo que se abría ante ella. A la izquierda, una puerta abierta mostraba un gran espacio donde las mesas se amontonaban aprovechando cada rincón. Entre la calima del humo de los cigarrillos pudo distinguir las siluetas de un puñado de hombres que trabajaban inclinados sobre las mesas de dibujo.

Cerró los ojos unos segundos. Escuchó con deleite la dulce canción de los lápices acariciando los papeles mientras creaban mil historias que pronto se moverían.

Magia pura. Un sueño hecho realidad.

Una voz en su hombro le hizo abrir los ojos:

—¿Puedo ayudarte?

La voz pertenecía a una chica joven, rubia y con los labios pintados de un rojo coral muy vivo. Sophie no se había dado cuenta de que estaba allí. Tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca y aterrizar de nuevo en la realidad.

—Yo... Verás, estoy buscando a Tom Kinney. Tengo una carta de presentación y mis trabajos —dijo, señalando el portafolio con la mirada.

La joven echó un vistazo a través de la puerta de la sala en la que estaban trabajando los hombres.

—Tom no ha llegado. No creo que tarde, aunque, si he de serte sincera, la puntualidad no es una de sus principales virtudes —dijo, y a continuación soltó una ruidosa carcajada.

—Yo..., quizá podría esperar aquí.

—Por supuesto, no hay problema, si no te importa esperar de pie. No tenemos muchas sillas, ¿sabes? —La chica le guiñó el ojo—. Me llamo Carol.

Una vez se hubo presentado, Carol hizo un despreocupado movimiento de hombros y fue a sentarse a su mesa. Sophie la siguió con la mirada. Entonces se dio cuenta de que a la derecha, junto a unos grandes ventanales que llenaban la sala de luz natural, en unas mesas de dibujo hechas a medida que llevaban incorporados unos estantes altos y espaciados enfrente para guardar los dibujos al alcance de la mano, trabajaban unas cuantas chicas.

Carol se había sentado a su mesa, que estaba junto al pasillo, y se había sumergido en su tarea. Sophie se acercó a ella sigilosamente. Se pasó un buen rato en silencio, como hipnotizada, contemplando boquiabierta a la chica mientras trabajaba hasta que, venciendo su timidez, le preguntó:

—¿Con qué tipo de hoja trabajas?

Ella no levantó la cabeza de su trabajo para responder.

—Es un *cel*, una hoja de celuloide transparente. ¿Nunca habías visto una?

Sophie no dijo nada. De hecho, ni siquiera había oído la pregunta. Estaba completamente absorta mirando cómo Carol pintaba sobre aquella hoja transparente. Se dio cuenta de que tenía

más preguntas hurgando en su boca y ya no pudo detenerlas.

—¿Y por qué pintas el dibujo por la parte de atrás?

—Hay que darle la vuelta al *cel* y pintar bajo la línea entintada del dibujo para no dejar rastros de pinceladas.

Entonces Carol sí levantó la mirada hacia Sophie y la obsequió con una sonrisa pícaro.

—Así es como se hace.

Sophie solo fue capaz de hacer un tímido gesto de afirmación mientras pensaba en todo lo que ignoraba sobre aquel trabajo maravilloso y en todo lo que debería aprender a partir de entonces.

De repente, la puerta del estudio se abrió y un hombre alto y corpulento se materializó detrás de la nube de humo de su cigarrillo. A Sophie le dio la impresión de que era una aparición.

—Esta señorita te está buscando, Tom —dijo Carol levantando unos segundos la cabeza de su trabajo.

El hombre se acercó a Sophie extendiendo la mano.

—Buenos días, señorita...

—Soy Sophie Simmons, de Nueva York. He venido a Los Ángeles a estudiar. He conseguido una beca en el Chouinard Art Institute.

—¿Una beca en el Chouinard? ¡Caramba! —dijo el hombre con una sonrisa de admiración que animó a Sophie a continuar.

—También querría empezar a trabajar en animación, ¿sabe? Bueno, todas las horas que mis estudios me dejen libres. Yo..., bueno, aquí tengo mis trabajos y una carta de recomendación de Bob Waldman...

—¡Ah!, conoce a Bob.

—Fue mi profesor de dibujo en la *high school*. Me ha ayudado muchísimo.

Respondió una ajetreada Sophie que parecía no tener manos suficientes para mostrarle a Kinney todo lo que le quería enseñar.

—Venga, pasemos al despacho.

Sophie siguió a Tom Kinney hacia el despacho de Walt Disney. Las mariposas del estómago, testarudas, no dejaban de volar. Al entrar, se encontró en una gran sala presidida por una mesa de nogal y varias sillas; también había un cómodo sofá con una lámpara de pie al lado y unas cuantas estanterías.

Kinney se dejó caer en el sillón de Disney, detrás de la mesa, con los dibujos de Sophie en sus manos. Con una mirada la invitó a sentarse en una silla, delante de él.

Mientras Tom repasaba con interés su trabajo, los ojos de Sophie se fijaron en la pared que tenía enfrente. Solo había tres fotografías enmarcadas, que parecían perdidas en aquella blancura vacía. Desde la del centro sonreía una mujer guapa. Dos Mickey Mouse, uno en cada lado, la custodiaban como fieles soldados.

Se le escapó una sonrisa al pensar en *Steamboat Willie*, la primera película de aquel ratón bondadoso que le parecía que hacía mucho tiempo que había visto en Nueva York. ¡Una película

de animación con banda sonora! Entonces, en 1928, ella solo era una niña de trece años a la que le gustaba llenar papeles y más papeles con dibujos y que se moría de ganas de ir a ver películas animadas al cine. Aquella pequeña obra maestra de la animación había contribuido a reafirmarla en sus sueños, como si el pequeño Mickey hubiera salido de la pantalla para susurrarle al oído que aquel era su camino. Y ahora estaba allí, sentada en el despacho de Walt Disney y con Mickey observándola desde la pared de enfrente y guiñándole el ojo.

Sophie tuvo la seguridad de que el universo estaba de su parte.

—Verá, señorita...

—Simmons.

—Señorita Simmons, sí...

Un cuarto de hora después, Sophie bajaba por aquella polvorienta avenida, triste, solitaria y llena de hierbajos, con los ojos chispeando por las lágrimas y un sabor metálico de fracaso en la boca.

La entrevista había terminado enseguida. Con amabilidad, Kinney le había expuesto que el momento por el que estaba atravesando el estudio era de contención económica y que, aunque las expectativas eran buenas gracias al éxito creciente de las películas de Mickey, Disney tenía muy claro que no se podía permitir contratar a más personal. Y menos a media jornada.

—De momento... —había añadido Tom Kinney antes de tenderle la mano y quitársela de encima.

¿Y ahora qué, ilusa?, se preguntó Sophie en voz alta mientras caminaba casi al trote por la avenida, no sabía muy bien hacia dónde.

Estaba tan furiosa que no vio el coche que circulaba arrimado a la acera, siguiéndola. De repente se detuvo y de su interior, dando un brinco, se bajó un joven muy atractivo.

—¡Señorita!

Sophie se dio la vuelta, sorprendida. Con la mano que la carpeta le dejaba libre se secó una lágrima indiscreta. Se quedó mirando al joven, sin acabar de entender quién era, qué hacía allí y qué quería.

—Perdone, pero la he visto salir del estudio así y he pensado que quizá necesitaba que le echaran una mano. Yo trabajo allí, ¿sabe?

—¿Usted es animador de Walt Disney Studios? —preguntó Sophie con un hilo de voz.

—Sí.

Él se quedó mirándola con intensidad. Tenía una mirada inteligente y perturbadora que Sophie no pudo sostener. Bajó los ojos al suelo.

—Jules Beck, señorita —se presentó el joven tendiéndole la mano.

—Sophie Simmons.

—¿Me permite que la acompañe al centro? O a donde usted quiera. Creo que tal como está, pronto se sentirá muy perdida.

Sophie barrió el desolado paisaje con los ojos.

—¡Oh!, no me había fijado.

Jules volvió al coche. Era un modelo descapotable, cuadrado y compacto, que ya tenía algunos años, pero que se veía impecable. Una vez dentro abrió la puerta del acompañante e invitó a la muchacha a subir.

Al cabo de un rato, Jules y Sophie estaban sentados a una mesa en Henry's, con vistas a Hollywood Boulevard. Henry's era un popular *delicatessen* muy cercano a la intersección con Vine Street. Jules había pedido dos tazas de café y una espléndida porción de una tarta casera de frutos rojos para Sophie, que ella se dedicaba a desmenuzar con el tenedor.

—No es agradable sentirse rechazado —dijo Jules con el ánimo de romper el silencio glacial que se interponía entre él y la chica.

Sophie alzó los ojos y, de golpe, los volvió a bajar hacia el plato. Continuó torturando al pastel.

—Pero no se lo tome como un fracaso, señorita Simmons. —Jules hizo una pausa—. ¿Puedo llamarla Sophie?

Ella afirmó con la cabeza, con desgana.

—No tiene nada que ver con sus capacidades, créame. Es más, cuando usted se ha ido, Tom ha comentado que sus dibujos son de una gran calidad artística. También nos ha dicho lo de la beca del Chouinard.

Sophie experimentó una reconfortante ola de placer ante ese cumplido. Sus ojos volvieron a brillar con una pequeña chispa de luz.

—¿Eso dijo?

—Debería probar la tarta. Es deliciosa.

Sophie cogió un bocado con el tenedor y se lo llevó a la boca sin mucho entusiasmo.

—Si de verdad quiere trabajar en unos estudios, Sophie, debe entender cómo funciona esta industria.

—Nunca trabajaré en unos estudios. He sido una ingenua.

Jules la obsequió con una sonrisa alentadora.

—¿Conoce los cortos de Oswald?

—Por supuesto.

—Casi arruinaron a los estudios.

—¿Cómo? No puede ser. Son muy famosos. Yo creía que...

Jules levantó la mano, como si pidiera la palabra.

—Cuando hacía ya un año que Disney se dedicaba con éxito a este personaje, Winkler Pictures, la productora, quiso obligar a Walt a trabajar solo a cambio de un anticipo por cada corto.

—¿Cómo es posible? El personaje era de Disney.

—Lo era. Y por eso Walt se negó. Pero Winkler había vendido los derechos a la Universal. Su personaje ya no era suyo. No le pertenecía.

—¿Cómo es posible que ocurra algo así? ¡Es horrible! ¡Es injusto! —se escandalizó Sophie.

—Entonces, Charles Mintz, el dueño de Winkler Pictures, estableció su propio estudio de animación para producir los cortos de Oswald. Pero no le bastó con eso. Se llevó a la mayoría de los animadores de Walt Disney Studios con él. Solo un par de ellos se quedaron con Walt; los más fieles.

Sophie pareció olvidar por unos segundos el fracaso que acababa de vivir y que retumbaba en sus sienes como un martillo implacable. Ahora escuchaba las palabras de aquel joven casi sin respirar.

—¿En aquella época usted ya trabajaba en Disney?

—No. Yo entré en Disney un poco después, hace dos años. En 1930.

—¡Qué suerte! —murmuró Sophie, esbozando una sonrisa cohibida y un poco triste.

—El equipo de Disney se fue rehaciendo gracias a...

—¿... Mickey?

—Sí, a Mickey. Créame, Sophie, los estudios estaban arruinados. No entraba dinero y los animadores no cobraban. Pero Walt no es un hombre que se rinda con facilidad. Diseñó y animó un par de películas de Mickey sin demasiada suerte.

Jules tomó un trago de café. Sus labios se contrajeron en una mueca. Se había enfriado.

—Pero luego llegó *Steamboat Willie*. Se estrenó a finales de 1928.

Los ojos de Sophie se animaron con una sonrisa.

—La he visto. ¡Es maravillosa!

—¡Y entonces sí! La película fue todo un éxito. Era la primera vez que se ponía banda sonora a un corto de animación. Walt siempre dice que Mickey nació en esa película y no en las dos anteriores. Fue un gran paso adelante. Entonces contrataron a nuevos animadores, la mayoría sin experiencia. Como yo.

Jules se quedó pensativo, absorto, perdido en los recuerdos de aquellos días que acababa de recordar. Sophie pensó que había algo en su mirada difícil de interpretar.

El joven enseguida se repuso y añadió:

—En estos momentos estoy trabajando en un nuevo corto de Mickey: *The Klondike Kid*. —Hizo una pausa y se dejó acariciar por la expresión de total admiración de Sophie—. Ahora mismo, las expectativas en el estudio son buenas. El ritmo es frenético, pero, aun así, no hay muchos beneficios. Todo lo que se gana se invierte en nuevas producciones para aprovechar el tirón de Mickey. Roy, el hermano de Walt, que es quien lleva las cuentas, lo tiene muy controlado económicamente. No quiere volver a pasar por una situación de quiebra. En este momento no se contrata a más personal.

Jules tomó otro sorbo de café frío.

—Por eso no la han contratado. No porque usted no pueda hacer este trabajo, sino porque la industria tiene sus propias reglas.

Sophie se echó hacia atrás y relajó la espalda, que había mantenido tensa mientras Jules

hablaba. Dejó caer las manos en su regazo en un gesto de derrota. Sus ojos grises mostraban una gran decepción.

—Lo entiendo. Pero...

Tuvo que interrumpirse. Se sentía patética sentada allí, haciendo esfuerzos para tragar saliva y no llorar delante de aquel joven que se preocupaba por ella, aunque no entendía por qué.

—Tiene la beca. Dedíquese a formarse y luego...

—¡No podré quedarme en Los Ángeles si no trabajo!

Había sido una respuesta repentina, y Sophie no pudo evitar sonrojarse. Se sentía molesta. No quería entrar en ese terreno. Se trataba de un auténtico desconocido y, por supuesto, no tenía ninguna intención de descubrir ante él sus problemas familiares ni de hablar de las estrecheces económicas de aquellos últimos años. ¿Acaso había palabras para explicar la angustia que a menudo nublaba los ojos de su padre? ¿O los reproches silenciosos y punzantes de su madre?

—Tal vez debería haberme quedado en Nueva York y haber buscado un empleo. Hubiera sido lo más juicioso en los tiempos que corren, pero... —clavó en Jules una mirada brillante de lágrimas, llena del rastro de todas aquellas ilusiones que se negaban a abandonarla—... quiero seguir estudiando. Quiero hacer realidad mi sueño de ser animadora, y es una decisión que no puede recaer en mi familia, ¿lo entiende?

—¡Por supuesto! —respondió Jules, y su voz se volvió más grave mientras miraba los ojos grises de Sophie, que desprendían aquel extraño fulgor.

Sophie resopló mientras dejaba vagar la mirada más allá del cristal. Pero las palabras de Jules provocaron que volviera a clavarla en él.

—Hay otros estudios en Los Ángeles. Pocos, es cierto. Pero no todos están en la misma situación que los Disney.

Jules sacó un lápiz del bolsillo interior de la americana. Miró a su alrededor por encima del hombro y vio un periódico en la mesa de al lado. Lo cogió. Escribió un nombre y una dirección en una de las páginas interiores, la arrancó y se la tendió a Sophie.

—¿Dick Davis?

—Sí, Dick Davis. Es un gran amigo. Trabaja en Graphics Studios. Pero trabajaba en Disney cuando yo empecé. Nos hicimos muy amigos. Vaya a verlo, Sophie. Enséñele sus dibujos y dígame que va de mi parte.

Una bonita sonrisa se abrió paso en medio de la quebradiza palidez del rostro de Sophie mientras parpadeaba para evitar el escozor de las lágrimas.

—¿Por qué hace esto?

Jules ya se había levantado. La expresión de su rostro se volvió más sombría cuando dijo:

—Todos hemos tenido que empezar de cero.

Le apartó la silla y la cogió amablemente por el codo mientras se ponía el sombrero.

—¿Dónde quiere que la deje?

Salieron a la calle y subieron al coche. Cuando Jules lo puso en marcha, Sophie cerró los ojos, agarró la pequeña boina con la mano para que no saliera volando, apoyó la cabeza en el asiento y respiró profundamente, inspirando todo el aire que pudo.

Al cabo de un rato ya se había acostumbrado a esa sensación de velocidad, e incluso le parecía agradable. Abrió los ojos y los dejó vagar por Broadway Boulevard. Se dio cuenta de que la avenida estaba llena de edificios elegantes, hoteles con jardines bien cuidados, restaurantes y tiendas de lujo.

Quizá Los Ángeles también tenía su encanto.

Volvió la cabeza para observar a Jules, que ahora conducía en silencio, con la mirada atenta a la circulación. Advirtió que, a pesar de que debía de pasar de los veinticinco, tenía un aire juvenil, con esa cara tan atractiva, unos ojos intensos y negros, unos labios seductores con un bigotito negro encima que le daba un aire sofisticado, y un cuerpo ágil y elegante.

Además, Jules poseía algo intangible que hacía que una mujer no pudiera apartar la mirada de él. Sophie no sabía qué era. Tampoco sabía por qué la había seguido ni por qué la ayudaba. No sabía nada de él.

¿Quién era Jules Beck?

Jules Beck había nacido en Laredo, en el estado de Texas, en 1906.

Su padre, Elias Beck, era un hombre brutal que había arruinado la vida de su madre, Wilma, y también la de él y la de su hermano pequeño, Tyler. Por muchos años que viviera, por muchos kilómetros de distancia que pusiera, Jules no podría olvidar nunca las manos rudas de su padre cuando descargaban su ira sobre él. El simple recuerdo le erizaba la piel.

Elias Beck era un hombretón sin oficio ni beneficio que subsistía gracias a los chanchullos. De joven, cuando Wilma le conoció, era un joven moreno y enérgico, con una perfección de rasgos poco frecuente en un chico. Tenía un rostro atractivo con barbilla de luchador y unos ojos negros y penetrantes de mirada tormentosa. Todas las chicas estaban locas por él. Durante años, Wilma se preguntó por qué el destino le había hecho la mala jugada de concederle a ella, y no a cualquiera de aquellas chicas, el extraño privilegio de ser la elegida para compartir la vida de Elias.

Porque la felicidad fue tan breve que a Wilma no le quedó ni su recuerdo. Elias empezó a beber enseguida para compensar las miserias de una vida de privaciones de la que culpaba a todo el mundo menos a sí mismo. Pensaba que los dos hijos que había tenido con Wilma, Jules y Tyler, eran los responsables de que no levantara cabeza. Wilma se estremecía cuando descubría en su marido aquella mirada torva y escuchaba su eterna cantinela:

—Demasiadas bocas que alimentar. ¡Ese es el problema! Demasiadas bocas que alimentar...

Y mientras la pobre mujer se dejaba la piel limpiando escaleras y se desvivía para que sus dos pequeños pudieran ir a la escuela, Elias se sumergía en las brumas del alcohol y desaparecía

durante días enteros y, a veces, durante semanas.

Aquellos períodos breves de soledad eran oasis de felicidad para Wilma y sus dos hijos. Aunque volviera a casa tarde y totalmente exhausta de tanto trabajar, siempre sabía encontrar un momento de ternura para dedicarse a Jules y a Tyler que los compensara de tantas miserias. Cenaban juntos. Hablaban. Y se reían. ¡Cómo se reían cuando Elias no estaba! Los dos niños enseñaban a su madre los dibujos que habían hecho y el corazón de Wilma se llenaba de orgullo.

De noche, cuando la casa dormía, la pobre mujer se acostaba, juntaba las manos y le rezaba a aquel Dios que parecía haberse olvidado de ella. Le pedía que su marido no volviera nunca, aunque luego corría a confesarse porque sabía que desear aquello no estaba bien. Y también le daba las gracias por haber concedido a sus dos hijos el don del arte con el que tal vez podrían huir de aquella vida tan negra. Porque Wilma estaba convencida de que sus hijos eran unos artistas. De que tenían un don.

Pero Elias volvía. Siempre volvía. Y con él las palizas, los llantos de los pequeños y el miedo. Y los niños tenían que dejar de ir a la escuela porque su padre los mandaba a vender periódicos de madrugada. Y los dibujos permanecían escondidos. Muy bien escondidos. Porque quién sabe qué podía pasar si Elias descubría que sus hijos perdían el tiempo dibujando.

Wilma murió de una neumonía el invierno de 1928. En aquel momento, Jules era un joven de veintidós años. Él y Tyler eran tan atractivos como lo había sido su padre de joven; altos y fibrados, con unos ojos negros brillantes como brasas. Tyler, de diecinueve años, era más alto y más delgado que su hermano. Pero Jules tenía una elegancia natural que ni su humilde vestimenta desmerecía.

Después de enterrar a su madre, Jules habló con su hermano.

—Aquí ya no pintamos nada, Tyler. Larguémonos.

El muchacho le clavó aquellos inmensos ojos oscuros con una mirada algo asustada.

—No, esperemos un poco.

—¿No estarás preocupado por ese...?

—¿Por papá...? No, no. Pero ahora tengo unos cuantos ahorros y por fin puedo ir a clases de dibujo.

—Podrás ir a clases de dibujo en cualquier otro sitio.

—Pero, ¿y Viola?

Jules hizo un gesto cargado de impaciencia.

—Puedes tener a todas las chicas que quieras. ¿Por qué tienes que quedarte aquí, pegado a esa Viola?

Tyler era muy joven y estaba muy enamorado de esa chica. Y Jules no quiso dejarle solo con su padre. Se armó de paciencia y se puso a trabajar en lo que salía, como había hecho siempre.

Ahorrando.

Esperando.

Hasta esa noche.

¿Quién era Jules Beck y por qué no podía dejar de mirarlo de reojo?, se preguntaba Sophie, sentada en el coche. ¿Era quizá por cómo hablaba y se movía? ¿O por lo que decía? ¿Por aquella seguridad que emanaba de cada uno de sus gestos? ¿O era debido a aquel pelo negro que ahora el viento le despeinaba, dándole un aire un poco canalla?

Sophie se obligó a apartar los ojos de Jules y los fijó en las manos que descansaban sobre su regazo. Se dio cuenta de que apretaban con fuerza el papel que él le había dado. Había escrito solo unas palabras: un nombre y una dirección. Pero a ella le brindaban una nueva esperanza.

Chouinard Art Institute

El edificio *art déco* del Chouinard Art Institute había sido construido en 1921 en el 743 de la Grand View Street, en el distrito de Westlake, en el centro de Los Ángeles. En el barrio, además de las mansiones elegantes y los destacados comercios, se concentraban las tres escuelas de arte más importantes de la ciudad, ya que, además del Chouinard, alojaba el Otis Art Institute y el Art Center School of Design.

El Chouinard estaba, sin duda, más arraigado que sus competidores directos en el entramado cultural y educacional de Los Ángeles. El Otis hacía poco que había abierto y el Art Center era una escuela mucho más gris que el dinámico Chouinard, al que acudían la mayoría de los jóvenes que se querían formar ya fuera como profesionales de las bellas artes o como artistas comerciales, aunque el eje que articulaba todas las disciplinas era el dibujo.

Sophie pisó el instituto de arte por primera vez un mediodía de cielo azul y sol intenso de principios de julio. Aunque el curso ya había terminado, había bastantes estudiantes en los patios: unos pintaban al fresco, otros charlaban y se reían, felices de sumergirse en aquel verano picante y dulce, lleno de promesas. Los ojos de Sophie brillaban, muy abiertos. Tuvo que esforzarse para contener aquel chorro de euforia que la embargaba y que amenazaba con desbordarse.

¡Ardía en deseos de ser una alumna del Chouinard!

¡Y le parecía que faltaba una eternidad para que llegara septiembre!

Se dirigió a la secretaría del centro para solucionar los trámites administrativos de la beca. Estuvo allí un buen rato, pero salió con la matrícula cumplimentada y con el horario del primer semestre en la mano. No podía apartar los ojos de aquel papel que contenía los detalles de su futuro inmediato. Leía una y otra vez las disciplinas que cursaría a partir de septiembre: dibujo, pintura, diseño, color, composición... Tenía que hacer esfuerzos para no saltar de alegría ni cantarrear. No quería que la tomaran por loca, aunque allí nadie parecía fijarse demasiado en lo que los otros hacían o dejaban de hacer.

Cuando salió a la calle, levantó los ojos hacia el cielo. Ni una nube entelaba aquel azul brillante, como tampoco ninguna nube oscurecía la alegría que sentía. Porque si unos días antes le había parecido que el mundo se hundía bajo sus pies al recibir la negativa de Walt Disney Studios, ahora todo había cambiado.

El recuerdo de Jules, aquel joven atractivo que había aparecido con su coche como un príncipe cabalgando un caballo, se le hizo muy presente. Sus mejillas se ruborizaron solo con pensar en él. Se echó a reír como una tonta.

—¡Dios mío! ¡Es seductor como un pecado! —dijo en voz alta, y al darse cuenta de ello, con la risa truncada, miró a su alrededor por encima del hombro temiendo que alguien la hubiera oído.

Empezó a andar por la calle a paso lento, sin rumbo fijo, mientras un rayo de pensamiento cruzaba por delante de sus ojos: «Tengo que ir a su encuentro. Tengo que ir a ver a Jules», se repetía. Y aquella idea hizo que le entraran ganas de esconderse bajo el ala de su sombrero de fieltro.

Y es que esa noche casi no había dormido pensando en aquello. Se había pasado la noche sopesando los pros y los contras. Tomaba una decisión y, de repente, se echaba atrás. Pero, al final, antes de que el sueño la venciera del todo, Sophie había llegado a la conclusión de que debía hacerlo: tenía que volver a Walt Disney Studios para dar las gracias a Jules por la recomendación y para comunicarle que tenía trabajo en Graphics Studios. ¿Qué clase de persona sería si no lo hacía?

Sophie resopló enfadada y se encogió de hombros. ¿Por qué tenía tantas dudas?, se preguntó. No era propio de ella dar tantas vueltas a las cosas.

Se alejó del Chouinard caminando sin mucho ánimo; se detenía ante cada escaparate que le salía al paso. La idea de reencontrarse con Jules hacía que su corazón martilleara, pero también le paralizaba los pies. Decidió tomarse un respiro para ir a comer.

La tarde ya barría las aceras de aquel barrio destartado cuando Sophie, escondida en la gasolinera desde donde controlaba la entrada de Walt Disney Studios sin llamar la atención, se dispuso a cumplir su propósito. Lo que ni ella misma acababa de entender era qué hacía escondida allí en lugar de entrar en los estudios o de esperar a Jules delante de la puerta.

Claro que aquella no era la única cosa para la que Sophie no encontraba una explicación lógica; porque, ¿qué significaba aquella tormenta que rugía en su interior? No lo sabía. Ni tampoco sabía por qué sus nervios estaban tensos como las cuerdas de un violín. Ni por qué sus piernas se convirtieron en mantequilla cuando vio salir de los estudios a Jules Beck hablando animadamente con Carol y sus labios de coral. Y, ya puestos a no entender nada, aún le pareció más inexplicable el inesperado ataque de celos que sintió en medio del corazón en aquel momento.

Sophie pensó que lo más prudente era batirse en retirada antes de encontrarse en una situación incómoda. Lo intentó e incluso le pareció que, en efecto, sus pies la obedecían y daban un par de pasos hacia atrás. Pero entonces Jules la vio, sonrió, la saludó tocándose el ala del sombrero, se despidió de la rubia y fue a su encuentro.

Maquinalmente, Sophie se llevó una mano al pecho. Tenía el corazón desbocado.

Los corazones de las chicas galopaban cuando él les sonreía. Jules se daba cuenta y se aprovechaba de ello. Él no era como Tyler, tan enamorado de esa Viola que no le dejaba alzar el vuelo. Él no se quería enamorar. No se quería atar a nadie. Prefería dejarse querer y no complicarse la vida. Quería volar de flor en flor.

Jules no dejaba de hacer planes de futuro mientras esperaba con resignación que Tyler estuviera preparado para irse. Sabía que era importante tener unos ahorros para sacar adelante sus proyectos. Aunque debido a la gran crisis económica el trabajo escaseaba cada vez más, había tenido la suerte de conseguir un empleo como camarero en un restaurante y trabajaba por las tardes hasta bien entrada la noche. Ganaba bastante dinero en propinas y conocía gente. Le gustaba el trabajo, aunque no se quería atar a él más de la cuenta. Tenía claro que aquello era solo una espera, un paréntesis antes de marcharse y empezar de nuevo lejos de allí.

Cuando llegaba a casa después del trabajo, de madrugada, Jules solía encontrar a Tyler enfrascado en sus dibujos. Y aunque a menudo el cansancio le dejaba agotado, no podía evitar ir en busca de sus enseres y ponerse a dibujar con él. Tyler le enseñaba técnicas nuevas que aprendía en la escuela y Jules se olvidaba por completo de la fatiga. También le hablaba de Viola. Después de dibujar y charlar, los dos hermanos se acostaban cuando las últimas estrellas se fundían y el amanecer asomaba por el horizonte.

Elias nunca estaba en casa.

Hasta esa noche. La noche de la sangre que se derramaba por la cara de Tyler y los dibujos hechos trizas, triturados, esparcidos por el suelo de aquel comedor miserable donde ambos se habían hecho mayores. Y el puño, su puño, estallando en la cara de aquel hombre al que ya nunca más llamaría *padre*.

Cuando lo recordaba, la mirada de Jules aún se teñía de rojo y su corazón se volvía a romper hecho pedazos, descabezados por la rabia y el odio.

Se fueron aquella misma noche. Era una noche de verano y el cielo estaba cubierto de nubes; no se veía ni una sola estrella. Al día siguiente, los dos hermanos tomaron el primer tren con destino a Los Ángeles. Ambos tenían el corazón helado.

Al llegar, Jules alquiló una habitación gracias a los ahorros que había conseguido reunir. Era un lugar sórdido con una sola abertura, una ventana destartada que daba a un patio adornado por docenas de tendederos llenos de ropa interior que hacían filigranas de una ventana a otra.

Tyler no era él. No se recuperaba. Se pasaba días y días sin pronunciar ni una sola palabra; sin salir de aquella habitación mugrienta. Jules pensó que tenía que darle tiempo. Que todo se arreglaría. Porque él estaba allí para cuidarlo.

Un día, poco después de su llegada, Jules leyó en la prensa que en Walt Disney Studios estaban buscando dibujantes. Pensó que era una oportunidad que ni Tyler ni él podían desperdiciar. Las cosas no iban bien en aquel 1930. Encontrar un empleo en esos momentos de crisis era casi imposible. Era un milagro que unos estudios de animación ofrecieran trabajo mientras la gente

vagaba por la calle sin saber dónde caerse muerta o hacía cola ante los comedores populares para conseguir una comida caliente al día.

Decidido a aprovechar esa oportunidad al vuelo, Jules fue en busca de Tyler. Estaba muy esperanzado. Creía, quería creer, que los contratarían. Al menos a Tyler. Su hermano era un gran dibujante. El mejor de los dos. Eso lo obligaría a levantarse de la cama, a arreglarse; recogerían sus dibujos y se presentarían en la dirección del anuncio. Pero lo que vio Jules al llegar a la habitación le heló la sangre. Tyler estaba durmiendo despatarrado en el colchón, abrazado a una botella de ginebra.

No supo reaccionar, porque era más de lo que podía soportar. ¿Cómo era posible que Tyler cayera en el mismo infierno que les había destrozado la infancia y la adolescencia? Protegerlo no servía de nada, pensó. Y no podía, no quería volver a pasar por aquello.

Dejó varios billetes encima del colchón, hizo la maleta, cogió sus dibujos y se fue. A partir de aquel momento, su hermano debería buscarse la vida, como hacía él. Quizá así reaccionaría.

Mickey Mouse se estaba convirtiendo en un fenómeno en todo el mundo. En Disney, la producción se incrementaba y necesitaban aumentar la plantilla. Jules se presentó con sus dibujos bajo el brazo. No tenía ningún tipo de formación artística, pero, en cambio, tenía talento natural y muchas ganas de trabajar. Lo contrataron en el departamento de Animación, como intercalador. Era un trabajo aburrido, pero se lo tomó con ganas y pronto aprendió la técnica del intercalado.

Seis meses después fue promovido para el programa de formación de Disney según el cual un animador veterano estaba al mando de un pequeño grupo de principiantes. Tuvo suerte. Le tocó estar bajo la maestría de Ben Sharpsteen. Ben era un profesor duro pero justo. No dejaba nunca ninguna pregunta sin responder y ayudaba a los alumnos cuando se quedaban atascados en su trabajo. Les insistía en que tuvieran cuidado en la elaboración de los dibujos, en una buena puesta en escena y en un análisis de la acción. Su receta para alcanzar el éxito en aquella profesión era muy sencilla:

—No hay ningún atajo. Simplemente tenéis que aprender. ¡Debéis aprender a hacerlo bien!

Aquellos meses de formación no se pagaban y los horarios eran incompatibles con cualquier otro trabajo dentro o fuera de los estudios. Jules estiraba el dinero que había ahorrado trabajando como intercalador todo lo que podía. Solo comía una vez al día. Y, a veces, ni eso.

Una mañana, Ben le encontró mareado sobre la mesa de dibujo.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Nada, nada. No se preocupe. Voy a refrescarme la cara.

Ben no acabó de tragarse del todo las excusas de Jules y fue a hablar con Walt:

—Hay chicos que lo están dando todo, Walt. Deberíamos corresponderles pagándoles un mínimo para que puedan ir tirando. No podemos permitir que nuestros chicos pasen hambre.

Cuando Walt Disney en persona llamó a Jules a su despacho y le comunicó que a partir de

aquel momento cobraría doce dólares semanales durante el período de prácticas, estuvo a punto de llorar de emoción.

A partir de aquel momento, trabajó duro, y en 1932 ya era asistente de animación. Para él, Walt Disney Studios era la única familia que conocía. Y vio para siempre en Ben la figura paterna que nunca había tenido.

Y en su corazón guardó un sincero sentimiento de agradecimiento y lealtad hacia Walt Disney.

Jules y Sophie volvieron al Henry's de Hollywood Boulevard. Esta vez, sin embargo, era la muchacha quien, con su desparpajo natural, llevaba el peso de la conversación mientras se comía con mucho apetito una porción de tarta de frambuesa.

—El señor Davis fue amabilísimo conmigo, ¿sabe?

—Ya le dije que la trataría bien.

Sophie siguió hablando y hablando. Las palabras le salían de la boca como un río caudaloso y desbocado. Hablaba sin parar, como si le diera miedo no disponer del tiempo suficiente para explicarle todo lo que le quería explicar. Sus manos revoloteaban inquietas, reforzando cada idea y cada sensación, y los hoyuelos de sus mejillas no paraban de sonreír. Jules la contemplaba entre admirado y divertido. Aquella Sophie que tenía frente a él no tenía nada que ver con la lánguida señorita Simmons, vencida y derrotada, que había conocido hacía una semana.

—Me incorporo el lunes. De momento, y hasta que empiecen las clases en septiembre, trabajaré todo el día. Me han asignado a pintura. Bueno, puede que pasarme tantas horas pintando dibujos no sea el sueño de mi vida. ¿Sabe?, yo esperaba un trabajo..., ¿cómo decirlo?, que entrara más en el terreno de la animación, ¿me entiende? Más que pintar los dibujos, esperaba poder animarlos. Bueno, o aprender a hacerlo.

Se echó a reír. Se sentía feliz.

—Pero es un comienzo, ¿no le parece?

Sophie tomó un largo trago de café para recuperar fuerzas.

—El señor Davis me presentó a Marion Altwell. Es una chica que tiene mucha experiencia pintando, y estaré bajo su supervisión. Creo que aprenderé mucho con ella.

Suspiró y aprovechó para comerse la última migaja de tarta bajo la mirada divertida de Jules, que ya se había resignado a no poder meter baza en aquel monólogo.

—Me pareció una chica extraordinaria, créame. Estuvimos hablando un rato, ¿sabe? Me dijo que las chicas siempre hacen estos trabajos: entintar o pintar. Es un poco preocupante, ¿no le parece? Claro que yo pienso que no lo hacen porque sean chicas. También hay hombres haciendo este tipo de trabajos. Todo depende de la valía de cada uno, ¿verdad? Si tienes talento, con tiempo y esfuerzo debes poder llegar adonde quieres llegar. Da igual que seas hombre o mujer. Y yo quiero llegar a animar. ¿Qué opina usted?

Jules mostró una sonrisa llena de suficiencia y, negando con la cabeza, serio, sentenció:

—No hay mujeres que sean animadoras, Sophie.

—¿Qué quiere decir? ¿Que el mundo de la animación está vetado para las mujeres?

—No he dicho exactamente eso. Está claro que hay mujeres en la animación. Y grandes artistas. Pero no hay animadoras.

La sonrisa había desaparecido de los labios de Sophie.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Walt siempre dice que las mujeres no tienen la habilidad para crear acciones fluidas en sus dibujos a la hora de animar.

—¿Y usted se lo cree?

Jules no respondió. No la escuchaba. Un último rayo de sol de aquella tarde que se extinguía se estrelló en el cristal detrás del cual estaba sentada la pareja. Por unos segundos, el pelo castaño de Sophie se encendió. La mirada de Jules se clavó en Sophie, fijamente, y ella notó que sus mejillas se ruborizaban. Un rizo indómito cayó sobre su frente y Jules tuvo que apretar las manos con fuerza para reprimir el impulso de apartárselo de los ojos.

Ambos se agitaron inquietos en sus sillas.

Él tosió y buscó un nuevo tema de conversación, como si tuviera miedo de que un silencio incómodo se instalara entre ambos.

—¿De dónde le viene la afición por el cine de animación?

Sophie volvió la cabeza y fijó la mirada más allá del ventanal, hacia el bullicio de Hollywood Boulevard, que, como si fuera una fiera dormida que despertaba del letargo de las horas más calurosas del día, empezaba a llenarse de paseantes, de coches y de ruido.

—Me viene de cuando era una niña. Recuerdo que mi padre siempre se reservaba una tarde a la semana para sacarnos a pasear por Nueva York a mi hermana Elionor y a mí.

Los recuerdos hicieron suspirar a Sophie.

—Elionor se cansó pronto. Ella tenía otros intereses: iba a clases de piano, de danza... Pasear la aburría mucho. Pero a mí me entusiasmaba conocer la ciudad de la mano de mi padre. A veces subíamos a los tranvías eléctricos que circulaban y...

Sophie levantó la mirada de golpe y clavó sus ojos grises en Jules. Asimismo, los ojos de Jules se enroscaron en los suyos.

—Una tarde, mi padre me llevó al cine. Estaba cerca de la Fifth Avenue, en la 110th Street, si no recuerdo mal. Antes del pase de la película proyectaron un corto y luego una película de dibujos animados. Estábamos sentados en la primera fila de un palco y aún no sé cómo no me caí al patio de butacas. Le juro que faltó muy poco. Lo que veía... ¡No podía creérmelo! ¡Los dibujos tenían vida! —Sophie se retiró los rizos rebeldes de la cara—. Desde aquel momento, la animación se convirtió en mi sueño. Estudié arte y llegó un momento en que no hacía otra cosa que dibujar. Pero yo quería que mis dibujos se movieran. Quería verlos vivos en una pantalla. ¡Quiero verlos vivos!

Sophie se tapó la boca en un gesto lleno de timidez.

—¡Ay! Lo siento mucho, Jules. No tengo derecho a entretenerle más.

Se levantó y empezó a recoger el sombrero y el bolso. Jules, en cambio, no se movió.

—He estado pensando en algo que podría ser de su interés.

Ella volvió a sentarse, curiosa.

—El otro día, cuando nos conocimos y la acompañé al hotel... —Jules hizo una pausa mientras encendía un cigarrillo—. Dígame, no pensaré quedarse mucho tiempo allí, ¿verdad, Sophie?

—No, claro, pero de momento no tengo más remedio que hacerlo durante una temporada. No sé si se lo he comentado, pero el sueldo que cobraré en los estudios es espantosamente bajo. No quiero ni imaginar qué pasará cuando solo trabaje media jornada. Y aunque tengo algunos ahorros, de momento no puedo pensar en gastos de vivienda. El hotel es muy sencillo, ya lo vio. Solo es una casa de huéspedes. Pero es mucho más barato que alquilar un apartamento. Tengo que ahorrar.

Jules dejó escapar una nube de humo. Los ojos le brillaban con picardía.

—Le diría que se trata de eso mismo: de ahorrar.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo una conocida que busca una compañera de piso para compartir gastos. Se trata de un apartamento amueblado. Nada del otro mundo, no crea.

—Me parece muy interesante.

—¿Quiere que le escriba su nombre y su dirección?

—¿En una hoja de periódico?

Se miraron divertidos. Y se echaron a reír.

El apartamento estaba cerca del Beverly Hills Institute. En aquella zona había muchos apartamentos, todos amueblados, porque Los Ángeles era una ciudad de paso a la que continuamente llegaba gente en busca de trabajo y fortuna, y de la que se iba otra que volvía a sus ciudades de origen, a menudo sin haber visto cumplidos sus sueños.

Afortunadamente, la zona era agradable y estaba bastante concurrida a esas horas de la mañana, sobre todo por los jóvenes estudiantes del instituto, que aparcaban allí sus coches. Sophie se sorprendió al comprobar que casi todos aquellos adolescentes tenían vehículo propio. Le pareció que provenían de buenas familias. También se sorprendió al ver que no parecían tener mucha prisa por asistir a las clases, sino que habían convertido la calle en un lugar de reunión donde se charlaba, se fumaba y, según le pareció percibir, también se bebía alcohol a escondidas.

La decepción la fustigó al llegar frente al número donde estaba el apartamento. Comprobó la dirección dos o tres veces y tuvo que terminar aceptando que el piso superior de aquel deteriorado taller de reparación de automóviles se correspondía, en efecto, con la dirección que llevaba anotada en un papel.

Entró por una puerta escuálida que se abría a la izquierda del taller. De mala gana, empezó a subir la estrecha escalera de peldaños desgastados que conducía hasta la única puerta del primer

piso. Pensando que esta vez no tendría nada que agradecer a Jules Beck, pulsó el timbre.

Entonces, la puerta se abrió y unos ojos verdes y rasgados que brillaban como los de los gatos le dieron la bienvenida.

Era Lissette.

—¿Eres Sophie? Pasa, mujer. Pasa.

Lissette era de esa clase de chicas que no pasan desapercibidas. Alta, esbelta, con el pelo largo y rizado de color caoba encendido, y unos ojos tan grandes y tan verdes como brotes tiernos. Llevaba una bata de tejido sedoso y estampado oriental que acababa de darle un aire de belleza exótica.

Al verla, Sophie se quedó con la boca abierta.

—¡Soy Lissette Lefevre! Tyler me ha hablado de ti...

—¿Tyler?

—Sí, mi ex... ¡Ay!, espera; creo que me dijo que tú eres amiga de su hermano Jules, ¿verdad?

Lissette hablaba deprisa. De hecho, todo en ella tenía un cierto aire de aceleración: el habla, los andares, los gestos.

—Ven, pasa, te enseñaré el apartamento. Después ya tendremos tiempo de hablar de esos dos.

Lissette no tardó nada en enseñarle el piso a Sophie. Era minúsculo. La pieza más grande, a la que se accedía al entrar, servía de cocina, comedor y salón. Estaba amueblada con una mesa bastante grande, tres sillas y un sofá. En un rincón había un par de armarios, un fregadero y una cocina económica. Un pasillo estrecho desembocaba en una habitación donde solo había espacio para una cama de matrimonio, un armario con espejo y una mesita de noche. Al lado había un baño pequeño.

—Pero solo hay una cama —exclamó Sophie al terminar el rápido recorrido.

—No te engañes. El sofá se convierte en una cama enorme. Es mucho más cómoda que la de la habitación, no tengas ninguna duda.

Lissette soltó una sonora carcajada y Sophie se quedó mirándola con los ojos muy abiertos. Se había quedado sin palabras. Pero la chica parecía no haberse dado cuenta y seguía cantando las excelencias del alojamiento.

—Aquí hay un armario. Lo he vaciado para que puedas guardar tu ropa —dijo mientras abría la puerta de un minúsculo armario disimulado en un rincón. A continuación señaló la mesa que ocupaba toda la parte central del salón. La madera relucía, limpia y pulida. En el centro había un frutero que descansaba sobre un tapete estampado de una tela muy colorida y alegre—. Siempre tengo la mesa ocupada con mis trastos. Soy modista, ¿sabes? Y esta mesa es mi lugar de trabajo. —Lissette hizo una pausa y bajó la voz—. Hoy la he limpiado. Como sabía que ibas a venir...

—¡Ah!

—Tyler me ha dicho que eres dibujante. Él también lo es, ¿sabes? —Lissette hizo un gesto que

Sophie no supo cómo interpretar—. Si necesitaras trabajar en casa, aquí, entre la cocina y la puerta del distribuidor, quizá cabría una mesa pequeña. O unos estantes. Lo que quieras. Todo se puede arreglar, ¿no te parece?

Sophie se quedó contemplando aquellas cuatro paredes en silencio, aprovechando que Lissette también se había callado y la miraba expectante. Era cierto que el apartamento era muy pequeño, diminuto. Pero parecía confortable. Estaba segura de que allí se sentiría mejor que en el hotel. Había que reconocer que la joven lo tenía todo espectacularmente limpio y bien ordenado. No había nada fuera de lugar y todos los espacios estaban bien aprovechados. Las ventanas del comedor estaban adornadas con unas bonitas cortinas de flores que debía de haber confeccionado ella misma. Encima de la mesita de noche de la habitación había visto un jarrón con flores. Y, por supuesto, Lissette le parecía muy cariñosa. Era casi seguro que sería una buena compañera de piso.

La chica seguía mirándola fijamente.

—Entonces..., ¿te quedas?

Antes de responder, durante unos segundos, la imagen de su habitación en casa de sus padres, de la sala de la galería, de la cocina con suficiente espacio para sentarse toda la familia a desayunar, cruzó la mente de Sophie como un rayo. Sonrió al imaginar la cara que pondría su madre si viera el lugar donde viviría a partir de ese momento.

—Sí. Me quedo —dijo.

Lissette la abrazó, feliz.

Lissette Lefevre tenía veinte años y había nacido en San Francisco. Se ganaba la vida arreglando prendas o confeccionando modelos que copiaba de las *boutiques* de lujo para su escasa clientela, aunque su aspiración era poder trabajar como diseñadora para la industria cinematográfica y vestir a las grandes estrellas de la pantalla. Como Sophie, ella también había llegado a Los Ángeles con un montón de sueños empaquetados en las maletas. Unos sueños que no eran fáciles de alcanzar.

Desde el crac de la Bolsa, el ambiente de austeridad impregnaba la vida del país. Era todo un reto para una modista conseguir prosperar a pesar de las estrecheces económicas. Y también lo era crear una moda glamurosa como lo había sido la de la década anterior, aquellos años en que los armarios de las mujeres se habían llenado de libertad y modernidad. Pero Lissette sabía muy bien que el refinamiento que quería conseguir con sus creaciones ya no debía buscarlo en Europa, sino en la ascensión de un Hollywood que empezaba a brillar con luz propia y con su *star system*. Sus fuentes de inspiración eran las diosas de la pantalla vestidas de satén plateado. Porque, en aquellos momentos de crisis, mujeres de todas las clases sociales estaban sedientas de aquellos dramas con gran carga emocional y de aquellos musicales extravagantes que podían contemplar en las pantallas de los cines. Necesitaban esos ratos de evasión que les permitían perderse durante un

par de horas en un mundo más sofisticado, como aquel donde vivían sus estrellas preferidas, a las que querían emular. Y Lissette, con la moda que creaba o que copiaba de las pantallas y de aquellos paraísos inalcanzables que eran las tiendas de lujo, ofrecía a sus clientas la transformación deseada. Una transformación que se basaba en una mujer más femenina que las andróginas *flappers* de los años veinte; una mujer esbelta pero con curvas que lucía vestidos elegantes hasta media pierna y que se peinaba con una media melena rizada de color rubio platino, como Carole Lombard.

Además de sus sueños y sus convicciones en cuanto a la moda, Lissette era una trabajadora infatigable que tenía un don natural para crear y confeccionar ropa. La mesa de aquel pequeño apartamento que pronto compartiría con Sophie Simmons siempre estaba llena de piezas a medio coser: chaquetas con hombreras anchas, blusas con mangas abullonadas o de mariposa, vestidos con pinzas, prendas de punto que seguían la huella que Coco Chanel había impuesto hacía algunos años, vestidos de noche con añadidos de bisutería en el escote... Algunas de estas piezas las cosía por encargo; otras las hacía con la esperanza de encontrar compradoras. Sea como fuere, ella nunca estaba desocupada.

Para muchas mujeres que habían caído en una economía precaria, incluso para antiguas clientas de la alta costura y también para algunas aspirantes a actriz que necesitaban un armario bien provisto, las buenas costureras como Lissette, creativas y económicas, significaban la salvación.

Y era así como, poco a poco, Lissette Lefevre iba haciéndose una clientela.

Sophie y Lissette habían conectado enseguida. Ambas tenían un carácter extrovertido, alegre y expansivo, aunque en Lissette estos rasgos adquirían una intensidad torrencial. Era difícil no contagiarse de su entusiasmo.

Hacía una semana que vivían juntas y Sophie ya sabía muchas cosas de su compañera de piso. Por ejemplo, que Lissette no era su verdadero nombre.

—En mi oficio —le había dicho la chica—, tener un nombre francés ayuda mucho. Y Lissette es un nombre muy bonito. Y dulce.

—Pero ¿cómo te llamas realmente?

La joven frunció el ceño y se puso seria.

—Me llamo Margaret Larson. ¿Te lo imaginas? ¡Margaret Larson! Basta para hundir la carrera de cualquiera.

—Creo que exageras. Margaret Larson suena muy bien.

—Lo dices porque no sabes cómo funcionan las cosas en la industria del cine. Margaret Larson lo tendría muy mal para trabajar como diseñadora de vestuario en unos grandes estudios. En cambio, Lissette Lefevre... ¿No te parece que despierta todas las expectativas?

Sophie iba a responder, pero no tuvo ocasión de abrir la boca porque Lissette ya la estaba señalando con un dedo amenazador:

—Debes prometerme que no le dirás a nadie lo que te acabo de confesar. Hundirías mi carrera.

Lisette era así: radiante, hermosa; incapaz de guardar silencio. Ardiente. Sophie pensó que exageraba, pero optó por no discutir con ella y le prometió discreción absoluta.

Otra sorpresa para Sophie fue el hecho de enterarse de que Lisette había estado viviendo casi un año con Tyler Beck en aquel apartamento.

—Cuando lo dejamos, me di cuenta de que me sería muy difícil pagar el alquiler sola. Pero Tyler, que es encantador, se ofreció a buscar a alguien que ocupara su lugar. Habló con su hermano para que corriera la voz y... ¡ahora te tengo aquí! —Le guiñó el ojo—. Los hermanos Beck son así. Irresistibles, como ya habrás comprobado con Jules.

Sophie se apresuró a llevar la conversación a otro terreno:

—¿Por qué lo dejasteis Tyler y tú?

Las dos chicas estaban sentadas a la mesa del comedor, acabando de cenar. Lisette dejó en el plato la manzana que estaba pelando y suspiró de manera teatral. Su rostro se había ensombrecido. Su mirada era lánguida como la de las heroínas de la pantalla a las que tanto admiraba. Todo en ella era histriónico, teatral. ¿O tal vez era mejor decir *cinematográfico*?

—Me di cuenta de que Tyler se volvía insensible a medida que se desvanecía la magia del primer enamoramiento. —Fijó los ojos en Sophie para comprobar el efecto de aquellas palabras que parecía tener estudiadas y volvió a la carga mientras terminaba de comerse la manzana—. Además, aunque pueda parecer una mujer liberada, siempre he creído que una relación de pareja es una relación de dos personas: ni de tres ni de cuatro. ¡De dos!

—¿Quieres decir que Tyler te engañaba?

—Continuamente, querida.

Sophie se había quedado aturdida y confundida, sin saber qué decir. Lisette se levantó para empezar a recoger la mesa. La alegría de siempre volvía a brillar en sus ojos. No era de esa clase de personas a las que les gusta deleitarse con los recuerdos dolorosos. Cuando terminó de recoger, volvió a sentarse, se metió la mano en el bolsillo de la bata, sacó una pitillera y le ofreció un cigarrillo a Sophie, que lo rechazó. A continuación encendió uno para ella y se puso a fumar.

—Pero no te preocupes. Nuestra relación no funcionó porque no tenía que funcionar. Lo más probable es que no estemos hechos el uno para el otro. No quisiera que te formaras una mala opinión de Tyler.

Lisette exhaló una larga espiral de humo mientras Sophie la contemplaba embelesada. Sus ojos se volvieron melancólicos cuando dijo:

—Tyler es un buen chico.

Sindicatos

Las Navidades se acercaban a pasos agigantados. Eran las primeras que Sophie pasaría en Los Ángeles lejos de su familia, y las veía llegar con el ánimo tan sombrío como el que se cernía sobre las calles de la ciudad. De hecho, poca gente podía pensar con alegría en las Navidades que llegaban. El país estaba atravesando los años más duros de la Depresión. No había trabajo. Se pasaba hambre. Las grandes industrias, los comercios, la economía en general, estaban todavía en estado de *shock*. ¡Qué lejos quedaban aquellos años en que todo parecía posible y las jóvenes y alegres *flappers* bailaban a ritmo de jazz sin preocuparse por el mañana!

Sophie arrastraba un gran cansancio. Desde que había empezado el curso en el instituto de arte, cruzaba la ciudad de un extremo a otro para ir a clase por la mañana y a trabajar a los estudios por la tarde. Cuando llegaba a casa de noche estaba exhausta. Además, los sábados trabajaba todo el día en una jornada que, a veces, se alargaba hasta la medianoche. Su anhelo de perfección la mantenía en un constante estado de alerta. Por las mañanas se dejaba el alma en las clases de dibujo al natural, de impresión, de cartelismo, de diseño... Asistía a tantas conferencias como podía. Y por las tardes intentaba aplicar los aprendizajes en el trabajo. Gracias a la maestría de Marion y, sobre todo, a su talento natural, Sophie se estaba convirtiendo en una excelente pintora de *cels*. Pero eso no la satisfacía. No del todo. Porque el hecho era que no veía ningún horizonte de cambio ni ninguna oportunidad de futuro para ella en los estudios. Ninguna puerta que pudiera empujar para seguir buscando el sueño que la había llevado a Los Ángeles.

De hecho, estos temores hacía semanas, tal vez meses, que formaban una espesa nube de preocupación en su interior. Pero se habían convertido en una trágica certeza la tarde que, por azar, había escuchado una conversación entre el dueño de los estudios y Dick Davis, el hombre que le había dado el trabajo. La puerta del pequeño y destartalado despacho estaba abierta, tal vez porque los dos hombres tenían la seguridad de que ya no quedaba nadie trabajando en el estudio. Pero Sophie había tenido problemas con unos bocetos que le habían llegado a última hora para pintar y se había quedado un rato más. Las horas extras eran frecuentes en Graphics Studios y, evidentemente, no estaban pagadas.

—No saldremos adelante si no contratamos nuevo personal. Todo el mundo está haciendo más horas de las que le corresponden y, aun así, se hace difícil cumplir los plazos de la productora.

Tenemos pocos encargos y si no cumplimos con los que tenemos, la situación puede volverse muy complicada.

Dick Davis hizo una pausa. Sophie se había quedado quieta en el pasillo, sin atreverse a cruzar por delante de la puerta abierta del despacho por miedo a ser descubierta.

—Y el caso es que no disponemos de mucha liquidez. Las empresas pequeñas como la nuestra están pagando los platos rotos de esta terrible crisis. Tendremos que bajar unos sueldos que ya son demasiado bajos. ¿Quién querrá trabajar por un salario mísero?

El director rompió el silencio con su voz rasposa.

—Mujeres.

—¿Cómo dices?

—Que contrates mujeres. Ahora que los maridos se quedan sin empleo, trabajarán por el sueldo que les queramos pagar. Y ya sabes que las mujeres hacen cualquier trabajo, incluso los más fastidiosos. No se quejan y trabajan mejor que los hombres. Y si tienen hijos o estudian, aceptan trabajar media jornada. ¿Aún te quedan dudas?

Sophie retrocedió como si le hubieran acabado de dar un golpe en el pecho. Tuvo que apoyarse en la pared para reponerse. En cuanto pudo, se deslizó como una sombra por delante del despacho y corrió por el pasillo hasta llegar a su mesa de trabajo. Una vez allí, escondió la cabeza entre los dibujos que debía pintar aquella noche y se echó a llorar con lágrimas de furia.

Al día siguiente le contó a Marion Altwell lo que había oído.

—No me sorprende nada lo que dices. Es la política de todos los estudios. Lo único que ha hecho el director es expresarlo en voz alta.

—Cada día que pasa odio más estos estudios decrepitos. ¿Es que no lo ves? Los muebles parecen comprados en un mercado de segunda mano y no entra luz por ninguna parte. ¡Y esta alfombra! ¡Qué asco! Un día echará a andar sola —estalló Sophie, recorriendo con una mirada indignada y asqueada la sala donde se pasaba tantas horas trabajando. La expresión se le había ensombrecido con una ira mal contenida—. ¡No me quedaré trabajando día y noche por un sueldo mísero!

Marion seguía enfrascada en su tarea, aparentemente sin hacer demasiado caso a la explosión de rabia de Sophie. Dejó que su compañera se calmara un poco. Al cabo de unos minutos levantó la cabeza del dibujo que estaba pintando, la miró de reojo y le dijo:

—Tirar la toalla es la salida fácil. Tenemos que luchar.

—¿Luchar? ¿Cómo?

Marion se acercó más a ella y bajó mucho la voz. Instintivamente, Sophie echó un vistazo a su alrededor. Tenía la impresión de que estaba a punto de descubrir un gran y peligroso secreto que nadie podía escuchar.

—¡Sindicatos!

Marion Altwell tenía veinticuatro años, era delgada y esbelta, y lucía una cabellera frondosa y rizada de color castaño intenso que hacía juego con unos grandes ojos de color violeta en los que se podía leer la determinación de su carácter férreo. Era severa en los gestos, aunque generosa en el comportamiento. Solía decir que la soltería no era para ella un estado, sino una decisión.

Cuando Sophie la conoció en Graphics Studios, Marion ya hacía años que tenía experiencia acumulada en diferentes estudios de animación. En aquel momento, además de trabajar, estudiaba Historia Social del Teatro y colaboraba con el Contemporary Theatre de Los Ángeles.

Así pues, Sophie sentía una gran admiración y respeto por Marion. De hecho, era la compañera con la que mejor se llevaba y con la única con la que había establecido una cierta relación, aunque sin sobrepasar los límites del trabajo.

Aquella mañana, Marion había escuchado con atención las quejas de Sophie. Después había acercado la boca al oído de la chica y había pronunciado aquella palabra:

—¡Sindicatos!

—¿Qué? —preguntó Sophie, intrigada y sorprendida.

—Esto es lo que ocurre cuando no se tienen sindicatos —insistió Marion, y añadió—: Voy al baño. Ven dentro de cinco minutos.

Encerradas en el baño y hablando entre susurros, Marion expuso a una inocente y atónita Sophie cuál era en aquellos momentos la situación laboral de los estudios de animación en Hollywood.

—Por lo que me ha parecido ver, ya te estás dando cuenta de cómo funcionan las cosas aquí. Y estos estudios no son una excepción. Todo ha cambiado con la crisis, y no solo en la industria del cine. Muchos americanos se sienten traicionados, ¿sabes?

—¿Traicionados?

—Sí. Traicionados. Hasta ahora nos habían hecho creer que el trabajo duro era la clave para conseguir el triunfo personal y económico. Pero ahora, esta terrible crisis a la que nos han abocado demuestra que esta idea no tiene ningún sentido. Solo era un engaño. Una falacia.

Sophie no pudo evitar pensar en sus padres y en todo lo que habían vivido aquellos últimos años. Marion no se equivocaba en lo que decía. Joseph, su padre, había reaccionado a la crisis económica sacando pecho e intentando subsistir. Pero su madre se había hundido. Y con ella, se había hundido todo aquello en lo que creía.

El rumor de las palabras de Marion le hizo levantar la cabeza.

—... la depresión económica ha nivelado gran parte de la sociedad, porque la crisis afecta desde obreros manuales hasta escritores. Ahora todo el mundo sabe que son los que tenían el poder quienes nos han arruinado. Y, por primera vez, los americanos han empezado a creer en soluciones radicales.

Marion hizo una pausa. Abrió un poco la puerta del baño. Fuera no se oía nada. Pero pronto las echarían de menos. Volvió a cerrar la puerta con cautela. Sophie la observaba sin entender muy bien por qué se comportaba de esa manera. ¿Por qué se escondían?

—Vayamos al grano. Por ahora, la situación de los estudios de animación, en Hollywood y también en Nueva York, es la que acabas de descubrir. Los empresarios intentan sacar la cabeza del hoyo en el que vivimos cargando a los trabajadores los efectos de la crisis. Las condiciones laborales son pésimas. Estamos trabajando cuarenta y seis horas semanales, que pueden ser más cuando los jefes de los estudios lo consideran oportuno.

—Y nunca cobramos las horas extras.

—No hay vacaciones ni cobertura sanitaria. —Marion iba sumando agravios con los dedos—. Ni ningún tipo de pensión para cuando los trabajadores sean mayores.

Sonrió amargamente.

—Claro que esto último quizá no hace falta. ¿Quién se hace mayor en un estudio de animación? Sophie tenía los ojos muy abiertos y escuchaba con una atención reverencial a su compañera.

—Y con respecto a las mujeres..., ya lo has visto. Entré hace años en el mundo de la animación. Antes de venir a Los Ángeles lo probé en Nueva York. Tenía ilusiones y fe en mí misma. Y talento. Y preparación. Me presenté a los Fleischer para solicitar un puesto como animadora. ¿Sabes qué me contestaron?

Sophie negó con la cabeza.

—«¿Sabes preparar café?»

Marion y Sophie se quedaron en silencio. Una pensando en el pasado. La otra, tal vez, en el futuro.

Marion abrió un grifo y dejó que el ruido del agua corriente apagara sus palabras.

—La IATSE, la Asociación Internacional de Empleados Teatrales, empezó a organizarse en 1914 entre las bambalinas de Hollywood. Hoy por hoy, es el único sindicato que representa a los trabajadores del mundo del espectáculo. Pero necesitamos sindicatos de animadores que defiendan nuestros intereses reales y diferenciados. Como te decía, ahora creemos en soluciones radicales.

Hizo una pausa y aguzó el oído. Silencio. Continuó:

—Hay unos cuantos animadores bastante importantes como Ub Iwerks, Grim Natwick, Shamus Culhane y Al Eugster, que se reúnen en una cervecería de Western Avenue, en Hollywood, para organizar algo. Yo no me pierdo ninguna de estas reuniones.

Se rio y su rostro se iluminó. Sophie pensó que no la había visto nunca sonreír de aquella manera y que cuando lo hacía estaba radiante.

—Shamus dice que es el jerez lo que hace que despierte nuestra indignación y que será gracias al jerez que llegaremos a tener un buen sindicato de animadores. —Marion clavó sus ojos en Sophie—: ¿Quieres que te avise cuando nos reunamos?

Marion abrió la puerta y empezó a salir del baño. Pero, antes de hacerlo, añadió de nuevo hacia su compañera:

—Tenemos que luchar. Lo entiendes, ¿verdad?

Sophie asintió con la cabeza.

Aquella noche, al salir de los estudios, las nubes que habían tapado el sol durante todo el día se volvieron del color del plomo fundido; se agrietaron, se abrieron entre lamentos de truenos y el cielo y la tierra empezaron a llenarse de agua. El ánimo de Sophie, que había circulado por senderos oscuros durante toda la jornada, terminó de ensombrecerse. No podía dejar de pensar que no tenía ningún motivo para sentirse feliz, sino todo lo contrario. Le parecía que una neblina pegajosa se esparcía por encima de su vida y le arrancaba de cuajo la alegría de vivir.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para subir los escalones estrechos y descantillados de su casa, que ahora le parecían montañas inalcanzables. Entró en el apartamento y le pareció más pequeño y triste que nunca. Suspirando, se quitó el abrigo y el sombrero y los lanzó sobre el sofá maquinalmente. Se quitó los zapatos, que estaban mojados, y se dejó caer en el sofá sin aliento.

Oyó a Lissette, que cantaba en su habitación mientras hacía la maleta. De pronto recordó que se iba al día siguiente a San Francisco. Era la única vez al año que volvía a casa y lo hacía para pasar las Navidades con su madre, que era viuda. Ahorraba mucho para poder hacer ese viaje.

Pensó lo mucho que también le gustaría volver a casa para pasar las Navidades con su familia. Este pensamiento le hizo revivir con nitidez el temor que le había causado el hecho de alejarse de casa, del mundo que conocía. De la familia. Y al mismo tiempo, ¡qué extraño!, aquella excitación que había sentido ante la aventura de crecer.

Cerró los ojos unos segundos y se vio en el tren, cruzando los mismos campos y ríos por los que había pasado en su viaje a Los Ángeles, pero en sentido inverso. Cuando los abrió de nuevo, le pareció que despertaba de un hermoso sueño que, por un breve período de tiempo, había convertido sus preocupaciones en burbujas que se elevaban hacia el techo, se rompían y desaparecían.

¿Por qué no lo hacía?, se preguntó mientras se enroscaba en el sofá, convertida en un ovillo. ¿Por qué no regresaba a Nueva York? No solo para pasar las Navidades, sino para quedarse, para recuperar su vida y enterrar de una vez aquel sueño imposible. Sin darse cuenta, negó con la cabeza. No, no podía hacerlo. Por duro que fuese vivir lejos de casa, por muy perdida que se sintiera, por mucho que le hubiera temblado el suelo bajo los pies, una voz interior, firme e insistente, le repetía al oído, una y otra vez, que aún no era el momento de abandonar. Que estaba construyendo su futuro y que todas aquellas renunciadas, la soledad y la añoranza tenían sentido.

Esbozó una sonrisa triste. ¿Por qué se engañaba? No era solo por terquedad, quizá por orgullo, que no volvía. También era por el dinero. Por el dinero que no tenía. Porque la verdad era que en aquel momento no se podía permitir el lujo de comprar un billete de tren para Nueva York.

Sophie empezó a jugar con el puño de la manga del jersey, como hacía cuando era pequeña y no sabía cómo resolver un problema. Recordó que el dinero que le había dado su padre antes de partir se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos. ¡Y eso que había sido prudente con los gastos! Casi espartana. Y cuando ese dinero se acabó se dio cuenta de que con el sueldo que

ganaba en el estudio no llegaba a todo. Intentó reducir aún más los gastos. No la avergonzaba tener que admitir que más de una noche se habría quedado sin cenar si no hubiera sido por Lissette.

Y entonces, cuando más desesperada estaba, empezaron a llegar aquellos cheques que su padre le enviaba a principios de cada mes a través de la Western Union. No era mucho dinero, pero le salvaba la vida. Los había aceptado sin hacer preguntas, contenta de pensar que las cosas empezaban a mejorar para los suyos. Sin embargo, y aunque se moría por poder pasar las fiestas en Nueva York, era consciente de la imposibilidad de aquel viaje; no se atrevía a pedirle más dinero a su padre para comprar los billetes.

No pudo retener unas lágrimas suaves que le acariciaron las mejillas. Había aprendido a huir cada vez que presentía la presencia de la melancolía, pero aquella noche le resultaba difícil. ¡Si al menos pudiera hablar por teléfono con su padre, contarle cómo se sentía y pedirle consejo! Pero no había servicio telefónico de larga distancia entre Nueva York y la Costa Oeste. Y en las largas cartas que mandaba cada semana a su casa se abstenía de quejarse. En las cartas solo hablaba de lo maravillosa que era la vida en Los Ángeles y de cómo disfrutaba con las clases en el Chouinard y con su trabajo en el estudio.

Sophie se fue hundiendo en el sofá y en sus tormentas particulares, y empezó a sentirse llena de la añoranza de todos los recuerdos que no quería recordar. Y entonces, Lissette apareció en el salón con aquel pelo que brillaba tanto que parecía haberle robado la luz al sol, que ese día se había ausentado de la ciudad. Sus ojos de gata también centelleaban sonrientes y se movían llenos de risas traviesas.

Todo el salón se llenó de Lissette y Sophie suspiró reconfortada.

Lissette empezó desfilando delante de Sophie con el andar sinuoso de las modelos. Llevaba un abrigo precioso de gamuza de color crudo, formas rectas y cuello cerrado en forma de lazo.

—¿Qué te parece?

—Es muy bonito.

—¿Solo bonito? ¡Es precioso! Lo vi en la mejor *boutique* de Hollywood Boulevard. Es una copia perfecta.

Lissette se quitó el abrigo con cuidado. Debajo llevaba una de sus batas orientales de andar por casa.

—Es para mi madre. Tenemos las mismas medidas. Todos los años, en Navidades, le hago una pieza muy bonita: un traje, un abrigo, una chaqueta... Me dejo un dineral en los materiales. ¡Pero qué diablos!, es mi regalo de Navidad.

Mientras Lissette volvía a la habitación con el abrigo en brazos como quien carga un tesoro, Sophie pensó que su compañera de piso era una modista maravillosa. Podía copiar cualquier prenda que se propusiera con un gusto y una precisión encomiables. También era una gran persona.

Era testigo de las horas que se pasaba con las agujas entre los dedos y sabía los sacrificios que había detrás de aquel magnífico abrigo que le llevaría a su madre.

También sabía que, cuando se fuera, la ausencia de Lissette flotaría en la casa como una niebla espesa.

La voz de la chica procedente de la habitación la despertó de golpe de sus preocupaciones.

—¿Has sabido algo de Jules?

¡Jules!

Al oír aquel nombre, Sophie prefirió volver a cerrar los ojos. Los recuerdos acudieron a su memoria con presteza. Sentada en el sofá, con los párpados entornados mientras oía a Lissette canturreando en la habitación, evocó aquella noche de verano.

Julio. Había sido un día de calor infernal, capaz de fundir los adoquines y los ánimos de la gente. El sol ya descendía en el horizonte, y más allá de la pequeña ventana del apartamento, el mundo brillaba entre tonos anaranjados y malvas. Sophie estaba lavando los platos de la cena en el fregadero. De repente, un plato le resbaló de las manos, fue a parar al suelo y se hizo añicos.

—¡Oh, que estúpida que soy!

Lissette se acercó y empezó recoger los pedazos del plato mientras Sophie se volvía para ayudarla y esparcía un reguero de gotas de agua por el suelo.

—Esta noche te pasa algo —le dijo Lissette con su esplendorosa sonrisa llena de chispas traviesas mientras dejaba los trozos del plato en el fregadero.

Sophie empezó a secarse las manos. Estaba nerviosa.

—No sé a qué te refieres.

—¿No quieres contármelo? Creo que será mejor que hablemos antes de que acabes con el poco menaje de la casa.

—Bueno... —empezó Sophie, volviéndose otra vez de espaldas para evitar la mirada de Lissette—. Se trata... Se trata de Jules. Quiere que salgamos mañana por la noche.

—¡Lo sabía! ¡Te ha invitado a salir! Jules es de los que no pierden el tiempo.

Sophie se ruborizó aún más; tenía los ojos brillantes y la boca temblorosa.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿No estás ilusionada? Parece que tengas que hacer penitencia en lugar de salir con un chico atractivo como Jules. ¡Pero si te va a enseñar Los Ángeles de noche! Ya es hora de que te diviertas un poco.

Sophie se esforzó para que su voz sonara lo más natural posible. No quería que su compañera se diera cuenta de hasta qué punto la había trastornado la noticia de la cita del día siguiente.

—Lo estoy. Pero..., Lissette, es que no tengo nada que ponerme. Me refiero a algo para salir de noche. Pareceré una...

Lissette no la dejó terminar. Con un «Ah, es eso» en la boca dio media vuelta y se encerró en su habitación. Salió unos minutos después con un vestido en las manos. Era un vestido de noche. Un

precioso vestido de noche.

—Ahora vas a probarte este vestido. Lo copié de una de las *boutiques* de lujo del vestíbulo del Ambassador. Estaba expuesto en el escaparate. Ya sabes que suelo pasear a menudo por el vestíbulo del hotel. Es muy inspirador.

Colocó el traje con cuidado encima de la mesa ya limpia y se quedó observándolo.

—Era para una clienta. Un encargo. Pero no vino a recogerlo. ¡Con lo que me gasté en la tela! Sería una de esas aspirantes a estrella que están arruinadas. Era más alta que tú. Tendré que hacerle el dobladillo.

Sophie respiró profundamente. No podía quitar los ojos del vestido. Con manos nerviosas, lo cogió y fue a cambiarse frente al espejo del armario de la habitación de Lissette.

El vestido era un modelo de fiesta confeccionado con *crêpe georgette* de color azul noche. El escote era alto, con dos anchas tiras que se unían en el pecho y se cruzaban en la espalda. La falda caía con unos grandes pliegues desde la ajustada cintura.

Lissette fue al grano. Con los alfileres en la boca, se arrodilló delante de su compañera y empezó a tomar medidas para el dobladillo que debería coser.

—También tendré que ensanchar un poco las costuras de la cintura —dijo en cuanto se hubo sacado la última aguja de la boca. Se puso de pie. Observó el vestido desde todos los ángulos con una expresión totalmente concentrada.

Sophie estaba emocionada y, al mismo tiempo, nerviosa; apenas se reconocía en el espejo. Dudaba si debía aceptar salir con aquel vestido que pensaba que no estaba hecho para ella.

—Pero yo nunca he llevado un vestido como este. Es...

—Precioso, ¿verdad? Bueno, en Nueva York vestís de una manera más formal. Aquí, en Los Ángeles, es diferente, y cuando salimos de noche nos gusta sentirnos como princesas.

Lissette empezó a guardar los utensilios que había sacado para la prueba.

—¡Listo! Daría lo que fuera por ver la cara de Jules cuando te vea vestida así.

El rostro de Sophie enrojeció. Pero Lissette fingió que no se daba cuenta. Con una sonrisa de satisfacción ayudó a Sophie a quitarse el vestido.

Aquella noche se había sentido la muchacha más bonita del mundo con el esplendoroso vestido que le había prestado Lissette. Jules no había dejado de contemplarla, fascinado, como si ella fuera la única mujer de la Tierra.

Habían ido a cenar al Trocadero de Sunset Strip, que tenía unas vistas espectaculares. Después, Jules la había llevado a bailar al Coconut Grove del hotel Ambassador. El lujo del hotel impresionó a Sophie, que avanzó por el jardín lleno de lechos de flores de todos los colores con pasos vacilantes mientras se dejaba seducir por la majestuosidad del edificio de cuatro plantas. Una vez en el vestíbulo, la pareja se paseó entre las *boutiques* de donde Lissette sacaba sus creaciones. Había de todo: *boutiques* de moda, refinadas sombrererías, lujosas zapaterías,

joyerías... Todo un mundo desconocido para Sophie, que se sintió como si flotara entre aquel derroche de glamur.

Sophie y Jules bailaron juntos toda la noche. Muy juntos. Mejilla contra mejilla. Ella recordaba en especial el momento en que él le apartó un rizo que le caía sobre los ojos. Después le besó el cuello. Con suavidad. Sin prisas.

En el sofá, Sophie abrió de nuevo los ojos y la nube de recuerdos desapareció. Deseó con todas las fuerzas de su corazón joven poder regresar a ese instante, a aquellos besos, y convertirlos en eternos.

Después de la primera cita habían salido más veces. Para Sophie fue muy especial el día que la llevó en el descapotable a la playa de Santa Mónica. Le había dicho que cogiera los enseres de dibujo. Pasaron toda la tarde en la playa, dibujando, hablando, riendo. La había vuelto a besar y ella se había sentido ebria de alegría.

Sin embargo, los encuentros se habían ido espaciando, de forma que los recuerdos bonitos empezaban a secarse en el corazón de Sophie a medida que pasaba el tiempo.

¿Por qué Jules actuaba de esa manera? Ella creía que estaba enamorada. Añoraba dolorosamente su mirada y aquella sensación de la tierra balanceándose bajo sus pies cuando estaba cerca de él. Y no podía soportar aquellas ausencias que duraban semanas; ni aquellos silencios, y cómo se sentía ella, como si estuviera al borde de un acantilado que la atraía sin remedio hacia el vacío.

Cuando pensaba en los jóvenes de su edad que conocía, le parecían inmaduros. Unos niños. Jules, en cambio, era un hombre. ¿Por qué actuaban así los hombres? ¿Qué podía esperar ella de Jules? ¿Qué sentía por ella? De acuerdo, la había besado. Pero seguro que había besado antes a muchas mujeres. Le había dicho que sentía algo especial por ella. Pero todo aquello, como le repetía a menudo Lissette, no significaba absolutamente nada. Todo eso podía cambiar.

No sabía cómo comportarse. Se daba cuenta de que había un agujero negro en su alma que no podía llenar con nada desde que había conocido a Jules. No podía controlar sus emociones. Y como solo tenía a Lissette para hablar de todo eso, demasiado a menudo la mareaba con sus angustias y sus preguntas. Pero ella siempre le respondía que de los hermanos Beck no se podía esperar gran cosa. Y menos fidelidad o compromiso. Claro, ¿qué iba a decirle Lissette? Aunque no lo habría admitido nunca delante de ella, aún no se le había curado la herida que Tyler había dejado en su corazón.

Sophie exhaló un largo y profundo suspiro. Pensó que a veces sería bueno encontrar la manera de seleccionar los recuerdos según nuestros deseos. Pero los recuerdos son incontrolables y no es nada fácil borrar los que nos hacen daño. Se levantó del sofá y apoyó las muñecas en el alféizar de la ventana. El viento hacía temblar las gotas de lluvia contra el cristal. Daban la impresión de estar llorando, y también ella tuvo ganas de hacerlo. Pero se resistió. Su madre siempre decía que llorar era perder el tiempo. Quizá tenía razón y ella, ahora, tenía demasiadas cosas en que pensar. No podía perder el tiempo.

En ese momento, Lissette salió de la habitación y se quedó mirando a Sophie a los ojos antes de repetirle la pregunta:

—Dime, ¿has sabido algo de Jules?

Ella cerró los ojos y respondió:

—No.

El día de Navidad, Sophie puso la mesa con el mantel que Lissette había cosido para las ocasiones especiales y que no habían estrenado. Encendió las velas rojas que había repartido por toda la sala. Sirvió la cena que había preparado. Se sentó. Y, antes de dar el primer bocado, se levantó con tanta furia que la silla cayó al suelo entre crujidos de madera vieja, como si se quejara.

Corrió hacia la habitación de Lissette y se dejó caer en la cama entre llantos.

Y, entonces, sonó el timbre de la puerta.

Cruzaron el apartamento, tropezando con los escasos muebles, sedientos de una sed que solo se podía saciar en los labios del otro, dejando un rastro de ropa que caía rendida ante el deseo urgente. Al llegar a la habitación, Jules terminó de desabrocharle la blusa y Sophie se sintió agradecida por la oscuridad que protegía su desnudez. Pero al sentir el calor de las manos de Jules sobre su piel ya no pudo ni quiso hacer nada para evitar desplomarse en sus brazos.

Sophie le entregó todo lo que tenía: su amor, su inocencia, su futuro, mientras una ola de calor nacía en su vientre y descubría que lo que más deseaba en la vida era perderse en la oscuridad densa y misteriosa de aquellos ojos.

Después de hacer el amor siguieron abrazados en la cama, explorando poco a poco la piel del otro. Entonces Sophie supo qué significaba perderse en otros brazos y abandonarse a otro cuerpo, consciente y asustada ante la constatación de que se había mostrado como nunca lo había hecho antes y que había entregado su corazón y su alma a aquel hombre. Quizá un desconocido.

Y la soledad densa que había caminado junto a Sophie aquellos últimos meses empezó a fundirse como lo hacía el sol blanco y pálido que había iluminado sin convicción aquel día de Navidad.

Lápiz de labios

Hacía ya casi tres meses que salían juntos y, a menudo, Sophie pensaba que no sabía nada de Jules. No le hablaba nunca de su familia ni de su infancia; ni siquiera hablaba de Tyler, a quien ella aún no conocía.

Los hermanos Beck eran un misterio, y Sophie solo sabía una manera de aclararlo.

—¿Y dónde vive ahora Tyler? —le preguntó a Lissette una tarde mientras la joven cosía sentada junto a la ventana, intentando pescar la última luz del día.

—Oh, Tyler. No se queda mucho tiempo en el mismo lugar.

—¿Pero Tyler y Jules tienen una buena relación?

Lissette levantó la cabeza del trabajo y se quedó mirando a Sophie con una sonrisa juguetona en los labios.

—Jules no es muy hablador, ¿verdad?

—No, no lo es.

—Pues en esto no te podré ayudar, querida. A Tyler tampoco le gustaba hablar del pasado.

Lissette cortó con los dientes el hilo con el que estaba cosiendo un dobladillo.

—Ya debes de saber que los Beck nacieron en Laredo, en Texas.

—Sí, eso sí. ¿Pero tú sabes algo de su familia? ¿De sus padres? ¿Sabes por qué vinieron aquí los dos? ¿Por qué no hablan nunca de lo que dejaron atrás?

—No me lo preguntes. No lo sé. Solo sé que un día que Tyler había bebido...

—¿Tyler bebía?

—Bebía y bebe —respondió Lissette con los ojos clavados en la ropa y la voz quebrada.

—Fue eso lo que os separó, ¿verdad? —le preguntó Sophie con voz muy dulce, para no herirla.

Lissette iba a decir algo, pero las palabras se le atascaron en la boca y, finalmente, se echó a llorar. Sophie se levantó y fue a preparar café para las dos. Se lo tomaron sentadas delante de la ventana, muy cerca la una de la otra, mientras, afuera, la tarde se teñía de noche.

—Te conté aquella historia teatral porque aún no te conocía como ahora. Pero lo cierto es que Tyler... Yo hice lo que pude por él. Pero no es una persona que se deje ayudar —continuó explicando Lissette, atropellándose por los sollozos.

—Entonces ¿todo eso de que salía con otras chicas no era cierto?

La joven se pasó una mano por los ojos todavía húmedos y dibujó una sonrisa que acabó de llevarse los últimos restos de tristeza de su rostro.

—¡Oh, sí! ¡Esto también! Los Beck son infieles por naturaleza, querida. Todo lo que tienen de apuestas, lo tienen también de volátiles. Tyler no es capaz de ser fiel ni cinco minutos seguidos. Además, siempre ha vuelto locas a las chicas. ¡Es tan atractivo! —dijo, y se echó a reír mientras Sophie se mordía el labio inferior con los dientes. No podía evitar que lo que le estaba contando su amiga la inquietara.

—¿Cómo puedes decir eso y quedarte tan tranquila?

—¡Vamos, Sophie! El amor es un juego que no tiene reglas.

Lisette hizo una pequeña pausa. La ropa que estaba cosiendo había quedado olvidada en su regazo. La aguja descansaba.

—Además, tú no lo entiendes. Eso no fue lo peor. No nos separaron las infidelidades de Tyler. Yo sabía que, aunque saliera con otras, me quería a mí. Contra eso habría podido luchar. Pero lo otro...

Lisette clavó la mirada en la ventana delantera. Sus ojos se aguzaron hasta quedar reducidos a dos rendijas. Sophie se dio cuenta de que Lisette estaba a punto de explicarle lo que no había contado a nadie.

—Tyler arrastra una losa invisible, una gran tristeza que él intenta apagar con la bebida. Cuando está sobrio, es una persona tierna y ávida de afecto. Pero cuando bebe, emerge de él una pena agria y silenciosa. Se encierra en sí mismo y sus emociones se convierten en nieblas grises a las que nadie tiene acceso. —Y tratando de hablar con una serenidad que no tenía, añadió—: Ni siquiera yo.

Tomó aire y cambió el tono de voz, intentando reponerse del dolor que le provocaban los recuerdos.

—No sé gran cosa de la vida de los Beck en Texas; por no decir nada. Lo que sé es que, cuando llegaron a Los Ángeles, Jules encontró trabajo en Disney enseguida. Tyler es un gran dibujante. También habría podido tratar de entrar en Disney, como Jules. Pero no lo hizo, no me preguntes por qué. En cambio, empezó a trabajar como «negro» para la agencia de prensa King Feature Syndicate.

—¿Qué es eso?

—Una agencia que distribuye tiras cómicas y pasatiempos a periódicos de todo el mundo. Hay muchos dibujantes que trabajan haciendo dibujos que luego firman artistas famosos. Es un trabajo que está por debajo del talento de Tyler. Él se merece algo mejor. Creo que es eso lo que ha acabado hundiéndole.

La sala había quedado inmersa en una oscuridad apacible, apta para las confidencias.

—Sé que al llegar a Los Ángeles vivieron juntos, pero pronto se separaron. En cuanto pudo, Jules alquiló un apartamento para él solo. Y Tyler se buscó la vida hasta que nos conocimos, nos

enamoramós y nos vinimos a vivir aquí, en esta caja de zapatos destartalada que ahora es tu casa y la mía.

Sophie se sintió conmovida por aquel duelo escondido que Lissette descubría ante ella sin pudor. Le cogió las manos.

—¡Cuánto lo siento! Te he obligado a pensar en cosas dolorosas.

Lissette hizo un movimiento elegante con los dedos, como el aleteo de un pájaro. Pareció que así conseguía alejar de ella toda la tristeza.

—Y también en cosas bonitas. He amado tanto a Tyler... Siempre doy gracias a la vida por haberlo conocido.

Aquella conversación con Lissette no había logrado disipar las dudas de Sophie ni le había aclarado aquellos aspectos de la vida de Jules que tanto la intrigaban. Continuaban, pues, siendo un enigma, y los secretos no se habían movido de lugar. Claro que, pensándolo bien, se dijo Sophie, ¿quién no tenía secretos? Ella, sin ir más lejos, no había dicho nada de aquellas reuniones a las que asistía con Marion y en las que, entre cervezas y copas de vino, se hablaba del futuro de la animación.

Sí. Era verdad, concluyó; todo el mundo tiene sus secretos.

Sophie había pasado la noche en el apartamento de Jules. Lo hacía a menudo, a pesar de la vigilancia de la señora Carter, que era la encargada del inmueble y se esforzaba por imponer un estricto régimen moral a los inquilinos. Por suerte, estaba sorda como una tapia y se pasaba buena parte del día y, por supuesto, toda la noche durmiendo.

Jules vivía al sur de Hollywood Boulevard, en una calle muy tranquila que no tenía salida y estaba flanqueada por jacarandás. Era un apartamento pequeño de una sola habitación, pero estaba amueblado con gusto y no faltaban los detalles. La cocina era muy luminosa y estaba separada del salón-comedor, que tenía una terraza con bonitas vistas al jardín. Era evidente que no tenía nada que ver con la madriguera que había encima del taller grasiento donde vivía ella.

Sophie notó que el sol engañaba a sus ojos a través de las cortinas. Se levantó. Se encaminó hacia el salón, añorando el cálido contacto del pecho de Jules, la caricia de su pelo sobre la mejilla y, sobre todo, el calor de sus brazos envolviéndola.

En el salón, el sol de aquel marzo temprano empezaba a filtrarse entre las cortinas blancas y se colaba por cada rendija de las ventanas. En el jardín, los árboles estallaban llenos de brotes que anunciaban nueva vida. Sophie cerró los ojos, aspiró el perfume primaveral y se permitió sentirse plenamente feliz.

De repente, pareció recordar qué día era: 4 de marzo. El nuevo presidente, Franklin D. Roosevelt, se dirigiría pronto a la nación en su discurso de toma de posesión. Descalza, envuelta en una bata de Jules, encendió el aparato de radio del salón. Imágenes tan familiares como añoradas empezaron a recorrer su mente. En su casa, en Nueva York, la vida se vivía alrededor de

la radio. No recordaba ni una sola tarde de su infancia en que las voces que viajaban por las ondas no hubieran estado presentes en la salita de la galería como un miembro más de la familia. Subió el volumen y fue a la cocina para preparar el desayuno con la sensación de que le faltaba el aire y de que su corazón echaría a volar de un momento a otro. ¡Cómo añoraba aquellos pequeños pedazos de felicidad!

Tenemos que devolver a este templo sus antiguos valores. La magnitud de la recuperación depende de la medida en que apliquemos valores sociales más nobles que el mero beneficio económico. La felicidad no radica en la mera posesión de dinero, sino en la satisfacción del logro, en la emoción del esfuerzo creativo. La satisfacción y el estímulo moral del trabajo no deben volver a olvidarse nunca más por la persecución irreflexiva de beneficios fugaces...

La voz se extinguió de golpe tras un clic repentino. Sophie salió de la cocina, sorprendida. Jules había apagado la radio. Iba descalzo como ella, despeinado, y con unas sombras oscuras bajo los ojos que evidenciaban una noche poco dormida. Sophie se acercó con pasos breves, se enredó entre sus brazos y dejó que la atrajera hacia su pecho con un gesto de posesión.

—Me has embrujado. ¿Estás contenta?

Jules le acarició un mechón de pelo suave que le caía sobre los ojos antes de colocárselo detrás de la oreja. La sonrisa transformó la cara de Sophie e iluminó su mirada ensoñada. Sintió la necesidad de pegarse más a Jules, de formar con él un solo cuerpo.

—Sí, estoy contenta. Pero, dime, no volverás a desaparecer, ¿verdad? —Su voz se convirtió en un susurro—. Llegué a echarte tanto de menos que pensaba que mi corazón se haría añicos.

Jules la besó en los labios. Un beso leve, volátil y fugaz. Tierno. Un beso eterno.

—Ya te lo he dicho muchas veces. Tenía miedo. Miedo de que pasara esto.

—¿Qué? —preguntó Sophie, mirándole a los ojos con candor.

—Ya sabes «qué». Solo quieres volver a oírlo. Eres una criatura consentida.

—Sí. Quiero volver a oírlo.

—Tenía miedo de que me embrujaras, de que te convirtieras en la dueña de mi voluntad.

Una cálida sonrisa se encaramó por el cuello de Sophie y acabó instalándose en sus labios a placer. Cerró los ojos y dejó que el aliento cálido de Jules le acariciara la piel. Él se deshizo del abrazo, le dio un beso en la punta de la nariz y se dirigió a la cocina rascándose la cabeza.

—Me muero de hambre.

—He preparado el desayuno.

En un segundo, Sophie puso la mesa y sirvió café, tostadas y huevos revueltos. Con un gesto de la cabeza, señaló el aparato de radio que seguía mudo en el rincón.

—¿No crees que es esperanzador? —preguntó, cogiendo una tostada y untándola con mantequilla.

—¿Qué?

—Lo que dice Roosevelt. Cómo habla. El mensaje que transmite. Es lo que el país necesita. ¿Sabes?, yo le creo.

Jules Beck se encogió de hombros mientras atacaba los huevos sin miramientos.

—Lo único que sé es que llego tarde a los estudios —dijo con la boca llena.

De repente, a Sophie le desapareció la sonrisa de los labios mientras pensaba que su futuro era como un punto negro en el horizonte. No podía evitar que la sombra oscura de la envidia se proyectara en su mirada cuando pensaba en el trabajo de Jules en Walt Disney Studios. La invadió el remordimiento. Aquel sentimiento le arrugaba el corazón y la hacía sentirse mezquina. Le hubiera gustado poder hablar con él sin rodeos, descargarse de aquella sensación. Pero le daba miedo sincerarse sin parecer una envidiosa, una chiflada.

Era evidente, sin embargo, que mientras ella se dejaba el alma y las ilusiones pintando *cells* en unos pequeños estudios que se esforzaban por mantenerse a flote en medio de la tormenta, Jules crecía como animador a medida que lo hacían los sueños de Walt. Lo había comprobado la última vez que había ido a recogerlo a los estudios, hacía tal vez un par de semanas. Todo había cambiado mucho en el 2719 de Hyperion Avenue. Se habían añadido nuevos espacios al edificio blanco y pequeño que había junto a la gasolinera. Los animadores trabajaban en un nuevo anexo y las chicas de Tinta y Pintura ocupaban todo el edificio original. En la azotea brillaba un gran cartel azul y rojo desde donde Mickey Mouse daba la bienvenida a los visitantes. Jules le había comentado que Walt tenía un enorme despacho en el nuevo edificio de los animadores. Los estudios estaban creciendo. Ahora trabajaban allí más de cien personas, y Sophie se preguntaba una y otra vez por qué no podía ser una de ellas.

Lo cierto es que Walt Disney Studios era un ente vivo y en continua expansión. El éxito de Mickey había eclipsado, incluso, a producciones tan exitosas como *Felix the Cat* y había hecho posible el rescate de algunas compañías de la ruina económica en las profundidades de la Gran Depresión. No solo el éxito de Mickey Mouse era el responsable de lo que pasaba en los estudios; también lo era, sin duda, la genialidad de Walt Disney, a quien ya no le bastaba con hacer que los dibujos se movieran, sino que quería que explicaran historias llenas de sentimientos humanos. Con este fin había creado un departamento de Guion y había contratado artistas de guion gráfico que desarrollaban las tramas de los nuevos cortos, como ese en el que Jules estaba trabajando en aquellos momentos como animador: *Three Little Pigs*.

Había sido Lillian, la mujer de Walt, quien había tenido la idea de hacer un corto animado basado en aquella fábula tradicional. Walt se mostró enseguida entusiasmado con la idea, pero le costó seis meses convencer a sus equipos para empezar a trabajar en el proyecto. Quien más quien menos pensaba que una historia con solo cuatro personajes no podría funcionar. Pero Walt creía en ella, y se volcó en el corto en el que el color, por primera vez, formaría parte de la historia y sería la gran novedad.

Sin duda, pensó Sophie, algo estaba cambiando en la animación. Y era en Walt Disney Studios donde se cocinaban todos los cambios.

—De hecho, no sé quién se cree que es...

Sophie se quedó mirando a Jules y los pensamientos que llenaban su mente se le rompieron en pedazos irre recuperables. Se dio cuenta de que no había escuchado ni una palabra de lo que Jules le había dicho.

—¿Quién? —susurró Sophie como despertando de un sueño. Tenía el codo hincado en la mesa y la barbilla apoyada en el puño. Sus pensamientos habían volado lejos.

—¿No me estabas escuchando? —le preguntó Jules levantándose de la silla y clavándole los ojos con expresión de reproche.

—¡Por supuesto, amor mío! —respondió Sophie, y volvió a llenarse la taza de café mientras intentaba recuperar el hilo de la conversación.

—Te aseguro que Art Babbitt es de esa clase de tipos que no pueden vivir sin dar lecciones a los demás. Se cree que lo sabe todo. Se dedica a llenar todas las paredes de hojas con propuestas de personajes e ideas de gags que le parecen divertidísimos y no se pierde ni una de las reuniones de la *story room*, como si su presencia en todo el proceso de producción fuera imprescindible.

Jules se pasó los dedos abiertos por el pelo y empezó a dar vueltas por el salón. Siguió hablando mientras buscaba casi desesperadamente un paquete de tabaco.

—Trabajar a su lado me resulta más difícil cada día que pasa. No le soporto.

—¿Art Babbitt? —preguntó Sophie, buscando ese nombre en la memoria. Pero no lo encontró. Era la primera vez que Jules le hablaba de él, y se quedó sorprendida por el desprecio con que lo hacía.

Jules localizó un paquete de cigarrillos medio escondido entre los cojines del sofá. Los dejaba siempre por todas partes. Encendió uno, inhaló el humo y lo exhaló en un soplo brusco mientras entraba en la habitación para vestirse con los ojos medio cerrados detrás de una cortina de humo. Sophie se quedó sentada, tomando inadvertidamente tragos de la taza de café y pensando en todo lo que daría por poder trabajar como lo hacía ese Art Babbitt a quien Jules parecía odiar.

—Recuerda que esta noche no podremos vernos. Tengo una cena —le dijo Jules cuando salió de la habitación vestido y arreglado, mientras le dejaba en la mejilla el roce de un beso, se ponía el sombrero y se marchaba apresurado.

—De acuerdo —respondió Sophie sin dejar de masticar sus propios pensamientos.

Para todo el mundo que no fuera Jules Beck, Art Babbitt era un personaje fascinante e ineludible.

Babbitt vivía solo en una extensa villa situada en Tuxedo Terrace. La casa tenía tres dormitorios, chimenea y una evidente escasez de muebles, que parecían haber sido sustituidos por un buen número de cojines repartidos por el suelo. La decoración no era una preocupación para un joven soltero como él.

Aquella noche, Art veía las filmaciones del partido de béisbol en compañía de Martin Locke, un animador también proveniente de Nueva York, que se había incorporado a los estudios hacía

menos de un año.

Las botellas de cerveza llenaban el suelo y hacían compañía a varios platos con restos de comida. Art y Martin observaban con atención las imágenes equipados con blocs de dibujo y lápices.

—¿Te has fijado en los movimientos del lanzador? Hay una fase de anticipación con un movimiento de elevación —constató Art señalando una de las imágenes con el lápiz mientras con la otra mano apretaba el botón de cámara lenta del proyector.

Martin, con trazos firmes y precisos, silencioso y volcado en el trabajo, intentaba fijar en el papel el movimiento señalado.

Art continuó:

—En este momento empiezan los movimientos articulares en todo el cuerpo, ¿te has fijado?

—Sí.

—¡Mira, ahora! Flexión de cadera, pierna hacia arriba y flexión de la rodilla.

Art hizo un boceto rápido de la posición del lanzador.

—En esta fase no hay un gran esfuerzo muscular —concluyó Martin, y dejó el bloc y el lápiz en el suelo, cogió la botella de cerveza que tenía más cerca y tomó un trago largo.

Art también se relajó. Apagó el proyector.

—Es interesante dibujar a partir de montajes de acciones reales.

—Es como debería trabajar todo el mundo, Martin. Hace tiempo que filmo el modo de caminar de la gente por la calle, de correr, de saltar...

Art también apuró la botella de cerveza. Se levantó y se dirigió hacia la cocina. Salió con otra cerveza más en cada mano. Le ofreció una a Martin y se tumbó de nuevo en la blanda comodidad de los cojines.

—Pero creo que deberíamos ir más allá.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo? —preguntó Martin, muy interesado.

—He pensado que deberíamos hacer algo más para la formación de los artistas del estudio.

Clases.

—¿Clases?

—Sí. De dibujo al natural. El arte superior, ¿lo entiendes?

—¿Pero cómo? ¿Dónde?

Art Babbitt sonrió de aquella manera traviesa que le era tan propia.

—Pues con una modelo, claro. Y aquí mismo, en mi casa. Ya lo tengo medio atado.

Sophie cogió un cigarrillo del paquete que Jules había dejado encima de la mesa. Lo encendió y fumó por primera vez en su vida. El sabor del tabaco le pareció horrible y la hizo toser como una loca. Pero se obligó a terminárselo.

Tenía aquel sábado libre. Los Graphics Studios estaban en franco declive, heridos de muerte no

solo por la crisis económica, sino también por el creciente éxito de las producciones de Disney. Algunos días no había trabajo. Era el caso de aquel sábado tan esperanzador para la nación, pero que a Sophie, enredada en sus oscuros pensamientos, se le había vuelto amargo como el café recalentado que tenía en la taza.

Había quedado con Marion para asistir a una de las reuniones de animadores en la cervecería de Western Avenue. Había conocido a gente interesante y salía bastante animada, aunque ella desempeñaba allí un papel muy pasivo, de simple espectadora. Aun así, le gustaba escuchar a los animadores veteranos que hacía años que trabajaban en ese oficio, así como a la gente que, como ella misma, se sentía encerrada en trabajos poco reconocidos y mal retribuidos. Aquellas asambleas la ayudaban a reflexionar y le abrían una puerta a la esperanza. Marion tenía razón cuando decía que no podían resignarse, que debían luchar. Además, aquellas reuniones eran su secreto. Y tener un secreto le hacía sentir mariposas en el estómago.

La perspectiva de la reunión la animó un poco. Consultó la hora. Tenía tiempo de sobra. Se dispuso a ordenar el apartamento, tarareando en voz baja «Some of These Days», de Bing Crosby, que no paraba de sonar en la radio. Recogió la mesa, limpió la cocina e hizo la cama. Luego se vistió y fue a arreglarse.

Entró en el cuarto de baño con la bolsa de mano. Llevaba lo esencial: el cepillo de dientes, el dentífrico y la crema de manos. Pero enseguida comprobó que se había olvidado el cepillo del pelo en casa. Pensó en la incomodidad de aquel continuo ir y venir de un apartamento a otro mientras revolvía los cajones del armario del baño de Jules buscando un peine con el que poner orden en sus rebeldes rizos. Y entonces lo descubrió: un lápiz de labios de color rojo coral. Los labios carnosos y encendidos de Carol azotaron su memoria.

Sophie masticó el silencio mientras buscaba una respuesta. Tenía el lápiz de labios en la mano y sus ojos grises clavados en aquel rojo insultante como un pecado.

Dejó la barra de labios donde la había encontrado. Salió del baño y se dirigió al salón. Se sentó. Se reclinó en el respaldo de la silla con una expresión oscura mientras las palabras que le había dicho Lissette resonaban en sus oídos: «Los Beck son infieles por naturaleza, querida».

De repente, empezó a sentir un frío intenso y un irreprimible deseo de huir. Cogió sus cosas, cruzó el salón a grandes zancadas y se marchó dando un portazo, llevándose con ella aquel nudo en el pecho que se convirtió en un llanto amargo en cuanto pisó la calle.

Aquel día primaveral había dado paso al fresco de una tarde de marzo. Sophie volvió a casa. Subió la escalera mugrienta. Abrió la puerta. Se dejó caer en el sofá, se llevó las rodillas al pecho y se abrazó con fuerza.

Unas risas atravesaron la fina pared que separaba el salón de la habitación de Lissette. Voces. Una voz de hombre y un susurro femenino que acababa en una carcajada juguetona. Y al cabo de unos minutos, o lo que a Sophie le parecieron unos minutos, las voces y las risas se materializaron

ante ella. El rostro radiante de Lissette la observaba con curiosidad. Llevaba el pelo un poco despeinado y los ojos verdes le sonreían empañados. Detrás de Lissette, desnudo de cintura para arriba, un joven delgado, alto, moreno y escandalosamente atractivo la observaba con unos ojos negros y profundos que eran calcados a los de Jules, pero de mirada mucho más turbia.

—Sophie, este es...

—Hola, Tyler —lo saludó ella, adivinando quién era sin necesidad de presentaciones.

Y se quedaron los tres sin saber qué decir, hasta que el chico se inventó una excusa, fue a vestirse y se marchó.

Cuando Tyler las dejó solas, Lissette preparó una cafetera y puso una caja de pastelitos de mantequilla encima de la mesa. Sophie descargó sus sospechas sobre su amiga.

—Solo has encontrado un lápiz de labios rojo entre las cosas de Jules. Eso no significa nada —le dijo después de escucharla.

—¿Ah, no?

—No. Creo que estás exagerando. No pensarás que eres la primera mujer en la vida de Jules. El lápiz de labios puede llevar meses, años en ese cajón.

Sophie no lo había pensado. Ella solo pensaba en los labios rojos de Carol. Negó con la cabeza.

—Estoy segura de que me engaña.

Lissette llenó dos tazas de café y mordió con glotonería un pastelito. La volvían loca.

—Es muy posible —dijo.

—Pero...

—Te avisé. Te lo dije. Los hermanos Beck son como son. Ninguna mujer les cambiará. Ni tú ni yo. Nadie.

—¡Voy a dejarle!

La voz de Lissette se volvió rotunda y áspera. A Sophie le pareció una voz desconocida:

—Déjale, si crees que debes hacerlo. Déjale si no quieres meterte en una ratonera de la que te parece que nunca más vas a salir. Devuélvele las llaves del apartamento y no le abras la puerta de casa cuando vuelva suplicando. Hazlo, ahora que puedes. Hazlo, si crees que puedes hacerlo. Si estás segura de ello.

Los ojos de color hierba joven de Lissette se habían oscurecido. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas hasta alcanzar los labios, que ahora habían perdido su eterna sonrisa.

—Y si no puedes hacer nada de esto, haz como yo. Y prepárate para luchar sola contra ese monstruo depredador que es el amor.

Sophie se levantó y se abrazó a Lissette.

Lloraron juntas mientras el país, aquel sábado 4 de marzo de 1933, celebraba con esperanza creciente que tenía un nuevo presidente.

La locura de Disney

Hollywood experimentaba la fiebre de los sindicatos. Era el resultado lógico de varios factores, como las reivindicaciones no resueltas de los trabajadores de la industria cinematográfica: contratos laborales estrictos, despidos en Navidad y nuevos contratos en Año Nuevo para evitar pagar las vacaciones navideñas, recortes salariales y un largo etcétera.

El cine sonoro había llevado a Hollywood a una gran cantidad de artistas neoyorquinos ya sindicalizados que habían impregnado los estudios cinematográficos de la Costa Oeste de ideas nuevas. Todo el mundo sabía que cuando Greta Garbo llegó a Hollywood había dicho que la situación laboral que se vivía allí «era la cosa más cercana a la esclavitud nunca vista».

Por otra parte, la derogación de la ley seca por parte del presidente Roosevelt había motivado que su popularidad aumentara muchos puntos, pero al mismo tiempo provocó que una generación de delincuentes que habían centrado sus negocios en el contrabando de bebidas alcohólicas tuvieran que buscar nuevos caminos para poder llenarse los bolsillos.

Willie Bioff era un contrabandista y proxeneta de Chicago, un mafioso de poca monta hasta que conoció a George Brown, otro mafioso que era el líder local de la IATSE en Chicago. La IATSE era el mayor sindicato del espectáculo, el de más larga trayectoria y el que aglutinaba a un mayor número de afiliados. Los dos mafiosos aprovecharon la posición de Brown en el sindicato para amenazar a los propietarios de las salas de cine con llevar a los proyeccionistas a una huelga salvaje si no pagaban para evitarlo. Sabían muy bien que los propietarios preferirían engrosar sus bolsillos que arriesgarse a una huelga. Eso les costaría mucho más. Decenas de miles de dólares más, para ser exactos.

Acababan de descubrir la gallina de los huevos de oro. El sindicato IATSE era el lugar perfecto desde donde extorsionar y chantajear a los profesionales del espectáculo. Al Capone se enteró del negocio que Bioff y Brown se traían entre manos y quiso una parte del pastel. En concreto, las dos terceras partes del pastel. A cambio, los protegería y promovería a Brown como jefe nacional de la IATSE. A continuación, Bioff se convirtió en su representante en la Costa Oeste.

Con Capone cubriéndoles las espaldas, los dos mafiosos siguieron haciendo lo que sabían hacer: extorsionar a propietarios de salas de cine, pero ahora a una escala mucho mayor.

Bioff se labró una reputación en Hollywood como líder de un sindicato que día a día era más corrupto. El negocio continuaba sin muchos obstáculos. Envalentonado, Bioff abordó enseguida directamente a los jefes de estudio para ofrecerles blindar al personal ante el riesgo de huelgas a cambio de cantidades astronómicas. Se encontró con un terreno abonado a sus intereses, porque los empresarios y la propia Academia se habían puesto en alerta ante la incipiente sindicalización del sector. Primero fueron las amenazas de despidos y las listas negras. Y cuando eso no funcionó, la patronal tendió la mano a mafiosos como Bioff para que fueran quienes les hicieran el trabajo sucio. La forma en que lo hacían no parecía importarles demasiado. De este modo, Bioff y Brown lograron el control absoluto sobre técnicos de sonido, cámaras, carpinteros de decorado y operadores de luz, y mantenían a los estudios libres de huelgas por medio del soborno: cincuenta mil dólares por estudio y año era el precio que había que pagar.

Poco se podía hacer contra este estado de cosas. Tommy Maloy, de la IATSE de Chicago, pagó con su vida haber denunciado a Capone y a sus hombres infiltrados en el sindicato. Otros con más suerte fueron suspendidos y expulsados por haber intentado protestar. Era evidente que los altos directivos de los estudios cinematográficos de Hollywood preferían tratar con criminales que con sus propios empleados.

A finales de mayo de 1933 se estrenó el corto *Three Little Pigs*, y una de las canciones de la película, «Who's Afraid of the Big Bad Wolf?», se convirtió en una especie de himno de la feroz depresión.

Jules y Sophie estaban poniendo la mesa para cenar delante del jardín, con las puertas de la terraza abiertas de par en par. A pesar de que la tarde decaía, el sol seguía calentando con fuerza. Pasaban por unos días de calor bochornoso, más propio del mes de julio que de finales de primavera.

Sophie no había olvidado el rojo brillante e ignominioso del maldito lápiz de labios. La incipiente herida en su corazón no acababa de cerrarse, aunque con el paso de los días se había ido convenciendo de que había exagerado todo aquel asunto. Y aunque las sospechas no desaparecían de buenas a primeras, intentaba ignorarlas cuando estaba con Jules porque, en caso contrario, le habría resultado muy difícil seguir a su lado. Y ella, por encima de todo, quería seguir al lado de Jules. Él sabía hacer que su cuerpo se estremeciera de placer cuando estaban juntos; y cuando la amaba y se entregaba a ella, Sophie experimentaba un gozo tan punzante que casi le resultaba doloroso.

Aquella noche, además, él había desplegado su lado más encantador. Los ojos le brillaban con un destello lleno de complicidades. Había comprado unos exquisitos manjares que pensaba acompañar con una botella de un cabernet de Rutherford, un excelente vino de los viñedos del valle de Napa, en la costa norte de California. Encontrar un vino como aquel aún resultaba difícil y se convertía en un capricho muy caro, si se tenía en cuenta que la ley seca acababa de derogarse

y que durante su período de vigencia había arrasado con la producción de vinos. En aquellos momentos solo había unas ciento cuarenta bodegas funcionando en todo el estado, con una producción limitadísima.

El vino alegró el corazón de Sophie y la ayudó a disfrutar de aquella cálida y preciosa noche y a ahuyentar todos los fantasmas.

Brindaron por el éxito de la película.

—En los estudios se dice que a los distribuidores de Nueva York no les ha gustado el corto — comentó Jules sin perder para nada el buen humor, con el sabor del primer trago de aquel fantástico vino bailando en sus labios.

Cerró los ojos mientras bebía de nuevo. Sophie lo imitó. El vino hacía que sus mejillas se tiñeran de un delicado color rosado.

—De hecho, creo que Walt es muy consciente de que un corto con solo cuatro personajes es difícil de vender. Pero nunca lo hemos visto preocupado por ello. Está seguro del éxito.

Sophie sonrió. Las imágenes de la proyección a la que había asistido hacía pocos días aún seguían bailando en su cabeza. Se ensortijó un rizo con el dedo.

—¡Habéis hecho un trabajo fantástico, Jules! Creo que la película tiene mucha personalidad. Cada personaje es una obra maestra. Los dos cerditos músicos son gorditos y de pies ligeros, y el hermano es el más práctico. Agudiza su ingenio para salvarlos — comentó, risueña como una niña.

—Y el lobo — añadió Jules —, tan feo y tan malo...

Se miraron y la primera estrofa de «Who's Afraid of the Big Bad Wolf?» surgió de sus labios. Se echaron a reír. Jules le cogió la mano por encima de la mesa y ella volvió a sentir esa especie de vértigo que la embriagaba cuando lo tenía tan cerca. Parecía como si el vino les hubiera contagiado con sus notas intensas y persistentes.

Comieron un rato en silencio hasta que Sophie sacó el tema del que había oído hablar en las reuniones a las que asistía con Marion como una de las reivindicaciones pendientes de los animadores.

—No entiendo por qué ninguno de vuestros nombres aparece en los créditos: ni el tuyo, ni el de Art Babbitt ni el del resto de los animadores; ni siquiera el de Burt Gillett, el director.

El gesto hasta ahora afable de Jules se torció y le lanzó una mirada afilada. No era la primera vez que ella observaba en él ese tipo de reacciones. Hizo un esfuerzo por tratar de adivinar qué había podido ofenderlo: ¿quizá la constatación de ese anonimato que los estudios les imponían? ¿O la mención de Babbitt, a quien no profesaba el más mínimo afecto? No lo sabía. Pero Jules se había encerrado en un silencio lleno de agujas.

Finalmente, seco, con aspereza, dijo:

—Eso no tiene ninguna importancia. La película es una creación de Walt Disney Studios, ¿verdad? Eso es lo que aparece en los créditos y nos incluye a todos.

—Yo creo...

Jules se levantó con la copa en la mano y salió a la terraza. La había dejado con la palabra en

la boca y con una angustia en el pecho que se repetiría muchas más veces. Sophie sintió en su interior el deseo imperioso de desaparecer.

Aquella mañana de principios de junio hacía un calor pegajoso y el sol era como una mano ardiente que acariciaba los hombros de la gente. Pero Sophie no parecía notarlo, porque cuando se concentraba en una tarea todo lo que la rodeaba desaparecía tras una nube que la separaba del mundo real. Y en aquel momento, esa nube se cernía encima de la conferencia sobre la anatomía del caballo que tenía lugar en el exterior del edificio del Chouinard, en un gran espacio abierto donde se impartían muchas clases al aire libre. Los alumnos, equipados con los enseres de dibujo y los caballetes, habían formado un círculo alrededor del animal, un soberbio ejemplar blanco con manchas negras que sujetaba la conferenciante. Sophie seguía teniendo una clara preferencia por la representación del mundo animal, que le venía de pequeña y de sus interminables visitas al zoo de Central Park de la mano de su padre.

La clase estaba a punto de finalizar cuando dos hombres se acercaron al grupo y se quedaron en un segundo plano, escuchando en silencio. La profesora saludó a uno de ellos como si fuera un viejo conocido. Antes de dar la conferencia por terminada, se dirigió a los asistentes:

—Hoy ha venido a visitarnos un antiguo alumno de esta escuela. Es un placer presentarles al señor Hardie Gramatky, un reconocido acuarelista, y a su acompañante..., el señor Art Babbitt, animador de Walt Disney Studios.

Al oír aquel nombre, Sophie levantó la cabeza como si la hubiera impulsado un resorte y el cuaderno de apuntes que tenía en su regazo se le cayó al suelo.

Esperó a que los dos hombres se despidieran de la profesora para acercarse a Art Babbitt.

—¿Señor Babbitt?

Art se volvió y clavó con intensidad aquellos ojos grandes y redondos en la joven, que notó cómo un intenso rubor invadía sus mejillas.

—¿Señorita...?

—Simmons. Sophie Simmons.

Art le tendió la mano mientras desplegaba, sin disimular, toda la batería de sus artes de seducción.

—Yo..., verá, he oído hablar mucho de usted.

—Supongo que bien —dijo Art, echándose a reír.

Sophie se quedó mirándolo sin saber qué decir. Esbozó una sonrisa cohibida.

Al cabo de media hora, ambos se despedían en la puerta del instituto de arte. En ese breve período de tiempo, Art Babbitt se había enterado de que Sophie había nacido en el Upper West Side, que había llegado a Los Ángeles persiguiendo un sueño que de momento no se había cumplido, que estudiaba en el Chouinard con una beca y que estaba hecha toda una experta en la anatomía de los animales.

Por su parte, Sophie sabía que el objetivo de aquella visita de Babbitt al Chouinard era contratar una modelo y empezar a dar clases de dibujo al natural a los compañeros del estudio que estuvieran interesados. Y que, por ese motivo, había pedido ayuda a su amigo Hardie Gramatky, que lo había introducido en el instituto de arte por su condición de antiguo alumno.

—¡Me parece una idea fabulosa! —había exclamado Sophie al conocer las intenciones de Art Babbitt.

—No creo que seamos muchos. Todo el mundo tiene cosas que hacer después del trabajo.

—¿Y dónde se impartirán las clases? ¿En los estudios?

—No. Esto es una iniciativa mía. El dinero de la modelo lo pagaré de mi bolsillo y las clases las daremos en el salón de mi casa.

Se sacó un papel y un lápiz del bolsillo de la fina americana de lino.

—Esta es mi dirección, señorita Simmons. Tal vez usted ya esté cansada de clases de dibujo al natural, pero está invitada. Hemos quedado con la modelo esta misma tarde, a las siete. ¿Vendrá?

Sophie cogió el papel que le ofrecía y afirmó con la cabeza.

—Estaré encantada, señor Babbitt.

—Art —puntualizó él mientras se llevaba dos dedos a la sien y le guiñaba el ojo a modo de despedida.

A Sophie le pareció que sus pies no tocaban el suelo. Aunque era cierto que quizá aquellas clases de dibujo al natural no le hacían mucha falta, asistir a ellas junto a animadores de Walt Disney Studios era otra cosa. Además, Art Babbitt le había parecido encantador, aunque le daba un poco de respeto. Era de esa clase de personas, pensaba, junto a las que uno se siente más pequeño. No acababa de entender por qué Jules hablaba de él con tanto desprecio. Tal vez debería preguntárselo.

O tal vez no.

Aquella noche, Babbitt había invitado a Martin y a un par de compañeros de su departamento a la primera clase de dibujo al natural en su casa. Se sorprendió mucho cuando se presentaron los siete animadores del departamento.

Sophie fue, en aquella ocasión, la única chica y asistente a la clase que no trabajaba en los estudios. Un Babbitt pletórico por el éxito de la convocatoria le presentó a cada uno de los animadores y le rogó que lo ayudara en la dinámica de la clase, ya que él no pretendía hacer de profesor y ella tenía experiencia en ese tipo de sesiones como alumna del Chouinard.

Fue una velada muy enriquecedora para Sophie. Por primera vez desde su llegada a Los Ángeles se sintió una más entre aquellos profesionales entusiastas. Y, además, pudo transmitirles parte de su experiencia como alumna de arte.

Con el tiempo, el recuerdo de aquella primera sesión en casa de Art Babbitt se uniría al del conocimiento de Martin Locke, aquel joven espigado, de pelo siempre revuelto y labios gruesos,

casi infantiles, que dibujaba la vida que nunca dejaba de observar con sus ojos lánguidos de color miel.

El boca a boca hizo su trabajo y al cabo de un mes ya había más de veinte personas en el salón de Art Babbitt esforzándose por conseguir un buen dibujo al natural.

En septiembre, Walt Disney descubrió que sus artistas pasaban el rato en casa de Babbitt dibujando mujeres desnudas y creyó oportuno trasladar las clases al estudio para que nadie pudiera malinterpretar aquellas reuniones. Dejó a Babbitt la logística: él se encargaría de buscar a las modelos, de asegurarlas y de encontrar a un profesor para sacar más provecho a las clases. Fue así como a principios de otoño, Walt Disney Studios empezó a ofrecer clases de dibujo al natural a todos los artistas de la casa que quisieran apuntarse. Se empezaron a impartir en el escenario de sonido después de que los actores y músicos se hubieran ido. Don Graham fue contratado como profesor.

Para Sophie, estos cambios significaron el fin de una etapa muy feliz. Por supuesto, se alegraba de que la iniciativa de Babbitt hubiera tenido tan buena acogida, pero las clases quedaban restringidas, a partir de ese momento, al personal de los estudios. Y aquellas puertas aún permanecían cerradas para ella.

También fue en septiembre, muy pocos días antes de volver a empezar las clases, cuando los Graphics Studios cerraron sus puertas definitivamente. Sophie se quedó en la calle, aunque era un descalabro anunciado que no la sorprendió demasiado. Si no hubiera sido por el sueldo exiguo que tanto necesitaba, no habría lamentado perder ese trabajo, porque no se sentía nada a gusto. Las producciones del estudio habían ido disminuyendo en calidad artística, les debían semanas de sueldo y ella vivía en una angustia continua. Su sueño parecía diluirse y anunciar un futuro incierto.

Como siempre, Lissette apoyó a su compañera de piso en aquellos momentos de crisis.

—¿Qué voy a hacer, Lissette? ¿Vivir del aire del cielo?

—No te preocupes antes de tiempo. Tienes una beca, por los estudios no debes preocuparte. Puedes continuar con las clases.

Sophie sintió una especie de ahogo que la obligó a respirar hondo.

—Sí, pero los materiales son caros. No puedo pedir dinero a mis padres. No podré ni pagar el alquiler.

—No pienses ahora en eso. Tengo unos ahorros y los podemos estirar unos meses. Y un plato de comida no te faltará en la mesa.

A Sophie le ardían los ojos de las lágrimas que se forzaba a no derramar.

—Eres la mejor amiga que he tenido nunca. La mejor persona que he conocido. Pero sabes a ciencia cierta que no podemos vivir ambas con un solo sueldo. ¿Y quién encuentra trabajo ahora, tal como están las cosas?

La sonrisa se ausentó unos segundos de los ojos de Lissette. A Sophie le dio la impresión de que una nube había pasado por encima de un paisaje soleado. Al fin, la joven cogió un paquete de tabaco que tenía en el bolsillo de la bata, sacó dos cigarrillos y los encendió. Ofreció uno a Sophie.

—Podemos pasar un mes o dos antes de tomar una decisión drástica. La esperanza es lo último que debemos perder.

Entrecerró los ojos para dar una profunda calada. Sophie tenía los ojos clavados en el humo del cigarrillo. Le pareció que le temblaban las manos.

—Piensa en la gente que conoces. En los profesores del Chouinard. ¡En Jules! Corre la voz. Encontrarás quien te ayude.

—Claro...

—Yo hablaré con Tyler. Quizá necesiten más dibujantes donde trabaja.

Sophie se la quedó mirando. Dio la última calada al cigarrillo y expulsó el humo con parsimonia. El sabor del tabaco no le gustaba mucho, pero tenía que reconocer que fumar la relajaba.

Lissette se puso a coser. Con la ropa reposando en su regazo y la aguja bien cogida entre los dedos, a Sophie le pareció que emergía de ella una especie de bondad especial que nacía en sus ojos y que le enviaba serenidad y confianza. Era una suerte haberla encontrado, pensó. Y estuvo absolutamente segura de ello cuando, menos de una semana después, Lissette le dio aquella gran noticia:

—Una clienta que ha venido a probarse ropa esta tarde me ha dicho que acaba de dejar el trabajo de dependienta en la librería Fowler's porque se va de Los Ángeles. Ve mañana mismo. Quizá tengamos suerte y te contraten.

En aquellos años, desde Westlake Park hasta Hill Street, había muchas librerías especializadas en temas variados. Además de Fowler's eran muy conocidas Dawson's, Zeitlin's y Parker's. Sophie las había recorrido todas.

Se presentó en Fowler's a la mañana siguiente y consiguió el empleo de dependienta. Como el negocio tampoco pasaba por su mejor momento, incluso se avinieron a que trabajara solo media jornada. Todo un golpe de suerte en aquellos momentos en que todo el mundo perdía su trabajo.

Cuando salió de la librería, la vieja puerta de madera chirrió una canción esperanzada. Sophie sabía que aquel trabajo no sería peor que el de los estudios y, de hecho, estaba mejor pagado.

Podría seguir en Los Ángeles y con las clases en el Chouinard.

Podría seguir viviendo con Lissette.

Podía seguir soñando.

El camino de los sueños es largo.

Y empinado.

A veces, demasiado.

Había pasado un año. Sophie estaba a punto de empezar el tercer y último curso en el instituto de arte y experimentaba la alegría del retorno a las aulas, mezclada, no obstante, con una cierta sensación de derrota. Tal como iban las cosas, y aunque mantenía el trabajo en la librería, empezaba a tener claro que tampoco ese año podría ahorrar para viajar a Nueva York para ver a su familia.

A menudo se enrocaba en pensamientos melancólicos. Imaginaba que pasarían los días, los meses y los años, y ella sería incapaz de resolver su vida, de alcanzar sus objetivos. ¡Cómo echaba de menos aquel oasis que habían sido las clases al natural en el salón de Art Babbitt! El ambiente que se respiraba allí le hacía pensar que era una más entre aquellos artistas entusiastas y entregados.

También se habían acabado las reuniones clandestinas en Western Avenue. Aunque durante un corto período de tiempo pareció que la asistencia aumentaba y que el proyecto seguía adelante — ¡qué pletórica estaba entonces Marion!—, todo se vino abajo cuando algunos jefes de estudio se enteraron de las reuniones y, para evitarlas, programaron horas extras por las noches. Además, según le había dicho Marion, algunos informantes habían delatado las reuniones a los jefes y entonces habían comenzado las amenazas. Así pues, el embrión de aquel sindicato de animadores no pasó de las puertas de la cervecería de Western Avenue. Aquella criatura nunca vio la luz y Sophie, que al dejar los Graphics Studios había continuado viéndose con Marion en alguna de estas reuniones, terminó por perder del todo el contacto con ella y con aquel grupo de animadores tan luchadores. Sentía que se alejaba paso a paso de todo lo que le había interesado.

La relación con Jules también había cambiado a lo largo de aquel año. El silencio de Sophie ante las sospechas de infidelidad la había abocado a un creciente sentimiento de humillación. Aunque no lo admitía, estaba resentida. Llegó un momento en que todo lo que no se decían, lo que callaban, empezó a pasarles factura. De hecho, era como si ambos, cada uno por su parte, hubieran empezado a escribir una especie de cuaderno de agravios. Un cuaderno de secretos, de sensaciones no compartidas ni explicadas que crecía día a día. Y, sin embargo, el fino hilo que los unía era aún lo bastante resistente como para aguantar esos tirones. A pesar de las discusiones y las ausencias, Jules siempre acababa volviendo y Sophie siempre estaba ahí, esperándolo, atrapada sin darse cuenta en una intrincada telaraña que no le permitía ser del todo libre y feliz, pero de la que no quería escapar.

Si alguien le hubiese pedido que pensara en algo bueno que le hubiera traído ese año tan nefasto, no habría dudado: se habría quedado con la amistad de Art Babbitt. Y es que la relación con Art no terminó cuando las clases de dibujo al natural se trasladaron al estudio. Al contrario, ambos se habían seguido viendo y se podía decir que había nacido entre ellos una verdadera corriente de mutua simpatía. Sophie había descubierto que detrás de la mirada de Babbitt y de sus interminables conquistas femeninas, bajo aquella capa de fingida seguridad que siempre exhibía, se ocultaba un hombre sensible y tierno, con un gran espíritu de protección, que no entendía por

qué había decidido volcar en ella. Art Babbitt había sido todo aquel tiempo el punto de anclaje entre Sophie y su sueño. Él le hablaba de animación y la tenía mucho más al día de lo que se cocía en Walt Disney Studios que Jules, siempre tan celoso de su espacio profesional.

Por todos estos motivos, Sophie frecuentaba la compañía de Art tanto como podía, aunque eso sí, siempre a escondidas de Jules. Quizá al principio eso le había provocado un sentimiento cercano al remordimiento. Pero pronto se olvidó de él. También necesitaba tener sus espacios, una vida propia.

También a escondidas de Jules, Sophie había asistido a algunas de las fiestas que Babbitt celebraba en su casa, en Tuxedo Terrace. Le encantaban esas reuniones en las que tanto podían encontrarse animadores como modelos y, a veces, incluso algún actor famoso.

Fue en una de estas fiestas donde se reencontró con Martin. Esa noche, ella se había arreglado con un cuidado especial. Lissette le había prestado un vestido de cóctel de *shantung* azul con unas mangas abullonadas hasta el codo, una falda de tubo estrecha como un lápiz hasta media pierna y una cintura muy ceñida que resaltaba una lazada. La favorecía muchísimo. Lissette le había dicho que el azul del vestido endulzaba su mirada. Claro que también le había dicho que, si manchaba el traje o lo estropeaba, la asesinaría.

Sophie llegó a la fiesta imbuida de una maravillosa sensación de seguridad. Se sentía atractiva y, por una vez, orgullosa de sí misma. Le pareció que algunas miradas de admiración se deslizaban sobre ella. Avanzó entre los invitados caminando como una princesa.

Al cabo de un rato, sin embargo, el espejismo se había evaporado y se sentía perdida en medio de una sensación extraña. No conocía a nadie, y tampoco veía a Babbitt por ninguna parte. Hacía mucho calor, su piel se llenaba de perlas de humedad pegajosa que temía que dejaran marcas de sudor en el vestido. Estaba a punto de irse cuando oyó una voz detrás de ella:

—Hola.

Se dio la vuelta y sus ojos grises brillaron al descubrir a Martin. Lo recordaba de las clases de dibujo al natural a las que habían asistido en ese mismo salón un año atrás.

—Hola —respondió ella sonriendo.

—No te había visto.

—Acabo de llegar —mintió Sophie.

—¿Y no tomas nada? ¡Espérame aquí!

Sophie obedeció. Se quedó quieta, retocándose el pelo que llevaba recogido, sin dejar de observar a Martin mientras este se abría paso entre los invitados para ir a por las bebidas. Recordaba muy bien sus grandes ojos de color miel. Eran muy melancólicos. Lo que no recordaba en absoluto eran aquellos labios carnosos que prometían besos cálidos como tardes de verano. Aquel pensamiento la acaloró. Sonrió, juguetona.

Y a pesar de que también recordaba a Martin como un chico callado que no solía relacionarse

mucho con los demás, esa noche Sophie descubrió bajo aquella capa de timidez a un joven cariñoso y delicado. Quizá, incluso, apasionado; además, bailaba muy bien.

Se divirtieron.

—¿Dónde te habías metido?! —gritó Babbitt, apareciendo de golpe y rompiendo el hechizo que había comenzado a nacer entre ambos—. Y tú, Martin, ¿quieres hacer el favor de no secuestrarme a la damisela?

Entre bromas, Art la cogió por el brazo y se la llevó. Quería presentarle a alguien.

Martin y Sophie se separaron entre un regateo de miradas.

Hacía solo una semana que Sophie había empezado el tercer curso en el Chouinard. Hacía un calor que tenía a los profesores y a los alumnos adormecidos; las aulas estaban vacías y los patios llenos. Sophie acababa de salir de clase y se había sentado en un banco cuando vio aparecer a Babbitt sonriente y con la mirada llena de promesas.

—Sophie, ¿ya sabes lo de la locura de Disney?

Ella no pudo evitar una sonrisa melancólica. Se había enterado de aquel extraordinario proyecto de Disney por Jules. Walt Disney pretendía convertir *Blancanieves*, el cuento de los hermanos Grimm, en un largometraje animado. Parecía inaudito, una auténtica locura descabellada, y los titulares de la prensa de Hollywood así lo reflejaban.

LA LOCURA DE DISNEY HACE HISTORIA
UN CUENTO DE HADAS DE LOS HERMANOS GRIMM VUELVE A LA VIDA
COMO SI FUERA UNA NOVEDAD
HOLLYWOOD SE RÍE DE HOLLYWOOD
ESO SÍ, CON MÚSICA

Sophie se había sentido indignada al leer este y otros titulares similares fruto del desconocimiento. Se preguntaba por qué los periodistas se apresuraban tanto a descalificar lo que no entendían. ¿Acaso no comprendían el paso adelante que estaba a punto de dar Disney?

Art y Sophie fueron a sentarse a la sombra. La joven se entretuvo observando cómo la luz del sol se rompía en mil pedazos moteada por la copa de un árbol mientras Babbitt le hablaba de aquel nuevo proyecto de Disney con entusiasmo.

—Ha llegado el momento de dar el salto, créeme, Sophie. Debemos equiparar las películas de animación a las de los personajes de acción real. Hay que dejar de hacer cortos si queremos que la industria crezca.

Sophie levantó la cabeza y fijó la mirada gris, sorprendida y fascinada, en Art.

—Tú ya lo sabes, no hace falta que te lo diga, pero hasta ahora la animación solo ha servido como relleno en las sesiones antes de las proyecciones de los largometrajes en vivo. Es el

momento de cambiar esta situación. Hay que hacer largometrajes de animación que sean protagonistas en las salas de cine.

—Es una idea revolucionaria. Esto no lo ha hecho nadie antes.

—Es cierto y, quizá por eso, todo el mundo habla del proyecto de Disney como de una locura.

Art se echó a reír con esa risa suya tan contagiosa.

—Dicen que nadie aguantará una película tan larga de colores brillantes ni una hora y media de gags.

Sophie se sentía del todo contagiada por el entusiasmo de su amigo. Era difícil no hacerlo. También se le habían contagiado las ganas de reír.

Él se quitó el sombrero que llevaba inclinado en un lado de la cabeza y empezó a abanicarse. Hacía un calor capaz de fundir las ideas y no corría el aire. Sin embargo, no perdió el brillo pícaro de sus ojos cuando dijo:

—Lo que nadie se espera, sin embargo, es que haremos una película en la que no solo habrá gags. Habrá amor, maldad, persecuciones, aventura, ternura y humor. Todo lo necesario para tener al público clavado a la silla.

Miró al frente. Sus ojos brillaban tras las gafas.

—¡Vamos a hacer nada menos que *Blancanieves*!

Su rostro se ensanchó en una sonrisa aún más generosa. Mucho más cálida. Fijó la mirada intensamente en Sophie, que lo escuchaba casi sin respirar.

—En los estudios están contratando a un montón de gente. Este proyecto es faraónico, como te puedes imaginar. Y yo, bueno, no te he dicho nada, pero le he hablado de ti a Hazel Sewell.

—¿A quién? —preguntó Sophie con un hilo de voz.

—Sewell es la cuñada de Walt y la jefa absoluta del departamento de Tinta y Pintura.

El corazón de Sophie dejó de latir. Clavó los ojos en Babbitt como si fueran dos interrogantes impacientes.

—De hecho, los estudios están llevando a cabo una gran campaña de selección de personal. En su caso, las chicas de Tinta y Pintura deben presentar su portafolio a Sewell, y si ella ve calidad y potencial, las cita y luego las envía a un curso de formación. Pero, claro, yo me he saltado el procedimiento. ¡Faltaría más!

Sophie estaba al límite, al borde del colapso.

—¡No me hagas sufrir más, Art!

—¿Dudas de mí y de mi influencia en el estudio? —dijo él con un gesto travieso.

—¿Crees que...?

—Bueno, ya sabes cómo son las cosas en este mundo. No te puedo decir que entrarás directamente en el departamento sin pasar por el curso de formación. Eso no. Pero tu experiencia como pintora supongo que ahora te será de utilidad. Además, eres alumna del Chouinard y toda una artista, Sophie. Lo que yo he hecho es muy poco. Solo te he conseguido una cita en Walt Disney Studios.

A Sophie le pareció que alguien acababa de pintar el mundo de colores.

Septiembre de 1934

Diciembre de 1940

Las chicas de Tinta y Pintura

Pintar... exige paciencia, organización
y una habilidad considerable.

FRANK THOMAS Y OLLIE JOHNSTON

Las chicas de Tinta y Pintura

Antes de que su hermana Lillian se casara con Walt, Hazel Sewell ya mantenía una gran amistad con los hermanos Disney. Durante aquellos años, Hazel solía reírse del prometido de su hermana y le decía a menudo, bromeando, que no se ganaría nunca la vida si insistía en dibujar caricaturas en un papel.

Pero Hazel no acertó en sus pronósticos. Cuando al final de la década de los años veinte el éxito de los cortos de Mickey Mouse llevó a Disney a un crecimiento inesperado, la demanda de cortos del simpático personaje aumentó y, en consecuencia, se incrementaron las necesidades de producción. Lillian volvió a trabajar —lo había dejado cuando se casó con Walt— y se incorporó a los estudios como secretaria de su marido y haciendo un poco de todo. Y fue entonces cuando Walt le pidió a Hazel que se uniera también a los estudios para redefinir el departamento de Tinta y Pintura.

Hazel tenía un físico dulce, pero un talante luchador y firme. Quienes la conocían bien decían que ella era una de las pocas personas que podían llevar la contraria a Walt. Tal vez fue por este motivo que él confió en ella a ciegas. Y ella recogió el guante que le lanzaba su cuñado y se convirtió en la primera mujer en dirigir un departamento importante en el mundo de la animación.

En los recién estrenados estudios de Hyperion Avenue, como era normal en aquellos primeros días de la industria cinematográfica, los diferentes papeles de trabajo y producción aún no estaban muy definidos. El ambiente era informal y se esperaba que los empleados echaran una mano en todo lo que se les pidiera. No era fácil, porque era nuevo para todos. Pero era mucho más difícil para Hazel, que no tenía ningún tipo de formación artística y no estaba familiarizada con el mundo de la animación. Para desarrollar bien su trabajo tuvo que involucrarse en el largo y complicado proceso de animar. Tuvo que conocer a fondo todos los departamentos y el trabajo que hacían. Se dio cuenta de que antes de empezar a entintar y pintar los *cels*, que era lo que se hacía en el departamento que debía dirigir, los dibujos seguían un largo proceso que comenzaba en el departamento de Arte, donde nacía la semilla de la historia que se convertiría en película, se desarrollaba el guion a través del *storyboard*, se empezaban a escribir los diálogos y la música, se diseñaban los personajes y se concretaban los modelos de color, entre muchas otras tareas.

Desde el departamento de Arte se asignaba a cada equipo de animadores un personaje de la

película, como si se tratara de los actores elegidos en un *casting*. Estos animadores serían los encargados de animar las escenas en las que aparecían sus personajes, siempre con el apoyo del equipo de animadores asistentes. Se les entregaba una *exposure sheet* u hoja de trabajo donde cada animador hacía un esbozo de lo que debían durar las animaciones y donde también anotaban las correcciones que se hacían durante el proceso.

Una vez tenían los primeros bocetos de cada escena los mandaban a *cleanup*, donde estos dibujos se pasaban a limpio a lápiz, y de ahí eran enviados a los intercaladores, que hacían los dibujos necesarios entre cada dibujo clave. Los intercaladores volvían a enviarlos a *cleanup* para conseguir tener toda una escena en limpio y a lápiz.

Todos estos trabajos, con las consecuentes correcciones y anotaciones, se metían en una carpeta que se mandaba al departamento de Tinta y Pintura, donde, a partir de una lista de colores que debían ser utilizados en cada personaje, los artistas entintaban y pintaban con cuidado y paciencia los *cels*. Durante todo el proceso, supervisores especializados daban el visto bueno al trabajo realizado.

Finalmente, los *cels* acabados se llevaban a filmar a la habitación de la cámara y de esta manera se completaba el proceso.

Y todo esto se repetía tantas veces como escenas había en la película.

Hazel Sewell tenía una mente rápida y despierta, y una vez que entró dentro del engranaje tan complejo de los estudios, desarrolló un nuevo sistema de funcionamiento para el departamento de Tinta y Pintura que dirigía. Introdujo nuevas técnicas para completar los *cels* finales antes de colocarlos delante de las cámaras, organizó clases de formación para entintadores y pintores y redefinió los papeles de los empleados del departamento. Avanzó a base de tiempo y esfuerzo en la sofisticación de las técnicas de tinta y pintura, y terminó trazando una línea divisoria entre estos dos reinos, con lo cual cambiaron los roles de las dos disciplinas. Y es que las técnicas y los procedimientos eran muy diferentes, así como las habilidades que se pedía a los artistas.

Aunque en un principio trabajó con hombres y mujeres, Sewell acabó formando un sólido equipo femenino que, de hecho, se convirtió en la primera división totalmente femenina de la industria de la animación.

La introducción del color abrió un abanico de posibilidades ilimitadas para enriquecer los personajes de las historias, y tendría un papel clave y fundamental en ese arte aún joven de la animación. Sin embargo, eso también incrementaba las dificultades y los retos a los que Sewell debía enfrentarse en cada producción. Pero se había enamorado con pasión de su trabajo y estaba dispuesta a todo con tal de sacar adelante el departamento de Tinta y Pintura. Y lo hacía con mano de hierro y con una sonrisa en los labios.

Todo había empezado después de que Art Babbitt le comunicara que le había conseguido una entrevista de trabajo en los estudios. Solo unos días más tarde, Sophie recibió una carta en la que

la citaban para el lunes siguiente. No podía estar más contenta y emocionada.

Vivió toda la semana cabalgando sobre una nube y el domingo salió con Lissette para celebrar aquella oportunidad que, si se convertía en realidad, le cambiaría la vida. Hablaron por los codos, se rieron con ganas y brindaron por la vida. Las dos amigas regresaban satisfechas y risueñas a casa justo cuando el sol empezaba a descender en el horizonte entre reflejos rojos. Cuando enfilaron su calle observaron que en las aceras había más coches estacionados que de costumbre, algunos con las ventanas abiertas para esquivar el calor. Todos tenían las radios encendidas. Había gente que se había bajado de los coches y fumaba un cigarrillo tomando el aire, sin dejar de escuchar la radio.

—¡Es una *fireside chat* del presidente Roosevelt! —exclamó Sophie tomando de la mano a Lissette y arrastrándola hacia casa entre gritos y carcajadas.

Una vez en el apartamento, se apresuraron a encender el aparato de radio y escucharon juntas el programa que se emitía en directo desde la Casa Blanca. Sophie había seguido cada uno de los cinco programas radiofónicos que, hasta el momento, Roosevelt había ofrecido a la nación para explicar sus políticas a los americanos, fiel al objetivo de transmitir confianza en aquellos tiempos de desesperación e incertidumbre. Le gustaban porque el presidente hablaba de una manera sencilla y comprensible de temas tan complejos como la recesión, la ley de emergencia bancaria o las iniciativas del New Deal, y lo hacía como un comunicador eficaz a quien le gustaba pensar que se dirigía a un público reducido frente al calor de la chimenea. De ahí que, popularmente, las intervenciones radiofónicas del presidente fueran conocidas como *fireside chats* y las siguieran un número creciente de oyentes.

Cuando la intervención presidencial hubo terminado, las jóvenes comentaron lo que acababan de escuchar y se perdieron en disquisiciones sobre cómo veían el futuro en un país que se agarraba con fuerza a la esperanza de superar aquella terrible crisis.

Se acostaron muy tarde.

Al día siguiente, Sophie salió a la calle con prisas. La intensa luz de aquella mañana de lunes de finales de septiembre obligó a una Sophie medio adormecida a cerrar los ojos antes de volver a abrirlos del todo. Los clavó en aquel cielo muy claro sin una chispa de nubes y sonrió satisfecha mientras caminaba ligera calle abajo y el sueño acababa de escurrírsele entre los párpados. Tuvo que correr para tomar el Yellow Car que debía dejarla cerca de Hyperion Avenue.

Sentada en el tranvía, mientras veía desfilan las calles que empezaban a despabilarse encarando con pereza una nueva semana, pensó en las palabras del presidente y en la conversación que había tenido con Lissette la noche anterior. Sonrió; también ella tenía motivos para la esperanza, porque por fin estaba a punto de hacer realidad su sueño de trabajar en Walt Disney Studios. Claro que ese sueño no sería gratis. Sabía, porque Babbitt se lo había comentado, que si entraba a trabajar en los estudios le harían un contrato a jornada completa. Por un lado, esto le supondría un aumento de ingresos y un poco más de estabilidad; pero, por otro, la obligaría a renunciar a la beca del Chouinard y a su último año de estudios. La sonrisa se desvaneció de sus

labios. O acababa los estudios de arte o trabajaba en Disney. La vida juega malas pasadas. ¡Qué crueldad!

Pero, por mucho que se le rompiera el corazón al pensar que tendría que abandonar las clases, no podía dejar escapar la oportunidad de entrar en Disney, aunque fuera en el departamento de Tinta y Pintura, donde haría el mismo trabajo que en Graphics Studios. Se daba cuenta de que, aun así, todavía estaría lejos de conseguir su objetivo de ser animadora, pero una vocecita interior le decía que era el camino en el que sus sueños podrían hacerse realidad.

Se bajó del tranvía y enfiló Hyperion Avenue. Cruzó a pie la entrada de los estudios y se incorporó a la riada humana que se esparcía en orden por los diferentes edificios de aquel gran campus. La calle solitaria que ella había conocido recién llegada a Los Ángeles se había convertido en una vía en continuo movimiento donde costaba encontrar un sitio para aparcar. Tras cruzar la puerta principal bajo la garita vigilada, se accedía a una zona despejada llena de palmeras y adelfas donde solían aparcar coches más grandes y ostentosos que los que había fuera.

Estaba emocionada y preocupada a la vez. Temía cruzarse con Jules. Consciente de la animadversión que sentía hacia Babbitt, Sophie no le hablaba nunca de él. Ni tampoco de las clases en su casa ni de las fiestas. Y menos de aquella amistad que había nacido entre ambos. Estaba segura de que no se tomaría bien nada de todo aquello, y mucho menos que ella entrara en Disney gracias a él. Tenía asumido que Babbitt formaba parte de todo lo que no podía ni quería compartir con Jules.

Sophie movió la cabeza como si quisiera sacudirse aquellos temores de encima. No quería que nada ni nadie, ni tampoco Jules, le enturbiara la alegría que sentía. Si la entrevista iba bien, si lograba entrar en los estudios, ya pensaría qué decirle.

Se dirigió al departamento de Tinta y Pintura. Al entrar, el olor, los leves murmullos de las conversaciones e incluso el ruido imperceptible de los pinceles la hicieron sentirse como en casa, y los recuerdos acudieron en tropel a su mente. Aquella sala era la misma que había pisado aquel día lejano, recién llegada a Los Ángeles. Tuvo que hacer un esfuerzo para situarse. Todo estaba muy cambiado. Como le había explicado Jules, los animadores, con sus cigarrillos, el humo y el alboroto, habían sido trasladados a la segunda planta. Ahora, en aquella sala solo trabajaban chicas. Frunció el ceño al recordar unas palabras que le había dicho una vez y que la disgustaron mucho:

—A Tinta y Pintura, nosotros lo llamamos «el gallinero». No es necesario que te explique por qué.

Mientras esperaba a ser recibida paseó los ojos por la sala. De hecho, aquello no tenía nada que ver con los pequeños y desguazados estudios de sus inicios, los Graphics Studios. Aquí los muebles eran nuevos y estaban perfectamente conjuntados. Por los grandes ventanales entraba una luz cálida que lo inundaba todo y...

—Afortunadamente no hay alfombras...

—¿Cómo dice, señorita...?

—¡Oh, perdone! —se disculpó Sophie, que enrojeció porque no se había dado cuenta de que había hablado en voz alta—. Soy Sophie Simmons. Recibí una carta citándome hoy en los estudios.

La mujer que la había recibido tenía una expresión severa y una voz muy aguda. Le tendió la mano y se presentó:

—Dorothy Marshall. Soy la supervisora de Pintura.

Sin dejar de hablar, la señora Marshall empezó a caminar por el pasillo y Sophie la tuvo que seguir pisándole los talones mientras procuraba no perderse ni una palabra de lo que decía.

—Como puede ver, en el departamento trabajamos casi un centenar de mujeres. Ahora nadie puede decir aquello de «aquel puñado de chicas» para referirse a nosotras. Me entiende, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

—Aquí ya no solo trazamos líneas y coloreamos, créame, señorita Simmons. Aquí estamos llegando a un nuevo nivel de arte. Nuestro trabajo requiere un dominio de las tecnologías nunca visto en el mundo de la animación —explicó con un deje de orgullo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

La supervisora se volvió hacia Sophie como si acabara de darse cuenta de que la llevaba pegada a la espalda.

—¡Adelante!

—¿Por qué en este departamento solo trabajan mujeres?

Dorothy Marshall se la quedó mirando con una ceja más levantada que la otra. Sus labios se afinaron hasta casi desaparecer.

—Es obvio, señorita. Este trabajo requiere una paciencia que no es propia del género masculino. Me entiende, ¿verdad?

Sophie estaba a punto de responder que no, pero se mordió la lengua.

La supervisora Marshall la condujo hasta una de las mesas de pintura y la invitó a sentarse. Sophie miró a su alrededor. Las mesas estaban dispuestas en hileras y en cada una trabajaban dos chicas. Todas llevaban bata y guantes.

Se sentó y su compañera de mesa alzó un poco los ojos y le sonrió. Sophie le devolvió una sonrisa tímida observándola mientras pintaba. El recuerdo de Carol le vino a la memoria. Le pareció que habían pasado mil años desde entonces.

La mesa era como un pequeño laboratorio de pintura personal con todos los materiales y utensilios necesarios para desarrollar el trabajo que la pintora tuviera asignado. Sophie comprobó de un vistazo que no faltaban los botes de pintura blanca y negra, y que los otros botes estaban separados según los colores principales y ordenados en tonalidades que iban de las más claras a las más oscuras. También había pinceles de diferente tamaño y espesor, uno de ellos destinado exclusivamente a la pintura negra, y cuentagotas y botellas de agua para diluir la pintura y agitadores para mantenerla bien mezclada, así como toallitas y paños suaves para limpiar las huellas digitales de los *cels*.

—Aquí tiene una hoja de modelo de color para pintar este *cel*. Póngase los guantes. Ya puede empezar a pintar.

Sophie obedeció en silencio. Se dio cuenta enseguida de que aquel *cel* que le habían dado no era bueno para la producción. Era un *cel* de prácticas. Esto, sumado al hecho de que la supervisora no se movía de su lado, la hizo llegar a la conclusión de que lo que tenía que hacer era una prueba. Tragó una bocanada de aire y se puso a trabajar como si le fuera la vida en ello.

Como siempre que se sumergía en el trabajo, Sophie perdió pronto el mundo de vista y la percepción del espacio y del tiempo se difuminaron ante ella hasta desaparecer. Por eso se llevó un susto cuando oyó que le decían:

—Muy bien, señorita Simmons. Ya puede dejarlo.

Levantó la cabeza. Quien le hablaba no era la seca señora Marshall, sino una mujer de pelo castaño peinado con la raya en medio, de rostro redondo y rasgos agradables, que llevaba un traje azul oscuro de líneas severas. Se había dirigido a ella con una voz autoritaria que enseguida suavizó.

—Siento haberla asustado. Soy Hazel Sewell.

Sophie se levantó al instante y le estrechó la mano que le tendía. Recordó lo que Art le había dicho de ella: todo en aquel departamento pasaba por las manos de aquella mujer poderosa que, además, era la cuñada de Walt Disney.

—Veo que el señor Babbitt no exageraba cuando me habló de usted.

Hazel sonrió y Sophie, más relajada, dejó escapar un suspiro.

—Conoce el oficio.

—Trabajé en...

—Lo sé, lo sé. El portafolio que nos ha entregado me ha sorprendido por su calidad. Se nota la formación que ha seguido en el Chouinard, señorita Simmons.

—Oh, muchísimas gracias.

—Está contratada. El horario es de nueve de la mañana a seis de la tarde de lunes a sábado, y el sueldo de quince dólares semanales. Puede empezar mañana mismo. La señora Marshall estará a su disposición para resolverle los trámites administrativos. Buena suerte y bienvenida a Walt Disney Studios.

Hazel Sewell sonrió y la severidad de su rostro se disipó en cuestión de segundos.

Sophie la vio alejarse por el pasillo y los nervios acumulados y la emoción le hicieron soltar una carcajada nerviosa.

Aquel día se había despertado apagado y gris. El viento hacía temblar las hojas de los árboles y a media mañana empezó caer una llovizna leve e insidiosa que dibujó caminos inciertos en los cristales de la sala de Tinta y Pintura. Era diciembre y empezaba a oler a unas nuevas Navidades.

Cuando Sophie llegó, las luces ya estaban encendidas, y suspiró llena de la melancolía que llevaba la lluvia.

Se sentó a la mesa, saludó a su compañera, Evelyn, se puso la bata y se dirigió al pasillo de supervisión para recoger el trabajo del día.

En los mostradores de las supervisoras se apilaban las grandes carpetas que contenían los *cels* entintados por escenas, junto a las hojas de trabajo, los modelos de pintura y, en resumen, todo el trabajo previo que se había hecho en los diferentes departamentos hasta llegar a Pintura, con registros y sistemas de seguimiento detallados que permitían ver el progreso de las diferentes escenas. Las supervisoras habían marcado cada escena con anotaciones claras sobre cada personaje y sus colores. También habían hecho correcciones exhaustivas de los modelos de color para cualquier cambio que requiriera nuevas pinturas y habían calculado el tiempo estimado para pintar cada escena.

Al final de ese proceso, las supervisoras colocaban las carpetas en una pila, encima de los mostradores, con las escenas más dificultosas arriba. Hasta no hacía mucho tiempo, cuando las chicas acababan el trabajo que estaban haciendo, debían acercarse a la pila y coger otra carpeta de las de arriba. Pero eso había dado pie a una cierta picaresca. Había chicas que revolvían las pilas y cogían las escenas más fáciles. Las supervisoras se habían dado cuenta de ello y le habían puesto remedio. Ahora entregaban las escenas que requerían habilidades especiales a las chicas que estaban mejor cualificadas, como Sophie, a quien la supervisora Marshall siempre reservaba las más difíciles.

Sophie volvió a su mesa con la carpeta que le habían asignado y vio que tenía que colorear una escena en la que Blancanieves aparecía con una escoba en la mano. Tenía los colores especificados en la hoja del modelo de color. Repasó los botes de pintura que tenía encima de la mesa y anotó los que le faltaban para poder empezar a trabajar. Se levantó y se dirigió al laboratorio de pintura. Era allí donde se creaban los más de mil quinientos colores y matices diferentes que deberían utilizarse en el largometraje y donde los mezcladores lograban los tonos exactos de cada color para evitar diferencias que los hicieran vibrar en pantalla.

En el laboratorio trabajaba Vivian Thompson, una joven simpática y muy habladora que acostumbraba a meter la nariz en todas partes. Sin embargo, a Sophie, Vivian le caía bien, porque carecía de malicia y hablaba siempre con tanta gracia que se hartaba de reír con ella.

—Buenos días, Vivian —la saludó al entrar en el laboratorio. Y le tendió la lista de colores que iba a necesitar para pintar la escena que tenía asignada.

Vivian aún llevaba el sueño pegado a las pestañas, pero cuando vio a Sophie pareció como si se despertara de golpe.

—¡Uy!, tu vestido...

Sophie, que aún no se había abrochado la bata, se miró el vestido y se lo retocó pasando la mano.

—¿Qué le pasa? —preguntó, abriendo unos ojos como platos, un poco asustada. No sabía qué

podía esperar de Vivian.

—¿Sabes?, ayer por la tarde estuve trabajando en un nuevo tono de azul. Aún no sé qué nombre ponerle. No sabría cómo describirlo con palabras. Pero..., ¡espera!

Vivian desapareció y volvió a los pocos segundos con un bote de pintura en las manos.

—¿Lo ves? Es como tu vestido.

—¡Y tanto! Sí que se le parece.

—¿Parecerse? Es exactamente el mismo tono.

La joven frunció el ceño.

—¿Cómo llamarías tú a este azul?

Sophie se lo estuvo pensando un rato.

—Mujer..., no sé... De hecho, este vestido era tan viejo y tenía el color tan apagado que decidí teñirlo.

Los ojos de Vivian se iluminaron de golpe:

—¿Y recuerdas cómo se llamaba el tinte?

—*Sky blue*.

—¡Ya lo tenemos! Acaba de nacer un nuevo tono de azul: el *sky blue* —sentenció Vivian risueña mientras cogía una tarjeta y se disponía a anotar el nombre.

Sophie volvió a la mesa con la satisfacción de saber que acababa de dar nombre a un nuevo color. Colocó ante ella y en orden los botecitos de pintura que iba a necesitar. Le dio la vuelta al *cel* con el dibujo en que Blancanieves limpiaba la cabaña de los siete enanitos con la escoba en la mano, con una expresión entre ingenua y risueña, y empezó a aplicar el *golden orange* al corpiño de Blancanieves, pintando bajo la línea para no dejar rastros de pinceladas en el dibujo y para no tapar detalles como pestañas, dedos, etcétera. Sintió un escalofrío al pensar que aquel dibujo formaba parte de una escena que cobraría vida en la pantalla y que había seguido un complejo recorrido antes de llegar a sus manos para ser pintado.

Mientras estaba trabajando le vino a la mente el recuerdo de unas palabras que Babbitt decía a menudo: «Animar es como actuar con un lápiz».

Estaba totalmente de acuerdo con él. Los animadores eran los verdaderos artífices de cada movimiento y de cada expresión facial de los personajes. Los encargados de hacerlos respirar, vivir y moverse. Y llegar a actuar con un lápiz era el sueño de Sophie; su meta. No había nada que le impidiera continuar avanzando por aquel camino.

Sonrió mientras observaba su Blancanieves a medio pintar. Cambió de pincel y cogió un nuevo bote de color, el rotulado como 1046-2, que se correspondía con el verde del lazo que sujetaba el pelo de la protagonista. Era una tarea aún más delicada que la del corpiño. Se sumergió en ella concentrada.

Le pareció que solo habían pasado unos minutos cuando oyó la campanilla que anunciaba el té de media mañana.

Dos veces al día, a media mañana y a media tarde, el departamento de Tinta y Pintura se detenía y tanto Hazel Sewell como las supervisoras parecían perder todo su poder, que pasaba a manos de la menuda señora Field.

Margaret Field era una mujer de edad indefinida que, uniformada de la cabeza a los pies, se encargaba de las mesas, de preparar el té y de servirlo a las chicas, entre otras tareas que tenía encomendadas en el estudio.

Ni que decir tiene que, para las empleadas de Tinta y Pintura, la señora Field era la visita más esperada del día. En cuanto sonaba la campanilla dejaban lo que fuera que estaban haciendo y corrían a tomar el té. El hecho de que el departamento se encontrara en la planta baja del edificio principal permitía que las chicas pudieran salir afuera con las tazas en la mano y que se tomaran el té tumbadas en el césped o paseando mientras aprovechaban para charlar o simplemente para descansar un rato. Cuando la hora del té llegaba a su fin, la señora Field tenía que salir y recoger a las jóvenes, que entre quejas y lamentos volvían, perezosas, a su trabajo.

—¿Aún sigue lloviendo? —preguntó Evelyn.

—Solo está chispeando.

Le contestó Lorna, una chica rubia y de ojos muy azules. Y Ruth, que era la que tenía la lengua más afilada, añadió:

—¿Acaso te da miedo encoger? Venga, cojamos los abrigos y las chaquetas y salgamos a respirar un poco de aire puro que no huela a pintura.

Lorna miró a su alrededor.

—¿Dónde está Grace?

—En el baño. Fumando.

—¿Y Sophie?

—Estoy aquí. ¡Voy!

Con las tazas de té en las manos, las cuatro chicas salieron afuera. Ya no llovía, pero había refrescado y el cielo parecía de plomo. No pudieron sentarse en el césped, como otros días, y empezaron a caminar arrimadas unas a otras para entrar en calor.

—¡No soporto el té! —exclamó Ruth, y cerrando sus pícaros ojos en una mueca de asco, tiró el contenido de la taza en el césped—. ¿Sabéis por qué nos dan té? ¿No podrían prepararnos un café bien cargado?

Evelyn, la compañera de mesa de Sophie, era una joven de rostro insípido. Tenía los ojos pequeños y la nariz respingona. No destacaba ni por guapa, ni por inteligente, ni por sus dotes artísticas. Eso sí, tenía un peculiar sentido del humor. Al oír la queja de Ruth, respondió:

—Si las de Tinta tomaran café, tendrían temblores en las manos y trazarían las líneas torcidas.

Las chicas se miraron entre ellas sin saber a ciencia cierta si Evelyn hablaba en serio o no. Por fin, se echó a reír y todas se sumaron a ella.

—A mí el té no me molesta. Lo que me molesta es que solo podamos fumar en el baño. Los

animadores sí fuman mientras trabajan —se lamentó Lorna.

Evelyn abrió mucho los ojos, asustada, como si lo que acababa de decir Lorna fuera un gran sacrilegio:

—Claro, porque los animadores trabajan con papeles y nosotras con celuloideos de nitrato, que son altamente inflamables.

Ruth remató la jugada:

—Y por eso nosotras tenemos que elegir entre pasar este rato al fresco o encerrarnos en el baño para fumar un cigarrillo.

—Pues yo no echo de menos el tabaco. En realidad, no me gustaba mucho, pero he terminado aborreciéndolo. No soporto pasar el rato de descanso encerrada en el baño del pasillo de Tinta y tener que volver corriendo al trabajo con un olor que tira para atrás —sentenció Evelyn.

—Tú es que eres muy pulcra... —se rio Ruth alargando mucho la última a. Y añadió, cambiando la expresión burlona que había empleado con Evelyn por otra mucho más seria—: Pues a mí hay algo que me molesta mucho más que tener que beber este té asqueroso y no poder fumar. ¿Queréis saber qué es, chicas?

Dejó pasar unos segundos, que le bastaron para atraer la expectación de sus compañeras.

—A mí lo que de verdad me molesta es tener todo el día a la Sewell pegada a la nuca.

—¡Oh, sí! —Lorna se sumó a la queja con ganas—. Sin ir más lejos, ayer, cuando ya estaba recogiendo, se me acercó y me dijo: «Hoy no ha rendido usted mucho, señorita Gibbs. ¿Qué ha pasado?».

—No lo dice para hacerte sentir mal.

Sophie se había mantenido callada hasta ese momento, pero la mención de Hazel Sewell la hizo explotar. Porque ella la admiraba. La consideraba una mujer sincera e inteligente. Y muy justa. Añadió:

—Habla claro. A mí me da seguridad.

—Es normal que la defiendas —dijo Lorna, con indignación nada disimulada—. Tú no tienes problemas. Eres su preferida. No la tienes encima todo el rato.

—Hay chicas más rápidas que otras...

—Como tú.

—Sí, Ruth, tal vez como yo. Pero no he visto nunca que trate mejor a unas que a otras. —Y se dirigió de nuevo a Lorna—: Estoy convencida de que la señora Sewell hará todo lo que pueda para que mejores tu rendimiento.

Se hizo un silencio espeso, incómodo. Después de unos segundos, Sophie continuó hablando:

—A mí, en cambio, lo que me molesta de verdad es hacer un trabajo «de mujeres». Que repriman nuestros talentos naturales.

—¡Tú pides demasiado! —exclamó Ruth.

—Yo no me siento discriminada por ser mujer —aseguró Evelyn.

—¡Por supuesto que no! —añadió Lorna, aún enojada—. Podemos dar gracias por haber

encontrado este trabajo. ¿O te olvidas de cómo están las cosas en la calle? Yo no puedo aspirar a más.

—Pero puede que Sophie sí. Es la única de nosotras que tiene estudios de arte. Quizá ella se siente atrapada en este departamento...

La campanilla seguida de la voz de la señora Field llamando a las chicas que se rezagaban terminó la discusión a tiempo. Sophie no tenía ninguna intención de incomodar a sus compañeras. Aunque no entendía cómo podían conformarse con pasarse toda la vida pintando *cels* cuando los hombres podían aspirar a trabajos realmente creativos y mucho mejor pagados. Claro que, al parecer, la mayoría no se planteaba un futuro profesional. Seguro que para ellas el futuro se reduciría a la casa y al cuidado de los hijos.

Las chicas dieron media vuelta y se encaminaron hacia el estudio en silencio. Sophie las siguió a unos pasos de distancia. Evelyn la esperó y cuando llegó a su altura se le colgó del brazo, le sonrió y se puso a caminar a su lado.

Art Babbitt se había quedado solo en el departamento. Ni siquiera se había dado cuenta de que detrás de los cristales del despacho, las nubes pesadas y grises que habían alfombrado el cielo de aquel día de diciembre empezaban a ser devoradas por el manto de la noche. Sus compañeros habían ido desfilando uno tras otro. Incluso Martin, que nunca tenía prisa por terminar, hacía rato que se había ido a casa.

Babbitt era el responsable del personaje de la Reina Malvada antes de su transformación en bruja. No era una tarea fácil. La animación de las escenas de la Reina ante el espejo era muy compleja. Era lógico que las confiaran a animadores como él, unos verdaderos todoterrenos y artistas de absoluta confianza de Walt.

Había costado llegar a aquella imagen de la Reina Malvada que ahora contemplaba. Inicialmente, desde el departamento de Arte habían sugerido diseños de caracteres para este personaje que iban desde la caricatura hasta el cómic. Y aunque esos diseños habrían facilitado el trabajo de los animadores, finalmente Walt y su equipo se decantaron por una reina mortal y bella que hiciera creíble su deseo de ser «la más hermosa de todas». Se habían basado en los rasgos enigmáticos de Joan Crawford para darle el toque final.

Art había estado trabajando todo el día en la escena en la que la Reina acababa de descubrir que el corazón que le había entregado el cazador no era el de Blancanieves. Contemplaba el dibujo que había hecho de la Reina sujetando la caja donde reposaba el corazón con la mano izquierda; la derecha descansaba sobre la mesa. Los ojos de mirada cruel parecían observarlo fijamente desde la quietud del papel. Él tampoco podía apartar los suyos del dibujo. Parecía como si hubiese caído en un trance hipnótico; como si se hubiera rendido al misterio del personaje que lo encantaba con su mirada.

Sin embargo, aquella mirada... Aquella mirada, pensaba Art sin dejar de contemplarla, no

reflejaba la ira que debía nacer y crecer en el corazón de la Reina ante el descubrimiento que acababa de hacer.

Art repitió una vez más el diálogo de la escena tratando de entender qué era lo que se le escapaba en la expresión de la Reina engañada.

—Espejo mágico, ¿quién es ahora la más hermosa de todas?

—Detrás de las siete colinas de diamantes, más allá de la séptima cascada, junto a los siete enanitos vigilantes, vive la flor más delicada. Su nombre es Blancanieves.

La Reina se burlaba de Babbitt. Le ocultaba el gesto que, arisco, se resistía a ser descubierto, plasmado, atrapado por el lápiz y la destreza del animador.

—El cazador ha matado a Blancanieves. Aquí tengo la prueba.

—Blancanieves aún vive. Y ante su belleza estáis perdida. Esto que me mostráis es el corazón de un jabalí.

¡Y entonces lo vio claro!

Babbitt corrigió la mirada de la Reina. Ahora ya no miraba directamente al espectador, desafiante, sino que sus ojos, sutilmente desviados hacia la derecha, se clavaban en el suelo, detenidos en un punto indefinido de sus malvados pensamientos, fraguando la más terrible de las venganzas.

Art Babbitt soltó una sonora carcajada, una risa tan malévola que habría hecho temblar a la propia Reina si hubiera sido real.

Líneas

Las chicas que entraban en el departamento de Tinta y Pintura como pintoras podían integrarse de inmediato en el trabajo, aunque las que tenían poca formación artística estaban obligadas a asistir a clases de técnicas de pintura. Pero, contrariamente, no ocurría lo mismo con la sección de Tinta, a la que solo se podía acceder después de una formación específica.

La mayoría de las entintadoras empezaban pintando y después de un duro aprendizaje pasaban a Tinta. Las técnicas eran complejas por sus características intrínsecas y porque Walt exigía sombreados que requerían que algunas chicas se especializaran en detalles específicos.

Entintar consistía básicamente en trazar la línea a lápiz del animador con tinta negra. Pero con la integración del color y a medida que personajes y escenarios se volvían más sofisticados, la delicada labor de la línea a menudo se hacía en varios colores.

Sophie hacía ya casi cinco meses que pintaba *cels* en el departamento de Tinta y Pintura y se había ganado la confianza tanto de la supervisora como la de Hazel Sewell, que la valoraban por cómo trabajaba y la elogiaban en público siempre que tenían ocasión de hacerlo. Sophie cometía pocos errores porque se concentraba mucho en el trabajo y no se distraía, y era por eso que tenía una excelente productividad. La supervisora Marshall siempre comentaba que se notaba su formación. Pero Sewell se daba cuenta de que no era tan solo la formación artística lo que convertía a aquella joven en una excelente pintora. Ella sabía ver la ambición de Sophie e intuía que la llevaría a donde quisiera llegar.

Pero, a pesar de los elogios y de la confianza que habían depositado en ella, hacía semanas que Sophie le estaba dando vueltas a una idea, y por fin se decidió a llevarla a la práctica. Una mañana, aprovechando un descanso, llamó a la puerta del despacho de Sewell.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, Sophie. ¿Ocurre algo?

—Verá... He estado pensando y...

Sophie decidió ir directa al grano.

—Me gustaría que me trasladara a Tinta, señora Sewell.

La mujer clavó sus ojos claros en la chica. Sonrió, pero Sophie no se dio cuenta. Estaba mirando la punta de sus zapatos.

—Siéntese, Sophie.

Se sentó. No podía negar que estaba nerviosa.

—¿Puedo saber por qué? ¿Es que no le gusta pintar?

—Verá, creo que debo conocer otras partes del proceso de animación si...

—¿Si...?

Sophie se mordió el labio.

—Si quiero progresar en este mundo, señora.

Hazel Sewell cogió unas gafas redondas que tenía encima de la mesa del despacho y que solo se ponía para leer. Empezó a limpiar los cristales con un pañuelo.

—Verá, señorita Simmons, entintar no significa trazar líneas sobre los dibujos a lápiz de los animadores. Significa volver a dibujar con habilidad lo que ellos han hecho para que no pierda la vida y la espontaneidad que le han dado al crearlo.

—Por supuesto.

—Entintar sobre un *cel* es un trabajo aún menos agradecido que el de pintar. E infinitamente más difícil. A menudo, las chicas reciben las quejas de los animadores solo por el hecho de que al entintar se ha perdido un trocito de pelo o cualquier otro detalle. Los animadores siempre temen que nuestras chicas no sepan plasmar la expresividad de sus personajes. La vida, lo llaman ellos.

—Bueno, creo que nuestro trabajo consiste precisamente en lograr que eso no ocurra.

Sewell volvió a dejar las gafas sobre la mesa y se quedó mirando a Sophie a los ojos durante unos segundos que a la chica se le hicieron eternos.

—Una entintadora debe tener unas habilidades muy especiales. Pero estoy convencida de que usted las tiene —dijo al fin. Se enderezó en el sillón—. De acuerdo. Pero antes de incorporarse a Tinta deberá asistir a unas clases de formación, claro. Lo hará después del trabajo, tres noches a la semana durante tres horas. Cuando la profesora considere que está suficientemente preparada, la pasará al departamento de Tinta. Su formación se alargará durante toda la producción de la película. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señora.

—Hoy, cuando termine, vaya a ver a la supervisora Mary Ann Baker. Ella le dirá lo que debe hacer.

Las clases de tinta no eran duras. Eran durísimas. Agotadoras.

—Olvidaos de todo lo que habéis aprendido sobre la escritura —les repetía la profesora Scott—. Ahora no estáis escribiendo.

Lucy Scott era muy exigente, y tras una larga jornada laboral, a Sophie le costaba concentrarse en aquellos ejercicios caligráficos básicos. Se sentía como una principiante al ver el resultado de sus esfuerzos: aquellas líneas torcidas y los *cels* completamente rayados. Solo después de

semanas trazando círculos y más círculos y de estropear un montón de plumas empezó a adquirir cierta soltura en aquellas técnicas tan nuevas para ella.

—Sus manos, señoritas, son como portaplumas. No tienen que utilizar los dedos. Utilicen el brazo.

Sophie, siempre curiosa con todo lo que fuera una nueva expresión artística, enseguida empezó a cogerle gusto a la técnica del entintado. Entendió que una línea segura requería un toque delicado. La señora Scott se lo enseñaba de una manera muy práctica: se paseaba sigilosamente entre ellas y cuando menos se lo esperaban les tiraba de la pluma que tenían en la mano.

—Señoritas, agarran con tanta fuerza las plumas que no puedo cogérselas. Muy mal. Deben relajarse. Solo deben sostenerlas.

Cuando Sophie llegaba a casa agotada y se acostaba, cerraba los ojos y solo veía líneas negras y plumas. Y brazos que flotaban en el aire y que se posaban sobre el papel con el roce de unas alas.

Al cabo de dos meses había aprendido que entintar era mucho más que mover una pluma sobre un papel. Dominaba bastante la técnica y se había ganado la confianza de la profesora. Fue trasladada al departamento de Tinta.

La vida, sin embargo, se le había complicado bastante y estaba cansada, ya que seguía asistiendo a clases tres noches a la semana para practicar con diversos ejercicios y escenas de complejidad progresiva. Además, la producción de *Blancanieves y los siete enanitos* exigía a las chicas de Tinta y Pintura hacer un montón de horas extras. Cada vez más a menudo sentía que las fuerzas la abandonaban y se preguntaba si todo aquel esfuerzo merecía la pena. ¿Se convertiría algún día en animadora? Se lo preguntaba una y otra vez mientras contemplaba cómo sus sueños perdían los matices día a día. Sin embargo, luchaba con todas sus fuerzas para rehuir aquellos momentos de desánimo. Siempre que se daba cuenta de que estaba a punto de perderse en la espiral de sus dudas se obligaba a pensar que lo que hacía formaba parte del camino. Y ese era el camino correcto. El que la llevaría a alcanzar su sueño.

Sophie se acercaba a paso ligero a casa. Caminaba contemplando las calles dormidas con ojos cansados. Las nubes filtraban el resplandor de la luna, pero ella no captaba su belleza. Le costaba recordar que había empezado el día llena de ilusión. Había trabajado más de ocho horas y había hecho tres horas más de clase de Tinta. Había quedado con Jules en su casa para pasar la noche, pero poco antes de acabar aquella agotadora jornada él había ido a verla y había cancelado la cita con una excusa que Sophie no se tragó. Había estado todo el día esperando ese encuentro. Pero esa noche tampoco podrían verse.

Desde que trabajaba en los estudios, las cosas habían empeorado con Jules, que le reprochaba a menudo que haber dejado el Chouinard había sido un gran error. Sophie se enfurecía cuando le

hablaba con ese tono de superioridad que la empequeñecía. Claro que era mucho peor cuando callaba. Entonces no le reprochaba nada y se lo reprochaba todo.

Con los silencios.

Con las ausencias.

Con las miradas.

Jules había sido ascendido a director de secuencias. Trabajaba en el departamento de Ham Luske, a quien todo el mundo consideraba el responsable, después de Disney, de la creación del personaje de Blancanieves. Ahora tenía nuevas responsabilidades en los estudios, era un animador veterano y de confianza de Disney y se movía por la vida dentro de una burbuja de éxito. A su lado, Sophie notaba que se diluía en un gris anonimato.

Cada vez les quedaban menos cosas que compartir. No tenían los mismos amigos y Sophie le seguía ocultando su relación con Babbitt y los chicos de su departamento. Por más vueltas que le daba, no podía entender el resentimiento de Jules hacia Babbitt. Había llegado a pensar que lo que sentía eran celos, pero enseguida descartaba esa idea. Jules no tenía ningún motivo para sentirse celoso de Art, y, además, los celos eran otra cosa, eran aquel estado de humillación absoluta que sentía cuando lo veía flirteando con otras chicas del estudio delante de ella. Unas chicas que siempre le parecían más guapas, más inteligentes y mejor situadas que ella. Era entonces cuando se repetía las preguntas que no la dejaban vivir: ¿qué estaba haciendo Jules con ella? ¿Qué veía en ella? ¿La quería de verdad?

Estas ideas le empañaban los ojos y hacían que se sintiera poca cosa, perdida en una sensación de soledad que le encogía el estómago. Era un malestar que no la abandonaba hasta la siguiente cita. Entonces, cuando él la abrazaba y sentía su desnudez en la piel, se fundían sus miedos y todo encajaba de nuevo. O eso creía Sophie, que nunca habría admitido que cada vez estaba más atrapada en una relación destructiva.

El corazón le martilleaba en las costillas cuando entró en el apartamento. Estaba muerta de agotamiento. Y entonces se encontró con esa escena. Lissette y Tyler estaban sentados en el sofá. Ella envuelta en una de sus batas orientales, su belleza ingenua y salvaje a la vez. Él, más despeinado que de costumbre y con mal aspecto, la mirada vidriosa y distante, con aquellas marcas oscuras bajo los ojos que amenazaban con comérsele toda la cara. Cuando la vieron entrar se callaron y se quedaron mirándola con expresión de sorpresa. Como si fuera ella quien sobrara en aquella escena. Como si aquella no fuera su casa y aquel sofá no fuera el suyo.

—Buenas noches —la saludó Lissette, y sus labios carnosos, perfectos, se estiraron en una mueca que no logró transformarse en sonrisa.

Las miradas de Sophie y Tyler se encontraron. El rostro del chico se ensombreció aún más y sus labios se cerraron hasta quedar reducidos a una línea muy fina.

Sophie hubiera querido decir algo, pero las palabras se le quedaron trabadas en la garganta mientras por dentro incubaba una retahíla de reproches. Un silencio incómodo se instaló en el salón.

—Ha sobrado un poco de...

—No tengo apetito.

—¿Quieres café?

Lisette se levantó y fue a buscar la cafetera, que reposaba sobre el fogón. Llenó una taza y se la tendió a Sophie, que se había sentado en una silla. La cogió y empezó a beber sin ganas.

—Me voy a dormir —dijo Tyler.

Se levantó y se dirigió a la habitación arrastrando los pies.

Cuando se quedaron a solas, Sophie se encaró con su amiga tratando de agarrarse muy fuerte al último hilo de paciencia que le quedaba.

—¿Por qué haces esto? ¿Es que no ves cómo está? ¿Por qué lo metes en casa? —le preguntó mientras soltaba un soplo de aire que no era consciente de estar aguantando.

—Chist... No grites, las paredes son de papel. Te va a oír.

—Me da igual que me oiga. Lisette, te pasas la vida diciendo que no caerás más en esta trampa y él hace lo que quiere contigo.

—Está solo. Ha perdido su trabajo, lo han echado del apartamento.

—Porque bebe. Porque no quiere hacer nada para remediarlo, y no lo hará si tú le abres siempre la puerta como si fuera un niño, como...

—Solo hago lo que Jules, que es su hermano, debería hacer y no hace.

Sophie se apoyó en la silla y cruzó los brazos.

—No lo dejaré solo —se reafirmó Lisette, con la mirada perdida más allá de la ventana.

—No le haces ningún favor. Tyler se quedará unos días aquí, contigo; luego se irá y volverá, borracho y perdido. Como un perrito apaleado. Como hace siempre. Así no lo conseguirá.

—Ya lo sé.

—¡Esto ya está durando demasiado!

Se quejó con amargura. Y siguió una pausa preñada de tensión. Por fin, unas palabras inesperadas rompieron el silencio.

—Buscaré un apartamento para mí sola. No quiero vivir así.

Una sombra fugaz y confusa cruzó los ojos de Lisette. Miró a su compañera, parpadeó con lentitud y luego asintió con la cabeza:

—Como quieras.

En sus ojos brilló una lágrima.

—No dejes nunca de ser mi amiga.

—No podría hacerlo.

Sophie pasó aquella noche entre las nieblas del insomnio. Sus ojos recorrían el pequeño salón que iluminaba una luna gris y perezosa. Cada objeto, cada rayón del suelo gastado, cada mancha de la pared adquirirían ahora una dimensión nueva y desconocida. Se rindió al sueño cuando la luz del amanecer empezaba a pintar con timidez las paredes de la sala de aquel apartamento que pronto dejaría de ser su hogar.

Semper gluteus maximus

El sol de aquel junio radiante se filtraba a través de las persianas, iluminando el rostro de Sophie, que se vio obligada a abrir los ojos. Su despertador diario era aquella rendija que dejaba entrar la luz del nuevo día. Las persianas no ajustaban bien y no tenía cortinas. Y, sin embargo, se sentía cómoda en su nuevo apartamento.

Estaba situado en Hollywood, en un edificio que llevaba el pomposo nombre de Lido. Ahora ya no dormía en un sofá, sino en una cama plegable rebelde y antipática que tenía la costumbre de atascarse sin previo aviso. La vivienda se reducía a una sala de estar con una cocina abierta y un baño. Todo minúsculo, precario. Pero Sophie se sentía a gusto, y aunque a menudo echaba de menos a Lisette, le gustaba vivir sola sin depender de nadie.

Remoloneó en la cama, que crujía enloquecida cada vez que se daba la vuelta. Se resistía a despertarse del todo; las pestañas perezosas, los ojos soñolientos. Los rayos de sol ya lamían las baldosas del suelo cuando decidió levantarse. Tenía una cita con los animales del zoo. La idea la animó. Corrió hacia la ducha rogando que el agua saliera un poco caliente.

Los animadores que acudían a las clases de arte que Don Graham impartía en los estudios coincidían en decir que habían aprendido muchísimo gracias a su maestría. Y es que Graham había empezado a cambiar algunas ideas demasiado rígidas sobre los límites de la animación. Hasta ese momento, las películas animadas no superaban en mucho las tiras cómicas. Ni Mickey Mouse lo acababa de conseguir. Los movimientos corporales de los personajes eran ordinarios, como de goma, y los gags se basaban en payasadas vacías. Desde su incorporación al estudio en calidad de profesor, Don Graham estaba haciendo posible una nueva filosofía de la animación basada, sobre todo, en un humor con personalidad y la sensación de espacios tridimensionales de acuerdo con el nuevo y gran proyecto en el que estaban inmersos.

Don era un hombre elegante, joven y prematuramente calvo. Cuando llegaba al estudio para impartir las clases, se situaba en el escenario, junto a la modelo, siempre con un grueso cigarro entre los dedos, y empezaba a hablar del dibujo en vivo aplicado a la animación. A veces les decía a las modelos que caminaran por el estudio y luego las hacía marchar. Entonces les pedía a

los alumnos que las dibujaran de memoria. Les exigía que no hubiera sombras. Tenían que limitar su trabajo a la línea pura.

En otras ocasiones veían películas con actores reales. Don las diseccionaba escena por escena, instando a los alumnos a percibir que el peso, la forma y las siluetas cambiaban cuando los objetos y las personas estaban en movimiento. En la oscuridad de la sala de proyección, Don Graham señalaba la pantalla y hablaba por encima del ruido trémulo y constante del proyector, con el humo azulado de su cigarro nublándole la cara:

—La animación de un personaje caminando deprisa puede fallar si se intenta conseguir la sensación de realismo. Algunos detalles saldrían borrosos y las formas se verían modificadas. Solo si los dibujos son realmente de acciones reales, es decir, que transmitan la idea de acción, llegarán a crear la ilusión de realidad.

Don enseñó a los alumnos cómo simplificar los dibujos y cómo debían hacerlo para que parecieran sólidos. Les mostraba los puntos de tensión, como una rodilla doblada, y los obligaba a fijarse en movimientos como el de una pernera de un pantalón deslizándose por la pierna. Insistía siempre en la importancia que tenían las arrugas para describir las formas.

Cuando Walt Disney empezó a gestar en su cabeza el nuevo e impactante proyecto de *Blancanieves y los siete enanitos*, reforzó el papel de Don Graham en el estudio. Disney era un genio y fue lo suficientemente previsor como para tener a otro genio a su lado. Las clases pasaron a impartirse unos cuantos días a la semana y a menudo Disney sugería a Don actividades y modos de ejecutarlas para lograr resultados mejores y rápidos. Como aquella visita al zoo que estaba a punto de iniciarse.

El Griffith Park estaba muy concurrido aquella mañana de domingo. Quizá ayudaba el buen día que hacía, aunque era posible que tuviera más que ver la gratuidad de la entrada.

Hacía muy poco que las viejas instalaciones habían sido reformadas. La renovación entraba de lleno en el New Deal del presidente Roosevelt y en una de sus iniciativas más ambiciosas, la Works Progress Administration. Se podía decir que casi todas las comunidades de Estados Unidos tenían, en aquellos momentos, un nuevo parque, un nuevo puente o una nueva escuela construida por esta agencia que empleaba a millones de personas desocupadas y, en buena parte, no cualificadas para llevar a cabo proyectos de obras públicas.

Sophie, bien equipada con las voluminosas carpetas y los enseres de dibujo, llegó a las puertas del zoo y se mezcló con las familias que entraban a primera hora de la mañana. Una vez que hubo cruzado la puerta, se dejó llevar por la nostalgia que le despertaba aquel lugar. El zoo de Los Ángeles no tenía nada que ver con el de Central Park de Nueva York, pero los olores eran los mismos. Los de los animales se mezclaban con el de las risas infantiles y con el de los dulces de algodón y el de los cacahuets. También podía oler el perfume de la música e incluso el de sus primeros dibujos trazados de manera torpe en un bloc recién estrenado.

El zoo, como todos los zoológicos, era un universo animal mezclado con ecos de la vida humana que la llenaban de un calor melancólico. Absorta ante la vida, abrumada ante la falta de libertad, allí sentía fluir en su interior muchos temores ocultos y se daba cuenta, con cierta amargura, de la alterabilidad natural de todas las cosas. El zoológico era, para ella, un enigma sin solución. Un enigma nostálgico, amargo y, al mismo tiempo, divertido.

Sophie se dirigió al espacio que ocupaban las jaulas de los simios. Era su rincón preferido. Acomodó sus enseres de dibujo sobre la reja baja que separaba al público de la jaula donde saltaban algunos chimpancés. Le encantaban. En sus rostros encontraba materia para la inspiración. Para ella era un reto captar la ingenuidad de aquellas miradas casi humanas y, al mismo tiempo, se ponía a prueba tratando de reproducir la agilidad de sus movimientos rápidos y constantes.

Se concentró en el trabajo sin prestar demasiada atención al grupo de niños que la rodeaban para mirar cómo dibujaba. Tampoco se dio cuenta de la presencia de Martin Locke hasta que oyó su voz.

—Eres muy buena dibujando animales.

Sophie levantó la mirada y la clavó en Martin. Sonrió, sorprendida.

—¡Martin! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Una clase de dibujo al natural con Graham.

—Qué casualidad. Yo vengo aquí muchos domingos por la mañana. Me encanta dibujar animales. ¿A ti también?

—Yo también vengo a menudo —respondió Martin, con la mirada pegada a su hoja de dibujo.

—¿Sabes?, adquirí la costumbre de ir a dibujar al zoo de Central Park en Nueva York. Las primeras veces me llevaba mi padre. Después, de mayor, iba sola y me pasaba todo el día dibujando. En casa, quiero decir en Nueva York, por supuesto, aún guardo cuadernos llenos de dibujos de animales.

Los recuerdos fueron seguidos de un silencio un poco largo que ambos aprovecharon para centrarse en el trabajo. De vez en cuando, casi sin darse cuenta, Sophie despegaba la mirada del dibujo y se quedaba mirando a Martin por el rabillo del ojo. Se fijó que así, tan concentrado, su mirada parecía más profunda, apretaba la mandíbula y aparecía una pequeña arruga entre sus cejas. También ella intentaba, sin mucho éxito, concentrarse en el dibujo. Desde aquella fiesta en casa de Babbitt, hacía casi un año, había coincidido muy poco con Martin. De hecho, solo se habían visto ocasionalmente en el estudio. El día de la fiesta, lo recordaba bien, le había parecido un chico muy atractivo, y la verdad es que lo era. Seguro, pensó, que solo con la mitad de desvergüenza y de determinación de Art, Martin se hubiera convertido en todo un conquistador. Pero Babbitt era terrible y abrumador. Un volcán en erupción y un seductor en toda regla. En cambio, Martin era un chico muy tímido que se abstraía a menudo de la realidad y rehuía el contacto directo con los demás. Sobre todo si «los demás» pertenecían al género femenino.

Sophie levantó la vista y descubrió que Martin la observaba con una mirada tan intensa que

acabó desconcentrándola. Él pareció darse cuenta; pestañeó y, aclarándose la garganta, le preguntó:

—¿Has terminado?

—Casi.

—Enséñame lo que has hecho.

Sophie giró el dibujo hacia Martin. Un simpático chimpancé se quedó mirándolo desde el papel, riéndose con los dos botones de oro que tenía por ojos.

—¡Genial!

—Ahora tú. ¡Vamos!

Martin también giró su hoja y ella no pudo reprimir un grito de sorpresa. No había dibujado un chimpancé; la había dibujado a ella, a una Sophie sentada con las piernas dobladas hacia atrás, que miraba de cara al espectador con los hoyuelos de las mejillas sonrientes y ese mechón de pelo ondulado que siempre le caía sobre el ojo izquierdo y que le daba un aire de dulce ingenuidad. Iba vestida con una túnica vaporosa que realzaba sus formas femeninas. Parecía una sirenita.

Sorprendida, abrió unos ojos como platos. Notó cómo una llamarada teñía sus mejillas.

—¡Soy yo!

—¿No te gusta?

—Claro que sí. Solo que yo... pensaba que estabas dibujando un chimpancé y...

Se calló. Algunos compañeros se acercaban hablando animadamente con Graham.

—¿Lo quieres?

Sophie cogió el dibujo que Martin le tendía y lo guardó en la carpeta con presteza, como si más que guardarlo lo escondiera. No sabía qué pensar. Decidió llegar a la conclusión de que era un dibujo precioso que quedaría de maravilla colgado en la pared vacía del salón de su apartamento.

Art Babbitt seguía celebrando frecuentes reuniones en su casa. Se podía decir que rehuía tanto como podía la soledad, aunque ahora ya no vivía solo. Bill Tytla, un animador también neoyorquino y uno de los últimos y brillantes fichajes de los estudios, se había instalado con él en la enorme casa de Tuxedo Terrace.

De hecho, se habían conocido en Nueva York cuando ambos trabajaban en Terrytoons, a finales de la década de los veinte. Pero habían coincidido en Walt Disney Studios, que los había unido de nuevo, y había empezado a cristalizar entre ambos una prometedora amistad.

En esas reuniones se comía, se bebía y, sobre todo, se hablaba de animación y de arte en general. No eran grandes fiestas como aquella a la que había acudido Sophie un tiempo atrás. En general, solo asistían unos pocos elegidos. Art utilizaba a menudo estos encuentros para exhibirse con su última conquista femenina, que solía ser alguna de las modelos que frecuentaban las clases de dibujo al natural.

Sophie no era asidua a estas reuniones, porque el trabajo y las clases le dejaban poco tiempo

libre. Pero aquella noche de verano se sentía demasiado sola. Hacía días que Jules le ponía excusas que ella no se creía. El vacío la ahogaba como una soga y decidió aceptar la invitación de Babbitt para ir a cenar a su casa esa noche.

La última luz del día se fundía entre las estrellas del cielo nocturno cuando llegó a Tuxedo Terrace. Eran pocos: Babbitt, Tytla, Martin y aquella jovencita que hacía de modelo en vivo para el personaje de Blancanieves. Marge, le parecía recordar que se llamaba. Vivian, la del laboratorio, había difundido por doquier que Marge era la última conquista de Babbitt. Pero ella no se lo creía. ¡Si solo tenía dieciséis años! Y, sin embargo, la jovencita estaba allí y miraba a Art embelesada. Se sintió un poco incómoda.

Art había improvisado una cena con queso gorgonzola, un pan muy bueno que explicó que compraba en una panadería siria y unas botellas de un excelente vino tinto. La velada fue tranquila. Se habló de trabajo y de los últimos chismes del estudio. Una cosa llevó a la otra y Babbitt empezó a explicar sus inicios en Walt Disney Studios:

—En 1932, cuando Disney me contrató, me asignó como ayudante de un animador. Ya sabéis que eso es lo que suele pasar.

La voz de Babbitt era modulada e intensa, y eso lo convertía en un narrador extraordinario. Había bebido un poco y tenía la nariz colorada y los ojos enrojecidos y brillantes.

Hizo una pausa mientras se llevaba el cigarrillo a los labios y cerraba un ojo.

—Es decir, que empecé en Walt Disney Studios como intercalador.

—¿Como intercalador? —lo interrumpió Tytla—. ¡No me lo puedo creer! Eras un tipo con experiencia. Mucha más experiencia que algunos de aquellos animadores de cortometrajes que corrían entonces por Disney.

Art lo miró divertido. Se subió las gafas hasta el puente de la nariz.

—Mi experiencia no impresionó mucho a Burt Gillett, que era el director de *King Neptune*, el corto en el que me pusieron a trabajar como intercalador. Ya os lo podéis imaginar: una tarea de lo más aburrida. Aún no había una línea de trabajo establecida, no se trabajaba como lo estamos haciendo ahora. Lo que se necesitaba demostrar es que eras competente y, sobre todo, hacerlo deprisa.

Apagó el cigarrillo que se le estaba consumiendo en los dedos y se sirvió un poco más de vino.

—Me asignaron una escena muy breve. Un grupo de piratas corría hacia el palo de un galeón. Para gente sin experiencia, hacer los intercalados de aquella escena habría supuesto una semana de trabajo. Pero yo había sido animador principal en Terrytoons durante tres años. Sabía lo que me hacía y lo hice en un par de días.

Tomó un trago largo de la copa.

—Cuando le llevé el trabajo al jefe de animadores no se podía creer que lo hubiera terminado tan pronto. Me hizo un montón de preguntas estúpidas y sin sentido, y me sometió a una especie de examen sobre la escena. Yo le dije que no tenía ninguna duda, que la escena funcionaría. Pero

como él continuaba dudando, probó la escena en la moviola. Se le quedó cara de idiota cuando comprobó que funcionaba muy bien.

—¿Quién era ese genio?

—¡Eso no importa! Quizá el problema es que era demasiado joven. Hacía un par de años que estaba en los estudios y pensaba que lo sabía todo.

Martin insistió:

—Pero ¿lo conocemos?

Art fijó la mirada en Sophie y luego la volvió a apartar, un poco incómodo. Por fin respondió:

—Era Jules Beck.

Sophie sintió todas las miradas clavadas en ella. O tal vez solo se lo imaginó. Abrió la boca para hablar, pero las palabras murieron antes de llegar a sus labios. No supo exactamente qué cara poner, y acabó esbozando una mueca algo grotesca. Tras un breve silencio, los demás cambiaron de tema.

«De modo que era eso», le dijo Sophie a Babbitt solo con la mirada.

Art Babbitt hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Al cabo de unos días, los estudios vivieron una gran inauguración. Walt Disney había comprado un nuevo edificio al otro lado de la avenida, con espacios destinados a las clases de dibujo. Las clases de arte se habían hecho un lugar en Walt Disney Studios.

Fue un día feliz. Divertido. Un sonriente y atractivo Graham posó en la puerta de las nuevas instalaciones ante las cámaras de sus alumnos como una verdadera estrella de Hollywood. Con un dedo señalaba el ostentoso cartel que reflejaba la típica agudeza de los animadores:

Don Graham Memorial Institute

Y debajo, con letras más pequeñas, la máxima:

Semper Gluteus Maximus

Art Babbitt immortalizó aquel momento con la cámara de dieciséis milímetros. Nunca se separaba de ella.

La bella Marge

—¿No te separas nunca de esta cámara, Art? —preguntó Marge.

Art no respondió. No podía. Estaba ocupado siguiendo las evoluciones de la joven sobre la arena, aquella especie de danza sensual que la llevaba hasta la orilla del mar, donde se peleaba con las olas juguetonas que querían lamerle los pies mientras la brisa mecía con fuerza el pañuelo que sostenía en las manos, como una vela, y le despeinaba el pelo, espectacularmente rubio.

Mientras Marge se reía, feliz, con la inconsciencia típica de su abrumadora juventud, el ojo del objetivo fisgón de la cámara de Art capturaba su belleza: el pelo rubio, suave y tibio; el cuerpo, como un junco enfundado en el bañador azul en el que las gotitas de agua centelleaban como cristales y hacían que sus ojos le brillaran tan azules como el mar.

Marge Belcher era Blancanieves. La Blancanieves de carne y hueso que los estudios habían contratado como modelo de referencia para filmar y estudiar los movimientos de la protagonista de la película. Era hija del profesor de danza Ernest Belcher y solo tenía quince años cuando pisó los Disney Studios por primera vez. Le dieron un traje de Blancanieves y la hicieron actuar ante el pozo de los deseos que habían construido para recrear una de las primeras escenas de la película mientras los animadores la filmaban y tomaban nota de todos sus movimientos.

Quien más interés tenía en inmortalizar a Marge con la cámara era, sin duda, Art Babbitt.

En los estudios, Marge se movía con naturalidad entre artistas serios, bebedores compulsivos, músicos, intelectuales y soñadores. Todos amaban a su Blancanieves y la protegían.

Quien más la quería y la protegía, sin embargo, era Art Babbitt.

Y ella se dejaba filmar, querer y proteger por aquel artista que la tenía encantada con su personalidad, tan hipnótica como la mirada de su cámara.

Art se sentó en la arena, junto a Sophie. Los ojos le brillaban bajo el sombrero de paja. Hacía una tarde veraniega demasiado radiante para malgastarla encerrándose en casa, y Babbitt la había convencido para ir a la playa con un pequeño grupo de amigos entre los que se encontraba la joven Marge. Con alguna reticencia, Sophie se sumó a la alegre caravana. Cruzaron Los Ángeles,

aparcaron los coches y caminaron por la escollera que se extendía de la playa de Santa Mónica a la de Venice hasta que encontraron un rincón tranquilo y montaron el pequeño campamento.

Solo hacía dos semanas que Sophie había dejado a Jules.

—¿Estás bien? —le preguntó Art mientras se secaba las salpicaduras de los cristales de las gafas con un pañuelo.

—En la gloria.

—Vamos, ya sabes de qué te hablo.

Sophie se incorporó un poco y se volvió hacia Art, que en aquel momento estaba encendiendo dos cigarrillos. Le ofreció uno. Ella lo cogió y exhaló una larga espiral de humo en la que le pareció ver un montón de chispas de recuerdos que escapaban hacia el cielo. Aquel torrente de emociones le hizo cambiar la expresión y su voz se volvió temblorosa cuando contestó.

—No tengo ganas de hablar de este tema.

—Pues, en estos casos, hablar sienta bien.

Sophie miró a Art enarcando las cejas y se topó con su sonrisa casi oculta entre las nieblas del cigarrillo. Cuando sonreía así, su poder de persuasión era tan grande que te podía convencer de cualquier cosa. Pero ni la sonrisa de Babbitt era capaz de convertir en palabras lo que sentía. No podía explicarle su historia con Jules y todo lo que había vivido y sufrido con él porque solo le pertenecía a ella. Tampoco podía hacerle comprender cómo y por qué había terminado aquella relación; a la postre, no había habido ninguna explicación ni una disculpa. Por no haber, no había habido ni una triste pelea. No podía afirmar que le hubiera dejado por los malditos celos que había sentido desde el principio ni por el eterno miedo a ser engañada con el que convivía desde que lo había conocido. Simplemente habían agotado el tiempo de su amor. El de su felicidad, y, también, el de su infelicidad. Y esto, Art no podría entenderlo. Por eso cambió de tema:

—¿Eres consciente de que Marge solo tiene dieciséis años, verdad?

—¿Con qué me sales ahora? ¿Hay que tener una edad determinada para disfrutar de una tarde de playa?

A Sophie le encantaba la agudeza mental de Art. Pero no la engañaba.

—Vamos, Art. He visto cómo la miras. Y no la miras igual que a las demás.

Art, extrañamente, calló.

—Sufro por ti —insistió Sophie.

Y el silencio preocupado de Babbitt le confirmó que no estaba equivocada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —le respondió él.

—¿Por qué no has flirteado conmigo? Creo que lo has hecho con todas las chicas del estudio, con todas las modelos, incluso con las menores de edad, y, en cambio, conmigo... ¿Tan fea te parezco?

Sophie lo había dicho de un tirón, con una risa en los labios que demostraba claramente que no hablaba en serio. El rostro de Art, sin embargo, se había ensombrecido. Parecía como si se

hubieran intercambiado los papeles.

—No sé por quién me has tomado, Sophie, pero te aseguro que nunca se me ocurriría seducir a mi mejor amiga.

Entonces, Marge se acercó hasta donde estaban; risueña y juguetona, cogió las manos de Art y lo obligó a levantarse.

—Ven, los chicos están preparando los bocadillos y las bebidas. Me muero de hambre.

Art y Marge se alejaron corriendo por la arena. Sophie se agarró el sombrero con una mano para que no se lo llevara el viento. Con la otra, se apartó un rizo de pelo suelto y se lo colocó detrás de la oreja. Se quedó sentada en la arena un rato más. Las palabras de Art le cosquilleaban el corazón. En aquellos momentos le parecieron las más bonitas que nadie le había dicho nunca.

Unas lágrimas silenciosas temblaron en sus ojos.

Sophie y Lissette no se veían desde hacía más de un mes. Por eso, cuando Sophie abrió la puerta del apartamento y vio a su amiga de pie en el rellano, se abalanzó sobre ella y la abrazó de una manera casi feroz que destruyó el bonito ramo de flores que llevaba en las manos.

—¡Has aplastado las flores! —gritó la chica con su voz chillona.

—¿Qué dices? Si están perfectas.

Ambas se quedaron mirando el ramo descabezado y se echaron a reír ruidosamente.

Sophie, que llevada por la necesidad se estaba convirtiendo en una cocinera más que aceptable, había preparado una comida especial para homenajear a su amiga. El primer plato, una crema de gambas bastante aceptable, se lo comieron mientras comentaban el nuevo aspecto de Lissette.

—¡Estás espectacular, chica!

—¿Te gusta? —contestó Lissette, pasándose una mano por las ondas perfectas de su nueva permanente y mirando a Sophie con sus ojos de gata.

Se había cortado mucho el pelo y se lo había teñido de un impactante rubio platino. Iba maquillada con los colores que la moda imponía: polvos naturales de color marfil matizados con delicadeza con un *blush tea rose* que contrastaba con el explosivo *red chinese* de los labios.

—Me encanta. Pero ¿y esto? ¿De dónde has sacado este modelo? ¿De los escaparates de la *boutique* del Ambassador? —preguntó Sophie señalando con un leve gesto de la cabeza el conjunto que lucía su amiga mientras se levantaba para cambiar los platos.

—¿Es que nunca vas al cine? Esto, como tú dices, es la última moda en Hollywood —respondió Lissette, que lucía un jersey rayado blanco y rojo de manga corta y cuello con bufanda, y una falda roja terminada con un ligero vuelo.

—Un poco atrevido para mi gusto. Pero tú puedes ponerte cualquier cosa. Todo te queda bien.

Sophie sirvió el pollo asado a la manera tradicional. Comía con hambre sin dejar de hablar. Pero Lissette aún no había tocado el plato. Escuchaba a su amiga, mirándola con una intensidad

inusitada.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes apetito?

Lisette continuó callada. Sonrió con los ojos llenos de chispas. En el ambiente flotaba el aroma de secretos a punto de ser desvelados. Sophie se quedó con el tenedor a medio camino de la boca, invadida por la curiosidad.

—¿Qué me estás ocultando?

El secreto comenzó romperse a pedacitos.

—He encontrado trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Mi sueño, Sophie! ¡Trabajo en la Paramount!

—Pero..., pero esto es...

—¡Me han contratado en el equipo del jefe de vestuario, Howard Greer. ¿No es maravilloso? Trabajaré a las órdenes de Edith Head, una diseñadora de vestuario que es... ¡genial! ¡La mejor!

—Pero ¿cuándo ha ocurrido eso? ¿Por qué no me habías dicho nada? No pienso perdonártelo...

—Todo es muy reciente. ¡Me hacía tanta ilusión venir a contártelo! Diseñaremos el vestuario de un musical que interpretará Frances Farmer.

Sophie se llevó ambas manos a la boca. Los ojos le brillaban, tan ilusionados como los de Lisette.

—¡Es maravilloso! ¡Estoy tan contenta!

—La película se titulará *Rhythm on the Range*. Yo solo formaré parte del equipo de modistas, pero pienso aprender todo lo que pueda junto a estos grandes profesionales. Y si lo hago bien, quizá me darán más trabajo.

—Estoy segura de ello —dijo Sophie, cogiéndole una mano por encima de la mesa y apretándosela con afecto.

Tuvieron que recalentar el pollo, que se había enfriado en los platos. Después se sentaron con dos tazas de café en el sofá. Había llegado la hora de las confidencias. Las que estaban más ocultas. Las que se resistían a salir porque lastimaban el corazón:

—Creo que hiciste bien dejando a Jules. Si quieres que te diga la verdad, tienes mejor aspecto ahora que cuando estabas con él.

—No estoy segura de que sea yo quien le dejó. De hecho, él me empujó con sus ausencias, sus silencios y sus infidelidades. Últimamente ya no se escondía. Las chicas del estudio iban detrás de él babeando y Jules se dejaba querer.

Sophie se mordió el labio y dejó escapar un suspiro largo y profundo.

—Creo que le hice un favor.

Lisette iba a abrir la boca, pero Sophie fue más rápida y se adelantó a la avalancha de preguntas que la chica parecía estar a punto de disparar.

—¿Y cómo está Tyler?

—Tenías razón. Cada vez está peor. Tengo que tomar una decisión, porque la situación es

insostenible. No puedo vivir así.

La alegría se había evaporado de los ojos de Lissette. También de los de Sophie.

—Encontrarás la forma de arreglarlo. Ya lo verás. No nos pongamos tristes.

—No. Tienes razón. Todo se arreglará. Tú estás en Disney y yo en la Paramount. Ambas hemos iniciado el camino de nuestros sueños. Nada puede salir mal.

Sophie suspiró. Le hubiera gustado creer en aquellas palabras que, a menudo, también ella se repetía. Pero a veces se le hacía tan difícil...

Los siete enanitos se habían convertido en la gran preocupación de Disney y, en consecuencia, de los animadores que habían asumido la tarea de coordinar su apariencia y su personalidad: Bill Tytla y Martin Locke. Ambos se complementaban a la perfección, porque mientras Martin creaba diseños cada vez más interesantes de los personajes, Bill Tytla les daba una gran calidad emocional.

El hecho era que, a punto de terminar el invierno de 1935, y con otras escenas más avanzadas, los enanitos eran todavía una gran fuente de dudas y discusiones. Ni siquiera tenían nombre. El departamento de Arte había trabajado en decenas de diseños para darles vida, pero aún no se había llegado a un consenso. El aspecto de los personajes se iba puliendo paulatinamente, y los animadores jefe trabajaban con meticulosidad para definir sus características faciales, ya que, como iban muy mal de tiempo, había un montón de animadores dibujando los mismos personajes, y había que ser muy riguroso para mantener la unidad, sobre todo en los detalles como las pestañas, los ojos y las sombras.

A pesar de todas las dudas, había acuerdo en una cosa: los siete enanitos debían ser una parte esencial de la película, y tenían que formar un equipo perfecto con Blancanieves.

En aquellos momentos, mientras Ham Luske, el animador principal del personaje de Blancanieves, experimentaba con las escenas de animación en las que la protagonista llegaba a la cabaña del bosque, Martin y Bill estaban totalmente inmersos en la escena de la habitación de los enanitos, cuando estos descubrían asombrados que Blancanieves había entrado en su casa. Tenían el convencimiento de que era la escena clave para marcar la personalidad de cada enanito y el punto de partida para establecer el trabajo de los otros animadores.

Quedaban solo unos días para sumergirse en diciembre, y, junto con los miembros de su equipo, visionaban el esbozo de animación de la escena de la habitación de la cabaña. Habían pedido a Babbitt que los acompañara a la sala de proyección del estudio que todo el mundo conocía como «la sauna», y no solo por el calor que solía hacer, sino también porque era el lugar donde los animadores solían «sudar» cada escena.

—Es importantísimo que trabajemos a fondo la personalidad de los siete enanitos en esta escena. Estamos de acuerdo en que su apariencia es similar. Su altura, también. Pero sabéis qué debemos conseguir, ¿verdad?

—Que el espectador los distinga de entrada, desde el primer fotograma.

Martin y Bill callaron, y Art tomó el relevo. Su preocupación por la psicología de los personajes animados, que ya había quedado demostrada ampliamente en cortos anteriores, sobre todo cuando trabajó la personalidad de Duffy, afloró en forma de sentencia:

—¿Sabéis?, el público debe preocuparse por ellos, debe emocionarse con ellos. Y eso solo se consigue si los aceptan como individuos.

—Es exactamente eso —afirmó Martin, volviendo a pasar el boceto animado. Y añadió—: Aquí los tenemos. Acaban de descubrir a Blancanieves tumbada en su cama. Es una intrusa, y cada uno de ellos reacciona a esta intromisión de una manera diferente.

Bill detuvo la proyección y señaló a uno de los enanitos:

—Este es el más desagradable de todos. Siempre está de mal humor. Es rabioso. Creo que queda claro, ¿no os parece?

—Sí, pero el efecto aún se puede intensificar. Mirad mi cara.

Todos los ojos se clavaron en Art, que empezó a gesticular y a desfigurarse su rostro como si estuviera muy enfadado.

—¿Habéis visto? Hay que exagerar las arrugas faciales. Los ojos deben estar casi cerrados. Así insistimos aún más en ese mal carácter. Debería provocar rechazo.

Martin asintió con la cabeza mientras volvía a encender la moviola. La paró al cabo de unos segundos y señaló a otro enanito:

—Este, en cambio, se avergüenza al ver a Blancanieves.

—¿Por qué? —preguntó Babbitt.

—Hombre, porque es muy tímido.

—Pero su expresión es muy similar a la de este otro —observó Art Babbitt señalando a un tercer enanito.

—No, este está contento. Siempre está contento.

Babbitt proyectó varias veces los fragmentos en que aparecían los dos enanitos. Mientras lo hacía, negaba con la cabeza.

Tampoco Martin quitaba los ojos de aquellos bocetos. Parecía que se hubiera olvidado de respirar. Por fin exclamó:

—Tenéis razón. El enanito tímido y el enanito feliz se parecen demasiado. La timidez es difícil de plasmar en un dibujo. Creo que aún no hemos conseguido modelar este personaje.

Se hizo un silencio expectante que Art rompió al cabo de unos segundos:

—Yo diría que, debido a su timidez, no sabe cómo reaccionar cuando se encuentra a Blancanieves durmiendo en sus camas. Pero esto no queda claro en el dibujo. Deberían acentuarse algunos rasgos.

—¿Cuáles?

—Estoy pensando en los niños pequeños. Cuando se muestran tímidos con alguien tienden a agachar la cabeza. Evitan el contacto visual. O no miran o miran de reojo, y no saben qué hacer

con las manos. Quizá por ello las colocan detrás de la espalda. Y cuando alguien se dirige a ellos, sonrían sin abrir mucho la boca, por debajo de la nariz...

Martin había cogido una hoja e intentaba plasmar en el papel las palabras de Babbitt.

—No sé si me explico. Ya sabéis, cuando dibujamos hay que pensar mucho todos los detalles. Yo intentaría que el enanito tímido fuera como un niño al que acaban de darle ganas de esconderse detrás de las faldas de su madre.

Art se quedó mirando a sus compañeros, que guardaban silencio y parecían estar reflexionando. Se levantó y se estiró con pereza:

—Bueno, ¿vamos a comer?

Babbitt y Tytla abandonaron la sala enseguida. Martin fue el último en salir. Caminaba despacio, sin dejar de pensar en lo que Art había apuntado:

—Ojos bajos, cuerpo agachado, manos detrás de la espalda, sonrisa por debajo de la nariz... Vamos, como yo.

Sophie había ahorrado hasta el último centavo de su sueldo para poder ir a pasar las Navidades a Nueva York con su familia. Hacía más de tres años que no los veía y solo tenía noticias suyas a través de la frecuente correspondencia que intercambiaba con su padre. De vez en cuando, Vera añadía unas líneas a aquellas cartas en que padre e hija intentaban mantener la añoranza a raya. Jamás se ahorra los consejos. Elionor nunca lo hacía.

La vuelta a casa tenía sumida a Sophie en un estado a medio camino entre la impaciencia y el temor. Tampoco la perspectiva del largo viaje en tren la animaba mucho. Le hubiera gustado poder cerrar los ojos y abrirlos en el salón de su casa, sentada en el sofá que reposaba de espaldas a la galería, con el té y los pastelitos de Navidad llenando las mesas auxiliares y el árbol repleto de luz y rodeado de paquetes misteriosos que Elionor y ella se pelearían por abrir.

Sabía que aquella imagen pertenecía al pasado y que la realidad con la que debería enfrentarse a su regreso a casa sería otra. Una menos colorida y luminosa. Pero, fuera como fuera, Nueva York era su padre, su madre y Elionor. Y ella deseaba verlos y abrazarlos. Decidió bajar la tapa de los recuerdos que la hundían en ese estado de nostalgia y preparar la vuelta a casa.

Y entonces apareció Art y le hizo una propuesta sorprendente:

—¿Piensas ir a Nueva York estas Navidades?

—¡Sí! —respondió Sophie, radiante.

—Martin y yo también volvemos a casa a pasar las Navidades. Vamos en mi coche. Tenemos sitio para otro acompañante.

A Sophie se le iluminaron los ojos.

—Si aceptas, me darás una alegría. Es un viaje largo y seguro que será menos pesado si vamos los tres. Ya sabes que Martin no es un gran conversador. Si vienes tú, incluso lo pasaremos bien.

Por más que Sophie insistió, Art no quiso oír hablar de compartir los gastos de gasolina.

Aquello le permitió comprar algún obsequio para llevar a casa. Lissette le había arreglado un abrigo que ya no usaba y le había hecho unos pantalones adecuados para el frío que la esperaba en Nueva York. El día de la partida se presentó en casa de Art vestida y acicalada como si fuera a una fiesta.

—¡Estás preciosa! —le dijo con ese encanto natural que hacía que una chica no dudase nunca de sus palabras.

Martin no le dijo nada. Pero sus ojos silenciosos la persiguieron durante mucho rato.

Viajaron en el Buick 40 Sedan recién estrenado de Art Babbitt, un gran coche de ochenta caballos, de color verde oscuro, con cuatro puertas y cinco plazas, que costaba unos mil trescientos dólares, lo que evidenciaba bastante bien el sueldo que ganaba en aquellos momentos en Disney.

Era un viaje de cuatro mil kilómetros por la ruta 66. Recorrían unos quinientos kilómetros al día y, de noche, paraban en el primer motel que encontraban y pedían dos habitaciones. Art y Martin no dejaban nunca que Sophie pagara su parte porque decían que su sueldo en el estudio era de chiste comparado con los suyos.

Se levantaban a las seis de la mañana, desayunaban y se ponían en marcha. Los dos hombres se alternaban al volante, mientras que Sophie, con la nariz pegada al cristal, veía pasar grandes ciudades y pueblos pequeños y eriales.

Cruzaron el desierto y, también, alguna tormenta. Viajaron por tramos sin asfaltar y se enfrentaron a las curvas de las Black Mountains, las más peligrosas de América. Y, por fin, un atardecer, los tres viajeros pudieron ver cómo el sol se cernía tras el puente de Brooklyn y teñía las aguas del East River de un rojo vivo y brillante.

Sophie se despidió de Art y Martin, que habían insistido en dejarla frente a su casa. Se pusieron de acuerdo para la vuelta.

Cuando el coche se perdió en medio del tráfico denso de la ciudad, la chica se quedó mirando fijamente la casa donde había nacido agarrando fuertemente la maleta con la mano. Intentó recordarla cuando aún era una casa familiar y no un inmueble de tres pisos con evidentes signos de decadencia.

La envolvió la añoranza.

Navidades en Nueva York

La casa de la 74th Street ya no era la casa de sus recuerdos. En aquellos tres años y medio, el edificio había cedido a la pobreza y a la falta de ilusiones, al mismo tiempo que la esperanza de salir de aquel agujero tan negro abandonaba a la familia Simmons. Vera había dejado de resistirse a la evidencia, y eso la había hecho caer en un pozo muy profundo y muy oscuro. Y a medida que ella se abandonaba a una resignación opaca, las flores de la galería se marchitaban, las alfombras perdían los colores brillantes y los muebles que aún no se habían vendido envejecían entre los recuerdos de tiempos mejores. Al reencontrarse con su madre, Sophie comprobó perpleja que su piel se había vuelto más amarilla y que la comisura de los ojos se le había llenado de un abanico de finas y diminutas arrugas que la envejecían.

Por otra parte, el carácter de Elionor había empeorado y su lengua se había afilado. Se pasaba el día en el hospital y, cuando volvía, esparcía por los tristes rincones de la casa su mal humor y la amargura en que vivía sumergida. Joseph era el único que, aparentemente, seguía como siempre. Con menos pelo que como Sophie lo recordaba en la estación el día que se despidieron, pero con la eterna sonrisa bondadosa colgada de los labios y con el coraje que aquella nariz, un poco abrupta en el arranque, confería a un rostro más pálido de lo habitual. El hombre seguía atendiendo a algunos vecinos del barrio y hacía algunas curas en el mismo hospital donde trabajaba Elionor. No perdía nunca el tiempo pensando en que si las cosas se hubieran desarrollado de otra manera, ahora podría disfrutar de una jubilación tranquila y cómoda. Estaba agradecido porque, en aquella situación tan difícil, había conservado parte de su trabajo y gracias a los buenos amigos de toda la vida había podido encontrar algún recurso para ir tirando.

Ni Vera ni Elionor compartían su optimismo.

Pocos días después de su llegada, Sophie empezó a sentir que la casa se le caía encima, sobre todo cuando Joseph no estaba. Encerrada entre aquellas cuatro paredes, contemplando cómo las ramas desnudas y grises de los árboles invernales temblaban tras los cristales de la galería, sentía un frío que le calaba hasta los huesos y que no tenía nada que ver con las bajas temperaturas. Empujada por la necesidad de escapar de aquel ambiente enrarecido, se inventaba cualquier excusa para salir y pasar fuera tanto tiempo como podía. Volver a Nueva York significaba volver a ver a los amigos que había dejado en la ciudad. Pocos. Y eso le sirvió de escapatoria durante los

primeros días. Luego recuperó algunas costumbres que habían quedado atrás. Visitó galerías de arte, como en los tiempos de la *high school*, y asistió a algunos conciertos vespertinos. También se escapaba a la Gran Estación Central y se perdía, con el bloc de dibujo en las manos, entre la gente que iba y venía con prisas, con los ojos clavados en el techo azul con el zodiaco resplandeciente que ella tenía grabado en el corazón, mientras el frío de aquel diciembre entraba por los grandes ventanales que se alzaban hasta el techo. Le encantaba observar cómo a ambos lados del mostrador de información tenían lugar reencuentros emocionantes, y se quedaba embobada ante los largos suspiros de los trenes llenos de chirridos y chasquidos.

Por supuesto, lo mejor de aquel regreso a Nueva York fue recuperar los paseos con su padre.

A Sophie le costó volver a acostumbrarse de nuevo a los cielos sucios de Nueva York, que en invierno lo cubrían todo de un color gris que parecía pintado a brochazos. Y, también, a aquel sol blanquecino como la nieve que cubría las calles. Aun así, algunos días, después de comer, si el mal tiempo no lo impedía, ella y Joseph salían a pasear. Muchos días iban hasta Central Park y se sentaban en un banco desde el que podían ver el hotel Plaza, en la 59th Street.

—Te gustaba mucho venir aquí, ¿recuerdas? La vista del hotel te impresionaba.

Sophie asentía con la cabeza. Recordaba la primera vez que, desde uno de esos bancos, intentó dibujar el hotel. No lo consiguió, claro. Pero su padre le dijo que «su» hotel era mucho más bonito que el de verdad.

La joven descubrió enseguida que Joseph aprovechaba aquellos paseos para recordar el pasado, pero que evitaba hablar del presente y le contaba muy pocas cosas, por no decir nada, sobre cómo había sido la vida de la familia desde que ella se había ido.

Sin embargo, la realidad no podía evitarse, y a menudo les asaltaba por la calle. A Sophie no le costó mucho darse cuenta de que la depresión económica había dejado un reguero de consecuencias tras ella que se hacían más visibles en Nueva York que en Los Ángeles. Y es que en Nueva York no podía evitar toparse con los efectos de aquella terrible crisis a cada paso que daba. Sus ojos chocaban constantemente con escenas de auténtica pobreza. Había gente que vendía manzanas en la Fifth Avenue, y las bocas del metro estaban llenas de indigentes que buscaban refugio del frío y dormían allí por la noche, cubiertos con periódicos. La ciudad parecía tomada por turbas de mendigos que vagaban perdidos, sin un gramo de esperanza en la mirada. También los había en Los Ángeles, pero era necesario ir a determinados barrios, sobre todo del centro, para encontrar ese tipo de escenas que en Nueva York llenaban cada rincón de la ciudad.

Sophie se horrorizó la primera vez que vio una colonia de vagabundos ocupando las orillas del río. Construían sus refugios con grandes cajas de cartón que llenaban de periódicos. Algunos, los que tenían más suerte, los protegían con maderas y techos de lata. Eran extensos barrios donde vivían familias enteras, con hijos, con abuelos.

Joseph le explicó que funcionaban de forma comunitaria. Cuando alguien trabajaba, entregaba

el sueldo a la comunidad y así ahorran para comprar comida en almacenes de mayoristas. Se cocinaba también para todos: una buena sopa en la cocina comunitaria alimentaba cada noche aquellas bocas desesperadas. Recogían frutas y verduras entre la basura de los restaurantes. Y así sobrevivían.

—No son mendigos —le había dicho Joseph a Sophie—. Toda esa gente era como tú y como yo hace unos años. Perdieron su trabajo, su casa. Lo perdieron todo. Pero son gente honrada.

Sophie se emocionó al comprobar que los ojos de su padre brillaban con lágrimas retenidas.

—El ingenio y la firmeza que demuestran ante la adversidad me dejan atónito. Voy a menudo a los campamentos. Voy a hacer curas, a visitar a algunos enfermos y a llevar medicamentos. — Joseph miró a su hija—. Hago lo que puedo.

Desde aquel día, Sophie lo acompañaba con asiduidad en aquellas visitas. No tenía dinero para repartir, pero sí ganas de ser útil. Colaboró con un grupo de voluntarios para recoger árboles de Navidad que habían sobrado o que habían sido rechazados. Y también pedían juguetes por las casas. Con gran satisfacción, pudo ver que en cada barraca había un árbol de Navidad y que cada niño tenía un regalo al pie del árbol.

Los espacios que ocupaba la familia Simmons en la casa se habían reducido mucho. Aquel hogar antes tan luminoso se había convertido en un laberinto de pasillos sombríos y fríos. Antes, en los buenos tiempos, había estufas en todas las habitaciones. Pero las cosas habían cambiado: había que ahorrar en calefacción y solo la chimenea mantenía la sala de la galería a una temperatura cálida y agradable, mientras que las habitaciones del segundo piso eran auténticas neveras. Por este motivo, los Simmons habían decidido cerrar esas habitaciones y se habían metido en las otras dos plantas. Sophie no tuvo otro remedio que dormir en un colchón en el suelo de la habitación que ocupaba ahora su hermana, una pequeña trasalcoba interior que había sido la habitación de la plancha. Por la noche, en cuanto se apagaba la luz, sentía ahogo. Nunca habría pensado que acabaría echando de menos su apartamento de Los Ángeles. Pero lo echaba de menos. Sobre todo la pequeña ventana del salón, que no acababa de ajustar bien y dejaba pasar la luz de las farolas del otro lado de la calle, que entraba jugueteando con las cortinas.

Durante las primeras noches en Nueva York, en cuanto se acostaba, Sophie notaba la punzada de las lágrimas en los ojos. El silencio de la casa la estremecía. Los viejos relojes que habían acompañado las noches de su infancia con sus canciones de cuna hacía tiempo que habían enmudecido. El cuarto era frío e inhóspito, y añoraba su habitación en el segundo piso y todas las cosas que tenía, los viejos compañeros de infancia que ahora debían reposar en cajas cubiertas de polvo o habían desaparecido para siempre. Los pensamientos y los recuerdos, la nostalgia, se le arremolinaban en la cabeza y le impedían dormir. Se pasaba horas con los ojos abiertos en la oscuridad.

Cuando Elionor entraba en la habitación, Sophie hundía la cabeza en la almohada y fingía

dormir. Solo cuando la respiración de Elionor se relajaba y se volvía tranquila y rítmica, agotada, se abandonaba al sueño. El nuevo día la sorprendía siempre cansada y con la sensación de haber tenido sueños terribles que no conseguía recordar.

Hasta la Nochebuena.

Habían asistido a los oficios navideños en Riverside Church y, una vez en casa, habían puesto la mesa en la sala de la galería. Sophie colocó los regalos que había traído de Los Ángeles al pie del pequeño abeto. Un poco después, aparecieron tres regalos más con los nombres de Vera, Elionor y Sophie. Eran de Joseph.

Cenaron un plato de carne correosa que la salsa de frambuesas y el puré de patatas ablandaron un poco. Joseph había traído galletas de Navidad y bromeaba sobre las peleas entre Elionor y Sophie cuando, de pequeñas, competían por la galleta más bonita, la que tenía los botones más coloreados o la sonrisa más simpática.

Terminaron de cenar y se retiraron todos a dormir.

Las dos hermanas entraron juntas en la habitación, se desnudaron en silencio y, en silencio también, se acostaron. De repente, la lámpara de la mesilla de noche volvió a encenderse. Elionor se había levantado y estaba sentada en el extremo de la cama; clavaba su mirada gris y altiva en Sophie con una intensidad inusitada. Temblaba. Quizá de frío. O de indignación.

—¿De verdad crees que con esta mierda de regalos ya has pagado tu parte?

Sophie se incorporó sin saber qué decir, a qué venía aquella rabia que brillaba en los ojos de su hermana. Los suyos empezaron a escocerle y tuvo que hacer esfuerzos por reprimir el llanto.

—Elionor, yo...

—No, ahora no me vengas con cuentos. ¿Sabes lo que han sido estos años para nosotros? ¿Estos años que tú has ocupado viviendo tu vida en Los Ángeles, vagueando gracias al dinero que te mandaba papá?

—No digas eso. Yo creía...

—Tú no creías nada. Tú ponías la mano y punto. ¡Ah, sí, claro! Y escribías cartitas maravillosas para que pudiéramos ver lo bien que te iba la vida. ¿De verdad creías que iba a responderte a alguna?

Sophie intentó pasar por alto aquellas palabras que le herían el alma. Deseaba que su hermana la entendiera; que se diera cuenta de cómo le habían ido las cosas realmente.

—Es verdad que papá me ha ayudado, pero para mí tampoco ha sido fácil. El trabajo que hago está muy mal pagado. Vivo de una manera muy precaria.

—Qué pena, no sabes cuánto lo siento —dijo Elionor con despecho.

Sophie levantó la cabeza, que había mantenido baja, y miró a su hermana. Su rostro oscuro, amargo; su cuerpo, cargado de una furia tensa. Cuando Elionor volvió a hablar, su voz pareció un llanto:

—Llegó un momento, después de que te fueras sin decir adiós, en que vivíamos los tres de mi sueldo. Me deslomé haciendo turnos extras. Papá perdió casi todos sus pacientes. A menudo

trabajaba gratis porque los pocos que le quedaban no podían ni pagar. Mamá dejó de ser ella y se convirtió en el fantasma que es ahora.

Los recuerdos eran dolorosos y le empañaron los ojos. Sophie se humedeció los labios, como buscando las palabras adecuadas para responderle. Pero no dijo nada y su hermana continuó desovillando aquella historia.

—Conseguí mover hilos en el hospital, rescatar viejas amistades de papá. Ciertas influencias. No había trabajo para nadie, pero me avisaban si había alguna sustitución que papá pudiera hacer. O si había que ir a pinchar a un enfermo a su casa. Lo que fuera. Papá, a pesar de su edad, estaba dispuesto a todo. Empezó a entrar un dinero extra. ¡Pero tan poco! Primero no lo entendí. Me desesperaba. Hasta que lo vi claro. Él dividía en dos partes todo lo que ganaba y una te la enviaba a ti. Incluso cuando aquí no sabíamos cómo pagar las facturas, tú tenías tu parte.

Ahora, el rostro de Elionor se había convertido en una máscara inexpresiva. Ni siquiera recordaba la presencia de Sophie. No hablaba con ella. Hablaba con su dolor.

—Papá pensaba en todo el mundo: en ti, en los pobres del río, en los enfermos. En todo el mundo menos en mamá y en mí.

Sophie apoyó los puños cerrados en el colchón para soportar la tristeza que los reproches de su hermana le provocaban. Se sentía humillada y, al mismo tiempo, culpable de no haber querido ver la situación real de su familia.

Cansada, Elionor volvió a acostarse. El rencor es un sentimiento que agota. Se volvió de espaldas a Sophie. Antes de apagar la luz, aún añadió:

—Tú hacías tu vida. Yo no tenía vida. No la tengo.

Sophie se deslizó bajo las frías sábanas y se acurrucó hecha un ovillo. El silencio y la penumbra llenaban la habitación, pero no podía dormir. Elionor tampoco. Las dos hermanas estaban despiertas, cada una abrumada por sus propios pensamientos.

Finalmente, Sophie se levantó y caminó a tientas hacia la cama de su hermana. Se tumbó a su lado y la abrazó. Elionor sollozaba en silencio. Al sentir el cuerpo tibio de su hermana junto al suyo, se abandonó al abrazo. La tensión de su cuerpo se relajó. Puso una mano encima de la de Sophie.

—Lo siento, hermana. Te quiero —susurró Sophie.

Se durmieron juntas y abrazadas, mientras el silencio que durante tanto tiempo las había separado, paulatinamente, se iba haciendo añicos.

El año 1936 iniciaba su camino. Las vacaciones de Navidad llegaban a su fin y Sophie trataba de evaluar qué había significado para ella aquel regreso a casa. Por un lado, sentía el corazón lleno de una felicidad reencontrada; aquella felicidad que era como la que sentía de pequeña cuando salía con su padre a las calles de Nueva York. Pero descubrir la profunda infelicidad de su madre

y de Elionor, y el recuerdo de los reproches amargos de su hermana, la sumían en un estado de intranquilidad que le hacía replantearse su futuro inmediato.

Dos días antes de partir, tuvo una conversación con su padre.

—Estoy planteándome la posibilidad de quedarme en Nueva York, papá. En casa.

Joseph miró a su hija en silencio.

—Buscaría trabajo aquí.

La chica intentó mostrar una sonrisa despreocupada.

—¿Sabe?, los estudios de animación más importantes están en Nueva York: los Fleischer, por ejemplo.

—Pero los Disney no.

—No, los Disney no —respondió Sophie mientras pensaba que en Nueva York tampoco tendría a Art Babbitt ni a Lissette; ni a Martin Locke ni a los siete enanitos. Ni a Blancanieves ni a Bill Tytla. Ni su maldita cama plegable que se abría y se cerraba cuando le daba la gana.

—¿Entonces? ¿Todo habrá sido para nada?

Sophie se quedó mirando a Joseph. Sabía que nunca podría engañarlo. Decidió ser sincera.

—Creo que podría ser de más utilidad si me quedara en Nueva York. Podría echar una mano a Elionor, hacerle más compañía a mamá. Ayudar en el tema económico.

—Hay que analizar la situación de una manera más empírica...

—Papá...

Joseph le lanzó una mirada aguda, una de esas miradas contra las que se sentía desarmada.

—¿Has encontrado trabajo en Nueva York, Sophie?

—Sabe perfectamente que no, papá.

—Entonces, si no tienes trabajo en Nueva York, no sé de qué estamos hablando, porque a día de hoy encontrar un empleo es imposible para la mayoría de la gente. Y, en cambio, creo que he entendido que tenías un trabajo en uno de los grandes estudios de Los Ángeles y...

—Sí, pero...

Joseph cogió la mano de su hija, que había clavado la mirada en la ventana de la galería, perdida en sus pensamientos y en sus miedos.

—El camino de tu sueño es real. Has trabajado duro para conseguirlo. Has estudiado y estás donde querías estar.

—Pero mi sueldo... El trabajo que hago...

—Es un principio. ¿Piensas renunciar a él?

Sophie negó con un tímido movimiento de cabeza.

—Si sigues tu camino, llegará el día en que podrás ayudarnos de verdad. Porque serás lo que siempre has querido ser. Renunciar a tu sueño ahora es inútil. Lo rompe todo y no lleva a ninguna parte.

Sophie miró a su padre fijamente. Tenía los ojos brillantes y la preocupación se negaba a abandonarlos. Los de su padre, en cambio, estaban llenos de confianza y ternura.

—Lo haré, de acuerdo. Pero, a cambio, usted debe prometerme que no me mandará más dinero. Ahora trabajo a jornada completa. Puedo sobrevivir. Y tengo amigos que cuidan de mí.

—¿Es un trato?

—Es un trato.

Padre e hija sellaron el acuerdo con un tierno abrazo.

El Buick se comía los kilómetros a toda velocidad. Volvían antes de lo que tenían previsto y Art propuso pasar la última noche del viaje en Kingman, a unos quinientos kilómetros de Los Ángeles, y aprovechar para visitar al día siguiente el pequeño pueblo minero de Oatman, que estaba solo a unos treinta kilómetros de Kingman.

—Puede ser una despedida de las vacaciones divertida antes de volver al trabajo —dijo un Babbitt risueño y animado que no parecía haberse fijado mucho, como sí lo había hecho Martin, en el silencio preocupado en que viajaba Sophie, en su mirada ausente y en los hoyuelos de sus mejillas, que parecían haber perdido la alegría.

Kingman era una ciudad bastante grande de Mohave County, en Arizona. No les costó encontrar un buen hotel donde poder darse un baño reparador y disfrutar de una cena relajada. Un hotel más grande y cómodo que los moteles de carretera en los que se habían alojado las noches anteriores. Reservaron tres habitaciones para dos noches, otro lujo poco habitual, porque Art y Martin siempre compartían una. Cenaron y se acostaron temprano para descansar del viaje y estar listos para disfrutar del último día de vacaciones haciendo un poco de turismo en Oatman.

Sophie se tumbó en la cama con un libro en las manos. Sabía que le costaría conciliar el sueño si no leía un poco. Durante todo el viaje se había sentido nerviosa. Tenía la cabeza dividida entre Nueva York y Los Ángeles. Entre el pasado y el presente. Entre las palabras llenas de hiel de Elionor y los consejos esperanzadores de su padre.

Y entonces llamaron a la puerta de la habitación. Unos golpecitos tímidos, suaves, seguidos. Quizá nerviosos.

Sophie se levantó y fue a abrir. Detrás de la puerta se encontró con la mirada de ámbar de Martin.

No se dijeron nada. No era necesario. Avanzaron a trompicones hacia la cama, deseándose con una avidez apasionada que estallaba con furia después de haber vivido escondida y silenciada. Se acariciaban, se mordían, se desnudaban con prisas, con ganas de descubrir la desnudez del otro, recorriendo los caminos de la piel que hasta ese momento solo habían vivido en sus mentes. Sin palabras, sin preguntas. Con urgencia.

Martin se reveló como un amante complaciente. Su timidez mutaba en ternura cuando amaba a Sophie. Sus manos, firmes y lentas, sabían demorarse sobre su piel hasta la exasperación. Por unos momentos, mientras el amor duró, Sophie pensó que el olor de Martin borraría todos los anteriores.

Pero después, con la mejilla todavía sofocada apoyada en el pecho de él, Sophie volvió al presente con el sabor del pasado amargándole ligeramente la boca. Sintió con claridad que el recuerdo de las manos de Jules aún la turbaba, que era demasiado pronto para pasar definitivamente esa página. Y el corazón le pesó al pensar en el daño que le podía causar a Martin. Vio claro que necesitaba tiempo para asimilar sus emociones y le pidió que la dejara sola.

Al día siguiente, Sophie se presentó a desayunar con la maleta hecha. Había pensado un montón de excusas para volver a Los Ángeles sin dilaciones. Ninguna le pareció lo bastante buena ni lo bastante convincente. Al final, ante la mirada interrogante de Art y los ojos llenos de angustia y tristeza de Martin, solo pudo decir:

—Creo que lo mejor que podemos hacer es volver enseguida a Los Ángeles.

Lo hicieron. Fueron quinientos kilómetros silenciosos y largos.

Muy largos.

Totalmente tristes.

Background

Mientras Walt Disney y su hermano Roy hacían lo imposible por conseguir financiación para terminar *Blancanieves*, ya que el presupuesto inicial que Walt había fijado con cierta improvisación había sido superado con creces, los equipos de arte y de animación y todo el resto de los departamentos seguían trabajando a toda máquina. Cientos de artistas y técnicos se dejaban la piel cada día para que la locura de Disney dejara de serlo y se convirtiera en un sueño hecho realidad.

El volumen y la complejidad del proyecto del nuevo largometraje empujaba a los estudios a un constante crecimiento. Se construyó un nuevo edificio para Tinta y Pintura, y las clases para las chicas de ese departamento se impartían en un edificio situado al otro lado de la calle de las instalaciones principales de Hyperion Avenue. También se edificaron nuevas oficinas y laboratorios.

El personal de los estudios continuaba aumentando. En aquellos duros momentos en los que la Depresión azotaba con fuerza a todos los sectores era habitual encontrar en Los Ángeles carteles pegados en farolas y tiendas desde las que un sonriente Mickey Mouse ofrecía trabajo en los estudios. Era como un milagro que, mientras una parte escalofriantemente grande de la población estaba en paro, los artistas pudieran entrar a trabajar y formarse en Walt Disney Studios. La Gran Depresión había puesto a disposición de Walt buena parte del talento del país, y fue durante este período y gracias a *Blancanieves* cuando surgieron los animadores más célebres de la casa, los que estaban llamados a hacer historia.

Disney no solo dio trabajo a animadores principiantes, sino que además hizo fichajes importantes. Uno de los más sonados fue el del legendario Grim Natwick, un verdadero especialista en la recreación de personajes femeninos, muy conocido por haber ideado a la famosa Betty Boop en los estudios Fleischer de Nueva York. Disney lo reclutó para que colaborase con Ham Luske. Era tanto el volumen de trabajo en el departamento de Luske, a cuyas órdenes trabajaba Jules Beck, que Disney le buscó un colaborador con quien sabía que se complementaría a la perfección porque, si bien él sobresalía en las escenas que expresaban la personalidad de Blancanieves y sabía trabajar como nadie el personaje en las distancias cortas, Natwick era genial

en la mecánica de los movimientos del personaje. Disney, una vez más, dejó constancia de su buen instinto y supo aprovechar los puntos fuertes de dos animadores fuera de serie.

Los estudios de Hyperion se habían convertido en un campus próspero y lleno de vida. Walt Disney se sentía orgulloso de ellos y se encargaba personalmente de todos los detalles. Tanto los interiores como los exteriores eran agradables. Había muebles nuevos y útiles, asientos cómodos para los empleados y, en el exterior, bonitas zonas ajardinadas.

A Disney se le había metido en la cabeza que la evolución de los estudios debía ser similar a la de las cadenas de montaje de las grandes empresas (era un gran admirador de Henry Ford), y por ello contrataba a menudo a expertos en eficiencia que controlaran la evolución del crecimiento. Quizá lo que Walt Disney no veía en esos momentos era que aquella eficiencia y aquel crecimiento exponencial tenían un precio que no tardaría en pagar. Los distintos departamentos de los estudios quedaban cada vez más aislados unos de otros, ya que eran áreas diferentes de producción: el negocio se especializaba y perdía, día tras día, aquel espíritu familiar y de colaboración en el que todo el mundo estaba siempre dispuesto a hacer de todo para sacar adelante un proyecto.

Mientras tanto, los múltiples intentos por conseguir fundar y poner en marcha un sindicato de animadores persistían a pesar de todos los impedimentos. Desde principios de 1936, se celebraban periódicamente reuniones clandestinas en el restaurante mexicano El Coyote, de Melrose Avenue. Las presidía el animador Art Goble, de Looney Tunes, los estudios en los que Marion Altwell había encontrado trabajo después de la desaparición de Graphics Studios.

Marion asistía a todas las reuniones y estaba tan implicada como siempre en la lucha por poner fin a las arbitrariedades e injusticias que amenazaban con llevar a los hombres y a las mujeres de la animación a una situación de indefensión absoluta.

La situación era, sin duda, difícil. En aquellos momentos, todos tenían miedo. Estaban expuestos a todo. Pero sabían que ese era el camino a seguir.

Sophie retomó su día a día, y las imágenes del viaje a Nueva York y el eco de las conversaciones con su padre y con Elionor fueron quedando atrás. Sabía qué tenía que hacer y estaba dispuesta a hacerlo: lucharía desde Los Ángeles para llegar a donde se había propuesto llegar. Aquel fue su propósito de Año Nuevo y lo emprendió con decisión.

Sin embargo, había un asunto que no le resultaba nada fácil encarar. Un asunto alto, de cuerpo fibrado, de pelo castaño claro y ojos que la miraban sin artificios y que habían sabido despertar en ella una ternura insospechada. Un asunto que se llamaba Martin.

Había vuelto a Los Ángeles con el firme propósito de hablar con él. De pedirle un poco de tiempo para aclararse. De explicarle que no tenía la culpa de nada, que era ella la que aún no estaba emocionalmente preparada. Pero no lo había hecho. Se sentía cobarde y sabía que le estaba haciendo daño negándole una conversación tan necesaria.

Sophie estaba abocada a un caos de contradicciones que no sabía traducir en palabras y que,

por tanto, le resultaba imposible explicar a Martin. ¿Cómo podía explicarle aquel amasijo de sentimientos que ni ella misma entendía? Y aunque, por un lado, no quería perderle como amigo, y quizá tampoco como amante, le parecía que no podía atarse a él porque, de alguna manera, aún se sentía unida a Jules.

La conversación pendiente con Martin se fue convirtiendo con el tiempo en uno de esos asuntos sin resolver que intentamos enterrar en un cajón escondido de nuestra alma. Por ello, y aunque le costó hacerlo, tomó la decisión de espaciar las visitas a la casa de Babbitt. Era una huida, lo sabía, pero debía procurar coincidir menos con Martin, al que ahora solo veía muy de vez en cuando en el estudio. Pareció que él aceptaba estas reglas del juego no escritas que ella le imponía y la siguió tratando con cortesía callada, aunque sus ojos reflejaban volcanes interiores y deseos escondidos que su timidez no conseguía ocultar.

Fue por aquella época cuando Sophie conoció a Ginni.

Ginni acababa de aterrizar en el departamento de Tinta. Era un volcán de pelo rojizo siempre recogido en una cola alta y con una cara pecosa y simpática, unos ojos pequeños y risueños que a veces eran verdes y otras parecían azules, y una boca de labios finos que nunca se callaba. Tenía la risa fácil y contagiosa, y las manos inquietas como mariposas. De hecho, tanto por su físico como por su forma de comportarse, Ginni, que debía de tener la misma edad que Sophie, parecía más joven. Quizá por eso, Sophie se quedó tan sorprendida cuando la chica le comentó que hacía tan solo unos meses que se había casado.

—De hecho, nos habríamos casado antes, pero esperamos a tener unos ahorros para poder ir a Europa y empezar nuestra vida en común bajo el cielo de París. ¡Nos encanta viajar!

Sophie se quedó mirando a su compañera con los ojos muy abiertos, en los que brillaba un destello de sorpresa y celos.

—¿París?

—¡Sí! ¡París!

La joven dejó de limpiar y ordenar los pinceles con los que había estado trabajando toda la mañana. Estiró los brazos y el cuerpo mientras una amplia risa nacía en su boca. Volvió a recuperar la postura mientras contemplaba embelesada el anillo de oro que centelleaba en el dedo anular de su mano izquierda.

—Fue maravilloso. ¡Créeme!

Apoyó el codo derecho en la mesa de trabajo y colocó la barbilla sobre su mano mientras miraba fijamente a Sophie.

—¿Tú no tienes novio? ¿No sales con nadie?

—No, ahora no.

—¡Qué lástima! Yo creo que vivir en pareja es lo mejor del mundo. Cuando encuentras a la persona adecuada...

Sophie la interrumpió con un «claro» apresurado mientras se frotaba las cervicales, doloridas de tanto inclinarse sobre el dibujo. La conversación empezaba a deslizarse por caminos peligrosos, y aunque Ginni era un encanto, no se sentía predispuesta a las confidencias.

—Claude y yo estamos hechos el uno para el otro. Lo compartimos todo. Por ejemplo, viajar. Queremos pasarnos la vida viajando. Lo de París ha sido solo el principio, pero queremos ir a México, a Egipto, yo qué sé..., ¡a China! ¡Queremos pintar el mundo!

Sophie levantó la cabeza y la miró con curiosidad:

—¿Pintar el mundo?

—Sí. Nos encanta pintar con acuarelas. Bueno, yo soy una simple aprendiz, pero él es todo un maestro. Aprovechamos cualquier salida para pintar. De hecho, ese es el trabajo de Claude en los estudios.

—¿Qué quieres decir?

—Claude trabaja en el departamento de *Background*.

—¡Qué interesante!

—Ahora iba a recogerlo para comer juntos. ¿Por qué no me acompañas y te lo presento? Seguro que te cae de maravilla.

Sophie le respondió con una sonrisa.

—Me encantará.

Una vez iniciado el año 1936 y tras dos años de trabajo en el largometraje, no eran solo los diferentes departamentos de animación los que trabajaban sin tregua. Las localizaciones de la historia, los paisajes y escenarios también eran algunos de los puntos fuertes de la película. Se trataba de recrear el estilo de los libros de cuentos tradicionales. La tarea de los artistas de *Background*, comparable a la de los diseñadores escénicos de las películas en vivo, era esencial para dar a la historia el toque popular, como de cuento, que resultara familiar al público.

En aquellos momentos, y desde hacía meses, se trabajaba en la cabaña de los siete enanitos, una de las localizaciones más importantes de la película. Había que conseguir un diseño cálido y acogedor para la casa que mejorara la trama y se convirtiera en un escenario adecuado y convincente en diferentes horas del día. Era tan esencial el interior como el exterior de la pequeña cabaña, porque, aunque los enanitos fueran un poco descuidados, el interior de la casa estaba lleno de detalles y muebles encantadores.

Uno de los artistas que trabajaba con entusiasmo para conseguir que la cabaña de los enanitos fuera un escenario de cuento era Claude Coats.

—¡Es maravilloso! —exclamó Sophie, admirando una de las acuarelas en las que estaba trabajando, que representaba un rincón de la cocina de la cabaña de los enanitos, presidida por una gran mesa de madera con un jarrón con flores encima y una ventana abierta por la que entraba la luz de una mañana radiante que lo pintaba todo de oro.

—Está casi lista. Solo tenéis que imaginaros a los pájaros entrando por la ventana y volando alrededor de la mesa. Pero lo de hacer que los pájaros vuelen ya no es cosa mía.

Claude se levantó sonriente y le tendió la mano a Sophie.

—Claude Coats.

—Sophie Simmons.

—¿Sabes que tu cara me resulta familiar? —dijo Claude mientras cogía una pipa de encima de la mesa de trabajo y se la llevaba a los labios sin encenderla.

Sophie había tenido una sensación similar al verlo. Habría jurado que no era la primera vez que coincidía con aquel joven de rostro atractivo y amable, de ojos intensamente azules y nariz recta y fina. Pero fue cuando él cogió la pipa y se la llevó a la boca cuando se le encendió una lucecita y, de golpe, recordó de qué conocía a Claude Coats.

—¡Tú eras alumno del Chouinard!

—¡Claro! —dijo Claude, sonriendo—. ¡Tú también! Ahora caigo.

—Coincidimos alguna vez, estoy segura. Recuerdo la pipa.

—Sí, se podría decir que es una de sus señas de identidad —aseguró Ginni, risueña.

—Seguro que debimos coincidir en las clases de acuarela de Paul Sample. Eran mis preferidas. De hecho, me he especializado en eso. Ahora soy miembro activo de la Sociedad Californiana de la Acuarela.

—Qué interesante.

—¿Cuándo terminaste tú los estudios?

—Bueno, yo... Tuve que dejar el instituto de arte cuando entré en Disney —dijo Sophie con la voz entristecida porque aún pensaba con añoranza en el Chouinard.

—¡Oh, qué lástima! —respondió Claude—. Yo terminé el año pasado. Una vez acabados los estudios nos casamos. Gracias a Paul Sample conseguí una entrevista aquí, en Disney. Primero me contrataron a mí y luego a Ginni. Se puede decir que hemos tenido suerte.

Claude besó a Ginni en la mejilla. Ella recibió el beso con los ojos brillantes y el rostro radiante. Sophie pensó si lo que tenía ante ella era el amor de verdad. Porque, ¿qué era el amor de verdad? ¿Cómo se sabía que el amor era verdadero y no un fingimiento o una ilusión pasajera? ¿Qué diferenciaba lo de Claude y Ginni de lo que habían tenido Jules y ella? ¿Acaso el secreto radicaba en la alegría con la que se miraban? ¿O en una convicción muy profunda que no podía verse pero que se notaba?

Ginni la sacó del embeleso:

—¿Vamos a comer, chicos?

Aquel fue el primero de muchos encuentros. Sophie se sentía a gusto con el matrimonio Coats. Y era un sentimiento recíproco. La primera vez que fue a su casa a cenar, Claude le enseñó las acuarelas que había pintado en París. Sophie se sentó en un taburete frente al escritorio donde se esparcían las acuarelas parisinas y las fue cogiendo de una en una. Las admiró en silencio.

—¡Son maravillosas! Me transportan a una ciudad que no conozco y, de golpe, me da la

impresión de que me he paseado toda la vida por ella.

Clavó los ojos en Claude. Hacía mucho tiempo que no decía algo con tanta sinceridad. Incluso se ruborizó:

—¡Están llenas de vida!

Y volvió a pasear la mirada extasiada por aquellos cielos tan limpios que parecían recién lavados, por las calles nocturnas iluminadas por una luna que se ocultaba entre los edificios y por las imágenes de la ciudad después de la lluvia, cuando una débil claridad rompía las finas nubes.

—Siento que el frío y la humedad me calan hasta los huesos. Me parece que puedo oler París.

Claude estaba encantado.

—Y tú, ¿no tienes acuarelas?

Sophie devolvió los trabajos de Claude a la mesa y sonrió con timidez.

—¡Oh, sí, por supuesto! También asistí a algunas clases de Sample. Pero no creas que te las voy a enseñar. Después de haber visto esto...

Ginni se rio, feliz. Le encantaba escuchar a Sophie elogiando la obra de su marido, de la que ella era la principal admiradora.

—Seguro que las tuyas son mucho mejores que las mías, Sophie. Yo no tengo vuestra formación y apenas estoy empezando. Claude intenta enseñarme, pero hay cosas que, aunque no lo sé a ciencia cierta, diría que no se pueden aprender.

Se quedaron los tres en silencio.

—La verdad es que la acuarela no ha sido nunca una de mis técnicas preferidas. Quizá porque no la domino lo suficiente —concluyó Sophie.

—Para mí representa la manera de fusionarme con el paisaje, de captar la belleza de los lugares.

Ginni remató las palabras de su marido:

—Como te dije, Claude y yo queremos pintar el mundo.

—¿Por qué no nos acompañas?

—¿Adónde? —preguntó Sophie, sorprendida ante la propuesta de Claude.

El joven matrimonio se miró y se echó a reír:

—¡A pintar el mundo!

Sophie no se hizo de rogar. Salir a pintar con Claude Coats era una oportunidad de oro para profundizar en una técnica que ella todavía no dominaba. Y si a Sophie le sobraba algo, era curiosidad y ganas de aprender.

Por ello, acompañó a los Coats muchos domingos en sus excursiones artísticas. No siempre iban a pintar al mismo lugar, pero Sophie recordaría siempre las mañanas de domingo que habían pasado pintando en un bosque de Westwood, al lado de la universidad y de la urbanización residencial que comenzaba a nacer en aquella zona. Allí, en medio de casas de lujo y chalets, y de los primeros bloques de apartamentos, sobrevivía una especie de paraíso natural que poca gente conocía. A menudo se habían pasado horas pintando en absoluta soledad, interrumpidos solo por

algún zorro, o bien por un mapache o, incluso, por algún ciervo tímido que se ocultaba a medias entre los robles. Las flores silvestres de especies abundantes y variadas llenaban aquel rincón de color y eran una tentación para los pinceles de aquellos pintores entregados.

Claude pintaba sin caballete, sentado, a veces de rodillas, directamente sobre el papel de acuarela y con las pinturas y los pinceles a un lado. Como algo insólito, solía mezclar los colores justamente sobre el papel y no en la paleta. Sophie también se acostumbró a hacerlo así y poco a poco fue mejorando la técnica mientras aprendía junto a Claude.

Siempre se sentiría muy orgullosa de una de las primeras acuarelas que pintó del bosque de Westwood. La enmarcó y la colgó en la pared del salón de su apartamento. Junto al dibujo que le había hecho Martin en el zoo. Aquel en el que parecía una sirena.

Un domingo de finales de mayo, Sophie se había quedado en casa. Necesitaba ordenar el apartamento. Claro que eso era solo una excusa. Bastaban cinco minutos para poner orden en aquel pequeño espacio.

A media mañana, las nubes empezaron a oscurecer el cielo. A mediodía, una intensa lluvia rebotaba contra los cristales de la ventana del comedor. Sophie se alegró de haber tomado la decisión de quedarse en casa remoloneando. Era el día perfecto para no hacer nada. O para hacer lo que nunca podía hacer: estar únicamente pendiente de sí misma. Preparar un plato un poco especial y comer leyendo un libro, con una botella de vino que guardaba hacía tiempo alegrándole la comida.

Cuando ya se había tomado dos copas de aquel vino tinto y con cuerpo y se había fumado varios cigarrillos, decidió dedicar un poco de tiempo a su aspecto. Se dirigió al pequeño cuarto de baño y se miró en el espejo. Comprobó con disgusto que su pelo se veía áspero y apagado. Parecía un estropajo. Le vino a la mente la receta de Vera para lucir una melena de ensueño: lavarse el pelo con huevo y aclararlo con vinagre. Sonrió con melancolía al pensar el tiempo que hacía desde la última vez que había utilizado aquella fórmula milagrosa. Se puso manos a la obra. Al cabo de un rato, el milagro se había producido. Su pelo brillaba de una forma espectacular. En ese momento, su madre se habría sentido orgullosa de ella.

Aún se estaba mirando fascinada en el espejo cuando llamaron a la puerta.

Art Babbitt la había casi arrastrado hasta su casa. Era un pícaro y un perro viejo. Sophie se había pasado toda la semana rechazando la invitación a la fiesta de cumpleaños de Bill Tytla. Le había repetido hasta la saciedad que soñaba con un fin de semana tranquilo, sola en casa, sin ruido, sin compañía. Art sabía que la única manera de convencer a su amiga de hacer lo contrario era asaltar el castillo y secuestrar a la princesa.

Cuando fue a recogerla inesperadamente, ella aún se resistió un poco, pero lo conocía muy bien

y sabía que no aceptaría un no por respuesta.

—Es el cumpleaños de Bill. ¿Crees de verdad que te perdonará si le haces un feo como este y no te presentas en la fiesta?

Sophie llegó a la conclusión práctica de que valía más aceptar la invitación, acompañar a Art a su casa y escaparse de la fiesta en cuanto le fuera posible. Era la única manera de quitárselo de encima. De mala gana, cogió una falda del armario que había conocido tiempos mejores y la combinó con una blusa ajustada a la cintura de color verde manzana que le había confeccionado Lissette. Como siempre, su amiga había hecho una obra de arte. Le encantaba cómo le sentaba. Se puso unos zapatos de tacón que realzaban su figura, cogió una chaqueta de punto fina por si refrescaba y, renunciando a cubrirse el pelo, en el que brillaban destellos rojizos, se dirigió con Art hasta el coche con expresión resignada.

Cruzaron la ciudad bajo una lluvia intensa. Cuando llegaron a Tuxedo Terrace, la fiesta ya estaba en su apogeo.

—¿Qué está haciendo aquí ese tipo? —le preguntó Art a Bill señalando con la mirada a un hombre que avanzaba entre los grupos de invitados, abriéndose paso a codazos, mientras parecía estar buscando a alguien entre las vaharadas de humo y el tintineo del hielo en los vasos.

Bill se hizo repetir la pregunta. El ruido en el interior del salón era insoportable. La lluvia, en ese momento, caía con ganas y todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Las risas, los gritos y la música reverberaban en las paredes y hacían prácticamente imposible mantener una conversación.

—¡Ah!, lo he invitado yo. Bueno, ahora que lo pienso, se enteró de lo de la fiesta y se invitó solito. ¿Te importa?

Art negó con la cabeza mientras observaba a Jules Beck con recelo. Sophie también lo había visto. Al comprobar que se le acercaba decidido, sintió que el tiempo se detenía. Desaparecía. Los sonidos y las voces también parecieron silenciarse y quedaron reducidos a un telón de fondo amortiguado.

El corazón le dio un vuelco. Jules estaba a su lado, muy cerca. Abría la boca y le hablaba, pero Sophie no podía entenderle. Clavó la mirada en sus ojos, detenidos en sus labios. Contuvo la respiración. Los hilos de humo de los cigarrillos empezaron a dibujar interrogantes en el aire.

Tuvo la sensación de que se estaba mareando.

Sin darse cuenta, cerró la mano con fuerza alrededor del vaso. No estaba preparada para ese encuentro. Notaba los latidos del corazón en su garganta.

Sí, se estaba mareando.

Miró a su alrededor en busca de una salida, pero le pareció que estaba rodeada de una masa compacta de cuerpos, de risas, de voces. De gritos. Lo que tenía más cerca era la puerta de la

terrazza. Se dirigió hacia ella, la abrió y salió al exterior. Estaba lloviendo a cántaros. Unas lágrimas silenciosas empezaron a rodar por sus mejillas.

Jules había salido tras ella y la miraba bajo la cortina de agua.

Parecía un fantasma.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me haces esto? ¿No podemos hablar como amigos? He venido a decirte algo. Algo importante. Solo te suplico que me escuches y luego, si tanto asco te doy, me iré.

Sophie se volvió hacia Jules y lo miró fijamente. Vio aquellos ojos oscuros, tan duros e irresistibles. Volvió a bajar la cabeza sin poder evitar pensar en el aspecto que debía de tener bajo la lluvia. Su pelo ya no brillaba; ahora estaba chorreando agua. Le castañeteaban los dientes. Jules se quitó la americana y se la echó encima. Le cogió la mano y corrieron hacia el coche. Entraron y se sentaron. No se miraron. Ambos clavaron los ojos en la luna delantera. Pasaron unos minutos en silencio. Jadeando y temblando. La lluvia repicaba sobre el techo como si quisiera taladrarlo. Parecía que nunca iba a dejar de llover.

Finalmente, Sophie se decidió a hablar. Se le trabó la lengua:

—Perdóname. No sé qué me ha ocurrido. No esperaba verte. Todo..., todo me duele aún demasiado.

Jules se quedó mirando con una extraña fijación los regueros de agua que se deslizaban por el cristal.

—Sophie, cada día, cada hora de estos seis meses...

—Nueve. Nueve meses.

—... de estos nueve meses que hemos estado separados han sido un tormento para mí. No sabes cuántas veces, estando solo, me ha parecido oír el eco de tu risa. No sabes cuánto te he echado de menos.

Sophie se apartó un mechón de pelo empapado que le caía sobre la cara. Mantuvo las manos tensas sobre las rodillas. Pero su expresión había cambiado.

—Tú sabes que cuando me dejaste...

—Yo no...

—Sí, tú decidiste irte y tenías razón. No me porté bien. No estuve lo bastante pendiente de ti. Todo me superaba. Hiciste bien en irte. Quizá era lo que yo necesitaba: que te fueras para poder darme cuenta de lo que significa vivir sin ti.

Jules se acercó más a Sophie. Ella cerró los ojos y soñó con sus brazos. No pudo dar crédito a las palabras que vinieron después.

—Cásate conmigo, Sophie. No quiero volver a perderte nunca más —le pidió, suplicó Jules cogiéndole la mano y levantándola despacio hasta acercarla a sus labios.

Sophie cerró los ojos. Notó que la tensión que se había acumulado en su pecho se fundía. Le pasó por la cabeza la imagen de Martin amándola. La rechazó. Lo que le había pasado con Martin

había sido fruto de la soledad, de la añoranza. Después abrió los ojos y miró a Jules. Se sintió totalmente invadida por una desesperada oleada de deseo.

Jules la abrazó. La apretó con tanta fuerza contra él que le pareció notar sus huesos clavados en la piel.

—Cásate conmigo, enseguida. Empezaremos una nueva vida.

Jules conducía con una sola mano. Con la otra cogía fuertemente la mano de Sophie. De vez en cuando la miraba, como si quisiera asegurarse de que aún seguía allí, a su lado. Que no se había ido. Que no había huido.

Aparcó el coche frente a su bloque de apartamentos. Sophie no tuvo tiempo de pensar lo mucho que había añorado aquel lugar; sus ojos y los de Jules se habían quedado pegados a las luces intermitentes de un coche de la policía. Se miraron en medio del ruido de la lluvia. Salieron ambos del coche y se cogieron de la mano.

La señora Carter se protegía bajo un enorme paraguas mientras hablaba con una pareja de policías. Tenía una expresión de enfado. Seguramente la habían sacado de la cama. Iba en zapatillas y temblaba bajo la bata. Al ver que Jules se acercaba, lo señaló con una mano:

—Es él —dijo con un poco de rabia en la voz.

—¿Jules Beck? —le preguntó uno de los policías.

—Soy yo.

—Lo siento. Ha habido un accidente.

—¿Un accidente? ¿Qué quiere decir? ¿Qué ha pasado?

—¿Tyler Beck es su hermano?

Jules palideció. Sophie se pegó más a su cuerpo y le apretó la mano.

—El señor Tyler Beck ha tenido un accidente automovilístico.

—¿Está...?

—Ha muerto.

Sophie lo abrazó. Le apretó como si quisiera robarle un pedazo de aquella pena que acababa de caerle encima. Cerró los ojos. Pensó en Tyler.

Alto, delgado, tan seductor.

Borracho y juguetón.

Muerto.

Las palabras de Jules le volvieron a la cabeza: «Empezaremos una nueva vida», le había dicho. Y le pareció que, en verdad, aquella no era la mejor manera de empezar nada.

Estreno

En Walt Disney Studios hervían de actividad. La fecha de estreno de *Blancanieves y los siete enanitos* estaba prevista para diciembre de 1937 y la primera medida que se había tomado una vez hecho el anuncio había sido incorporar más personal. Entraron treinta y cinco chicas nuevas en el departamento de Tinta y Pintura y se contrataron empleados adicionales para los departamentos de *Background*, Cámara e incluso para el lavado de *cels*.

Los horarios se ampliaron a largas jornadas que parecían no tener fin. Primero se prolongó el horario de los martes y los jueves de las siete de la mañana hasta las diez de la noche. Después, el trabajo nocturno se extendió a toda la semana.

Durante las últimas semanas de producción se alternaba un equipo diurno y otro nocturno trabajando en Tinta y Pintura. Había tanto trabajo y era tan urgente que incluso algunos asistentes de animación e intercaladores se destinaron a pintar *cels*.

Todo el mundo hacía horas extras para terminar la película a tiempo y todo el mundo tenía la impresión de que no lo conseguirían.

El 27 de noviembre de 1937, tres semanas antes del estreno, el último *cel* de la película pasó por Tinta y Pintura. A partir de ese momento, las chicas hacían turnos en el departamento con un buen libro en las manos, hablando o descansando en la sala de las mujeres, listas por si algún *cel* debía ser reparado mientras los operadores de cámara trabajaban toda la noche.

Una de esas mañanas de noviembre, cuando en el estudio todo eran nervios, Art Babbitt recibió la visita de su amigo Bill Tytla en su despacho. Bill llevaba un ejemplar de la revista *Time* en sus manos.

—No te pierdas esto, Art.

Babbitt dejó lo que estaba haciendo y cogió la revista para echar un vistazo al artículo que le mostraba Bill, en el que se hablaba del mafioso Willie Bioff y de su influencia corrupta a través de la IATSE.

—Al parecer, los representantes de la IATSE recorren los estudios de animación tratando de conseguir afiliados —exclamó Bill Tytla escandalizado. Y añadió—: Pronto los tendremos aquí.

—No, Bill. No si yo puedo evitarlo —afirmó Art muy serio.

Babbitt se puso manos a la obra a pesar del poco tiempo que la finalización de las escenas de *Blancanieves* le dejaba libre. Como hijo de inmigrantes, siempre había creído en el trabajo duro y en la libertad de los derechos civiles. No estaba dispuesto a permitir que esas libertades se vieran comprometidas por un grupo de delincuentes.

Decidido a hacer algo para mantener a los trabajadores de Walt Disney Studios lejos de las garras de Bioff y sus hombres, Babbitt fue a ver al responsable de Control de Producción, Bill Garity, que lo mandó a hablar del tema con Roy Disney.

Roy opinó que había que tener presente el consejo de la principal autoridad legal del estudio, y así fue como, finalmente, Art Babbitt expuso sus temores a Gunther Lessing, el abogado de los Disney, en quien recaía el peso de las relaciones laborales de la empresa.

Lessing escuchó a Babbitt y se mostró interesado en lo que le había contado. Tras unas cuantas reuniones, terminó proponiéndole la creación de una organización social informal ligada a la empresa que les serviría para evitar los peligros que Babbitt intuía y que defendería los intereses de los empleados de injerencias externas. Fue así como se fue perfilando el esbozo de la Federation of Screen Cartoonists, conocida en los estudios como la «Federación». El poderoso abogado animó a un entusiasmado Babbitt a reclutar para ella el mayor número posible de empleados, y él se volcó en ello como siempre hacía las cosas, en cuerpo y alma.

Babbitt no se daba cuenta de la trampa en la que estaba cayendo, ya que, para Lessing, aquella Federación naciente era una oportunidad no solo de bloquear la acción de Bioff en la empresa, sino también de aislar a Disney de cualquier actividad sindical independiente. Babbitt, en cambio, la consideraba una buena oportunidad para crear un sindicato que representara a los empleados de Disney.

El conflicto estaba servido.

Mientras en el interior de los estudios el largo trabajo de creación de *Blancanieves* llegaba de forma implacable a su fin, una ola de curiosidad y anticipación se expandía en el exterior. Era evidente que las fuerzas publicitarias de los estudios Disney trabajaban duro para convertir el estreno del primer largometraje de animación de la historia en una atracción única aquellas Navidades de 1937.

Una semana antes del estreno, Disney convocó a unas cuantas chicas del departamento de Tinta y Pintura para visionar las primeras pruebas de voz de *Blancanieves*; quería conocer su reacción. Sophie acudió con Ginni, y sentadas en el suelo del escenario de sonido, vieron por primera vez la película, aunque en blanco y negro. Cuando terminó la proyección, se hizo un intenso silencio. Algunas chicas se secaban las lágrimas. Otras se miraban emocionadas. Sophie supo, en aquel momento, que tanto esfuerzo no había sido en vano.

Con eso empezaron a aparecer numerosos artículos en la prensa que proclamaban a los cuatro

vientos cómo estaba planeado el evento y que detallaban las celebridades que asistirían y el precio que se pagaría por las entradas, que se estaban agotando con sorprendente celeridad. Todo ello contribuyó a crear un ambiente de expectación no exento de nervios.

El martes 21 de diciembre, el día elegido para el estreno, no fue nada frío. Durante todo el día lució un sol radiante y la tarde, dulce y tranquila, dio paso a un atardecer de rosada tibieza. Sin duda, el tiempo se aliaba con *Blancanieves*, invitando a todo el mundo a acercarse al Carthay Circle Theater de Los Ángeles para asistir al estreno. Sin embargo, solo los más afortunados habían conseguido entradas y verían la película. El resto debería conformarse con participar en las actividades programadas para antes de la proyección.

Una verdadera multitud se había congregado a las puertas del teatro desde primera hora de la tarde, atraída, sobre todo, por el desfile de rostros famosos que se anunciaba. Los personajes de Disney —Mickey y Minnie Mouse, el pato Donald y, sobre todo, los siete enanitos, que fueron recibidos como auténticas estrellas de Hollywood— entretuvieron la estoica espera del público asistente.

Sin embargo, todo el mundo, tanto los que tenían entrada como los que no, pudieron disfrutar de la sorpresa de la noche, la que se había mantenido más en secreto: Dwarfland, una recreación a tamaño real del bosque de los enanitos que se había construido en la zona de la autopista de Wilshire Boulevard, en la entrada del teatro. Era un espectacular mundo de cuento habitado por los siete enanitos, que recibían a los visitantes mientras una orquesta interpretaba la banda sonora de la película. Dwarfland fue una sorpresa original y cálida, un verdadero regalo de Navidad que hacía pensar que en la mente de Walt Disney hervían ideas y proyectos inimaginables hasta ese momento.

La cadena NBC Blue Network emitió en directo el evento y se encargó de entrevistar a los famosos que iban llegando al teatro. Naturalmente, la entrevista más esperada fue la de Walt Disney, que se mostró contento y entusiasmado y que, tal vez debido a los nervios, se olvidó de los nombres de los enanitos.

Una mariposa volaba enloquecida por el estómago de Sophie Beck cuando descendió del coche y puso el pie en la alfombra roja. Jules le ofreció la mano y, cogida del brazo, la pareja se dirigió hacia la entrada del Carthay.

Sophie caminaba pegada a su marido, casi escondida bajo la estola de piel, un poco avergonzada por el reclamo de aquel vestido tan llamativo que Lissette le había confeccionado. Ignoraba que su belleza resplandecía gracias a la juventud y a aquella inocencia que se negaba a abandonarla. Si Jules estaba nervioso, no se notaba. De hecho, era todo un experto en ocultar sus estados de ánimo bajo la sonrisa desvergonzada que siempre llevaba colgada en la comisura de los labios. Esa noche, además, estaba más atractivo que nunca, elegantísimo con el frac negro, en el que destacaba como un níveo pájaro la blancura de la pajarita, en contraste con el brillo de sus penetrantes ojos.

Antes de entrar en la sala, Sophie había visto a Art Babbitt en compañía de Martin, Tytla y

otros animadores. Las miradas de unos y otros volaron inquietas a ambos lados de la alfombra roja y acabaron perdidas entre la gente que gritaba intentando atraer la atención de sus ídolos. No se acercaron para saludarse. Sophie desvió la mirada mientras intentaba quitarse de encima esa sensación incómoda. No le costó mucho, porque enseguida se quedó absolutamente boquiabierta contemplando las estrellas que desfilaban hacia la entrada del teatro sonriendo a las cámaras: Marlene Dietrich, Katharine Hepburn, la pequeña Shirley Temple —que no dejó de hacerse fotografías con un Mickey de su tamaño—, Cary Grant, Douglas Fairbanks Jr., Claudette Colbert ¡e incluso Charles Chaplin!

—¡Madre mía! ¡Es increíble! —murmuró Sophie al oído de Jules, sin poder creer lo que veían sus ojos.

Él no le respondió, pero pudo intuir su sonrisa de triunfo bajo las potentes luces de los focos y los destellos de las cámaras de los fotógrafos, que fulguraban mientras la noche barría el atardecer.

En mis diecinueve años como crítico, ningún personaje de la pantalla había cautivado mi corazón como lo han hecho Blancanieves y los siete enanitos. Niños, jóvenes, hombres y mujeres: ponédlos en vuestra lista de deseos.

Sophie levantó los ojos del ejemplar de *Los Angeles Times* que estaba leyendo y los clavó en Jules, que desayunaba delante de ella con la cabeza enterrada en las páginas de *Los Angeles Daily News*.

—Firmado: Jimmy Fidler. ¿No es maravilloso? —añadió Sophie levantando la voz, que se le volvió más aguda en un intento de abatir la muralla de papel que la separaba de Jules. Como si se hubiera dado por aludido, dobló el periódico, cogió la taza de café y tomó un trago mientras miraba a su mujer con ojos sonrientes. Jules era todo un derroche de satisfacción.

—No sé por qué lo dices.

—Vamos, Jules, tú también lo viste. Todos lo vimos. Anoche, cuando Disney llegó al Carthay Circle Theater, llevaba escritos en la cara todas las dudas y los miedos. Incluso me hizo sufrir.

—¿Sufrir? Walt es un triunfador. Siempre ha creído en este proyecto, ha luchado por él y, como no podía ser de otra manera, lo ha conseguido.

Jules se levantó y se dirigió hacia la habitación. Sophie lo siguió. No soportaba aquella mala costumbre de su marido de dejarla con la palabra en la boca, de terminar todas las discusiones con una fuga, un portazo o con ambas cosas a la vez.

—No estoy discutiendo el éxito del proyecto, Jules. Yo también he formado parte de él, ¿lo recuerdas? Y deseo este éxito tanto como tú. Como todo el mundo. Pero ayer, antes de comenzar la proyección, Walt Disney no las tenía todas consigo. Y no es de extrañar, ¿cierto? Los riesgos que ha corrido con esta «locura» suya son evidentes. Solo un loco de verdad habría llegado al estreno sin tener presente el millón y medio de dólares que ha costado el proyecto. Solo un loco no habría

dudado de la reacción del público. ¿No te das cuenta de que ayer aún cabía la posibilidad de que *Blancanieves* fuera el punto final de Walt Disney Studios? Y Walt lo sabía. Estoy segura.

—¿Es que ya no recuerdas la ovación del público al finalizar la proyección? La gente se levantó, aplaudían entusiasmados. Había algunos que...

Sophie empezó a desabrocharse la bata que llevaba en casa y se dirigió al armario de la ropa mientras Jules iba al cuarto de baño. Levantó más la voz, que se volvió impaciente:

—Sí, al final todos respiramos. Pero yo te hablo de antes de la proyección. ¿Por qué no me quieres entender, Jules? A las ocho en punto de la noche, ni tú, ni yo, ni Disney ni nadie tenía la seguridad de que al público le gustaría una película de dibujos animados sin payasadas ni colores brillantes. Una película de personajes. Un cuento infantil que...

El ruido del agua de la ducha interrumpió el discurso de Sophie. Era evidente que sus reflexiones no tenían el menor interés para Jules. Se sentó en la cama.

—En fin...

Sonrió. Quizá nada de eso importaba demasiado ya. *Blancanieves* había enfilado el camino del éxito. No merecía la pena perder el tiempo hablando de miedos y dudas que se habían diluido en el preciso momento en que, como Jules le había recordado, los espectadores se habían puesto en pie para aplaudir.

Paseó la mirada por la habitación de matrimonio. Encima de la mesilla de noche aún reposaba uno de los folletos que se habían repartido a las puertas del Carthay con las imágenes de los siete enanitos y aquel lema que le había parecido tan acertado:

Tres años para crearla,
una hora y media para disfrutarla
y toda una vida para recordarla.

Suspiró. El vestido de noche que se había puesto para el estreno yacía desmayado encima del sillón. Le había dicho a Lissette que quería algo sencillo, pero ella había insistido en confeccionarle un modelo esplendoroso que había visto lucir a Claudette Colbert en una película. El cuerpo era de terciopelo negro y la falda de seda estampada en negro y rosa. Había costado una fortuna, pero la verdad era que Sophie estaba espectacular.

Pensó, mirando el vestido, que Lissette siempre se salía con la suya. No había nadie en el mundo capaz de hacerla cambiar de idea.

Las vidas de Sophie y de Lissette habían cambiado mucho desde los días en que habían compartido apartamento.

Sophie se había casado con Jules tras unos meses de duelo por la muerte de Tyler, concretamente el 3 de septiembre de 1936. La boda había sido un puro trámite. Sencilla y rápida,

con el único testigo de Lissette por parte de Sophie y de Ben Sharpsteen por parte de Jules. Novios y testigos se despidieron en la puerta de los juzgados y la pareja empezó sin más preámbulos su vida como marido y mujer. Sin fiestas. Sin convite. Sin ni siquiera un brindis por su futura felicidad y sin regalos. De hecho, el único regalo de boda que Sophie recibió el día del casamiento fue el elegante vestido de novia de *chiffon* de color crudo que Lissette le había cosido a mano. Y era tan extraordinario que, con aquel regalo, ya tuvo bastante.

Jules lo había querido así porque la muerte de Tyler aún pesaba mucho en el ánimo de todos. Y a Sophie le pareció bien. Aquella decisión le ahorra problemas. Porque sabía a ciencia cierta que de ningún modo habría podido compartir ese momento con sus amigos del estudio. No habría podido imponer a Jules la presencia de Babbitt, y huelga decir que no se le habría pasado por la cabeza invitar a Martin a su boda.

Sí, era mejor así. Lo importante, pensaba ella entonces, era que se había convertido en la señora Beck. Había tomado una decisión y había que ser consecuente. Ahora era una mujer casada. Había cosas que era necesario cambiar. Que cambiarían.

Tampoco hubo luna de miel. Los respectivos trabajos en el estudio en pleno vértigo final de *Blancanieves* lo impedían. El viaje tampoco preocupaba mucho a Sophie, sobre todo porque Jules le había prometido que en cuanto se estrenara la película, ambos irían a Nueva York para conocer a su familia.

Nada de esto, sin embargo, parecía empañar aquella felicidad recién estrenada. Sophie se había trasladado al apartamento de Jules en cuanto le había pedido matrimonio para apoyarlo en aquellos días tan oscuros tras la muerte de su hermano. Él viajó a Texas para enterrar a Tyler, pero antes de irse le había dado vía libre para convertir su apartamento en el nido perfecto para una pareja. Y Sophie no se hizo de rogar. En aquellos momentos, Lissette estaba demasiado afectada para echarle una mano, así que recurrió a Ginni Coats para transformar el apartamento de soltero de Jules en un verdadero hogar.

Las dos jóvenes se pusieron manos a la obra con ganas y entusiasmo. El primer objetivo de las ansias renovadoras que tenían fue la única habitación que había en el apartamento. Sophie, asesorada por el buen gusto de Ginni, la reformó de arriba abajo. Pintó las paredes de un color verde oscuro que compensó con una moqueta beige y los toques amarillos de las cortinas, el tapizado del silloncito, los globos de los quinqués colgados sobre las mesitas de noche y detalles como la colcha y las alfombras. El resultado fue una habitación cálida que enriqueció con la adquisición de un tocador de caoba cuya parte central se abría para mostrar un espejo y unos pequeños compartimentos.

Hizo enmarcar las mejores acuarelas que tenía, aquellas tan queridas que había pintado con los Coats. Tras dudar qué podía hacer con él, guardó el dibujo de la sirena de Martin en el fondo de una cómoda con otros objetos que formaban parte del pasado, y con pequeños detalles aquí y allá acabó de transformar aquel espacio que hasta entonces había sido solo de Jules en su espacio. En el de ambos.

Cuando estuvo todo listo, Sophie experimentó una sensación que hacía mucho que no sentía. Un sentimiento de pertenencia, de casa, de hogar, que casi había olvidado. Advirtió que desde hacía años, desde incluso antes de partir de Nueva York, había atravesado su existencia como de puntillas. Sin darse cuenta de lo que significaba vivir de verdad. Quizá porque era demasiado joven y aún no sabía qué quería. Pero ahora había llegado a puerto. Los primeros días que vivió allí, en su casa, se quedaba mirando los rincones, los muebles, cada cuadro colgado en la pared, en silencio, muda, sin pestañear, con todo el cuidado puesto en que nada rompiera ese equilibrio que tanto le había costado conseguir.

Pensó que, por fin, se sentía totalmente feliz.

La vida de Lissette, mientras tanto, había transcurrido por caminos mucho más tortuosos que los de Sophie. A pesar de los problemas y el malestar que las diferentes adicciones de Tyler le habían causado en los últimos tiempos, cuando el joven murió, tan repentinamente, se le fundió el corazón. Un silencio denso, triste, opaco, rodeó su vida y ella se quedó encerrada en un mundo de recuerdos que parecían ser su único consuelo.

Lissette ya no era la misma. Su alegría se había marchitado. Se refugiaba en la soledad y se reprochaba a todas horas no haberse ocupado más de Tyler y haberlo dejado solo en aquellos últimos meses de su corta vida.

Siempre que Sophie la visitaba, chocaba contra el muro sólido del dolor de Lissette, quien, al verla, se lanzaba en sus brazos con un abandono absoluto, hecha un mar de lágrimas y repitiendo la letanía de sus supuestas culpas:

—Le dije que no quería verlo más, Sophie.

—Tenías que hacerlo. No le hacías ningún favor acogiéndolo en tu casa sin que hiciera nada por cumplir sus promesas de dejar el alcohol y las drogas.

—Murió por culpa mía —decía Lissette, con un gran peso hundido en el pecho que le cortaba la respiración y le llenaba los ojos de lágrimas.

—No es verdad. Se mató porque conducía borracho. Tú no tuviste nada que ver.

Pero no la escuchaba. Lissette no quería escuchar a Sophie, estaba demasiado ocupada bajando a los infiernos de la memoria y de la culpa.

Sophie, sin embargo, no se rindió. Iba a visitarla un día sí y otro también. Le secaba las lágrimas. Escuchaba sus quejas con paciencia y no se cansaba de repetirle la verdad. Durante dos semanas fue su amiga, su asistente, su veladora. Mientras ella hacía todo lo posible para que comiera y se arreglara, mientras le preparaba la comida y procuraba que el pequeño apartamento no sucumbiera a la desidia de su amiga, Lissette, inmóvil frente a la ventana del salón, perdía la mirada en las cortinas que se movían como fantasmas.

Hasta que un día, un par de semanas después de la muerte de Tyler, Lissette recibió una amonestación de sus jefes en la Paramount; le exigían más puntualidad y le demostraban que su

rendimiento había bajado de una manera preocupante durante aquellas semanas, por lo que la amenazaban con rescindir su contrato si la situación no cambiaba.

—Esto se ha acabado, Sophie. Dejo el trabajo antes de que me echen. ¡No puedo más! —gimoteó Lissette, que parecía haber caído en un estado de pánico absoluto. Sophie, en cambio, empezaba a ver la luz al final del túnel.

—¡Por supuesto que puedes! ¿O es que prefieres quedarte sin trabajo en los estudios? ¿Sin ingresos? ¿Te imaginas lo que supondría ahora tener que volver a coser para esas cuatro clientas que nunca te pagaban?

—Es que no puedo... ¿Acaso no me ves?

—Pues claro que te veo. Veo a Lissette bajo esta otra chica a la que no conozco. Y como te veo, te juro por lo más sagrado que tengas que no dejaré que te hundas más ni que eches a perder tu vida por una persona que nunca te mereció.

—¡No digas eso!

—Es la verdad. Y ahora, ¡a la ducha!

Lissette tragó saliva para dominar el miedo. Intentó forzar una sonrisa que no le llegó a los ojos. Pero convencida o no, tal vez por el simple hecho de que ya no tenía fuerzas para discutir con Sophie, obedeció. Ese día, sus heridas empezaron a cicatrizar.

Screen Cartoonists Guild

Casi un año después del estreno de *Blancanieves*, la película se había convertido en un éxito indiscutible. Había batido todos los récords de espectadores y había obtenido unas ganancias de más de cinco millones de dólares. De hecho, solo seis meses después de iniciar su recorrido por la gran pantalla, Walt Disney Studios había liquidado todas sus deudas y aún quedaban un par de millones en el banco que parecían destinados a la construcción de unos nuevos estudios.

Walt Disney había demostrado que las locuras eran viables.

Blancanieves había abierto una vía de posibilidades, y era evidente que Disney ya tenía otros proyectos con los que esperaba continuar transitando por aquel camino de éxito.

La idea que tenía era que el segundo largometraje de la compañía, después de *Blancanieves* y *los siete enanitos*, fuera *Bambi*. Había comprado los derechos en 1937 y, ya iniciado 1938, había puesto a los animadores a trabajar en la historia. Pero el departamento de Animación se encontró con muchas dificultades para animar a los ciervos de manera realista, y el proyecto quedó parado mientras empezaban dos nuevas producciones a la vez: *Fantasia* y *Pinocho*.

La producción de *Fantasia* se inició poco después del estreno de *Blancanieves*. Era una película totalmente experimental, sin diálogos, en la que la animación acompañaba piezas de música clásica.

La tercera en estrenarse fue *Pinocho*. En septiembre de 1937, en plena producción de *Blancanieves*, el animador Norman Ferguson había mostrado una versión reducida del cuento del italiano Carlo Collodi a Walt, que quedó maravillado y no dudó en iniciar la producción paralelamente a la de *Fantasia*, poniendo al frente de ambas a los mejores animadores de la compañía. Así, por ejemplo, Art Babbitt supervisó el fragmento de la *Sinfonía pastoral* de *Fantasia* junto con Martin Locke, y fue el animador principal del de *Cascanueces*, al tiempo que asumía tareas de dirección en la animación de *Pinocho*. Del mismo modo, Martin y Tylta se ocupaban de tareas similares en ambas películas.

Art Babbitt estaba en la cima de su carrera. Era uno de los animadores estrella de Disney y, también, uno de los mejor pagados, pero también era un hombre íntegro con una gran empatía con los animadores que se encontraban en una situación más precaria, y no veía con buenos ojos la política salarial de Walt Disney Studios ni el hecho de que no todos los animadores trabajaran en

igualdad de condiciones ni disfrutaran de los mismos privilegios. Ignoraba aún que, en ese mismo momento, los empleados de la animación que hacía años que intentaban constituirse en sindicato, ocultos en reuniones clandestinas celebradas en locales cada vez más insospechados, reflejándose en otros sindicatos independientes de la Costa Este, acababan de hacer realidad sus propósitos. Había nacido el Screen Cartoonists Guild (SCG).

Bill Littlejohn, su presidente, con la valiosa colaboración de la secretaria, Marion Altwell, y tras una paciente labor de infraestructura, había conseguido que el sindicato estuviera presente en los estudios Walter Lantz y en la MGM. Pero, a pesar de estos buenos resultados, el SCG aún no tenía acceso a Walt Disney Studios, donde, en aquellos momentos, trabajaban más de ochocientos profesionales.

Tenían por delante una dura batalla que librar.

No era un secreto para nadie que la relación de amistad entre Sophie y Art Babbitt, así como con el resto de los integrantes de su círculo de animadores, se había enfriado hasta llegar al punto de congelación. Era el peaje que la joven había tenido que pagar después de casarse con Jules Beck. Porque Jules y Art eran personalidades irreconciliables que pertenecían a esferas diferentes, a mundos opuestos, y Sophie tenía muy claro que debía ser consecuente con las decisiones que había tomado y que no podía introducir en su vida notas discordantes que hicieran difícil la convivencia con Jules.

Estaba claro que el matrimonio de Sophie no había sido el único motivo de distanciamiento. Había habido otro matrimonio que también había tenido mucho que ver: el de Art Babbitt.

Art se había casado con la joven Marge, la Blancanieves de carne y hueso, unos meses después de que Sophie lo hiciera con Jules. Una vez casada, la pareja se había trasladado a un agradable chalet en 5700 Hill Oak Drive. Había quedado atrás la época de las fiestas y reuniones en Tuxedo Terrace, los encuentros de Sophie con Babbitt, Martin y los otros animadores, salir a comer juntos y organizar pícnicos en la playa. Y las discusiones, a menudo encarnizadas, sobre arte y animación.

También las risas.

Y la amistad.

Sí, había terminado una época muy feliz. Y había terminado sin explicaciones, porque, de hecho, no habían sido necesarias. Todos tenían muy claro que los tiempos habían cambiado. ¿Por qué, pues, había que hablar?

Por eso Sophie no supo muy bien cómo reaccionar aquel mediodía de octubre, cuando Art fue a su encuentro a la salida del departamento de Tinta y Pintura.

—Hola, Sophie.

Se quedó allí de pie, observando a Babbitt como si fuera una aparición. Notó que sus mejillas se enrojecían y ardían. Todos los silencios, todas las explicaciones no dadas, todas las

conversaciones no mantenidas se convirtieron, de golpe, en llamaradas que encendían su cara. No pudo ocultar su turbación.

—Hola, Art —dijo, por fin.

Y empezaron a andar, uno junto al otro, sin mirarse. Sophie lo hacía con pasos vacilantes, como si no tuviera sangre en las venas.

—Debe de resultarte extraño que...

—Sí —respondió ella, sin dejar que terminara la frase.

Se miraron ambos por el rabillo del ojo y se echaron a reír como si la muralla invisible que se interponía entre ellos empezara a derretirse gracias al afecto que nunca habían dejado de sentir el uno por el otro.

—He pensado que podríamos comer juntos. Hace tiempo que tengo ganas de hablar contigo, Sophie.

Ella esbozó una sonrisa confundida.

—Bueno, si no tienes otro compromiso. Si no tienes que comer con Jules.

—No, hoy Jules está ocupado.

Art y Sophie se unieron a la riada de empleados que salían a comer. Algunos lo hacían en los comedores del estudio. Pero no parecía que esa fuera la intención de Art, que, con pasos firmes, se dirigía hacia el aparcamiento, que en aquel momento hervía de actividad. Cuando Sophie vio el Buick 40 Sedan de Babbitt sintió cómo un cosquilleo nervioso le nacía en el estómago y un montón de recuerdos y de sensaciones inundaron su mente y la envolvieron en unos sentimientos a medio camino entre la alegría y la amargura.

—He pensado en llevarte a comer a un lugar un poco especial. La ocasión bien lo merece.

—Pero no tenemos mucho tiempo. Yo tengo que volver al trabajo y...

Babbitt miró a Sophie con aquellos ojos tan calculadores y abrió la puerta del acompañante del coche con una sonrisa traviesa colgada de los labios. Se puso al volante, el motor rugió y las ruedas chirriaron mientras enfilaban la salida de Walt Disney Studios.

Art Babbitt condujo hasta el 9039 de Sunset Boulevard, donde acababa de abrir las puertas un nuevo restaurante, el Café La Maze. Por fuera era un local como tantos otros que llenaban las calles de Los Ángeles: pequeño y de una sola planta, con la entrada protegida por un pequeño entoldado lleno de estrellas. Art parecía entusiasmado.

—¿De verdad que no lo conocías?

Sophie negó con la cabeza mientras pensaba que Jules solía preferir opciones más clásicas cuando salían a comer, como el Musso & Frank Grill y sus insuperables *veal scaloppine* con salsa de Marsala.

—De hecho —continuó Babbitt—, nunca he venido a comer. Pero a la hora de la cena el ambiente es insuperable. Aquí puedes encontrar las caras más conocidas y fotografiadas de

Hollywood.

El *maître* los recibió, solícito.

—Tengo una reserva para dos personas a nombre de Art Babbitt —le dijo.

Mientras se dirigían hacia la mesa, Sophie no pudo evitar sonreír. Art seguía siendo el hombre seguro de sí mismo de siempre que no admite un no por respuesta. Se dio cuenta de cómo había echado de menos la manera directa y arrebatada de hacer las cosas de su amigo.

Se comieron el primer plato en medio de un ambiente distendido, intentando siempre cubrir con palabras los silencios incómodos. Hablaron de todo un poco, se pusieron al día y obviaron el distanciamiento de aquellos últimos tiempos, como si nunca hubiera existido.

—Tenemos una casa muy agradable. Marge la ha decorado a su gusto. No tiene nada que ver con aquel desierto vacío de muebles de Tuxedo Terrace. Solo me ha dejado libertad absoluta en mi estudio de animación, donde no entra nadie.

Sophie sonrió, y sus dos hoyuelos también.

Mientras esperaban el segundo plato, Art encendió un cigarrillo. Le ofreció otro a Sophie, que lo rechazó.

—Marge se ha convertido en un ama de casa extraordinaria. Le encanta organizar fiestas y reuniones. Siempre tenemos la casa llena de gente.

—Eso no es ninguna novedad para ti —dijo Sophie, que tomó un trago de su copa de vino mientras recordaba a la chiquilla de quince años y cara pecosa que había conocido cuando entró en los estudios. Hizo un cálculo rápido: Marge debía de tener ahora diecinueve años. Una jovencita junto al hombre maduro que era Art. Trató de quitarse aquellos pensamientos de encima. Siempre le había parecido que Marge no estaba hecha para Art, que era demasiado joven, demasiado inmadura. Pero lo cierto era que estaban juntos. Que eran marido y mujer, como ella y Jules. Quizá se había equivocado. Quizá la edad no tenía ninguna importancia. ¿Qué sabía ella?

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Aún seguís viviendo en el mismo sitio? ¿En el apartamento de Beck?

—Sí.

—La muerte de su hermano fue algo terrible.

—Sí que lo fue —murmuró ella mientras dejaba la copa sobre la mesa.

—¿Y eres feliz? ¿Va todo bien?

Sophie se quedó mirando a Art a los ojos. Movi6 una mano como si pretendiera disipar aquella pregunta que se había quedado flotando en el aire, incapaz de abrir la boca. ¿Le había preguntado si era feliz? ¡Lo era! Estaba claro que lo era. Se había casado con el hombre del que estaba enamorada. Tenía una casa que sentía propia y se habían acabado los problemas de dinero. Ahora, incluso lo mandaba cada mes a su familia. Jules no solo no se había opuesto a que ayudara econ6micamente a los suyos, sino que la animaba a hacerlo, aunque el dinero salía, evidentemente, de su bolsillo. ¿Qué más podía pedir? ¿Qué más hacía falta para ser feliz?

—Perdona. Te he incomodado. No tengo derecho a ser tan directo. Pero, claro, no sé ser de otra manera.

—No, no... —mintió Sophie.

—Solo me preocupaba por ti.

—Por supuesto. No es necesario que lo hagas. Soy muy feliz, Art.

Tras pronunciar estas palabras, la mirada de Sophie revivió. El camarero llegó con los segundos platos y comieron un rato en silencio.

Cuando aún no habían terminado, Art volvió a la carga:

—Debo confesar que tenía pensado este encuentro desde hace mucho tiempo.

Sophie levantó los ojos del plato.

—No puede ser que nuestra amistad termine así, evaporándose, por el simple hecho de que ambos nos hemos casado con personas que al otro...

—¿... no le cae nada bien?

—¿Cómo es posible que siempre me leas el pensamiento?

—Eres transparente.

Se miraron durante unos segundos y se echaron a reír.

—Pero hay algo de lo que te quería hablar.

Sophie se limpió los labios con la servilleta y vació la copa. Se dispuso a escuchar a Babbitt.

—Sophie, no me gusta la política de los estudios.

Ella enarcó las cejas. La había descolocado.

—Creo que ahora no te sigo.

Art se acercó más a ella, como si intentara borrar el espacio que había entre ambos.

—Sabes perfectamente lo que ha supuesto *Blancanieves* para Walt Disney Studios.

—Claro.

—El éxito. *Blancanieves* ha ganado cuatro veces más que cualquier otra película estrenada en Hollywood este año. Y Disney quiere invertir esas ganancias en unos nuevos estudios. Está experimentando con nuevas técnicas de animación y de sonido.

—Pero eso no es malo...

Art le hizo un gesto al camarero y señaló la botella de vino vacía.

—Otra, por favor.

Siguió hablando. Sophie pensó que, como siempre, era imposible no escuchar atentamente a Art Babbitt cuando hablaba.

—Pero ¿tú sabes sobre quién revierte el éxito de los estudios, Sophie?

—Bueno, yo creo...

Art no la dejó continuar:

—No, no me mires a mí. Ni a tu marido. Nosotros somos unos privilegiados.

Dibujó una sonrisa pícaro en los labios.

—O quizá yo ya no lo sea tanto.

—¿A qué te refieres?

—Al tío Walt no le hizo ninguna gracia mi matrimonio con Marge. Demasiado joven para mí, claro. Ya sabes que él es de la vieja escuela.

—Art, no sé adónde quieres ir a parar con todo esto.

Art Babbitt continuó hablando, ignorando las débiles protestas de Sophie:

—No quiero que te fijas en los animadores que cobramos trescientos dólares a la semana, sino en los que cobran doce. Mira, Sophie, en los estudios no hay una política económica clara. La escala salarial es un concepto inexistente en Walt Disney Studios. A pesar del éxito de *Blancanieves*, la mayoría de los sueldos siguen siendo bajos. Las pagas extras y los aumentos se dan irregularmente y según el capricho de la dirección. Y todos estos problemas salariales son, resulta evidente, mucho más graves para los empleados que ocupan los escalafones más bajos. Hay profesionales que trabajan por sueldos que son de subsistencia.

—Yo... No sé.

—Sí que lo sabes. ¿Acaso tiene algo que ver el sueldo de Jules con el tuyo? ¿Con el de los intercaladores? ¿Con el de los asistentes de animación? ¿No has pensado en eso?

El camarero llegó con la botella y volvió a llenar las copas. Babbitt tomó un trago largo y con la mirada atrapada en los reflejos rojos que encendían la copa dijo:

—Fíjate en ti. En tus compañeras del departamento de Tinta y Pintura. Mujeres jóvenes y trabajadoras, sin posibilidades de promoción. ¿Es que ya no recuerdas que entraste en Disney llena de sueños, Sophie? ¿Querías ser animadora! Tenías un proyecto. No me digas que lo has olvidado.

Sophie clavó los ojos en el plato donde descansaban las migajas de la comida buscando, tal vez, las de sus sueños. Mientras tanto, Art seguía hablando y acompañaba sus palabras dando rítmicos golpecitos con el dedo en la mesa, entregado en cuerpo y alma a lo que sentía en ese momento. Chisporroteando con toda la energía que tenía. Sophie estaba muy seria. Silenciosa. Una sensación de pánico no deseada se había adueñado de su pecho.

—Puede que llegue un día en que todo el mundo tenga los mismos derechos en los estudios. También las mujeres. Pero mientras llega ese día me parece que tendremos que hacer algo.

—Pero...

—Lo sé, lo sé... Puede que todo esto resulte nuevo para ti. Pero creo que podrías ser una pieza indispensable y fundamental para captar cómo están los ánimos en tu departamento.

—Art, de verdad que no te entiendo. ¿Adónde quieres ir a parar?

Art cogió la mano de Sophie, que reposaba sobre la mesa.

—Hablando claro, Sophie: soy miembro de la Federación. Nos está costando mucho sacar adelante este proyecto; en parte, porque aún no ha recibido el visto bueno del Gobierno laboral. Pero no quiero quedarme de brazos cruzados mientras en los despachos de Disney y en los gubernamentales rellenan papeles. Yo me estoy moviendo todo lo que puedo. Necesito tener contactos en todos los departamentos para saber exactamente en qué situación laboral se

encuentran los empleados de la empresa. Te necesito a mi lado. Tú sabes de qué va todo esto. Podrías convertirte en mi contacto en Tinta y Pintura. Creo que necesitamos a gente como tú.

Sophie se removió incómoda en la silla. Le vino a la mente el recuerdo de aquellas reuniones secretas a las que había asistido con Marion. Jules nunca había sabido nada de ellas. Y ahora no era un buen momento para los secretos. Consultó el pequeño reloj de pulsera que llevaba en la muñeca con un gesto nervioso. Se había puesto tensa, estaba a la defensiva.

—Llego tarde, Art.

Se levantó y pidió el sombrero y la chaqueta al camarero. Art la miró sin comprender casi nada, pero se calló. Pagó la cuenta y ambos salieron de La Maze.

Los días de invierno pasaban con una monotonía implacable. Sophie bajó del tranvía y enfiló el camino a casa pensando cómo era posible que ya hubieran pasado las Navidades y que solo faltaran tres días para Nochevieja.

Se arrebujó dentro del abrigo. Tenía frío. La noche empezaba a recogerse junto a las aceras. Las calles le parecían más oscuras y tristes que nunca. Una ráfaga de aire frío y húmedo azotó su cara. Había sido un día agotador. Quizá era eso, el cansancio que arrastraba, lo que hacía que lo viera todo más negro y difícil. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Cruzó la puerta de entrada del edificio de apartamentos como una ráfaga de viento, sin devolver el saludo a la señora Carter, que murmuró algo desagradable entre dientes. Abrió la puerta de casa y lanzó las llaves sobre el mueble del pequeño recibidor. El espejo le devolvió un reflejo fatigado. Se dirigió a la cocina y, antes de quitarse el abrigo y el sombrero, se preparó un café bien cargado.

Con la taza humeante frente a ella, Sophie intentó en vano dejar la mente en blanco. Cerró los ojos para respirar mejor y exhaló un silencioso suspiro de alivio. Encendió un cigarrillo y dejó caer despreocupadamente la ceniza dentro de la taza de café vacía.

Aquellas últimas semanas, las discusiones con Jules habían sido continuas. Ella le exigía que cumpliera la promesa que le había hecho cuando se casaron de viajar a Nueva York para visitar a su familia. A lo largo de aquellos dos años, él siempre había encontrado alguna excusa para no hacerlo. Primero había sido culpa de *Blancanieves y los siete enanitos*. Luego, los motivos habían ido variando y no había encontrado nunca el momento idóneo para viajar. El ascenso de Jules Beck en Walt Disney Studios seguía siendo imparable; acababa de asumir las tareas de director asistente en las dos producciones de Disney que estaban en marcha. Sophie había tenido que acostumbrarse a la soledad que las obligaciones de su marido le imponían. Apenas se veían. Hablaban menos. Se encargaba ella sola de la casa, del día a día, mientras en los estudios el trabajo se le hacía monótono, se le morían las esperanzas de cambio y las ilusiones menguaban.

Un timbrazo la sacó de aquellas oscuras cavilaciones. Se levantó sin aliento y fue a abrir. Su rostro se iluminó al ver quién estaba detrás de la puerta.

—¡Lisette!

—¿Molesto? Siento no haberte avisado de que venía, pero pasaba cerca de aquí y...

Sophie la interrumpió mientras la arrastraba hacia el interior del apartamento, le quitaba el abrigo, la obligaba a sentarse y volvía a preparar café.

—Sabes perfectamente que no molestas nunca. Al contrario, eres lo mejor que me ha pasado en todo el día —le respondió mientras se movía nerviosa por todo el apartamento bajo la mirada perspicaz de su amiga.

Al final, Sophie se sentó junto a Lisette. Había dejado una bandeja en la mesa con la cafetera, dos tazas y un platito con galletas Mallomars.

—Eh, ¿es que quieres que engorde como un cerdito o qué? —se quejó Lisette, clavando unos ojos glotonos en las deliciosas galletas de chocolate.

—Vamos, un día es un día.

Atacaron las galletas, que engullían con sorbitos de café. Cuando se hartaron, Lisette sacó un paquete de cigarrillos del bolso y se pusieron a fumar.

—¿Qué tal las Navidades, preciosa? —preguntó, expulsando humo y palabras a la vez.

—Bien.

—Me engañas. A ti te pasa algo, lo noto.

Sophie exhaló una gran nube de humo que dirigió hacia el techo.

—Quería ir a Nueva York. Jules aún no conoce a mi familia, ¿sabes? A ellos les extraña que no hayamos ido. Sé que les duele. Pero...

—¿Pero?

—Me dijo que ahora no podía permitirse tomarse unas vacaciones.

—¿Y tú te lo crees?

—Sí. Claro que sí. Ambos tenemos pocos días de fiesta en Navidad, y el viaje es largo. Aunque si él hubiera querido... —Con la mirada un poco perdida y hablando en voz baja, añadió —: A menudo pienso que Jules no quiere conocer a mis padres ni a mi hermana porque no desea pertenecer a ninguna familia. Es..., es como si la idea en sí lo molestara.

Hubo un silencio tenso hasta que Lisette, cambiando de tema, preguntó:

—¿Y no habéis hecho nada? Los dos juntos, quiero decir.

Sophie mostró una sonrisa amarga.

—Intenté organizar una celebración familiar. Quería celebrar la Navidad en casa, como lo hacía de pequeña en Nueva York. Quería que fuera bonito.

Calló y su mirada pareció perderse en aquella infancia lejana.

—Había pensado cocinar pavo, puré, e incluso quería preparar ponche de huevo. —Señaló a su alrededor—. Me dediqué a decorar el apartamento. ¿Lo ves? Lo llené de velas y puse los regalos al pie del árbol. ¡Casi me hacía ilusión!

—¿Y qué pasó?

Sophie se inclinó sobre la mesa y se apoyó con las manos en la cabeza.

—Unos días antes saqué el tema. Comenté que estaba comprando lo que necesitaba para la cena de Navidad, pero me dijo que me lo quitara de la cabeza, que como solo tenía un día libre, prefería salir a cenar. Terminamos celebrando la Navidad en el restaurante del Hollywood Hotel. Fue una cena fría. Los dos solos como la una, cenando en silencio, sin saber qué decirnos. ¡Nunca había echado tanto de menos a mi familia!

—¡Lamento mucho lo que dices!

Sophie tragó saliva y observó a su amiga con una mirada turbia. Sonrió como si despertara de un sueño y volviera a la realidad. Aprovechó el silencio que se había instalado entre ambas para levantarse y llevar las tazas a la cocina.

Lisette miró hacia el jardín, que parecía dormir detrás del ventanal. Pensó en lo que había ido a explicarle a Sophie y decidió cerrar a cal y canto aquella noticia que latía en su pecho. Porque, ¿cómo podía decirle a su mejor amiga, que arrastraba la tristeza de un matrimonio fracasado, que ella acababa de conocer al hombre de su vida? ¿Cómo podía hablarle de Gabriel Espinosa, el productor mexicano al que había conocido en los estudios y que había conseguido hacerle creer de nuevo que el mundo era un lugar hermoso donde todo era posible?

La voz de Sophie le llegó desde la cocina mezclada con el ruido de las tazas que estaba lavando:

—Dime, ¿has venido por algo en especial, querida, o solo es una visita de cortesía?

Lisette cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—¿Crees que una no puede ir a ver a una amiga sin que haya ningún motivo especial? Tenía unas ganas locas de verte. Eso es todo.

Le contestó la risa de Sophie.

Cuando Jules llegó a casa esa noche, Sophie aún saboreaba la dulzura que la visita de Lisette le había dejado en el corazón. Pero esa dulzura duró poco.

Jules la besó distraídamente en la mejilla y se encerró en la habitación. Sophie oyó cómo abría y cerraba la puerta del cuarto de baño. Cuando apareció de nuevo, Sophie vio que se había arreglado.

—¿Qué haces? ¿No te arreglas? —le dijo él con un tono seco—. Si no te das prisa, llegaremos tarde.

—¿Llegar tarde? ¿Adónde tenemos que llegar tarde?

Jules se acercó a su mujer masticando una palabrota.

—¿Cómo es posible que lo hayas olvidado?

—¿Olvidado qué?

—¡Te lo dije! Cenamos con Norman y Jack y sus mujeres. Por Dios, Sophie. Te hablé de ello el día de Navidad. Es una cena importante para mí. Una cena de trabajo. Tenemos mesa en el Musso & Frank Grill.

Estaba molesto. Miraba a Sophie con los ojos ardientes como una brasa y con la barbilla alzada en señal de aviso. Ella había enrojecido. No recordaba que le hubiera comentado nada de aquella cena. O puede que no le hubiera prestado atención.

—¡No sé de qué me estás hablando! —respondió Sophie con el orgullo sublevado. Lo contempló con ojos altivos y se fue hacia la habitación con una calma tras la que se ocultaba la rabia resignada que sentía. Él la siguió a grandes zancadas, apretando los puños.

—¿Por qué me haces esto? ¿Quieres hacerme quedar mal con mis compañeros del estudio, verdad? No soportas que a mí me vayan bien las cosas. Eso es lo que pasa.

—¿Yo? ¡Pero qué dices! —respondió Sophie, dejando al descubierto su fragilidad. Siempre le temblaba la voz cuando se angustiaba, cuando se ponía nerviosa o cuando se enfadaba. Se tumbó en la cama, cansada, reprimiendo las ganas de llorar, sintiendo los latidos del corazón y cómo la sangre le corría por las venas.

—¿Quieres levantarte y arreglarte?

—¡No! ¡No pienso hacerlo! ¡Estoy harta! —gritó Sophie y, ahora sí, sostuvo, desafiante, la mirada de Jules, que, acercándose a ella, la obligó a levantarse tirando bruscamente de ella por el brazo. Se quedaron uno frente al otro, con la única compañía de sus respiraciones agitadas. El silencio incómodo, amenazante, los obligó a mirarse a los ojos durante unos segundos eternos. Después, él suspiró hondo, cogió a Sophie de los brazos con cuidado por encima de los codos, la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó.

—Por favor, Sophie —dijo Jules, apretando los dientes y con el cuello rígido por la tensión.

Ella se volvió de espaldas para ocultar los ojos llenos de lágrimas. Se sentía muy desgraciada. Pero no le quedaban fuerzas para sublevarse. O, tal vez, ya no sabía hacerlo. Se deshizo de su abrazo y empezó a vestirse de prisa con las manos temblorosas y unos dedos entumecidos que no acertaban a abrocharse los botones. Se fue a lavar la cara en el lavabo. Se miró en el espejo. Su rostro evidenciaba que los sentimientos que tenía tan bien escondidos en el alma habían emergido de repente, a borbotones, con una intensidad casi insoportable. Decidió no hacer nada por ocultarlos. No se maquilló. Ni siquiera se peinó. Tenía un aspecto horrible. Cuando terminó de vestirse, fue hacia el comedor, donde Jules la estaba esperando con la mirada perdida y turbulenta.

En ese momento llamaron a la puerta. Mientras ella se ponía el abrigo y se colocaba el sombrero, Jules fue a abrir. Sophie oyó que hablaba con la señora Carter y que cerraba la puerta.

—¿Qué quería? —le preguntó con expresión preocupada, como si intuyera que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

—Ha llegado un telegrama para ti.

Jules le entregó el telegrama y Sophie lo abrió. Pasó rápidamente la mirada por aquellas dos líneas terribles. Las manos empezaron a temblarle y el papel cayó a sus pies. Corrió a encerrarse en la habitación, ignorando las preguntas de Jules.

Despedida

Los últimos vecinos abandonaron la sala de la galería y Sophie dejó escapar un suspiro aliviado. Elionor, vestida de luto de la cabeza a los pies, empezó a recoger platos, vasos y los restos de la comida que habían servido a los asistentes al funeral.

Sophie fue a acurrucarse junto a su padre en el sofá de tres plazas donde Vera ya no volvería a sentarse nunca más a tejer. Cogió una de esas manos arrugadas y añoradas entre las suyas y fue incapaz de contener una repentina oleada de lágrimas. Joseph la abrazó y ella pensó que había pasado demasiado tiempo desde el último abrazo. Un sentimiento de soledad le provocó un escalofrío.

—¿Se encuentra bien, papá?

Los labios del hombre dibujaron un gesto que quería ser una sonrisa. La pérdida de Vera le había dejado el alma muy entristecida. Sophie no lo había visto nunca tan afligido.

Elionor volvió de la cocina y se sentó frente a él, en el sillón de flores. Un mechón de pelo rubio brilló bajo la luz de la lámpara de pie que había junto al sofá. Sophie levantó la cabeza y clavó los ojos en su hermana. Incluso vestida de luto estaba guapa. Siempre había admirado su aspecto patricio, su pelo rubio y ondulado que ahora llevaba recogido en un moño discreto y su nariz un poco larga y afilada que tanto le recordaba a la de su madre. Elionor se había quedado con la mirada perdida, un hábito familiar que también había heredado de Vera.

Sophie se perdió en sus pensamientos. Los últimos días habían sido terribles. El telegrama que había recibido en Los Ángeles le anunciaba que su madre había sufrido una embolia cerebral y que su estado era crítico. Había hecho la maleta a toda prisa, y Jules la había acompañado con el coche a la estación. Durante el trayecto no había parado de hablar. Sophie no le había prestado demasiada atención; tenía muchas otras cosas en la cabeza y una pena demasiado grande para ser explicada con palabras encerrada en el corazón. Intuía vagamente que su marido se había disculpado durante todo el trayecto. Disculpas por haber sido tan brusco con ella. Por no poder acompañarla a Nueva York en una ocasión tan grave... ¡Palabras!

Al llegar a la estación, saltó del coche casi sin despedirse.

—Dime algo en cuanto llegues —había dicho Jules, visiblemente preocupado.

Pero ella ya había cogido la maleta ligera y se había adentrado en la estación sin mirar atrás,

olvidándose al instante de él, de sus preocupaciones y de sus disculpas, con todas las esperanzas puestas en llegar a tiempo a casa.

«Llegar a tiempo a casa», masticó por dentro, sin soltar la mano de su padre, que temblaba un poco entre las suyas. Sí, había llegado a tiempo. A tiempo de ver morir a su madre, a quien ya no reconoció en el cuerpo de aquella mujer vieja y maltratada por la enfermedad. A tiempo de comprobar cómo se rompían en pedazos todas las esperanzas de una recuperación milagrosa. A tiempo de despedirse de ella para siempre.

Elionor, que estaba sentada con la espalda recta y las manos en el regazo, encerrada en un silencio hermético, se inclinó un poco hacia delante y se dirigió a Joseph.

—Papá, no ha tomado nada. ¿Le preparo algo caliente?

El hombre levantó la vista como si aquel gesto le costara un esfuerzo sobrehumano. No parecía que hubiera entendido lo que su hija mayor le decía.

—Debería tomar algo y retirarse a descansar, papá —añadió Sophie.

Joseph volvió la cabeza despacio y su mirada se cruzó con la de Sophie. ¿Dónde están aquellos ojos luminosos, la luz de mi infancia? ¿Adónde ha ido a parar su mirada llena de curiosidad?, se preguntó.

Joseph intentó levantarse con dificultad. Las dos hermanas corrieron a ayudarle.

—No, no. Me echaré un rato.

Vieron cómo su padre se alejaba, impotentes. La muerte se había llevado a su madre. Y quizá, también, una parte de su padre.

—¿Lo superará? —preguntó Sophie.

En los ojos de Elionor brillaba una lágrima. Se encogió de hombros, en un gesto no tanto de ignorancia como de derrota.

—Le haré compañía un rato.

Sophie asintió. Cuando su hermana desapareció de la sala, se acercó a la galería. Descorrió las cortinas. La noche sin luna parecía abarcar toda la calle. Todas las casas. A la escasa luz de las farolas, los adoquines brillaban con la humedad. Cerró los ojos con fuerza y trató de imaginarse los ruidos de la ciudad que no descansaba nunca: el rugido de los motores de los coches, el zumbido de las bocinas, el fragor de los martillos neumáticos y el estruendo de los trenes elevados. En realidad, sin embargo, le llegaba un murmullo leve y lejano. Como si Nueva York aún fuera un sueño irreal.

No fue consciente del paso del tiempo. Aún seguía de pie frente a la ventana cuando notó el peso de una mano en el hombro. Puso la suya encima para impedir que alzara el vuelo. No hubo palabras. Elionor y Sophie permanecieron frente a la galería mucho rato, juntas en la pérdida. Unidas en el dolor. Hasta que la neblina lechosa de la noche empezó a fundir pasado y presente.

Sophie no tenía ninguna prisa por volver a Los Ángeles. Había escrito un telegrama a Jules para

comunicarle que se quedaría con su familia en Nueva York al menos quince días más. Le había pedido que lo arreglara todo en los estudios para que le concedieran un permiso. Sabía que, con su influencia, su trabajo no corría peligro, pero, en aquellos momentos, esa no era la mayor preocupación que tenía.

Jules no le había mencionado en ningún momento la posibilidad de viajar a Nueva York para estar con ella y su familia. Ella tampoco se lo había pedido.

—Entonces ¿tu marido y tú estáis atravesando un mal momento?

Esa fría tarde de enero, Elionor no tenía que ir al hospital y, durante la comida, les había comentado a su padre y a su hermana que saldría por la tarde. Sophie la había animado a hacerlo y le había dicho que no tenía que preocuparse por nada, porque ella no se separaría de Joseph. Cuando ya estaba a punto de salir, el hombre, un poco más recuperado, se había empeñado en que las dos hermanas salieran juntas para distraerse lejos de la tristeza de aquellas cuatro paredes, donde todavía se olía la presencia de la muerte. Aunque Elionor y Sophie se habían hecho de rogar, finalmente se habían ido juntas, algo inquietas. Pero la inquietud se había ido diluyendo por el camino.

—Sí, podríamos decirlo así —respondió Sophie, apenada.

El camarero les sirvió los *capuccini* y los *cannoli* sicilianos. Sophie abrió unos ojos como platos. Se le hizo la boca agua.

—¡Qué gran idea haber venido al Reggio! Casi me parece que fue en otra vida cuando merendaba aquí.

Las hermanas Simmons, por iniciativa de Elionor, habían tomado el metro hasta Greenwich Village y, mientras charlaban relajadas por primera vez en muchos días, se encaminaron hacia la cafetería entre los restos de la nieve sucia que se acurrucaban en las aceras. Las mesas y las sillas verdes del exterior del Caffè Reggio también estaban cubiertas de nieve. Sin embargo, en el interior del pequeño local la atmósfera era cálida, tranquila y acogedora. Se sentaron a una mesa cerca de la ventana. Allí dentro parecía que todo invitaba a las confidencias.

—¿Qué os pasa exactamente?

Sophie, que se había quedado ensimismada en sus pensamientos, levantó los ojos y miró fijamente a su hermana.

—No te lo sabría decir, Elionor. Ni yo misma lo sé.

—Pero ¿estás enamorada?

Sophie se llevó la taza del *capuccino* a los labios mientras asentía distraída, con los ojos cerrados, saboreando aquel placer tibio.

—Quizá te molesta que te lo pregunte.

—¿Por qué? Eres mi hermana —respondió Sophie, y sonrió tranquilizadora.

—¿Sabes?, nos extrañó mucho que no vinieras a presentárnoslo.

—Lo entiendo.

Elionor tosió un poco, incómoda.

—¿No te apetecía hacerlo?

—Me rompí la cabeza pensando cómo os diría que me había casado. Hubiera sido mucho mejor venir a Nueva York y presentaros a Jules. Me martirizaba pensar que mamá no entendería esa manera de hacer las cosas. Que os sabría mal a todos. Pero él no podía viajar a Nueva York y yo...

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Clavó una mirada triste y elocuente en su hermana mayor.

—Discúlpame —murmuró Elionor, bajando los ojos. Y tragó saliva, preocupada—. He sido muy poco delicada.

Sophie sacó un paquete de cigarrillos del bolso. Le ofreció uno a Elionor y se pusieron a fumar.

—No te preocupes, créeme. Lo que ocurre es que aún no estoy preparada para explicar lo que me pasa. Quizá ni yo misma lo sé. Estoy hecha un lío. Jules es el hombre más encantador del mundo cuando haces las cosas a su manera.

Tuvo que hacer una pausa. Tenía la voz rasgada, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Vivir con él es mucho más difícil de lo que pensaba, ¿sabes?

Elionor afirmó con la cabeza. Dejó caer la ceniza del cigarrillo en el platito. La fina columna de humo creaba un espacio nebuloso entre las dos jóvenes. Cambió bruscamente de tema.

—He de confesarte que no te he traído aquí por casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—Es que había quedado... con alguien.

Sophie se quedó muy sorprendida. Por unos segundos no supo qué decir ni cómo reaccionar. Pero, de repente, una idea empezó a abrirse paso en su cabeza y sus labios dibujaron una gran sonrisa.

—¡Elionor! ¿Estás saliendo con alguien?

Elionor enrojeció y movió con timidez la cabeza, afirmando, sin atreverse a hablar.

—¡Eso es... magnífico! Pero ¿por qué no me has dicho que tenías una cita? No habría venido. No quiero molestar.

Sophie se sentía realmente emocionada. Aunque con Elionor no habían hablado mucho de aquel tema, por no decir nada, estaba segura de que su hermana no había tenido muchas relaciones. De hecho, había sido testigo de su soledad en la anterior visita navideña a su casa. Las dos hermanas se miraron con intensidad y Sophie descubrió entonces un nuevo brillo en los ojos de Elionor que confirmaba todas sus sospechas. Y aquello era una buena noticia.

Se levantó con la intención de irse; estaba decidida a no estorbar. Con las prisas, el sombrero y los guantes que tenía en su regazo se cayeron al suelo. Se agachó para recogerlos mientras murmuraba excusas.

—Te dejo. No quiero...

—¡No! —le contestó Elionor, incorporándose un poco para ver mejor a Sophie, que seguía

agachada intentando recuperar un guante de debajo de la mesa—. Tú te quedas. Quiero presentártelo. Y, además, ya es demasiado tarde.

Elionor volvió a sentarse cómodamente con los ojos clavados en la puerta de entrada. Le sonreían, juguetones. Sophie se levantó y se dio un buen cabezazo contra la mesa. Soltó un taco entre dientes; con las prendas recuperadas en las manos y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y la vergüenza, giró el cuello para mirar hacia la puerta. Elionor frunció las cejas y clavó la vista en el suelo, aunque se reía por dentro.

—Sophie, te presento al doctor Damien Howard. Es... un amigo.

Un hombre de unos cuarenta años, alto, vestido con un impecable abrigo negro, se había acercado a la mesa. Cuando se quitó el sombrero para saludarlas, Sophie se fijó en el pelo rubio y un poco escaso que llevaba pulcramente peinado hacia atrás. Sus ojos, que eran una extraña combinación de verde y marrón, como si estuvieran hechos de musgo y turba, la miraban divertidos.

Le estrechó la mano. Le gustó la manera enérgica en que se la dio. A primera vista, le pareció una persona sólida y afable. Sin ser consciente de ello, suspiró aliviada.

Invitaron a Damien a sentarse con ellas y pidieron más *capuccini* y más *cannoli*. Sophie y Damien se observaron de reojo durante unos segundos en medio de un silencio curioso y lleno de expectativas. Pronto, sin embargo, aquel silencio se convirtió en una conversación sencilla y amena. Elionor se relajó; sonreía y era feliz.

Cuando salieron a la calle, Damien besó a Elionor en los labios y le dio dos besos en las mejillas a Sophie.

—Es una lástima no poder alargar esta velada, pero ya llego tarde. Esta noche tengo guardia en el hospital.

—Vete tranquilo. También se hace tarde para nosotras. Papá está solo en casa —le respondió Elionor.

Se separaron y tomaron caminos opuestos. Elionor y Sophie se alejaron cogidas del brazo y casi corrieron hasta el metro, abriéndose paso entre la brisa helada, que parecía haberles dado energía.

Como estaba acostumbrada a madrugar, Elionor se retiraba muy temprano por la noche. Sophie se quedaba un buen rato leyendo en la cómoda butaca orejera de su padre, en la sala de la galería. La lectura se le hacía difícil, interrumpida a menudo por sus propios pensamientos y los ruidos nocturnos, que la inquietaban. Recordaba con nostalgia el tiempo en que de las habitaciones de la casa salían ruidos de voces tranquilizadoras que le hacían más amable la oscuridad.

Cada noche intentaba leer un par de páginas mientras se esforzaba por ahuyentar de su cabeza y de su corazón toda aquella nostalgia. Solo cuando los ojos se le empezaban a cerrar, se levantaba e iba hacia la habitación de su padre para asegurarse de que ya dormía y de que no la necesitaría

más. Entonces suspiraba tranquila, apagaba todas las luces menos la del distribuidor para no tropezar y, casi de puntillas, recorría el frío pasillo y entraba en la habitación que compartía con Elionor.

Aquella noche repitió el mismo ritual, pero con la esperanza puesta en encontrarla despierta. Tenía ganas de seguir charlando con ella, aunque no quedaba mucho más que decir, porque habían estado hablando de Damien durante todo el viaje de vuelta a casa, y le parecía que ya lo sabía todo sobre él. Sophie no recordaba haber tenido nunca una conversación tan distendida ni tan íntima con ella. Parecían dos adolescentes ilusionadas susurrándose secretos de amor al oído.

Cuando Sophie entró en la habitación, sin embargo, Elionor estaba profundamente dormida. Empezó a desnudarse sin hacer ruido y sin poder evitar observar el rostro hermoso y relajado de su hermana. Siempre la había tenido por una mujer solitaria que no hacía amigos con facilidad, que desconfiaba de todo el mundo, incluso de sí misma, y con quien era difícil comunicarse. Pero había cambiado. La vida la había cambiado. Y el amor también.

El frío la obligó a terminar de desnudarse deprisa; se metió en la cama y un estremecimiento glacial le erizó la piel. Se cubrió con la colcha hasta los hombros. ¡Cómo adoraba esa sensación de protección que sentía bajo las sábanas! Poco a poco, los escalofríos se fueron convirtiendo en un calor dulce y placentero. Se durmió enseguida.

Al amanecer, la sensación de que algo húmedo y pegajoso la envolvía la despertó. Encendió la luz, se incorporó un poco y apartó la colcha. Lo que vio la horrorizó.

De lo que ocurrió después, Sophie solo conservaba pequeños *flashes* en la memoria; imágenes sueltas e inconexas y el recuerdo de aquel dolor punzante en el vientre.

Recordaba la cara de terror de Elionor, las luces de los largos pasillos del hospital y los ojos de Damien clavados en ella mientras repartía órdenes por doquier.

Después, nada.

Cuando se despertó, Joseph estaba sentado junto a su cama en el hospital y le cogía una mano. Elionor estaba de pie, al otro lado.

—¿Qué me ha pasado?

La puerta de la habitación se abrió y apareció Damien con la bata blanca de médico.

—¿Cómo te encuentras, Sophie? —preguntó con una sonrisa tranquilizadora en los labios mientras consultaba el informe médico que estaba colgado a los pies de la cama.

Sophie no respondió. De hecho, no le dolía nada, pero sus ojos evidenciaban una inquietud angustiada.

Damien, adivinando el malestar de Sophie, se apresuró a darle explicaciones.

—Sophie, estás embarazada.

Los ojos de la chica se abrieron mucho, llenos de estupor.

—¿Embarazada?

—Sí. Has tenido una hemorragia y has estado a punto de tener un aborto espontáneo. Pero, por suerte, Elionor ha reaccionado deprisa. Hemos podido ayudarte con medicación. El feto está bien. Ahora solo es necesario que descanses mucho; no hay nada que nos haga pensar que debería haber más problemas.

—Pero... ¡no lo entiendo!

Joseph dio unos suaves golpecitos en la mano de su hija.

—Estás embarazada, hija. ¡Embarazada! —gritó con renovado entusiasmo.

A continuación, una melancolía sombría inundó los ojos de Joseph. Pensaba en Vera, que ya no podría conocer a ese nieto, y la alegría que lo había invadido al conocer la noticia le pareció un acto de auténtico egoísmo.

Sophie estaba tumbada en el sofá de la sala bajo la tibieza de una manta. Se había quedado medio dormida y el libro que estaba leyendo se había caído al suelo. En la calle, las hojas de los árboles se agitaban con una rápida impaciencia; la sombra del follaje se desplazaba lentamente por el suelo. La tarde pasaba perezosa.

Se aburría. Su padre no le dejaba hacer nada. La regañaba si se levantaba del sofá. La abrumaba con tantas atenciones. Pero, en el fondo, estaba contenta de que así fuera. Aquellos días, Joseph parecía más reanimado; una nueva vida se abría paso con fuerza y se llevaba los últimos olores que la muerte había dejado en aquella casa. Se volvía a sentir útil y poco a poco recuperaba la energía.

Sophie olió la dulzura amarga del café recién hecho. Cuando su padre lo preparaba por la tarde, significaba que Elionor estaba a punto de llegar y que se reunirían los tres en la sala para tomarlo. En efecto, al cabo de unos minutos se oyó la cerradura de la puerta abriéndose y los pasos enérgicos de la mayor de los Simmons subiendo la escalera. Sophie recibió a su hermana con una sonrisa. Joseph apareció con la bandeja con el café y unas cuantas galletas de mantequilla. Al cabo de un rato las dejó solas.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Elionor a su hermana.

—Estoy bien. Pero me aburro mortalmente —se quejó Sophie con un tono de voz que recordaba el de una niña mimada—. Papá no me permite hacer nada. Me regaña si me levanto.

—¡Padre y médico! Una mezcla explosiva.

Elionor saboreó el café que le quedaba en la taza en silencio. Estaba deliciosamente caliente y había perfumado la sala con aquel aroma maravilloso. No paraba de observar a Sophie por el rabillo del ojo.

—Hace ya una semana que sabes que estás embarazada. Pero te miro y me parece que todavía no te lo crees. Que no has reaccionado.

—No, no lo he hecho. Ya te lo he dicho, Elionor; Jules y yo no habíamos hablado nunca de niños. No es que no los quisiéramos; supongo que ambos lo dejábamos para más adelante.

—¡Pero ahora estás embarazada!

Sophie continuó desgranando sus pensamientos como si su hermana no estuviera allí. Necesitaba hablar para aclarar todo lo que tenía dentro.

—Hace más de dos años que vivimos juntos y no había pasado nada. Teníamos cuidado.

—¡Pero ha ocurrido, Sophie! Y no entiendo por qué aún no le has dado la noticia.

—Yo...

Elionor se levantó del sillón y fue a sentarse junto a su hermana. Le cogió las manos.

—Sophie, mírame a los ojos y dime la verdad. ¿No quieres este hijo?

Sophie sintió que el corazón se le agitaba sin control. Convertida en una avalancha de lágrimas, con la voz entrecortada por los sollozos, se abrazó a Elionor.

—Yo sí lo quiero. Pero no sé si Jules lo querrá. ¡No lo sé, Elionor! ¡Tengo tanto miedo!

Elionor acarició los rizos espesos de su hermana, tratando de calmarla.

—Pues debes enfrentarte a él y tomar decisiones, Sophie. Es lo primero que tienes que hacer por tu hijo.

Sophie asintió despacio con la cabeza mientras, maquinalmente, se llevaba las manos al vientre en un gesto tierno y protector. Era la primera vez que lo hacía. Era la primera vez, también, que sentía en su interior el misterio de la vida.

Eve

Hacía una maravillosa tarde de primavera. Los edificios fulguraban, iluminados por los juguetones rayos de sol. Sophie se bajó del tranvía y tomó aquella calle tan familiar caminando sin prisas, llena de una dulce sensación de bienestar, mientras observaba el leve temblor de las hojas de los árboles que se estremecían con la brisa. La idea de la marcha de Lissette la asaltó de golpe, y todo lo que la rodeaba, tan acogedor hasta ese momento, se volvió un poco más áspero.

Lissette se iba a vivir a México con Gabriel y habían quedado para tener una despedida íntima, una despedida diferente de la que habían celebrado hacía unos días en el Musso & Frank Grill con Jules y Gabriel. Aquella noche, las dos amigas se habían escapado juntas al servicio de señoras para retocarse el maquillaje y se habían confabulado para despedirse a solas, en el mismo lugar donde se habían conocido, en aquel apartamento situado encima del garaje, lleno de muebles destartados y apretujados en aquellos escasos treinta metros cuadrados.

Lissette le abrió la puerta vestida con unos pantalones anchos y un jersey holgado. Sophie echó de menos las batas de estilo oriental que tantos recuerdos le despertaban. Las batas de Lissette, la cafetera siempre a punto en los fogones, la estufa que en invierno emitía un resplandor cálido, la mesa grande siempre llena de trastos y, sin embargo, tan ordenada, el sofá cama —cuya decadencia se ocultaba bajo una manta de colores alegres—, todo ello constituía el escenario que reproducía su llegada a Los Ángeles con el bagaje aún intacto de sus ilusiones y de sus proyectos. Una vida nueva por vivir.

Las dos chicas se abrazaron, emocionadas. Se cogían y se soltaban las manos. Se observaron risueñas, como si llevaran años sin verse.

—Aún no me acostumbro a tu barriga.

—Si quieres que te diga la verdad, yo tampoco —se rio Sophie, acariciando aquel vientre que empezaba a hincharse.

Lissette puso la cafetera en el fuego, cogió las mismas tazas desportilladas de siempre y vertió en ellas un café negro que enseguida esparció una nube perfumada por el pequeño comedor. Luego se sentó frente a Sophie y le volvió a coger las manos:

—¿De verdad eres feliz? ¿Es esto lo que querías?

—¿Tú cómo me ves?

Lisette sonrió. Tenía sus enormes ojos verdes clavados en su amiga y la miraba con una ternura nueva, llena de la melancolía que le provocaba la separación que se acercaba.

—Estás preciosa. Tus ojos se han vuelto dulces. Y tu pelo... ¡Dios mío! ¿Cómo consigues tener un pelo tan sedoso y brillante?

Sophie se recogió con coquetería unos rizos rebeldes con los dedos.

—Debe de ser cosa del embarazo. El cuerpo te cambia, pero no todos los cambios son malos.

Sin darse cuenta, Lisette también se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¡Hemos podido hablar tan poco! Los preparativos del viaje me van a volver loca. Gabriel es un encanto, ¡pero está tan pesado con su regreso a México!

Se rieron saboreando el café, mirándose a los ojos, cada una viviendo aquella despedida a su manera.

—Me sorprendió cuando me dijiste que estabas embarazada. «¿Jules y Sophie van a ser padres?», pensé. No me lo podía creer.

A Sophie se le marchitó un poco la sonrisa que iluminaba su rostro. Se puso a la defensiva.

—No sé por qué lo dices.

En los ojos de Lisette no había ni reproches ni críticas. Solo mucho amor y una pizca de preocupación.

—No te enfades, preciosa. Jules y tú no estabais muy bien. Fue por eso por lo que te escondí una temporada mi relación con Gabriel. Mi felicidad me parecía un acto de puro egoísmo cuando tu...

Sophie hizo un movimiento leve con la mano y Lisette calló. Pero enseguida volvió a la carga.

—Nunca me habías dicho que quisierais tener hijos. Y tú y yo nos lo hemos contado todo.

Sophie se reincorporó un poco en la silla. Una chispa de impaciencia brilló en su mirada. Suspiró:

—No nos habíamos planteado ser padres, tienes razón. Pero ocurrió. —Se mordió el labio inferior antes de seguir hablando—: Temía la reacción de Jules al conocer la noticia. No tenía ni idea de cómo se lo tomaría. Pero yo había estado a punto de perder el hijo que llevaba dentro y había tomado una decisión. ¡Quería ser madre!

Hizo una pausa y suspiró; fue un suspiro grande, relajado, con el que pareció expulsar fuera del corazón antiguos miedos.

—Pero cuando se lo dije, cuando le dije que estaba embarazada, él reaccionó muy bien. Vino enseguida a Nueva York, conoció a mi familia, cuidó de mí durante ese par de semanas que tuvieron que pasar hasta que los médicos me dieron el alta definitiva y me permitieron viajar a Los Ángeles. ¿Sabes?, se lo veía feliz con la idea de ser padre. Y aún lo es. Este hijo nos ha traído mucha paz.

—Pero has dejado el trabajo en los estudios, todo lo que hasta ahora era tu vida.

Sophie se levantó y caminó despacio hacia la ventana con las manos en los riñones. Las cortinas dejaban pasar la luz dorada de la tarde. Se quedó observando aquella calle tan conocida,

de espaldas a Lissette.

—Sí, tienes razón. He abandonado los sueños y en su lugar he puesto la realidad.

—Quizá más adelante te arrepientas.

Sophie se dio la vuelta de golpe. Habló deprisa, a la defensiva, pero sin rabia ni rencor:

—Y tú, Lissette, ¿estás totalmente segura de que tu destino está en México? ¿No te arrepentirás de abandonar tu trabajo en la Paramount para seguir a un hombre hasta un país desconocido que no es el tuyo?

—Nosotros tenemos un proyecto profesional en común. No es lo mismo.

Sophie se acercó de nuevo a su amiga, que no se había movido de la silla. Se agachó, le puso los brazos alrededor del cuello y la abrazó con ternura. La chica cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre aquellos brazos acogedores.

—Amiga mía —dijo Sophie—, ni tú ni yo sabemos qué nos deparará el futuro. Vivimos y con eso nos basta. Pero sí quiero decirte una cosa: esto que llevo en el vientre ha hecho más intensos los colores de mi vida. Más auténticos. No me quiero perder esta experiencia por nada del mundo, aunque para ello deba renunciar a otras cosas.

La conversación se fue alargando. No se querían separar porque no sabían cuándo volverían a verse, en el caso de que la vida les deparara la fortuna de coincidir de nuevo. Pero estaban seguras de que se tendrían la una a la otra si se necesitaban.

Lissette despidió a Sophie en la puerta, con los ojos llenos de lágrimas.

—No te vas tan lejos, Lissette —le dijo, armándose de valor mientras intentaba tragarse el nudo que se le formaba en la garganta.

—Tienes razón. México está aquí mismo.

Al llegar, sin embargo, a Lissette le pareció que México estaba muy lejos. Lejos de todo lo que había conocido hasta ese momento. En otro mundo. Un mundo donde árboles de follajes enormes conversaban con las nubes. Donde el mar parecía ebrio de espuma. Le pareció una tierra de ruinas silentes e irreductibles. De perfumes desconocidos y de colores de jade. De ruidos estridentes y de misteriosos cantos de pájaros; de leyendas con plumas de quetzal. Y, también, de iglesias oscuras con santos en las paredes y altares dorados que brillaban resplandecientes.

Durante las semanas que Gabriel la llevó a conocer las bellezas mexicanas cercanas a Ciudad de México, donde deberían establecerse, Lissette se dejó conquistar por las playas paradisíacas de Tecolutla, recorrió los manglares a bordo de una *panguita* y se llenó los ojos y el espíritu de una vegetación tan esplendorosa que parecía surgida de la imaginación de los hombres.

En Teotihuacán pudo dar la mano a la historia y se pasó horas tratando de descubrir los misterios que escondía la Pirámide del Sol.

Pasearon por las calles adoquinadas de San Miguel de Allende, que eran como mosaicos de colores, con zocos rebosantes de artesanía popular e iglesias antiguas que contaban mil historias.

Allí, la música habitaba como un vecino más. Los sabores de la cocina mexicana provocaban sensaciones insospechadas en el paladar de Lissette.

Día tras día, la joven se fue convenciendo de que, hasta entonces, había vivido con los sentidos dormidos. Porque los sabores, los colores, las melodías, todo lo que era bueno y lo que no lo era tanto se vivía con más intensidad en México.

Pero aquellas cortas vacaciones mexicanas terminaron pronto y Lissette y Gabriel volvieron a Ciudad de México, donde él tenía su casa y los estudios cinematográficos Churubusco, que eran pequeños, como el embrión de un sueño, pero que quería convertir en el auténtico Hollywood chilango.

Al llegar a la capital, Lissette se sentía inmersa en un estado de exaltación; estaba totalmente imbuida de buenas vibraciones y de esperanza en el futuro. Tenía la seguridad de que nada podía salir mal. Confiaba en el gran potencial económico de Gabriel, que le había de abrir el camino de sus sueños, así como en la experiencia que su prometido había acumulado durante el año que había pasado en Hollywood. Se tenían el uno al otro y tenían el cine, que estaba presente en todos sus planes. Sabían que antes de llegar a alcanzar el éxito con el que soñaban deberían trabajar mucho. Y estaban dispuestos a hacerlo.

Con lo que puede que no contara Lissette era con lo que se encontró en Ciudad de México desde el día de la llegada. Gabriel se incorporó al trabajo de los estudios enseguida. Se pasaba los días en reuniones, viajes y gestiones; eran los primeros engranajes que pondrían en marcha la rueda de los estudios, en los que ella aún no podía colaborar demasiado. De repente, el sueño mexicano de Lissette se había transformado. De tener a Gabriel a su lado las veinticuatro horas del día pasó a sentirse sola y extraña en la enormidad de una casa situada en un barrio residencial alejado del centro, Las Lomas. La casa era demasiado grande y se le caía encima. No entendía lo que le decía la criada, y aún menos la cocinera. Le daba miedo ir sola hasta el centro de la ciudad porque siempre se perdía con el coche, y durante semanas se pasó el día yendo de la verja del jardín a la gran y lujosa sala, y de allí otra vez a la verja para ver si veía llegar a Gabriel.

Pero todos los miedos se desvanecían cuando, de noche, cenaban a solas en la gran terraza frente al estanque lleno de gardenias. Él le contaba lo que había estado haciendo durante el día, con quién se había entrevistado, cómo marchaban los planes para los estudios. Ella lo escuchaba en silencio, con los ojos clavados en la ciudad que se extendía a sus pies, llena de luces que titilaban y de docenas de iglesias que alzaban al cielo sus brillantes cúpulas.

Las noches de aquellos primeros meses en Ciudad de México eran un bálsamo para Lissette, pero la soledad y los miedos, las dudas, volvían con fuerza cada mañana, cuando la brisa tibia, cargada de olores dulces, hacía revolotear las cortinas del dormitorio y la despertaba acariciándole el pelo.

La llamaron Eve. Nació un mediodía de finales de julio, un poco antes de lo previsto. El calor era

plomizo y pegajoso. Sophie se pasó casi un día entero entre los sufrimientos del parto, gritando a Jules cada vez que él se atrevía a entrar en la habitación del hospital y aferrada como un mejillón a una roca a la mano de Elionor, quien, junto con Joseph, había llegado a Los Ángeles unos días antes para no perderse el nacimiento.

El parto fue laborioso, pero el dolor quedó relegado al olvido cuando, por fin, aquella niña sana y fuerte saludó a la vida con un llanto indignado.

La pequeña Eve era preciosa. Sophie supo desde el instante en que la tuvo en sus brazos por primera vez que aquella criatura se había convertido ya en todo su universo. No podía dejar de mirarla. Le parecía que estaba increíblemente bien hecha, con aquellos deditos como de juguete terminados en unas uñas perfectas. La invadió una oleada de ternura tan intensa que no podía dejar de llorar.

La recuperación fue muy rápida, y al cabo de unos cuantos días ya pudieron llevar a la niña a casa. No al apartamento de una sola habitación de Hollywood Boulevard, sino a la casa que habían comprado y arreglado previendo el crecimiento de la familia.

En cuanto Jules y Sophie regresaron a Los Ángeles desde Nueva York, después de las Navidades, empezaron a hacer planes para mudarse a un lugar donde poder criar a su hijo. Sophie puso una sola condición: quería que su futuro hogar estuviera en Westwood, cerca de los bosques a los que tantas veces había ido a pintar acuarelas con los Coats. Aquel barrio aireado y tranquilo, que limitaba al este con Beverly Hills y con la ciudad de Santa Mónica al oeste, era para Sophie un verdadero paraíso en la Tierra y no le importaba nada alejarse del ruidoso centro de Los Ángeles.

No fue difícil encontrar lo que buscaban. Aunque mudarse a Westwood se estaba poniendo de moda, el barrio aún estaba lleno de solares vacíos y de casas para poder elegir. Se quedaron con una de pizarra gris con tejas rojas hasta las que trepaban las glicinas. Era enorme, con tres habitaciones en el piso de arriba, y un comedor, una cocina independiente, una gran sala y una biblioteca en el inferior, que desembocaban en un jardín donde crecían árboles frutales y se esparcían bancales llenos de flores. Era una casa preciosa y Sophie estaba convencida de que el hijo que esperaba la llenaría de alegría.

Se pasó los últimos meses del embarazo amueblando la casa y acondicionándola para el nacimiento del pequeño. Unos días antes del parto, cuando Joseph y Elionor llegaron a Los Ángeles, Sophie tuvo la satisfacción de alojarlos en su nuevo y cómodo hogar.

Eran tiempos en que, a menudo, se paraba a pensar en lo que la vida le ofrecía. ¡Todo había cambiado tanto! Tenía veinticuatro años y casi ya no quedaba nada de la jovencita que había llegado a Los Ángeles con una maleta en una mano y sus dibujos en la otra. Aquella Sophie era otra Sophie. Una chica diferente de la mujer de ahora, con menos capas de vida vividas. Entonces, hacerse un lugar en el mundo de la animación era su único sueño y objetivo. Se había enamorado, y el amor la había hecho sufrir. Había pasado mucho tiempo sola, lejos de casa y de su familia, sin poder ni siquiera ayudarlos, sufriendo sus penas en la distancia. Pasando privaciones. Era cierto

que había encontrado buenos amigos que la habían apoyado, y eso había sido su gran consuelo cuando se separó de Jules porque no podía soportar por más tiempo sus infidelidades y el distanciamiento que había entre ellos. Había empezado a trabajar en Disney, sí, pero eso, a diferencia de lo que creía, no había servido para hacer realidad sus sueños, sino que la había dejado parada en un callejón profesional sin salida. Ahora sabía que no había mujeres animadoras y que su futuro en los estudios se limitaba al departamento de Tinta y Pintura.

Por todo ello, y porque llevaba una nueva vida en su vientre, lo había dejado todo sin mirar atrás. O casi. Porque era cierto que cambiaba la expresión de su cara y los ojos se le empañaban cuando la atrapaba la nostalgia y su mente se llenaba de imágenes de los estudios y de Art, y de Martin, y de aquella pasión fugaz y extraña que ambos habían vivido.

Pero Sophie reaccionaba con rapidez ante estas oleadas de recuerdos que la dejaban debilitada unos instantes. No quería pensar en todo aquello. Lo único que valía la pena era el presente. Los malos momentos con Jules habían quedado atrás. Él la amaba. Y ella sabía que el matrimonio no era un camino de rosas para nadie. El anuncio de aquel embarazo inesperado había cambiado todas las expectativas.

Y, ahora, Eve lo era todo. Pasado, presente y futuro.

Sí, Eve lo había cambiado todo.

Después del nacimiento de Eve, Joseph y Elionor aún se quedaron una semana en la casa de Westwood. Fueron unos días maravillosos, llenos de momentos de intimidad que se convirtieron en un tesoro impagable después de tantas separaciones y de tanta distancia. Sophie asociaría para siempre aquellos días al olor a bebé, a polvos de talco y al del café intenso que se tomaban después de comer en la terraza mientras amamantaba a la niña.

A menudo, Sophie aprovechaba que su hermana se quedaba vigilando el sueño de Eve para salir al jardín con su padre. Protegidos con sombreros bajo el sol de justicia de aquella tórrida canícula mientras arrancaban malas hierbas o arreglaban los parterres, Sophie escuchaba las historias y los recuerdos que Joseph no se cansaba nunca de narrar. Normalmente eran anécdotas de cuando Elionor y ella eran pequeñas, historias divertidas que llenaban el aire de risas.

Las conversaciones con Joseph también eran una oportunidad para hablar de Vera, para recordarla e, incluso, para conocerla mejor. Porque, para él, el recuerdo era el ancla a la que se aferraba para no sumergirse en las profundidades de la tristeza.

También fueron unos días de confidencias entre hermanas, porque, además, Elionor tenía una gran noticia que dar.

—Damien y yo ya tenemos fecha para la boda.

Sophie no pudo ahogar un grito de sorpresa.

—¿Lo dices en serio? ¡Dios mío! Eso es maravilloso. ¿Lo sabe papá? Supongo que tendré tiempo para arreglarlo todo, para preparar el viaje. Deberías esperar a que Eve crezca un poquito;

aún es muy pequeña para hacer un viaje tan largo, y yo...

Elionor interrumpió a su hermana con una gran carcajada.

—Tranquila, mujer. Y no me lo preguntes todo a la vez, porque no sé por dónde empezar.

—Perdóname. Es que estoy impaciente por conocer los detalles.

—Papá está al corriente de todo, pero ha querido que fuera yo quien te lo contara.

Hizo una pausa solemne que irritó a Sophie.

—Vamos, Elionor, me estás poniendo nerviosa.

—Nos casaremos a finales de noviembre, justo antes de que Damien ocupe el nuevo cargo en el Mount Sinai. No sé si sabes que también tiene previsto abrir una consulta en casa.

—¿Dónde vais a vivir?

—De momento en el apartamento de Damien.

Elionor adivinó la preocupación en los ojos de su hermana.

—No sufras. No se trata de un apartamento muy grande, pero papá se vendrá a vivir con nosotros. Damien lo adora y ya es hora de que se retire y pueda descansar. Yo también dejo el hospital. Trabajaré como enfermera en la consulta de... mi marido.

Las dos hermanas se miraron a los ojos y estallaron en risas nerviosas y animadas. Luego, Elionor suspiró teatralmente.

—¡Ya lo ves! Tendré que vivir con dos médicos. ¡Es una tragedia!

—¿Y la casa? Me refiero a nuestra casa.

—No es momento de ponerla a la venta, aunque empieza a haber un poco más de movimiento inmobiliario. Algunas de las antiguas casas de nuestro barrio ya se han derribado para construir pisos.

—¡Oh!

—Pero todo llegará, y cuando vendamos la casa podremos pensar en comprar un apartamento más grande. O una casa.

Se hizo un silencio que el llanto de Eve, reclamando comida, rompió.

—Esta niña es puntual como un reloj.

—¡Nuestra Eve está hecha una glotona!

Las dos hermanas se levantaron al mismo tiempo para atender a la pequeña. Antes de hacerlo, sin embargo, Sophie abrazó a Elionor:

—¡Me alegro tanto, Elionor! ¡Qué contenta estoy!

Elionor se quedó muy quieta. Cerró los ojos para sentir con todo su cuerpo el calor de aquel abrazo.

Faltaban solo dos semanas para la boda de Elionor. Sophie vivía nerviosa y desde la distancia los preparativos, aunque ella también tenía muchas cosas que hacer antes de viajar a Nueva York. Y las tenía que hacer sola porque Jules vivía absorto en el trabajo y en su éxito profesional, liberado

de cualquier otra cosa que no fuera preocuparse por él y sus asuntos, porque sabía que, tras él, la pequeña y frágil Sophie aguantaba con todas sus fuerzas el peso de la familia.

Aquella mañana de noviembre de 1939 se había despertado gris, y muy pronto no quedó ni un agujero entre las nubes que dejara pasar el sol. Sophie, de pie en la habitación de matrimonio, recorría con la mirada las cuatro maletas a medio hacer, todas abiertas en un desorden que parecía irreversible. Resopló ruidosamente y se sentó en la cama, agotada. El cielo empezaba a acercarse con un brillo metálico. Iba a llover, y quizá por eso, pensó, tenía el ánimo exaltado.

En el horrible reloj de pie de la sala sonaron con parsimonia diez campanadas. Había sido un capricho de Jules, una antigüedad carísima que no acababa de encontrar su sitio entre los muebles modernos y funcionales que decoraban la casa. Sophie no lo soportaba. Le daba miedo la forma en que aquel armatoste daba las horas y los cuartos. Siempre se asustaba cuando escuchaba su sonido un poco macabro, como si más que anunciar la hora anunciara desgracias.

Se levantó y fue a la cocina para preparar el biberón de Eve. Le extrañó que la niña no la hubiera reclamado a gritos, como hacía siempre. Eve era una comilona, y media hora antes de la toma se solía despertar gimiendo, primero de una manera discreta, como si fuera un gatito en busca de caricias; sin embargo, poco a poco, subía el volumen de sus protestas y montaba un auténtico escándalo que no cesaba hasta que su madre llegaba con el biberón, que se tragaba sin respirar.

Sophie entró en la habitación infantil. Como siempre que lo hacía, la invadió aquel agradable olor a protección y a amor.

—¿Es que hoy no tiene hambre mi niña? —preguntó, acercándose a la cuna.

Eve dormía.

No se movía.

Tenía los ojos cerrados en una calma infinita y las manos frías.

Sophie la cogió en brazos.

El reloj anunció lúgubrementemente que eran las diez y cuarto.

Un grito de dolor se unió al sonido del reloj.

Fue un grito animal, una ola arrolladora que se abrió paso por la casa y arrebató los otros sonidos. La alegría. La vida.

Luego, silencio.

Sophie, meciendo el cuerpo exánime de su hijita, se acercó a la ventana que daba al jardín. En el cielo se engendraban nubes de tormenta. Había empezado a soplar el viento y los árboles gemían. El día pareció fundirse con la noche.

Observó su reflejo en el cristal.

Una hoja cayó de un árbol.

Sin hacer ruido.

Octubre de 1940

Octubre de 1945

Aires de tormenta

¿Podéis esperar a que recoja los lápices?

ART BABBITT

Volver a empezar

500 South Buena Vista Street, Burbank Walt Disney Studios

Aquella mañana de mediados de diciembre de 1940, un taxi cruzó la entrada principal de Walt Disney Productions en Burbank, pasó por delante de la garita y recorrió la rotonda en la que destacaba el nombre de los estudios enmarcado con flores blancas. Sophie, con la cabeza apoyada en la ventanilla del vehículo y los ojos muy abiertos, contemplaba maravillada los edificios del campus separados por zonas ajardinadas llenas de árboles y flores y de bancos para sentarse. Era la primera vez que pisaba los nuevos estudios, y todo lo que había oído decir se quedaba corto. Sonrió con nostalgia al pensar en el pequeño edificio de Hyperion Avenue, junto a la gasolinera. Recordó la soledad de aquella avenida desértica, los labios rojos de Carol y el coche que la seguía arrimado a la acera. Aquel día, el primer día que había entrado en Walt Disney Studios, había conocido a Jules. Cerró los ojos y suspiró.

Walt Disney y su equipo humano se habían trasladado a Burbank en enero de 1940.

Las ganancias de *Blancanieves* habían acrecentado las expectativas y las ambiciones de Disney. Espoleado por el éxito de su primer largometraje, compró cincuenta y un acres de terreno en Burbank, a diecinueve kilómetros del centro de Los Ángeles, y empezó a construir la nueva factoría de sueños. Unos estudios modernos pensados para producir películas de animación.

Disney se involucró personalmente y de manera absoluta en la realización de ese proyecto. Desde el diseño de los diversos edificios y la estructura de la torre de agua enmarcada con la imagen de Mickey Mouse hasta las sillas de los animadores, todo pasó por su ojo crítico y sus manos. No dejó nada al azar, porque el reto era grande. Aquellos estudios debían ser una fábrica de producción autosuficiente y avanzada con todas las instalaciones necesarias para continuar la estela de éxito iniciada con *Blancanieves*.

El complejo de los estudios estaba presidido por el gran edificio de Animación, situado en el centro del campus. La edificación, de tres plantas, en forma de doble hache y grandes ventanas que

permitían la entrada de luz natural, lo que facilitaba el trabajo a los animadores, era la joya de los estudios y acogía no solo a los artistas del departamento de Arte y de Animación, sino también los departamentos Contable, Legal y el de *Storyboard*, además de salas de ensayos para los compositores y arreglistas musicales. En las calles adyacentes se emplazaron los edificios de Tinta y Pintura y el departamento de Edición, además de las instalaciones de sonido, que incluían estudios de doblaje, de efectos y de grabación de voz. Algunos de aquellos bloques estaban comunicados por túneles subterráneos; así se garantizaba que los *cels* pintados originales se pudieran transportar de manera segura de un lugar a otro sin verse expuestos a las inclemencias del tiempo. Disney había pensado en todo.

Además de estas construcciones, que alojaban a todo tipo de artistas y profesionales, los estudios de Burbank disponían de una gran sala de cine, un escenario acústico, una cafetería donde se servía comida y bebida a los empleados durante toda la jornada y un club privado, el Penthouse Club.

El taxi se detuvo y Sophie se tuvo que tragar la inmensa tristeza que sentía.

Se bajó del vehículo, se alisó la falda del vestido con la mano y comprobó que las medias de nailon estuvieran perfectas y no tuvieran arrugas. Se había arreglado con la intención de dar una imagen seria y formal. Por eso había elegido aquel vestido camisero azul marino, abrochado de arriba abajo y ajustado a la cintura con un fino cinturón de piel clara que hacía juego con los guantes. Llevaba un gracioso sombrero de paja trenzada rematado con un lazo del mismo color que el traje, que le caía inclinado hacia un lado y debajo del cual sus rizos rebeldes se mantenían impecables. Se colgó el pequeño bolso de piel negra, asa corta y cierre dorado en el codo derecho y cogió el portafolio con la mano izquierda. En su interior había una muestra de la obra que había pintado durante aquellos meses en México. Sus acuarelas mexicanas.

El taxi la había dejado frente al edificio central, el de Animación. Jules le había comentado que aquel era el corazón palpitante de los estudios. Era allí donde Disney tenía su reino público y privado: la oficina de trabajo y la oficina formal, donde recibía visitas y hacía entrevistas. Era en esta última oficina donde, precisamente, estaba citada Sophie aquella mañana de finales de otoño acunada aún por un viento cálido.

Suspiró y, decidida, cruzó la puerta para afrontar ese nuevo reto.

Una recepcionista de sonrisa encantadora le indicó que el despacho que estaba buscando era el 3H, en el tercer piso. Subió y tomó un largo pasillo acompañada por el tecleo de las máquinas de escribir y el ritmo alegre de las canciones que se escapaba a través de la puerta abierta de la gran sala de ensayos.

Al final llegó ante una puerta de cristal en la que destacaba el rótulo que buscaba: 3H. La abrió y entró en una sala amplia y luminosa presidida por la mesa de la secretaria, que custodiaba una

puerta cerrada e infranqueable para quienes no habían sido citados previamente: la del despacho de Walt Disney.

Dolores Voght era la secretaria de Walt, aunque cuando había empezado a trabajar en Hyperion Avenue lo había hecho en calidad de secretaria de Roy. En una ocasión se había publicado en algún medio que los estudios Disney podían presumir de unos trabajos de secretaría envidiables. En los estudios, todo el mundo coincidía en esta afirmación, y Dolores, orgullosa del prestigio que había conseguido con su labor, trabajaba para hacer honor a esa merecida fama; eso sí, con humor y alegría, porque era una mujer vital y divertida, y su mera presencia ya acostumbraba a levantar los ánimos de quienes la rodeaban.

Dolores solía decir que, en aquellos estudios, todos trabajaban como perros, pero que ella disfrutaba de cada minuto de trabajo.

Cuando Sophie entró, Dolores levantó las gafas que llevaba colgadas de un cordoncillo dorado y a través de los cristales observó a la joven. Sonrió, afable, y Sophie se presentó:

—Soy Sophie Beck. Tengo una cita con Walt Disney.

Sin dejar de sonreír ni un segundo, la mujer echó un rápido vistazo a una lista que tenía encima de la mesa. Descolgó el teléfono y anunció:

—La señora Beck ha llegado, Walt.

Colgó el teléfono y dirigió a Sophie unas palabras que debía de haber repetido miles de veces:

—Siéntese un momento, por favor. Walt la recibirá enseguida.

Sophie se encaminó hacia el gran sofá rinconero de color marrón que ocupaba la zona más cercana a los ventanales. Se sentó y dejó el portafolio a sus pies. Paseó los ojos por los numerosos objetos, fotografías y reproducciones de personajes que llenaban mesitas auxiliares, estanterías, rincones y cada palmo de pared, y que resumían la trayectoria de los estudios. Sin darse cuenta, sin embargo, su mirada se perdió más allá del ventanal. La dejó vagar por los jardines acolchados de hojarasca y quedó absorta en la danza de una hoja que se despegaba de un árbol y revoloteaba hacia el suelo.

Cerró los ojos y lo que había sido su vida desde que Eve se había ido aquella mañana de noviembre tan desapacible retornó a ella y le golpeó el alma sin piedad.

La casa, huérfana de llantos y risas infantiles, se había convertido en un escenario vacío y lleno de silencios.

Extrañamente vacío.

Dolorosamente silencioso.

Los primeros días, Jules no se movió del lado de Sophie. Joseph y Elionor, que había aplazado su boda, viajaron a Los Ángeles para apoyarla. Pero nadie consiguió romper el mutismo seco de lágrimas en que se había encerrado la joven madre. Se le había roto la vida. Y ni las lágrimas ni las palabras podían expresar tanto dolor.

Se pasaba los días en el salón, sentada en un sillón, de cara al jardín. Le gustaba acomodar la mirada a la danza leve de las hojas de los árboles. Las veía moverse, temblar y caer.

Caían en silencio.

Sin hacer ruido.

Leves.

Con un movimiento apenado, añorando aquella vida breve y efímera que habían vivido.

Como la de su niña.

Eve.

Al cabo de unos días, Jules se reincorporó al trabajo y Elionor tuvo que regresar a Nueva York. Acordaron que Joseph se quedaría el tiempo que fuera necesario acompañando el duelo de su hija.

No se movía de su lado. Le hablaba sin esperar respuestas. La alimentaba, la vestía y la peinaba. Se sentaba con ella y con ella observaba el follaje frágil de los árboles. No se rendía nunca, ni cuando la miraba a los ojos y veía aquella pena insondable y aquella tristeza infinita que le rompían el corazón.

No, Joseph no se rendía porque sabía que algún día Sophie despertaría de ese sopor en el que había caído. De aquella muerte pequeña en la que vivía encerrada. Y aunque tenía la certeza de que el dolor y la añoranza de Eve no desaparecerían nunca, estaba seguro de que aprendería a vivir con aquella ausencia. Y esperaba, terco e incansable, el pequeño milagro que debería despertar el deseo de supervivencia que se ocultaba en el corazón de Sophie.

«Envíanos un milagro que la haga reaccionar», rezaba Joseph.

Hasta que un día el milagro llamó a la puerta.

Cuando Sophie vio que Lissette entraba en el salón se levantó de aquella butaca en la que había enterrado su vida y se lanzó a su cuello. Y en ese momento, entre oleadas de dolor, pegada al cuerpo de su mejor amiga, empezó a derramar lágrimas amargas. Lloró y lloró hasta que se sintió exhausta y ya no pudo seguir haciéndolo porque su alma se había vaciado.

Esa noche, las dos amigas durmieron juntas, cogidas de la mano y con los corazones latiendo al mismo tiempo.

—Una buena madre no debería sobrevivir a sus hijos, Lissette —se lamentaba Sophie con la voz quebrada por un dolor que no había sentido nunca antes—. Le he fallado a Eve. La he dejado irse sola. No la he acompañado en su camino.

—No digas eso. No es posible que lo pienses. No es verdad. ¿Es que no te das cuenta de que nosotros no tenemos ningún poder sobre la vida y la muerte?

En la oscuridad de la habitación, Lissette no podía ver los ojos de Sophie, que navegaban en mares de tristeza. Pero su dolor le llegaba al alma, vibrante y punzante, y a ella también la hería.

—¿Sabes por qué me paso las horas sentada en esa butaca, en el salón? Porque no puedo ni

acercarme al baño donde bañaba a mi niña, ni a la cocina donde le preparaba los biberones. Y menos a su habitación. Aquí todo me recuerda a Eve. Sin ella, nada tiene sentido.

Lisette le acariciaba dulcemente el pelo. Sollozó, llena de la pena de Sophie.

—No puedo vivir aquí, Lisette. Esta casa estaba pensada para ver crecer a mi hija y ahora es un sepulcro. ¡El sepulcro de Eve! ¡Mi pequeña!

Las horas de aquella larga noche transcurrieron lentas. Eternas. Ya amanecía cuando Sophie, agotada, se durmió. Lisette se levantó de la cama sin hacer ruido. En la casa, los sueños se entrelazaban con el silencio. Fue a sentarse en el sillón de Sophie. Los árboles del jardín aún bostezaban entre sombras. Tenía que hacer algo por su amiga, porque si se quedaba encerrada en aquella casa, se les moriría de pena.

Esa misma mañana, Lisette habló con Joseph y Jules. Había tomado una decisión. Debía sacar a Sophie de allí. Se la llevaba a México.

Al llegar a la casa de Las Lomas, no pareció que las cosas cambiaran mucho. Sophie se pasaba todo el día encerrada en la habitación, llorando con la cabeza hundida en la almohada todo lo que no había llorado antes. Lisette no la dejaba sola. Consciente de hasta qué punto la necesitaba, había aparcado el trabajo en los estudios de cine en los que ella y Gabriel vivían volcados y que crecían a un ritmo vertiginoso. Al igual que le había ocurrido a Joseph, Lisette también esperaba un milagro que devolviera a Sophie a la vida. Y lo esperaba en silencio, sin molestarla, sin forzarla a nada que no quisiera hacer. Con paciencia infinita. Como hacen los amigos de verdad.

Hasta que una mañana, mientras Gabriel y Lisette estaban desayunando, Sophie se presentó en el comedor. Iba en camisón y despeinada. Su palidez habitual se había acentuado hasta volverse fantasmagórica. Tenía los ojos asustados.

Gabriel se levantó y murmuró una excusa. Las dejó solas. Lisette la hizo sentarse y le sirvió el desayuno. Le empezó a hablar con absoluta normalidad de cómo organizarían ese día. De las cosas que harían.

—Deberíamos ir al centro, preciosa. Al Zócalo, a comprar. Si no te apetece, simplemente podríamos ir a pasear por la Alameda de Santa María. ¿Has visto el día que hace? Podríamos sentarnos en el quiosco, dejar que el sol nos pinte colores en la cara y mirar pasar el tiempo como hacen los viejos que llenan los bancos del paseo. ¿Qué te parece?

A Sophie no le parecía nada. Tenía el aspecto de alguien que se despierta de un sueño y que aún no ha aterrizado en la realidad. Una desidia absoluta se había apoderado de su espíritu. Pero Lisette no estaba dispuesta a darle tregua.

—Y ahora vamos a tu habitación para elegir la ropa que te pondrás para salir. ¿Qué te apetece para comer? En la avenida Juárez hay unos restaurantes buenísimos. Creo que te gustarán.

Sophie, como un corderito, se dejó llevar por el entusiasmo de Lissette ese día y el otro y el siguiente. Del brazo de su amiga recorrió Ciudad de México: las grandes e imponentes avenidas, los parques enormes, las tiendas del Zócalo, el Palacio de Bellas Artes, que parecía una tarta nupcial, y las iglesias con aquellos altares barrocos llenos de angelitos asustados.

Poco a poco, Sophie volvía a la vida, y Lissette escribía con frecuencia a Joseph, a Nueva York, y a Jules, a Los Ángeles, para comunicarles las buenas noticias sobre su recuperación.

Había pasado casi un mes desde la llegada de Sophie a México cuando Lissette le dijo:

—Debo volver al trabajo. Gabriel no puede prescindir más de mí.

Se rio con aquellas risas sonoras como canciones y guiñó un ojo a Sophie.

—Tú puedes quedarte en casa tanto tiempo como quieras, no es necesario que te lo diga. Intentaré tener las tardes libres para nosotras. Y los fines de semana. Algunos, al menos. Pero, antes, nos permitiremos el lujo de una semana especial. Te tengo preparada una sorpresa.

Sophie se quedó mirando a Lissette con resignación. Sabía muy bien que no podía luchar contra la firmeza arrolladora de su amiga ni contra la decisión que había tomado de sacarla de ese agujero negro por donde se le derramaban los días. Por tanto, no dijo nada y la dejó hacer.

Al día siguiente, Lissette preparó las maletas y montó a Sophie en el Auburn Speedster de un color amarillo rabioso con el que recorrieron los casi cuatrocientos kilómetros que separaban Ciudad de México de Acapulco en un tiempo récord.

En Acapulco, Gabriel y Lissette tenían una casa rodeada por el mar. Un paraíso donde era posible pasarse los días sentado en la terraza con los ojos perdidos en el infinito, escuchando el canto de las olas sin pensar en nada. Allí, Sophie terminó de recuperar los colores de su vida. Porque los colores lo rodeaban todo y era imposible no verlos: el cielo era una paleta resplandeciente de azul y violeta, y el aire era cálido y estaba lleno del perfume de las dalias rojas, amarillas y doradas, y de los nardos blancos de marfil.

Por la mañana, las dos amigas daban largos paseos por la playa. Se dejaban lamer los pies por las olas, desafiando el mes de enero, que allí era cálido y benévolo. Otras veces, Sophie salía sola y se quedaba sentada en la arena mucho tiempo, en silencio, rodeada de la salada frescura del agua, contemplando el mar en calma, que le parecía muerto, aunque no lo estaba, porque podía oír el suspiro que exhalaba el romper de las olas de la misma manera que escuchaba el suspiro de su hijita dentro del corazón.

Y, de noche, la luna breve como una pálida sonrisa le hacía compañía en el cielo, y el ondeo suave y próximo la acunaba y la acompañaba hasta que el sueño, benévolo como hacía tiempo que no lo era, venía a buscarla. Y si el sueño la rehuía, Sophie se levantaba y salía a caminar por el jardín. Miraba el cielo y se quedaba contemplando las estrellas, que brillaban intensamente, como si estuvieran más cerca de la Tierra que en cualquier otro lugar. También los ojos de su niña habían sido dos estrellas que le habían iluminado el camino. Los sentía cerca de ella. Siempre muy cerca.

Llegó un momento en que a Sophie no le bastó con contemplar el mar, las estrellas y aquella

exuberante naturaleza que la rodeaba. Quería pintarlo, inmortalizarlo todo para poder conservar vivos para siempre el paisaje y los colores que la habían aproximado a Eve. Porque, junto a aquel mar calmo y eterno, había recuperado su presencia y había sido capaz de volverla a ver en el infinito de la memoria. Porque había sido allí y en ese momento cuando había tenido la certeza de que nada, ni siquiera la muerte, puede separar a una madre de su hijo. Y esta certeza había aportado consuelo a su alma y la había reconciliado con la vida. De alguna manera, su pequeña le había sido devuelta.

Sophie explicó a Lissette aquella necesidad que sentía de volver a pintar, y su amiga, que vivía para complacerla, corrió a facilitarle todo lo que necesitaba para hacer realidad ese deseo. Y de este modo, Sophie volvió a sentir pronto el peso de los pinceles entre los dedos, aspiró de nuevo el perfume de las pinturas y se reencontró con la sensación inexplicable que la embargaba ante una tela en blanco.

No le resultó fácil. No porque hubiera perdido habilidad o hubiera olvidado las técnicas que Coats le había enseñado. Esto nunca se olvida. Pero la pena la había cambiado. Sophie ya no era la chica ingenua que pintaba animales en el zoo. Había crecido. El dolor la había convertido en una mujer que deseaba desnudar el alma a través de los colores. Quería que los colores hablaran por ella. Que lo gritaran todo. Como le hablaba a ella el rojo rabioso de los frutos representados en aquella extraña naturaleza muerta que colgaba en el salón de la casa de Acapulco. Aquellos frutos eran exactamente como heridas abiertas. La trastornaban. Le hablaban de otros dolores muy profundos e incurables.

Aquel cuadro le había llamado la atención desde el mismo momento en que entró en la casa. Y no podía dejar de mirarlo.

—¿De quién es? —le había preguntado una mañana a Lissette mientras desayunaban frente al mar.

—Se titula *Pitahayas*. Gabriel lo compró en Nueva York, en la Julien Levy Gallery. En torno a 1938, creo que me dijo. Frida había hecho allí su primera exposición individual. Pagó trescientos dólares por él.

—¿Frida?

—Frida Kahlo. Una pintora mexicana. Nos ha visitado algunas veces en Las Lomas. Y nosotros a ella en la Casa Azul. —Lissette bajó la voz como si ignorara que estaban solas y que nadie podía oírlas—: A mí me parece una mujer un poco rara. Y lo que pinta también. Pero Gabriel la admira muchísimo. Y se enorgullece de su amistad.

Sophie pensó que ella también la admiraba. Aquella mujer había sufrido, y su sufrimiento se reflejaba perfectamente en aquellas frutas rojas que transitaban entre el esplendor y la decadencia. Junto a las frutas, Frida había pintado un esqueleto, como de juguete. Sophie observaba el cuadro una y otra vez y se preguntaba si Frida había conocido la muerte de cerca. Si lo que había querido representar allí era la lucha eterna de la vida contra la muerte. Y si era así, se decía, ¿cuál de las dos salía vencedora?

No lo sabía. Pero sí sabía que aquella pintora utilizaba el arte para exorcizar el dolor. Y se propuso hacer lo mismo. O, tal vez, ni siquiera se lo propuso. Lo hizo. Sophie pintó acuarelas y óleos durante esa semana en Acapulco y durante los ocho meses posteriores en que se dedicó a recorrer México sola, pintando sus paisajes, las flores, los animales, los colores y el inmenso dolor que sentía.

Fue entonces cuando supo lo que quería hacer con la vida que le quedaba por vivir sin Eve.

Fue entonces cuando decidió empezar de nuevo.

A principios de septiembre de aquel abrumador 1940, cuando regresó a Los Ángeles, Sophie se alojó en el enorme y céntrico hotel Rosslyn, situado en la esquina suroeste de Fifth Street y Main Street.

Camuflada entre el constante ir y venir de los huéspedes que ocupaban el millar largo de habitaciones, y por el ruido de aquellas calles populosas y llenas de tráfico, Sophie se concedió unos días para pensar y preparar a conciencia su encuentro con Jules.

La pareja se reunió en una de las agradables cafeterías del hotel un martes por la tarde, antes de las cinco. Había estado lloviznando todo el día, sin ganas. Sophie se sentó a una mesa pegada a los grandes ventanales a través de los cuales se veía la calle. Flotaban en el aire las conversaciones discretas de los clientes. Se dispuso a esperar la llegada de su marido con la mirada perdida, observando las gotas que caían perezosas.

Le vio cuando cruzaba Main Street para acercarse al hotel esquivando el denso tráfico de coches. Alto, ágil, elegante. Jules no había cambiado nada en todos aquellos años. Le perdió de vista cuando entró en el hotel y, en pocos minutos, lo volvió a ver en la entrada del salón. Él la buscó con la mirada, nervioso. Levantó una mano para llamar su atención.

—¡Sophie! —dijo, casi gritó él al llegar a la mesa.

Ella se levantó y se saludaron con un beso suave en los labios.

—Hola, Jules.

—¿Cómo es posible que no me hayas avisado de que habías vuelto de México? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no has ido directamente a casa?

Sophie se concedió un tiempo antes de hablar. Volvió a sentarse y Jules la imitó.

—No podía volver a casa. Y además...

Había pensado mucho lo que quería decirle a Jules y cómo se lo diría. Pero, ahora, las palabras se le resistían. Clavó la mirada en el amplio ventanal y, en segundos, todo lo que había vivido con Jules pasó por delante de sus ojos. El flujo de recuerdos la hizo sentirse triste y emocionada a la vez. Tuvo que coger aire antes de hablar.

—No hemos hecho las cosas demasiado bien. Y esto tampoco hemos sabido compartirlo, ¿verdad, Jules?

—¿Qué, Sophie?

—Esto. El duelo por la muerte de nuestra hija.

En los ojos de Jules nació un relámpago. Su mirada se llenó de luz; le brillaba, pero no de esa manera que Sophie recordaba, tan llena de tirantez. Ahora, en los ojos de Jules brillaba el dolor, y ella pensó, quizá por primera vez y con estupor, que también él había perdido a una hija. Tuvo que tragar saliva antes de poder volver a hablar con voz firme.

—No volveré a casa, Jules. Ni volveré contigo. Quiero que nos divorciemos.

Jules no se mostró sorprendido. Encajó la noticia como si hiciera mucho tiempo que la estuviera esperando. Era muy consciente de que la cabeza y el corazón de Sophie iban por caminos muy distintos a los suyos.

—Me parece bien si es lo que quieres —dijo él con los ojos bajos, aunque los levantó de golpe para añadir—: Pero no es necesario que te quedes en un hotel. Ven a casa. Pediremos el divorcio y pensaremos bien cómo hacer las cosas.

—No puedo volver a esa casa —dijo Sophie.

Y, al decirlo, de golpe, tuvo miedo y se sintió inmensamente sola.

Jules le cogió la mano que reposaba sobre la mesa. Ella no la retiró. Le miró a los ojos, ya sin amor.

—¿Has pensado qué vas a hacer? ¿Volverás a Nueva York?

Sophie, ahora sí, retiró la mano y respondió con decisión:

—Volveré a empezar.

—¿Qué quieres decir?

—Volveré al punto que nunca debería haber abandonado. Llamaré a la misma puerta a la que quería llamar ese día que nos conocimos en Hyperion Avenue. Recuperaré a la Sophie Simmons que quería ser. Te juro que lo haré.

—¿Quieres volver a Disney?

—Quiero ser animadora.

—Sophie, no hay mujeres animadoras.

—Quizá es necesario que alguna dé el primer paso.

Se quedaron en silencio. Sin mirarse. Sophie se dio cuenta de que un viento fresco había aclarado el cielo. Ya no llovía, pero tampoco lucía el sol.

Se volvió hacia quien todavía era su marido.

—Tengo mucho material que quiero enseñar a Disney. He estado trabajando en México. No volveré a ser una chica del departamento de Tinta y Pintura, Jules.

—Te ayudaré.

—No es necesario.

—Lo haré. Conozco muy bien a Walt. Él confía en mí. Me escuchará. Te recibirá. Luego, si le gusta o no lo que haces, o que te quiera dar trabajo o no, ya es cosa suya.

Sophie afirmó con la cabeza. Ya estaba todo dicho.

Jules se levantó y Sophie también. Se volvieron a besar, ahora discretamente, en la mejilla.

Ella lo vio marcharse. Entendió que Jules siempre ocuparía un lugar en su corazón, tal vez aquel lugar remoto de nuestro corazón donde se esconden las emociones vividas. Los recuerdos. Pero el amor y el deseo se habían acabado.

No había nada que compartir.

Ni a Eve.

Walt Disney olía el talento desde lejos. Se había llevado una grata sorpresa al ver el material que Sophie le había presentado en la entrevista, formado sobre todo por acuarelas que reproducían la vida natural mexicana, su vegetación y su fauna, ya que había descartado las de temas más vanguardistas que había pintado siguiendo el surco que Frida Kahlo había abierto en ella.

Era un hecho que las vivencias de los últimos tiempos y la estancia en México habían transformado el estilo de Sophie. Había explorado mucho el color, los tonos, los paisajes y la vida. Las acuarelas que Disney estudió ese día eran como una explosión de mundos brillantes y coloreados. A Walt le impresionó el talento de aquella artista formada en Chouinard que hasta hacía poco había estado casada con uno de sus animadores de confianza y que había trabajado anteriormente en el departamento de Tinta y Pintura. Perteneía a la casa y era una acuarelista extraordinaria. Descubrió en su arte algo que hubiera querido incluir en sus películas. Pero fue la técnica impecable y la fuerza inusual que mostraba en la representación del mundo animal lo que acabaron de convencerle. Porque aquellas virtudes artísticas eran las que necesitaba para el nuevo proyecto que estaba a punto de entrar en fase de producción: *Dumbo*. Por eso, cuando aún no había transcurrido ni un mes desde la entrevista, volvieron a citar a Sophie en Burbank para ofrecerle un contrato.

La oferta de Disney era mucho más de lo que ella esperaba. Era un paso directo hacia sus sueños. Disney le ofrecía trabajar en el departamento de Animación realizando los *storyboards* para desarrollar escenas de *Dumbo*. Tenía que explorar el concepto y el desarrollo de la historia, trabajando codo con codo con escritores, artistas gráficos y animadores para crear los personajes desde cero.

Sophie no se lo pensó. En enero de 1941 se incorporó a los estudios de animación con el objetivo de no abandonar nunca más aquel sueño que la había llevado a Los Ángeles hacía tanto tiempo.

Dumbo

Art Babbitt aparcó el coche en Olive Street y siguió a pie por la calle, a paso lento, con las mandíbulas apretadas y los puños cerrados en los bolsillos, hasta llegar a Angel's Flight. A esas horas de la noche, todo parecía sumergido en una calma silenciosa. Las dos vagonetas del funicular estaban paradas, el tráfico de los coches que pasaban por el túnel que cruzaba por debajo del funicular era casi inexistente y algunos taxistas dormían dentro de los coches amarillos estacionados en las aceras.

Le gustaba contemplar aquel decorado urbano atrapado en una quietud fotográfica, y no era la primera vez que hacía una escapada nocturna, sobre todo si tenía el espíritu trastornado y la cabeza llena de preocupaciones. Como ahora. La entrada en forma de arco donde a lo largo del día hacían cola los usuarios del ferrocarril estaba vacía. Pasó por delante de ella y se detuvo en la esquina del Ferguson Building mientras aspiraba el polvo dormido que flotaba en el espacio quieto. Se apoyó en la pared amarillenta y sucia, iluminada por la luz mortecina de un farol. Encendió un cigarrillo y empezó a fumar lentamente mientras se subía el cuello de la chaqueta y se calaba el sombrero para protegerse de la brisa fría de febrero que soplaba a ras de suelo y hacía revolotear papeles sucios a lo largo de la calle.

Babbitt se concentró en sus pensamientos mientras exhalaba el humo de sus recuerdos. Se sentía engañado y frustrado. Furioso. Enfadado consigo mismo por haberse dejado enredar en los hilos truculentos de Gunther Lessing, el abogado de Disney. Recordó el momento en que había acudido a él —de eso hacía más de dos años— para alertarlo del peligro de que los estudios cayeran en la trampa de algunos mafiosos como Bioff. Para evitarlo, o al menos eso creía él, Lessing le había propuesto la creación de la Federación.

Se había volcado con entusiasmo en ese proyecto que acabó presidiendo. Pensaba que era la oportunidad de crear un sindicato que representara realmente a los empleados de Disney. Había convencido a muchos compañeros de que lo siguieran. Había escuchado a todo el mundo y había preparado un borrador del convenio que recogía las propuestas de mejoras, sobre todo para los empleados en una situación más precaria. Pero el entusiasmo se había ido convirtiendo en frustración e impaciencia a medida que pasaba el tiempo y el proyecto quedaba inactivo. Casi tuvo que pasar un año, de octubre de 1938 a julio de 1939, hasta que la Federación obtuvo la

certificación de la National Labor Relations Board que le permitía ponerse en marcha. Durante todo ese tiempo no fue nada más que una promesa, un espejismo. Un símbolo. ¿O quizá un engaño?

Cuando, finalmente, recibieron el visto bueno gubernamental, Babbitt y los otros hombres del comité se apresuraron a solicitar una reunión con Roy Disney para negociar un aumento de sueldo para las empleadas de Tinta y Pintura. Roy los escuchó con educación, pero movió la cabeza con un gesto de negación. La respuesta fue clara y contundente: ni ellos, como miembros de la Federación, ni nadie podían inmiscuirse en los asuntos económicos de la empresa. En Disney no se negociaba.

La Federación, el sindicato propuesto por Lessing, era una quimera. Un cebo que había apartado a Babbitt y a los hombres que, como él, buscaban una salida a los problemas laborales de los estudios de los verdaderos escenarios de la lucha sindical. Y lo peor era que se había convertido en el único sindicato de los empleados de Disney, que quedaban, así, atrapados en una absoluta situación de indefensión, en manos de los intereses empresariales.

¡Babbitt se preguntaba cómo había podido ser tan crédulo! ¡Tan ingenuo y tan estúpido! ¿Cómo era posible que no hubiera visto que la Federación solo era una trampa de Lessing para apartarlo de cualquier actividad sindical independiente? Una ratonera preparada por el reaccionario, prepotente y antisindicalista Lessing, a quien Disney había confiado los hilos de la política laboral de la empresa, que movía con mano de hierro.

Aunque durante un tiempo había existido la voluntad de seguir luchando dentro de la Federación e incluso había intentado negociar un calendario de pagos claramente estipulado, Babbitt ya tenía muy claro que ese no era el camino, su camino.

Pero ¿cuál era?

Art Babbitt tiró la colilla del cigarrillo. La punta roja brilló intensamente antes de terminar muriendo en el suelo. Se encaminó hacia el coche. Necesitaba poner palabras a todo lo que le pasaba por la cabeza en aquellos momentos. Y solo conocía a una persona con la que podía hablar con absoluta franqueza.

Sophie abrió la puerta envuelta en una bata gruesa. La visita de Babbitt la había arrancado de la cama. Iba despeinada y bajo sus ojos se marcaban unas sombras amoratadas.

—¿Art?

—Perdona, perdona... Ya sé que no son horas. Pero necesito hablar contigo.

Sophie se dirigió a la cocina para preparar un té y Art se acomodó en el salón. Era la segunda vez que visitaba a Sophie desde que se había mudado al pequeño y coqueto *bungalow* situado en una urbanización de Hollywood Hills, concretamente en Beachwood Drive, una zona tranquila algo alejada del centro pero que respondía totalmente a las necesidades que tenía en aquella nueva etapa de su vida. La vivienda, aunque minúscula, estaba decorada con buen gusto; tenía una habitación, una cocina independiente y un pequeño jardín en la entrada. Sophie se había

trasladado allí en cuanto firmó el contrato con Disney, segura de que podría asumir fácilmente lo que le costara el alquiler y de que se sentiría cómoda en ese lugar donde todo era nuevo, sin dolorosas imágenes del pasado.

Mientras ella trasteaba en la cocina, Art se fijó en unos dibujos que estaban esparcidos por la mesa de la salita frente a la que se había sentado. Cogió unos cuantos para observarlos de cerca. Eran bocetos hechos a lápiz y representaban un solo personaje en varias posturas y actitudes: una niña de unos tres o cuatro años, rubia, de ojos claros y dulces, y sonrisa radiante.

Aún tenía los dibujos en las manos cuando Sophie apareció en el salón cargando una bandeja con el té y unos pequeños sándwiches que acababa de preparar.

—Estos dibujos son magníficos. Siempre he admirado tu manera de dibujar, Sophie. La expresividad de tus personajes. Esta ingenuidad dulce que rezuman y que te sale del alma. Reconocería un dibujo tuyo entre mil.

Sophie sonrió mientras le servía el té. No dijo nada.

—¿Quién es la modelo?

—Es Eve, mi hija —respondió mientras recogía los bocetos para que no se mancharan y se sentaba delante de Art, que se había quedado mudo y la observaba preocupado.

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que imagino a mi niña. La veo crecer y la dibujo. Dibujo la niña que habría tenido que ser y que nunca será.

—¿Y eso no te duele?

—En absoluto, Art. Es justo esto lo que me permite seguir caminando por la fina cuerda que separa la cordura de la locura.

Se quedó mirando uno de los dibujos.

—Eso, como tú dices, me impide asfixiarme en el dolor y los recuerdos.

—Te entiendo.

Sophie se llevó la taza de té a los labios. No era verdad. Nadie que no hubiera pasado por la experiencia de perder a un hijo podía entender ese dolor.

Art continuó. Se le acababa de ocurrir una idea:

—¿Y no has pensado nunca en convertir estos dibujos en un cuento? ¿En una historia ilustrada? Es un trabajo maravilloso que debería llegar a la gente.

—Es demasiado pronto para pensar en ello.

Sophie sintió que su corazón estaba a punto de estallar de dolor y de añoranza, y cambió rápidamente de tema. Aunque tenía plena confianza en su amigo, se reprochó no ser capaz de controlar los sentimientos delante de él. Había cosas que le pertenecían. No quería montar un espectáculo, y casi lamentaba que Art hubiera descubierto los dibujos; eran su secreto.

—Dime, ¿qué te ha traído hasta aquí a estas horas de la noche? ¿No puedes dormir? ¿Vuelves a pensar en Marge?

Art torció la comisura de los labios en una sonrisa compungida. Respondió y, al hacerlo, su voz

sonó llena de una súbita languidez. El recuerdo de Marge, que le había abandonado aquel verano pasado y de quien se acababa de divorciar, le pinchaba con acritud.

—Pienso en ella a cada instante.

Ni él mismo era del todo consciente de la fragilidad en que lo había hundido la pérdida de Marge. Pero se repuso. Tosió y clavó una mirada de nuevo firme y segura en su amiga.

—Sophie, ¿tú sabes quién soy?

—Art, claro que sé quién eres. Eres un gran animador, uno de los mejores, y mi amigo. Eres Art Babbitt y...

Art no la dejó terminar:

—No, querida. Yo soy Arthur Babitsky, hijo de unos pobres inmigrantes rusos, nacido en Nebraska, que tuvo que irse a Nueva York con dieciséis años para ganarse la vida y ayudar a sus padres y a sus hermanos, y que durante años tuvo que trabajar como artista comercial antes de llegar a la animación. Creo en el trabajo duro y en la vida honesta. Creo en las libertades civiles.

Hizo una pausa y recuperó su sonrisa socarrona:

—Soy la estrella más extraña en el universo de Disney.

Sophie lo miraba sorprendida. Art nunca le había contado la historia de sus orígenes. Ella, que creía conocer a su amigo, se daba cuenta de que no sabía gran cosa sobre él. Que desconocía los detalles importantes de la vida de aquel Art Babbitt, o Babitsky, que no dejaba nunca de sorprenderla.

—Y a pesar de que según algunos he conseguido todo lo que se puede desear en este oficio, créeme, Sophie, si te digo que no olvido quién soy, de dónde vengo ni aquello en que creo. Y lo que creo es que debemos luchar por los derechos de todos los trabajadores y trabajadoras.

—Conozco tu forma de pensar, Art. Pero ¿no es a través de la Federación que se llevan adelante las reivindicaciones laborales en Disney? Recuerdo que me hablaste con entusiasmo de ella. Estabas ilusionado.

—La Federación es un engaño. Es la cara oscura de Mickey Mouse. No sirve.

Se miraron con intensidad.

—La dejo. Creo que la única solución está en los sindicatos independientes, y desde el 38 hay uno que aglutina la lucha del sector de la animación. El Screen Cartoonists Guild. Este será mi camino desde mañana mismo.

—Eso significa que te enfrentarás a la política de los estudios, ¿verdad? ¿Estás seguro de lo que quieres hacer? ¿Pondrás en peligro todo lo que has conseguido? ¿La confianza que Disney tiene en ti?

—¿Sabes?, me encantaría ser el buen chico que Walt espera que sea. Pero iría en contra de mis principios. Seré miembro del SCG y lucharé, aunque Walt crea firmemente que todos los sindicatos están formados por estibadores y por gánsteres. No se le ha ocurrido pensar nunca que es posible encontrar un sindicalista decente para hacer tratos. Si se hubiera molestado en

averiguar qué hacíamos en la Federación, qué queríamos y cómo queríamos conseguirlo, ya habríamos llegado a un acuerdo hace tiempo.

Bajó la mirada al suelo y las palabras que hasta entonces habían fluido a borbotones quedaron interrumpidas. Suspiró antes de volver a hablar.

—Sophie, solo he venido porque necesitaba saber si cuando todo esto empiece, estarás a mi lado.

Por toda respuesta, ella le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

Trabajar en *Dumbo* era divertido. Lo mejor que le había pasado a Sophie en mucho tiempo. El trabajo iba mucho más allá del estudio. Tuvo que visitar todos los circos que llegaban a la ciudad e hizo miles de bocetos de todo lo que veía: desde las poleas de las grandiosas tiendas hasta el maravilloso mundo de los payasos. ¡Se pasó horas dibujando elefantes!

La película entró en proceso de producción en enero de 1941. Pero, antes, la historia del pequeño elefante de orejas grandes había recorrido un camino no exento de dificultades.

Según supo Sophie, hacía tiempo, a finales de 1939, Lillian Disney había mostrado a su marido un cuento infantil que le había gustado especialmente. Se trataba de una pequeña historia de unas cuantas líneas de texto y solo ocho ilustraciones. Cuando Walt Disney la leyó, se dio cuenta de que reunía los elementos básicos para hacer una película conmovedora: un pequeño elefante era despreciado y dejado de lado por culpa de las grandes orejas que tenía. Pero aprendía a volar y hacía una virtud de su diferencia.

Disney necesitaba con urgencia un milagro. Con *Fantasia*, los Walt Disney Studios habían llevado la animación a otra dimensión, y con *Pinocho* habían rozado la perfección tanto con la iluminación como con el diseño de personajes o la espléndida realización de los detalles. Pero los dos filmes habían sido un gran fracaso económico. Con Hitler avanzando por Europa, las finanzas del estudio habían quedado muy tocadas. Walt Disney necesitaba una apuesta para mantener los estudios abiertos. Un proyecto rápido de producir, económico y que llegara al público de forma que les permitiera remontar aquel descalabro económico.

Convencido de que la historia del elefante podía ser lo que andaba buscando para salir de la crisis, Walt encargó a dos de sus guionistas más preciados, Joe Grant y Dick Huemer, que empezaran a trabajar en el guion. Pero Roy Disney paró los pies a su hermano. No se podían arriesgar a un nuevo fracaso, y Roy no creía que los elefantes voladores fueran capaces de hacer milagros.

Walt, esta vez, hizo caso a Roy y desestimó el proyecto. Pero Joe y Dick no. Siguieron trabajando en el guion. Cada vez que acababan una secuencia, la dejaban encima de la mesa del despacho de Walt. Añadían notas, tales como: «No leas nada más si no quieres hartarte de llorar» o «¡Cuidado! A partir de aquí todo empeora».

Seguro que los dos guionistas conocían bien a Walt, porque al cabo de un mes ya se había

decidido a hacer la película. Tenía un presupuesto bajo y escasez de recursos humanos, pero sabía exactamente qué quería. Y consiguió transmitir esta confianza al equipo.

La responsabilidad de la producción de *Dumbo* recayó en los hombros de Ben Sharpsteen. Hacía muchos años que Ben trabajaba para Disney e incluso había formado a los nuevos animadores de la cantera, Jules Beck entre ellos. Pero ahora le tocaba hacer el papel de malo controlando los gastos de los diferentes departamentos implicados en la película. Tanto era así que lo primero que Sophie le había oído decir a Ben aquellos primeros días de trabajo fue:

—Procurad que todo sea lo más barato posible.

Sophie pensó en la época de *Blancanieves*, en cómo habían trabajado, y fue consciente de que, con la premisa de la economía, la nueva producción quedaría por debajo de los estándares del estudio en muchos aspectos: en la lujosa atención por los detalles que había distinguido los largometrajes Disney desde *Blancanieves*, en el diseño de personajes, que ahora se simplificaría, y en los *backgrounds*, que serían menos minuciosos. Como se jugaba mucho en ese proyecto, no las tenía todas consigo. ¿Y si aquel reto que Walt Disney había puesto en sus manos fracasaba? ¿Y si a causa de las restricciones económicas el proyecto quedaba reducido a una producción de tercer orden? Las dudas la asaltaban de noche y de día. Y los miedos también. Decidió ir a hablar con Ben Sharpsteen.

Ben era un jefe exigente pero dialogante. Escuchó las dudas de Sophie y le supo mostrar una nueva visión de aquel proyecto que tenían por delante.

—Creo que es verdad que, con *Dumbo*, trabajaremos de una manera distinta a como lo hemos hecho en los anteriores largometrajes. No hay duda. Pero esto no es nuevo en Walt Disney Studios.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Sophie, intentando encontrar una salida a sus miedos.

—La historia es muy simple y muy sólida y, precisamente por eso, la animación podrá brillar con más fuerza. Porque deberá basarse más en la caricatura que en el dibujo realista. Justo como lo hacíamos antes de *Blancanieves*.

Hizo una pausa. Sophie escuchaba casi sin respirar.

—Es por ello por lo que hemos recurrido a animadores con peso y experiencia, con los que hace años que trabajamos en los largometrajes y que se formaron en los cortos anteriores.

Ben empezó a hacer un repaso de los principales animadores que trabajaban en *Dumbo* para reforzar lo que decía.

—Bill Tytla tiene un gran registro, ¿no le parece, Sophie? Puede animar cualquier objeto, y estoy seguro de que sabrá plasmar como nadie la ternura entre la madre elefante y el pequeño protagonista. —Sonrió—. ¿Sabía que se ha inspirado en su hijo Peter de dos años para dotar a *Dumbo* de toda la dulzura que pide el personaje?

—No lo sabía —respondió Sophie, y su mirada se humedeció imperceptiblemente.

—Bill sabe muy bien que en la animación no todo debe recaer en los gags, sino también en las emociones, que el espectador debe reconocer como propias. —Se rio de forma escandalosa—. Como dice Walt: «Por cada carcajada, pon una lágrima».

—¡Qué frase tan acertada! —exclamó Sophie, que era la primera vez que escuchaba aquella sentencia de Walt, tan popular en los estudios.

—Y de Babbitt, ¿qué puedo decirle? —continuó Ben—. Tengo entendido que son muy amigos, ¿verdad?

—Sí, lo somos. Ya he visto los bocetos de la escena de la cigüeña, Mr. Stork. Me parece genial.

—Babbitt ha hecho una caricatura del actor Sterling Holloway, que es quien pondrá la voz para doblar ese personaje. Estoy seguro de que sabrá dar a esa escena la tensión dramática que necesita. —El rostro de Ben se iluminó con una sonrisa de satisfacción. Levantó los ojos y los clavó en el rostro de la chica—: Ya ve, Sophie, no hay que preocuparse. *Dumbo* será un trabajo de la «vieja guardia», de los animadores estrella de la casa.

Sophie, un poco más tranquila, ya daba aquella interesante conversación por terminada y se despedía cuando Ben le preguntó:

—Sophie, ¿se ha fijado en que casi todos esos animadores son neoyorquinos?

—¿Y eso es muy importante? —replicó, sorprendida.

—Lo es. Sin duda dejarán huella en la película, una cierta energía muy propia de los animadores de la Costa Este. Una vez liberados de la preocupación por los detalles, que ha sido el eje de los anteriores largometrajes, sabrán concentrarse en lo que es más importante en la animación de personajes: la acción.

La expresión de Sophie había ido cambiando a lo largo de la conversación. Si al principio se mostraba férrea y preocupada, ahora sus ojos brillaban con una luz nueva, llenos de ilusión y confianza.

—Concéntrese en un diseño de personajes simple, Sophie. Esta película acabará siendo una caricatura y, créame, se sentirá muy orgullosa de ella.

Febrero acababa de iniciar su carrera por el calendario cuando Sophie acudió a la casa de Babbitt. Iba a celebrarse una reunión con miembros del SCG para elegir los cargos de la nueva unidad Disney, ya que todos los estudios de animación tenían su propia unidad en el sindicato.

Llegó nerviosa, a la expectativa. Había pasado mucho tiempo y demasiadas cosas desde aquellas reuniones clandestinas junto a Marion Altwell, y ahora ya no era aquella jovencita inexperta y un poco ingenua. En su interior se libraba una verdadera batalla campal, porque si en ningún caso quería poner en peligro su trabajo en Disney, también estaba firmemente convencida de que las cosas tenían que empezar a cambiar. Admiraba el espíritu combativo de Marion y de Art. Y el de aquellos animadores que había conocido cuando trabajaba en Graphics Studios. No se quería quedar al margen de aquella lucha. Art la recibió y la hizo pasar al salón.

—Ven. Quiero que conozcas a la secretaria del sindicato. Te caerá bien, estoy seguro —le dijo, señalando con los ojos a una mujer alta y esbelta que hablaba con otros asistentes a la reunión de

espaldas a ellos.

De los labios de Sophie se escapó un nombre:

—¡Marion!

Al oír pronunciar su nombre, Marion Altwell se dio la vuelta. Sus ojos se abrieron como platos, con un relámpago de sorpresa.

—¿Sophie? ¿Sophie Simmons?

—¿Ah, pero os conocíais? —preguntó Babbitt, sin obtener ninguna respuesta.

Marion y Sophie se habían fundido en un gran abrazo y se habían olvidado por completo de su presencia.

—¿Trabajas en Disney?

—Sí. Estuve mucho tiempo en el departamento de Tinta y Pintura, pero ahora me acabo de incorporar al de Arte.

Marion abrió desmesuradamente los ojos:

—¡Caramba! Esto son palabras mayores. Claro que, si quieres que te diga la verdad, no me sorprende. Eras una pintora excelente. Llevabas dentro una gran artista.

—¡Exageras!

—En absoluto. Eras diferente del resto de las chicas. Tú tenías talento de verdad. Me alegro de que hayas dado pasos adelante. —La miró de arriba abajo—: Has cambiado. Ya no eres aquella muchacha frágil que conocí.

Sophie le devolvió una sonrisa triste.

—No. Ya no lo soy.

—Sin embargo, me alegro de que tus ideas no hayan cambiado. Es bueno que las mujeres tomen conciencia del camino que queda por recorrer.

—Bueno, el tiempo que pasé en Tinta y Pintura fue como si hubiera trabajado encerrada en una burbuja. Allí las mujeres vivíamos separadas de una realidad laboral más compleja. Ahora que formo parte del departamento de Arte, debo asistir a reuniones donde soy la única mujer en un mundo de hombres que me miran con desconfianza. Tienes razón. Hay muchas cosas que tienen que cambiar.

La reunión estaba a punto de empezar. Las dos mujeres se separaron con una sonrisa y fueron a sentarse. Sophie estuvo rumiando un rato lo que acababa de decirle a Marion. Era verdad que su relación con los hombres del estudio no siempre era fácil. Formaba parte de su cotidianidad, pero no por ello lo aceptaba. Los primeros días en el departamento de Arte habían sido especialmente duros. Las bromitas de mal gusto eran el pan de cada día. Los hombres del departamento se quejaban de que su presencia restaba espontaneidad a su día a día. Lo que querían decir era que no podían pasarse el rato contando chistes subidos de tono y que debían vigilar lo que decían delante de ella.

Hacía ya muchos años que Sophie había oído pronunciar a Marion Altwell, por primera vez, las palabras lucha y sindicato. Y nada había cambiado. Babbitt tenía razón cuando decía que las

cosas no cambiarían si no luchaban para que cambiaran. En aquel momento se sintió feliz de estar allí.

William Littlejohn, el presidente del SCG, dio inicio a la reunión. No era un rostro desconocido para Sophie, ya que hacía solo una semana había convocado a los trabajadores de Disney a una conferencia de Samuel Kalish, miembro del departamento de Relaciones Laborales del Gobierno. Les había dicho que quería que todo el mundo tuviera la oportunidad de escuchar lo que eran los sindicatos y cómo trabajaban. Sophie había salido contenta de aquella charla y convencida de que era el camino correcto para conseguir los cambios que pretendían.

Babbitt había seguido otros métodos más expeditivos que los de Littlejohn para conseguir afiliados al SCG. Métodos que a Sophie le habían recordado otros tiempos. En concreto, había llenado los estudios de folletos en los que ofrecía sesiones económicas de dibujo solo para los miembros del sindicato. Babbitt era mucho Babbitt.

La reunión fue corta y ágil. Art Babbitt fue elegido para presidir la unidad Disney del sindicato. La vicepresidencia recayó en Phyllis Lamberston, una mujer con una larga experiencia en el departamento de Tinta cuya honestidad y compromiso Sophie conocía sobradamente. Como tesorero se nombró a Sam Armstrong, del departamento de *Background*.

Esta primera reunión obtuvo frutos. Al cabo de un mes, la semilla había germinado y la unidad del SCG en Disney había conseguido cuatrocientos afiliados, una cifra que permitiría a Babbitt solicitar una reunión con Disney en nombre del sindicato para presentarle las reivindicaciones.

La confesión

Walt Disney se había negado en redondo a reunirse con Tytla y Babbitt, que habían acudido a él con un montón de demandas laborales concretas y como miembros del SCG. Sin embargo, el espectacular crecimiento de afiliados al sindicato libre disparó todas las alarmas de Disney, quien, pocos días después, contraatacó y convocó a los empleados de los estudios a una reunión en la sala de proyecciones.

Sophie asistió junto con Babbitt. Como él preveía, Disney se había propuesto justificar la mala gestión económica de la empresa que algunos empleados le reprochaban:

—Algunas personas querrían culpar a los ejecutivos de esta empresa de no prever la calamidad causada por la guerra en Europa.

Tampoco perdió la ocasión de desautorizar de una forma velada la voz disonante de Babbitt, quien, al abandonar la Federación, había puesto en entredicho la política sindical de los estudios.

—Creo que esto es injusto... ¿Cómo demonios puede alguien responsabilizarnos de ello?

Las palabras de Disney significaron un verdadero punto de no retorno en los hechos de aquel 1941 que apenas empezaba y que se presentaba convulso. Si hasta entonces el personal de los estudios ya estaba bastante polarizado, a partir de aquel momento incluso los más escépticos tomaron posiciones. Como Babbitt había predicho entre su círculo más próximo, el hecho de que Walt Disney en persona se dirigiera al personal fue una declaración de guerra entre los seguidores de la Federación y los del sindicato libre, el SCG. Nadie ignoraba que el ganador de aquella contienda se convertiría en el sindicato mayoritario en Walt Disney Studios.

Disney terminó de hablar y la sala de proyecciones se llenó de chispas. Parecía que le hubieran prendido fuego. Sophie se volvió, pensando que encontraría a Babbitt, pero no estaba. Lo buscó con la mirada un poco inquieta, pero en aquellos momentos la confusión se había convertido en caos en la sala; las voces se alzaban y las discusiones se volvían cada vez más acaloradas.

Sophie se abrió paso casi a codazos. Babbitt y Disney discutían en el pasillo de entrada de la sala de cine. Quiso acercarse a ellos, pero entonces se tropezó con alguien.

—Uy, perdón...

Levantó la cabeza y tuvo que taparse la boca con la mano para ahogar el grito que subía por su garganta.

—¿¡Martin!?

Martin Locke miraba a Sophie con aquellos ojos llenos de chispas doradas. Ella se había quedado quieta como un pájaro asustado. Parecía haber olvidado su intención de perseguir a Babbitt. Martin tampoco se movía. Se miraban ambos de tan cerca, con tanta intensidad, que el tiempo se detuvo y el ruido que los rodeaba se esfumó.

Martin, con un hilo de voz casi imperceptible, susurró:

—Sophie...

Por toda respuesta, ella dio un paso vacilante hacia atrás sin dejar de mirar a Martin a los ojos. Estaba trastornada. Notó cómo sus mejillas enrojecían. Se había reconocido en esa mirada y había tenido la sensación de que se volvía a asomar a aquel acantilado que tiempo atrás la había atraído con intensidad.

—Art me explicó que te habías incorporado a los estudios —le dijo Martin, intentando hacerse entender entre la confusión de conversaciones.

—¿Cómo dices? No te oigo —casi se desgañitó Sophie, levantando mucho la voz para hacerse oír en medio de aquel griterío.

Martin la cogió de la mano y ambos salieron al exterior. Acabaron sentados en un banco, enfrente del edificio de Animación, solos, con las palabras atascadas en la boca, ansiosas por salir y explicar todo lo que había permanecido callado.

—Sophie, siento mucho todo lo que...

El peso de esa neblina que se extendía por encima de su existencia como una losa hizo que Sophie desviara los ojos al suelo. Al volver a levantarlos, las penas nadaban en sus pupilas grises.

—Estoy en el departamento de *Storyboard*.

—Lo sé, lo sé —dijo Martin, aceptando ese cambio de tema que ella le imponía—. He oído comentarios, ¿sabes?

Ella sonrió, con curiosidad:

—¿Comentarios?

—He oído que el *storyboard* de *Dumbo* es muy detallado, y en eso debes de tener algo que ver, si no me equivoco.

—¿Y qué más se comenta?

—Bueno, hay animadores que, al parecer, no entienden que una mujer pueda crear dibujos con tanta intensidad y tanta habilidad técnica.

—¿Y tú piensas lo mismo?

—Por supuesto que no. Yo hago más caso de lo que dice Art.

—¡Ay, no me asustes!

—Dice que tu estancia en México te ha transformado. Que si antes eras una artista, ahora brillas con luz propia. Tienes que enseñarme lo que pintas. Tengo muchas ganas de ver lo que haces.

Los ojos de Sophie chispearon.

—Claro, cuando quieras.

La breve conversación había logrado enmascarar a duras penas lo cohibidos que se sentían el uno frente al otro. Pero se hizo el silencio y las palabras fueron sustituidas por las miradas. Se miraban de soslayo, con los ojos llenos de un exceso de sentimientos que ninguno de los dos sabía explicar.

Finalmente, Sophie, a la desesperada, dijo:

—Me extraña no haberte visto antes por los estudios. ¿Por qué no trabajas en la animación de *Dumbo*?

—He estado fuera... Pedí un permiso —afirmó Martin, con un ligero temblor en la voz. Y continuó—: Al volver me incorporé al grupo de animadores recién llegados que trabajan en *Bambi*. Pero hace pocos días me asignaron al equipo de Kimball en *Dumbo*. Estamos animando las escenas de los cuervos.

Sophie sonrió, sorprendida:

—No lo sabía. Entonces, a partir de ahora nos veremos a menudo.

Grupos de trabajadores desfilaban delante de la pareja. Los observaron un rato en silencio. Palabras como injusticia, sindicato, trabajo o peligro se descolgaban aquí y allá de las conversaciones. El sol poniente empezaba a proyectar su reflejo ambarino sobre el campus. Sophie se estremeció al sentir el repentino abrazo del frío. Sacudió la cabeza para apartarse de los ojos los rizos que se habían alborotado con el viento.

—¡Qué frío!

—¿Puedo acompañarte a casa? Tengo el coche en el aparcamiento.

Sophie asintió con la mirada.

Caminaron hacia el coche despacio, conversando, sin reparar demasiado en los aires de tormenta que los rodeaban.

Desde el día del reencuentro, Sophie y Martin se habían visto algunas veces fuera de los estudios. Siempre eran encuentros rápidos, para ir a tomar una cerveza después del trabajo y poder hablar de muchas cosas en muy poco tiempo. Sophie se había dado cuenta de que esperaba aquellos ratos con deleite, porque, sorprendentemente, endulzaban la soledad en la que vivía, que le resultaba mucho más dura de lo que había imaginado.

Esa noche, Sophie enfilaba el camino que llevaba a los *bungalows* cuando vio un coche estacionado delante de su puerta. Lo reconoció enseguida. Era el coche de Martin.

Notó que su rostro se encendía mientras se acercaba. Se sentía desconcertada. ¿Qué querría decirle que no pudiera esperar?

Martin salió del coche un poco antes de que ella llegara hasta donde él se encontraba.

Se miraron sin decir nada. A Sophie, esa mirada le pareció esquiva. Como si escondiera alguna

cosa.

—Martin, ¿ocurre algo?

—Tengo que hablar contigo. Hay algo que...

—Vamos.

Sophie abrió la puerta del *bungalow* y, antes de que pudiera encender la luz, Martin la envolvió con sus brazos y la apretó contra él con todas sus fuerzas. Ella se quedó quieta, dócil al abrazo, mientras una cálida ola recorría su cuerpo y la hacía temblar de la cabeza a los pies. Se apartó con suavidad, sin dejar de abrazarlo. El cielo estaba repleto de estrellas; la luz que entraba por las ventanas iluminó el rostro de Martin. Estaba llorando.

—¿Qué pasa?

Él no respondió enseguida. Parecía como si se hubiera quedado perdido en una sarta de pensamientos dolorosos. Sus manos abrazaron los hombros de Sophie y fueron deslizándose por los brazos, acariciándolos con ternura.

—No te he contado la verdad.

—¿Qué verdad?

—Te dije que había pedido un permiso en el trabajo. Bueno, eso es cierto. Pero... ese permiso... Me he casado, Sophie.

Sophie dio un paso atrás y se quedó muy quieta mientras intentaba acompasar el corazón. Por su cabeza cruzó la idea de que lo perdía todo, una cosa tras otra. Aunque, si lo pensaba bien, a Martin no podía perderle; no le había tenido nunca.

Se había levantado una cortina de silencio entre ambos que Martin se apresuró a romper. Habló casi sin respirar, como si vomitara las palabras.

—Esperé durante mucho tiempo una palabra tuya, una explicación. ¡No! En realidad, lo que esperaba era que volvieras, que las cosas entre tú y yo continuaran en el punto donde las dejamos aquella noche en Kingman.

—No tienes que justificarte, Martin. No es necesario —susurró ella, esforzándose por sonar natural y rodeándose el cuerpo con los brazos, como si tuviera frío. Encendió una lámpara de pie que iluminó el salón con una luz tenue. Se sentó en el sofá. Martin la acompañó. Dejó caer la cabeza entre las manos y con una voz que temblaba por el llanto, exclamó:

—¡Oh, Dios mío! Ha sido el mayor error de mi vida.

Sophie se acercó a él. Le acarició el dorso de la mano. Fue un gesto fugaz; los dedos apenas se demoraron sobre su piel.

—Solo te quiero a ti, Sophie. Solo te he querido a ti. Pero te había perdido. Y Alice estaba allí. Siempre estaba allí. Me he casado. Hace un mes.

Se abrazaron con los corazones empujados en latir deprisa bajo la piel. Martin lloraba sin hacer ruido. Sophie sentía todo el dolor de aquella confesión resonando en su interior. Intentó sobreponerse. Aquello no era el fin del mundo. Quizá no era nada. Había vivido cosas peores. Le acarició el pelo intentando consolarle. Le besó los ojos. Intentó beberse sus lágrimas. Él la miró

como no recordaba que la hubiera mirado nadie. Sus bocas chocaron y se enredaron en un beso voraz. Sophie sintió el calor de aquellas manos tan añoradas a través de la blusa. Con el dorso de la mano se apartó una lágrima que se esforzaba por deslizarse de sus ojos. Después, tumbados en el sofá, dejaron que sus pieles desnudas obraran el milagro.

Sophie se despertó de madrugada con un peso tan grande en el corazón que le pareció que no podría incorporarse y poner los pies en el suelo. Finalmente, consiguió quedarse sentada en la cama de cara a la ventana, con la mirada perdida, sin acabar de saber con exactitud si lo que había pasado la noche anterior era verdad o solo se trataba de una fantasía.

Se apartó un mechón de pelo que le cruzaba la cara.

Paseó la mirada empañada por la pequeña habitación.

Y los recuerdos empezaron a adquirir consistencia.

Sí, Martin había estado allí, con ella, y se habían amado con la misma pasión e intensidad que aquella primera vez en el hotel. Y como aquella vez, exactamente igual, mientras el amor había durado, le había parecido que el mundo recuperaba los colores, que no era en blanco y negro.

Se levantó y, con pasos vacilantes, paseó de un lado a otro mientras intentaba poner orden en aquella avalancha de sentimientos que atenazaba su pecho.

Hacía mucho tiempo que había tomado la decisión de no alentar los sentimientos de Martin. Ni los de ella hacia él. Claro que eran otros tiempos. Entonces dependía emocionalmente de Jules. Cuando pensaba en ello, tenía la sensación de que su vida, entonces, no le pertenecía. No del todo. Y eso la había hecho vivir con fragilidad.

Durante un tiempo, después del divorcio, Sophie creyó que había perdido la oportunidad de amar y de ser amada. Creía que las puertas del amor se habían cerrado para ella. Pero ahora se había reencontrado con Martin, y su corazón le decía otra cosa. Le decía que sí se puede volver a amar aunque el amor nos haya fallado. El ser humano tiene la capacidad de recuperarse, de levantarse, de olvidar y de volver a empezar. Y ella sabía que amaba a Martin. Sí, lo amaba, y quizá desde hacía mucho más tiempo del que creía. Puede que hubiera dejado de verlo, pero nunca había dejado de pensar en él. Ya no había ningún obstáculo que impidiera reconocer esta realidad.

Cuando se dio permiso para hacerse esta confesión, sintió una emoción profunda y dulce dentro de su corazón y, al mismo tiempo, el pinchazo amargo de las lágrimas hirió sus ojos. Porque no podía olvidar que los momentos de amor que había vivido con Martin habían sido unos momentos prestados. Robados. Y se preguntaba si siempre sería así; si siempre deberían amarse con la respiración entrecortada y a contrarreloj.

Sintió rabia. ¿Por qué le hacía eso la vida? ¿Por qué también le negaba a Martin? ¿Por qué la llevaba de un lado a otro, dando tumbos por aquellos abismos imprevisibles?

Finalmente, una lágrima rodó por su rostro. Y luego otra, y otra más. Se las secó con las manos y sonrió. Y luego se rio con risas que le sonaron extrañas por lo olvidadas que las tenía. Y es que,

a pesar de todo, se sentía viva otra vez. Le parecía que volvía a tomar las riendas de su vida. Que ya no debería conformarse con observar la vida de los demás. Que la amargura de su existencia empezaba a astillarse.

Sophie se sentó en el sofá del salón donde Martin y ella se habían amado la noche anterior. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Le pareció ver frente a ella las manos de Martin y deseó con todos los sentidos tenerlo a su lado. Encima. ¡Dentro de ella! ¡Era tan apasionado! Había sabido despertarle los sentimientos que dormían en su interior y el amor había brotado sin obstáculos.

Pero deberían guardar el secreto de aquel amor.

Deberían hacerlo.

Lo harían.

Se amarían como fuera. Ni esa Alice que se había interpuesto en sus vidas podría evitar que se amaran. Porque lo que habían vivido hasta ese momento solo era un esbozo hecho a lápiz de la historia que aún tenían que dibujar.

Levantó la cabeza del sofá y abrió los ojos. El sol parecía hacerle un guiño a través de las cortinas. Las recorrió, y la luz de la mañana que comenzaba iluminó la sala. Sophie se desperezó como una gata. La esperaba un nuevo e intenso día de trabajo.

El lado oscuro de Mickey Mouse

La guerra abierta en los estudios continuaba, batalla a batalla. Después de los famosos discursos de febrero, Walt se había enrocado en posiciones cada vez más conservadoras, tal vez influido también por el clima prebélico, y se oponía abiertamente al pensamiento progresista de algunos empleados. Además, vivía como si fuera una traición imperdonable y un ataque personal la tarea sindicalista de Babbitt.

Por su parte, Art no se echaba atrás. Al contrario: a finales de febrero había hecho llegar una carta a Gunther Lessing en la que, a través del SCG, amenazaba a Disney con un boicot de ámbito nacional. De este modo, trataba de reducir como fuera la influencia y la autoridad de la Federación.

Mickey Mouse, en efecto, empezaba a mostrar su lado más oscuro.

Como había pronosticado Ben Sharpsteen, la producción de *Dumbo* avanzaba a un ritmo inusitadamente rápido. Sophie comprobaba cada día que el equipo que trabajaba lo hacía a gusto, y el hecho de no exigir tanta perfección técnica favorecía el ritmo de la animación.

Desde el departamento de *Storyboard*, las razones de esta agilidad en la producción estaban bien claras. La historia tenía un hilo narrativo ajustado, con un planteamiento, un nudo y un desenlace perfectamente definidos. En *Dumbo* no había pruebas ni escenas que se rechazaban después de haber sido animadas, como había ocurrido durante la producción de *Blancanieves*. Al contrario, ahora todo el mundo sabía qué tenía que hacer y adónde tenía que llegar.

Para Sophie, que se involucró en la historia desde el principio y que intervino en la creación de los personajes y en el desarrollo de la acción, *Dumbo* terminó siendo una inestimable lección de cómo contar una buena historia en el tiempo más breve posible y sin disquisiciones que enredaran la trama.

Con los profesionales del departamento de Arte habían decidido que el diseño de personajes estaría en consonancia con la sencillez de la historia. Se habían decantado por personajes accesibles, de aspecto similar a los de los libros de colorear, para tratar de que los espectadores se sintieran cercanos a ellos, los reconocieran y los aceptaran enseguida. Siguiendo esta idea, la

historia empezaba en un mundo de fantasía, un mundo de dibujos animados. Había muchos elementos que hacían pensar en un universo de juguete. Asimismo, se había dado mucha importancia a los elementos naturales: el sol, las nubes, los árboles..., así como a los físicos, como la carpa del circo. Y se había hecho el esfuerzo, aunque esto complicaba el trabajo de animación de Bill Tytla, de contar la historia desde la perspectiva y la altura de Dumbo, el pequeño elefante protagonista.

El trabajo de Sophie en el departamento de Arte la llevaba a visitar a menudo otros departamentos. Había tenido que trabajar, por ejemplo, el aspecto emocional de los personajes con los animadores, sobre todo en el caso del protagonista, Dumbo. El hecho de que el personaje no hablara era un nuevo obstáculo en el trabajo de Tytla, ya que debían poner mucha más atención en las expresiones y los movimientos.

La acción en vivo volvió a tener un papel de una importancia capital en esta película. Sophie disfrutó de verdad asistiendo a las sesiones en que los Jackson Brothers, cantantes y bailarines que actuaban en teatros de variedades, improvisaban las rutinas y los movimientos que Ward Kimball y Martin utilizaban para animar a los cuervos y hacerlos bailar como si fueran bailarines callejeros. Estaba maravillada con esta animación porque tenía un estilo grácil y una gran fluidez de movimientos. Y, además, habían conseguido dar personalidad propia a cada uno de los cuervos.

Fuera de los estudios, todas las horas que Sophie se pasó dibujando en las carpas le hicieron recuperar la esencia del mundo mágico de los circos de su infancia. Y llegó a la conclusión de que era precisamente eso lo que la película debía transmitir en un sentido estricto, nostálgico y romántico. El circo era fiesta, era fantasía, y por eso había que usar colores vivos y brillantes en toda la película. Preocupada por ello, visitaba a menudo a sus antiguas compañeras de Tinta y Pintura. Allí intercambiaba impresiones con Hazel Sewell sobre el desarrollo del color en la película.

—Quizá para otros departamentos *Dumbo* no es más que otra producción. Pero para nosotros representa todo un reto.

Sophie y Hazel paseaban entre las mesas de las chicas de Pintura, charlando.

—Las restricciones de presupuesto también nos han afectado.

—Lo supongo.

—Nos pedís colores vivos y brillantes, pero trabajamos solo con ciento cincuenta colores.

Sophie enarcó las cejas, sorprendida ante esa cifra. Recordaba perfectamente que en *Blancanieves* se habían usado mil quinientos colores.

—Pero el mayor reto es el contraste entre los rojos, azules y amarillos del circo y la escala de grises que necesitan los elefantes.

Sophie asintió. Desde su perspectiva actual, que le permitía ver el proyecto en conjunto, y con su experiencia como pintora, sabía que los colores serían la base sobre la que se asentaría la acción de *Dumbo*. El choque brillante de los rayos realzaría la escena de la tormenta. Los colores

cálidos del sol enfatizarían el trabajo de los empleados del circo durante el día y la tierna luz de la luna enmarcaría la reunión del pequeño Dumbo con su madre. Estaba convencida de que en este proyecto, más que en ningún otro, el peso del color sería decisivo.

—Tenemos un problema muy enojoso —le decía Hazel en ese momento.

Sophie dejó sus pensamientos de lado y la escuchó con atención.

—Los personajes con mucha superficie para pintar nos han causado problemas. Los colores se nos mezclan a menudo y cambia el tono de un *cel* a otro. En el laboratorio están tratando de hacer progresos en la sedimentación de las pinturas y no dejamos de recordar a las chicas la importancia de mezclarlas a menudo. El polvo es un problema constante, sobre todo en lo referente a los personajes grandes y más visibles en pantalla. Aún se está ajustando el sistema de aire acondicionado para minimizar el polvo. Como ves, todas llevan guantes y batas, sin excepciones, para evitar que las fibras de la ropa y las huellas de los dedos ensucien los *cels*, pero aun así...

Sophie asintió con gesto preocupado.

—Y esto por no hablarte de los malabarismos que debemos hacer para mantener un número de *cels* adecuado a las necesidades de la producción.

—¿Faltan?

—Con la guerra, el suministro de materiales ha caído en picado. En el departamento de Limpieza de *Cels* trabajan noche y día para que no nos falten. Ya no lavan los *cels* tres veces.

—¿Lo hacen más de tres?

—Las que sean precisas. O, dicho de otro modo, tantas como puedan.

Sophie se despidió de Hazel Sewell con la preocupación escrita en su rostro. Estaba bien hacer una producción más económica, pero seguía inquieta por el hecho de que el ahorro acabara afectando al resultado final de la película. Hacía pocos días había ido a cenar a casa de los Coats, a quienes ahora veía muy de vez en cuando, pero con los que no había perdido el contacto. Precisamente habían comentado que en *Dumbo* se había vuelto a la acuarela para pintar los *backgrounds*.

—Como en *Blancanieves* —recordó Sophie.

—Sí. Ya sabes que en las producciones posteriores se había utilizado el óleo y el *gouache*. Ofrecen más calidad. Pero órdenes son órdenes: hay que ahorrar —había concluido Claude.

Sophie no podía dejar de pensar en estos aspectos de la producción. ¡Amaba aquel proyecto! Aprovechaba todas las ocasiones que tenía para comentar sus dudas a Sharpsteen. Pero las medidas de ahorro se mantenían y *Dumbo* prosperaba a pesar de todo, avanzando sin altibajos.

Aquel mediodía, antes de la hora de comer, se había preparado un visionado de algunas de las escenas de la película. Aunque eran simples bocetos de animación en blanco y negro, servían para

que los profesionales de los departamentos de Animación y de Arte pudieran hacer correcciones y aportar ideas.

Sophie entró un poco tarde en la sala de proyecciones y se sentó detrás, sola, para no molestar. Estaban a punto de revisar el esbozo de la escena en que la madre de Dumbo está en prisión y canta una canción de cuna a su hijo. Era un momento lleno de ternura que había animado Tytla.

A medida que veía la escena, el dolor se instaló en su interior como si fuera polvo y la empapó por completo. Aquella pena latente e inacabable afloró a su rostro y se volvió llanto. Salió de la sala sin hacer ruido. Se encerró en el baño y dejó salir todas las lágrimas que se le acumulaban en los ojos, luchando por flotar en medio de aquel pozo profundo.

Cuando estuvo más calmada, se dirigió hacia su departamento. Había decidido que no saldría a comer; se le había cerrado el estómago. Se quedaría en el despacho y avanzaría trabajo.

Siempre que podían, Martin y Sophie comían juntos. Se escapaban de sus departamentos, del ruido de la cafetería en aquella hora punta, de los compañeros y de todo lo que los rodeaba. Se sentaban en el césped, desenvolvían los sándwiches que se habían traído de casa y se disponían a disfrutar de un rato de compañía mientras hablaban de un único tema: de ellos mismos. El tiempo pasaba volando y llegaba la hora de la despedida, que procuraban aliviar con una nueva cita para esa misma noche. Eran citas cortas y clandestinas, siempre en casa de Sophie. A menudo, sin embargo, a Martin se le torcía el gesto, desviaba la mirada y decía:

—Hoy no podrá ser.

—¿Mañana, entonces? —preguntaba Sophie, haciendo un esfuerzo por ocultar su decepción—. ¿O el miércoles?

Se besaban a escondidas mientras empezaban a echarse de menos y a contar el tiempo que faltaba para volverse a ver.

Nunca hablaban de Alice.

A Sophie le hubiera gustado poder estar con Martin aquel mediodía. Escuchar lo que él quisiera explicarle; mirarlo en silencio, callando aquella pena tan grande que la ahogaba y de la que no le hablaría porque aún no encontraba las palabras para hacerlo. Pero aquella mañana, Martin había pasado un momento por su departamento para avisarle de que no podrían verse al mediodía. No había ninguna explicación. Él no las daba. Ella no las pedía.

Suspiró, asqueada. Aunque lo intentaba, tampoco conseguía concentrarse en el trabajo. Pensó que tomar el aire le sentaría bien. Salió y, sin darse cuenta, los pies la llevaron ante el despacho de Babbitt. Abrió suavemente la puerta sin hacer ruido y lo vio inclinado sobre la mesa de dibujo.

—¿Tú tampoco tienes hambre? —le preguntó.

Él se dio la vuelta y sonrió.

—¡Adelante!

—¿Puedo ver qué estás haciendo?

Babbitt le pasó la hoja en la que parecía estar dibujando. Solo había garabatos. Sophie se quedó mirando a su amigo a los ojos. Era evidente que algo no marchaba bien.

—¿Qué te pasa, Art?

—¿Y a ti? Tienes los ojos rojos, como si te hubieras hartado de llorar.

Sophie lamentó no haberse puesto las gafas de sol.

—No seas tramposo. Yo he preguntado primero.

Art lanzó con rabia sobre la mesa el lápiz que sostenía en la mano:

—Lo más lógico es que después de terminar las escenas de Mr. Stork tuviera más escenas esperándome, ¿verdad?

—¿Y no es así?

Él negó con la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó ella, y se sentó frente a él en un taburete.

—Eso es lo que le he preguntado a Walt.

Cogió un cigarrillo del paquete que estaba en la mesa. Lo encendió con parsimonia. Exhaló el humo como si exhalara su desazón.

—Me ha dicho que ninguno de los directores de animación quiere trabajar conmigo.

—¿Qué?

—Lo que oyes.

—Pero eso es...

—... mentira. Es mentira. He hablado con ellos. Con Dick Lundy, con Norm Wright, con Perce Pearce... Todos han negado haber dicho que tenían problemas para trabajar conmigo. Ayer fui a comer con Ben Sharpsteen.

—¿Y?

—Me dijo que lo único que le preocupa es el resultado de las escenas y que mis resultados son buenos.

—Entonces ¿por qué no te dan más trabajo?

—Me han llegado rumores, Sophie. La gente habla. Walt dice que me dedico a las cuestiones sindicales durante el horario de trabajo. Bueno, tal vez lo haya hecho. Pero he sido cuidadoso. Si he hablado del sindicato en el estudio ha sido para avisar de que hay una reunión. Nunca lo he hecho más de cinco minutos. Pero eso no es importante. Para Walt se trata de una cuestión personal. Una cuestión entre él y yo. Es él quien me ha vetado. No hay que darle más vueltas.

Art se levantó de la silla y se estiró, intentando desentumecer las articulaciones.

—Y bien, ¿piensas quedarte aquí todo el día escuchando las quejas de este animador desgraciado? ¿No piensas ir a comer?

—No tengo hambre.

Sophie suspiró, mostrando una media sonrisa pícaro.

—¿Y Martin? ¿Qué dirá si sabe que te has pasado la hora del almuerzo encerrada en mi despacho? ¿No se pondrá celoso?

La muchacha saltó del taburete como si acabaran de pincharla con un centenar de agujas:

—¿Qué estás diciendo?

—¿Por qué pones esa cara? ¿Acaso crees de verdad que Martin y tú me habéis engañado?

—No sé qué...

—Eso empezó en Kingman, estoy seguro. No sabía por qué había terminado tan de golpe hasta que Beck volvió a entrar en escena.

Sophie se había tapado la cara con las manos. No quería mostrarle el intenso rubor que pintaban sus mejillas.

—Jamás me habría imaginado que tardaríais tanto en volver a estar juntos, y créeme que me alegro de que por fin os hayáis decidido. Siempre he pensado que estáis hechos el uno para el otro. En caso contrario, no habría organizado ese viaje a Nueva York. No me gusta mucho hacer de niñera, ¿sabes?

—Eres...

—¡Y ya es tener mala suerte! Primero se interponía Jules y ahora Martin se casa. Es verdad que la vida os ha vapuleado demasiado. Parece que os quiera gastar una broma, ya lo veo. Pero ¿sabes qué te digo? Que el destino está en vuestras manos. Solo en vuestras manos.

Art se calló. La conversación había tomado un rumbo inesperado. Sobre todo para Sophie, que aún no se había recuperado de la sorpresa.

—No te preocupes, vuestro secreto está totalmente a salvo conmigo. Y yo me voy a comer, porque, a pesar de todo, aún no he perdido el apetito. ¿Vienes?

Sophie negó con la cabeza. Art Babbitt se llevó dos dedos a la sien y le guiñó un ojo. Cualquiera que no lo conociera habría pensado que aquel hombre no se tomaba nada en serio. Pero había temas que Babbitt vivía de una manera muy personal y por los que luchaba especialmente. Como el que lo llevó a reunirse con Walt unos días después. Quería pedirle un aumento de dos dólares semanales para su asistente, Bill Hertz. Los salarios en los estudios eran tan arbitrarios que había otros empleados como él que hacían su mismo trabajo pero cobraban mucho más. Art no estaba dispuesto a consentirlo. Pero Walt se negó en redondo y Babbitt terminó pagando el aumento de su bolsillo. Disney se enfureció y le montó una escena, amenazándolo con que si no cambiaba de actitud, tendría serios problemas.

Y no tardaron en llegar.

—¡No hay derecho! Lo que le están haciendo a Art es absolutamente inaceptable. No pueden dejarle sin secuencias con la excusa de que los directores no quieren trabajar con él. ¡Todo el mundo sabe que eso no es cierto! —graznó Sophie enfurecida mientras Martin seguía vistiéndose en silencio. Se tumbó en la cama y se quedó contemplando cómo las hojas de los árboles dibujaban formas cambiantes sobre las sábanas arrugadas.

—Art se lo ha buscado. Su actitud es provocadora. Está manteniendo un pulso con Disney. Y todos sabemos que no le gusta mucho que se ponga en duda su autoridad.

Sophie se volvió hacia Martin. Despacio. Como si regresara de un lugar lejano. De aquel

espacio recóndito de su corazón donde se ocultaban imágenes que no podía compartir con nadie. Ni con él. Poco a poco, los colores fueron volviendo a su rostro. Recordó de qué estaban hablando.

—¡No! Art no provoca. Lucha. No es lo mismo, Martin. Y me parece que nosotros deberíamos estar a su lado en todo momento. Somos sus amigos.

Martin, ya completamente vestido, se sentó en la cama. La miró de cerca y empezó jugar con dulzura con su pelo.

—No sé si lo puedo apoyar en esto, ¿sabes? —dijo muy bajito, mirándola con ojos cálidos, llenos de fuego, y con la tristeza de la despedida inminente grabada en la voz.

—¿Por qué, Martin? ¿No ves que lo que hacen los estudios no es justo?

—No se trata de eso. Son las formas. El método agresivo con el que Babbitt y su sindicato enfocan las cosas. No me siento cómodo. Así no.

Se levantó y desapareció con un beso y un «llego tarde» apresurado. La puerta de la calle se cerró tras él y el silencio cayó de nuevo por toda la casa.

Sophie contuvo la respiración y apretó la mandíbula. Se volvió hacia la ventana. Si levantaba los ojos y esperaba, podría ver las estrellas en lo alto, sobre los tejados. Era una manera tan buena como cualquier otra de llenar el vacío que le quedaba dentro cuando Martin se iba.

No soy un títere

En los estudios, todo el mundo tardaría mucho en olvidar el 28 de mayo de 1941. Porque ese día todo estalló.

Sophie, al menos, recordaría siempre la secuencia de los hechos. Aquella mañana, dos guardias de seguridad se presentaron en el departamento de Arte y preguntaron por Sam Armstrong. Iban armados, lo que no era nada habitual. Todo el mundo se asustó. Cuando Sam salió, le ordenaron que recogiera sus pertenencias y le pidieron que los acompañara. Todos los compañeros de Sam se quedaron en silencio, atónitos ante aquella escena que no sabían a qué respondía. Él pidió calma y salió acompañado de los guardias.

La mayoría de los empleados del departamento siguieron a la extraña comitiva hasta la puerta del edificio de Animación. Una vez allí, pudieron ver a más guardias y más compañeros siendo escoltados hasta la salida de los estudios. Entre ellos, Art Babbitt, que salió del despacho con una sonrisa en los labios y, mirando a los guardias con tranquilidad, les espetó:

—¿Podéis esperar a que recoja los lápices?

Numerosas caras grises contemplaron cómo los compañeros despedidos llevaban sus pertenencias a sus coches. Al poco rato, la noticia se había extendido como una mancha de aceite. Disney había despedido a diecisiete empleados de diferentes departamentos, todos ellos afiliados al SCG. Tan solo unos días antes, el presidente del sindicato, Bill Littlejohn, y el propio Babbitt se habían reunido con Disney y sus abogados después de que la Federación fuese declarada ilegal por el Gobierno. Habían creído que era el momento idóneo para negociar con la empresa ante el incumplimiento de los derechos de los trabajadores de sindicalizarse libremente. Habían exigido a Walt una respuesta si no quería enfrentarse a una huelga. La respuesta de Disney no había tardado en llegar.

Esa misma noche, el sindicato convocó una asamblea de emergencia en el Hollywood Legion Hall por aquellos hechos tan graves que constituían una clara violación de la ley federal.

Se votó.

Y se aprobó por mayoría.

¡HUELGA!

Mañana del 29 de mayo de 1941. Son las nueve y el sol ya calienta con ganas. Walt Disney se dirige a los estudios en su elegantísimo Packard Roadster. Cuando enfila Buena Vista Boulevard, descubre asombrado que no será un día como los demás. Cientos de personas ocupan la calle. Enarbolan carteles. Gritan proclamas. Tarda mucho tiempo en entender de qué se trata. Reduce la velocidad y circula despacio entre los manifestantes. Son sus artistas: los animadores, los intercaladores, las chicas de Tinta y Pintura y los cámaras. No se lo puede creer.

Los personajes de las películas que le han hecho famoso también han salido a la calle. «DISNEY INJUSTO», le grita Mickey, su Mickey, desde un cartel. «BLANCANIEVES Y LOS 700 ENANITOS», puede leer en otro. Y Pinocho le recuerda: «NO SOY UN TÍTERE».

Alguien con un megáfono en la mano grita:

—¡Miradlo! ¡El hombre que cree en la fraternidad entre todos los hombres, pero piensa que no tiene nada que ver con él! ¡Qué vergüenza, Walt Disney!

Es Babbitt.

Walt frena en seco.

Se miran.

David contra Goliat.

David contra...

David...

El campamento de los huelguistas se estableció en un descampado al otro lado de la calle donde se alzaban los estudios. Eligieron un lugar conocido como el Knoll para celebrar las reuniones públicas y pronunciar los discursos. Los cocineros de los restaurantes cercanos al lago Toluca cocinaban para los concentrados en un improvisado comedor al aire libre. Se turnaban para servir las tres comidas diarias para alimentar a los trabajadores en huelga, que no se movían de su sitio de protesta durante las veinticuatro horas del día.

Aquella mañana, a Sophie le tocaba servir los desayunos. Babbitt se acercó dispuesto a tomar el primer café de la mañana.

—¡Buenos días! Buenas noticias. Los desarrolladores de Technicolor nos apoyan y se niegan a procesar las películas de Disney.

Sophie le tendió la taza con un gesto hosco y sin mirarlo a los ojos.

—Bueno, me parecía una buena noticia para empezar el día. Pero ya veo que no lo es —dijo Babbitt soplando el líquido negro y espeso de la taza. Sophie continuaba muda y ceñuda—. ¿Qué te pasa?

La chica se encogió de hombros. Su mirada voló hacia la puerta de los estudios, donde, a esas horas, entraban los empleados que no se habían unido a la huelga entre los gritos y los insultos de sus compañeros. Babbitt siguió su mirada y la comprendió.

—Vamos, Sophie, déjalo correr. Martin ha tomado una decisión. No apoya la huelga. Tendrá sus motivos. No te hagas mala sangre.

—¡Es que no lo entiendo! No entiendo sus motivos. No me convencen. Me parece que, en el fondo, tiene miedo.

—¿Me aceptas un consejo? —le preguntó Art acercándose un poco más a ella.

Sophie levantó los ojos y se quedó mirándolo a la expectativa.

—No dejes que esta situación se interponga entre vosotros. Todo esto ya ha arrasado demasiadas cosas.

Babbitt se alejó con la taza en la mano. Se le había borrado la sonrisa. A él también le dolía la postura de Martin, pero había aprendido a gestionar las emociones y a sobrevivir en medio de aquella guerra que, como todas las guerras, se cobraba víctimas entre las filas de los bandos contrarios.

Y es que, en aquellas dos semanas que habían transcurrido desde el inicio de la huelga, las posiciones se habían radicalizado aún más. Si, por un lado, los huelguistas habían recibido constantes apoyos de otros sindicatos y de los empleados de estudios como los de la Warner Bros, que cada miércoles se unían a la huelga disfrazados de personajes de la Revolución francesa, e incluso de la RKO, la distribuidora de las películas de Disney, que paralizó las tareas de distribución en seco, Disney continuaba negándose en redondo a negociar y denunciaba a los medios de comunicación que era víctima de un complot de los comunistas, que intentaban infiltrarse en la industria de Hollywood. De hecho, hacía pocos días que habían aparecido folletos anónimos en Hollywood denunciando a Babbitt y a otros sindicalistas por actividades bolcheviques.

Ante la negativa de negociar de Disney, las acciones de los huelguistas se extendieron más allá del estudio. Piquetes organizados empezaron a manifestarse ante los cines donde se proyectaban películas de la compañía.

Pero, de todas las películas de Disney de ese momento, hubo una que marcó un punto de inflexión en los acontecimientos de aquellos días de junio. Se titulaba *The Reluctant Dragon*. El estreno estaba previsto para el 20 de junio, en plena huelga.

Aquella película era la primera en la que Disney mezclaba los dibujos animados con escenas de acción real en las que hacía un recorrido por los estudios y mostraba los diferentes departamentos en plena acción. Era, a la postre, una especie de documental donde se alababan las excelencias de trabajar en Walt Disney Studios.

Babbitt se había reunido con un grupo de compañeros entre los que estaba Sophie para organizar las próximas actividades de los piquetes.

—Mañana se estrena *The Reluctant Dragon*. Si la habéis visto, a estas alturas ya debéis de tener claro que Disney ha elegido el momento idóneo para mostrar una imagen idílica de los estudios.

—Una imagen ingenua e irreal, querrás decir.

—Sí —le respondió Babbitt a su interlocutor—. Una imagen irreal. Una versión edulcorada de la realidad, porque todos sabemos quién utiliza los despachos enmoquetados que aparecen en la película y que las chicas de Pintura tienen pocos motivos para sonreír. —Hizo una pausa y dejó que los murmullos indignados de sus compañeros y compañeras se apaciguaran—. Creo que mañana debemos presentarnos en el estreno dando la mejor imagen de nosotros mismos.

—¿Qué quieres decir?

—Debemos acudir vestidos de gala, tal como se viste para ir a un estreno.

—Pero ¿qué estás diciendo, Art? —preguntó Sophie, extrañada—. Nosotros no queremos formar parte del espectáculo del estreno; queremos manifestarnos.

Muchas voces le dieron la razón. Babbitt sonrió, socarrón. A veces quedaba muy patente que iba por delante de los demás.

—¡Imagináoslo! Todos vestidos de gala y con los carteles en la mano. El contraste conseguirá que la protesta sea más visible a los ojos de la gente que acuda al acto. Y seguro que a Disney le da dolor de estómago.

Hubo carcajadas y aplausos de aprobación.

Al día siguiente, los planes de Babbitt se pusieron en marcha. Hubo huelguistas que llegaron en coche al estreno. Algunos incluso alquilaron limusinas. Se bajaban de ellas vestidos de etiqueta, y al poner el pie en el suelo, los chóferes les entregaban los carteles de la protesta. Como Babbitt había previsto, no pasaron nada desapercibidos, ni para los asistentes al estreno ni para los periodistas, que no paraban de sacar fotografías que al día siguiente llenarían todos los periódicos.

La policía había cortado un tramo de Hollywood Boulevard para evitar disturbios, pero, aun así, más de un centenar de personas se congregó frente a las puertas del cine capitaneadas por Art Babbitt, impecablemente vestido de etiqueta. Sophie, a su lado, lucía aquel precioso vestido que Lissette le había confeccionado para el estreno de *Blancanieves*. Era el único vestido de noche que tenía y decidió ponérselo, aunque no era muy adecuado para aquel calor de pleno mes de junio.

Todo transcurría con calma, como siempre. Los huelguistas se manifestaban, gritaban consignas, se paraban a hablar con la gente y explicaban los motivos de la protesta a quien quería escucharlos. Todo parecía normal hasta que Sophie gritó despavorida:

—¡Art, cuidado!

Sin saber muy bien de dónde habían salido, unos individuos armados con bastones y bates de béisbol, no más de cinco o seis, habían irrumpido en medio del piquete con intención de agredirlos. Art Babbitt se llevó la peor parte. Cogido por sorpresa, había recibido un fuerte golpe en el hombro y yacía en el suelo con expresión dolorida mientras, a su lado, Sophie gritaba y los manifestantes se lanzaban contra los infiltrados para reducirlos.

—¡Llamad a una ambulancia!

—Por favor, ¿quieres no exagerar, Sophie? No tengo nada roto. Solo ha sido un golpe.

—Esto ha sido obra de Lessing. ¿Así es como piensan detenernos?

La noticia de la agresión al piquete del estreno corrió como la pólvora. A la mañana siguiente, ante los estudios, no se hablaba de otra cosa. Babbitt había ascendido a la categoría de héroe. Y, entonces, ocurrió: aquella mañana, muchos de los artistas que habían permanecido fieles a Disney no entraron en el estudio, sino que se unieron a sus compañeros en huelga.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

Sophie se volvió tan de golpe que el café se derramó de la taza que estaba sirviendo. Una resplandeciente sonrisa iluminó su cara.

—¡Martin!

—¡A sus órdenes, capitana!

Se abrazaron y besaron sin que parecieran importarles mucho las miradas curiosas a su alrededor.

Unos golpecitos en la espalda hicieron que Martin se separara de Sophie y se diera la vuelta.

—Bienvenido, compañero.

Art y Martin se fundieron, ellos también, en un abrazo ante el que sobraban todas las palabras y todas las explicaciones.

Paradójicamente, aquella situación de enfrentamiento y de incertidumbre laboral había llevado a Sophie a un estado de felicidad como no recordaba. Y es que, gracias a la huelga, tenía a Martin solo para ella. Todo el día. Y algunas noches. Ambos se habían comprometido en la lucha y habían hallado placer trabajando codo con codo, pero la huelga también había dado a Martin la excusa para romper con los horarios, con lo cotidiano. Podía huir de aquel matrimonio que no le hacía feliz y estar al lado de Sophie sin prisas y sin esconderse.

Las semanas pasaban y el número de gente concentrada ante los estudios era cada vez mayor. Esta situación provocaba tensión entre personas de posturas enfrentadas; las acusaciones cruzadas de coerción se volvieron frecuentes. Y, sin embargo, el clima de la concentración seguía siendo festivo. Cada noche había danza, espectáculos de magia y ventas de productos para obtener beneficios para los huelguistas, que, con el paso de los días y de las semanas, veían cómo empeoraba su situación económica. Sin ir más lejos, Sophie empezaba a temer que si la huelga no acababa pronto no podría hacer frente a los gastos de alquiler. Hacía muy poco que había empezado a trabajar en los estudios y el poco dinero que había ahorrado se le estaba esfumando de los dedos. Sin embargo, nada parecía que enturbiara la confianza que tenía en un futuro laboral mejor para todos ni hacía desaparecer sus ganas de seguir luchando por conseguirlo.

Estaba a punto de terminar el día, ese día sofocante de finales de junio. Sophie cerró los ojos e imaginó que una lluvia refrescante caía sobre su rostro. Los volvió a abrir, decepcionada, y pensó que quizá lo que el cuerpo le pedía era pasar por casa, darse una ducha, comer un bocado con tranquilidad y descansar unas horas. Se despidió de Martin:

—Necesito pasar por casa. Volveré pronto. No terminéis la huelga sin mí.

—Te acompaño. Estás agotada.

Por mucho que intentó sacarle esa idea de la cabeza, no hubo nada que hacer. Martin la hizo subir al coche y la acompañó hasta su casa. Se despidieron con un beso y un «hasta luego».

Sophie metió la llave en la cerradura de la puerta y entró. No encendió la luz. Las cortinas se habían quedado abiertas y desde la ventana del salón podía contemplarse el cielo rojo del atardecer a través de los árboles. Clavó los ojos en las hojas lozanas y quietas. El corazón brincó en su pecho y extendió una mano, como si quisiera perderse entre aquella inmensidad verde y distante.

—Eve —susurró mientras la imagen de su niña se escapaba entre los barrotes de la jaula de sus recuerdos. Sabía que no había nada que hacer contra aquellos relámpagos dolorosos que la invadían a menudo. Sin embargo, había aprendido a convivir con ellos, a lidiar con las nubes oscuras. Encendió todas las luces y, mientras se desnudaba, se dirigió hacia la ducha.

El timbre de la puerta hizo que terminara su romance con el agua caliente antes de lo que hubiera querido. Refunfuñando, salió de la ducha, se puso un albornoz y se ató una toalla en la cabeza. Fue a abrir pensando que solo Martin sabía que había ido a casa. Quizá era él. El pensamiento de pasar un rato juntos le hizo florecer una sonrisa en los labios. Se le marchitó rápidamente cuando abrió la puerta.

—¿Jules?!

—Perdona, pero tengo que hablar contigo urgentemente. ¿Puedo pasar?

Al cabo de un rato, ambos estaban sentados en el sofá del salón. Sophie se había vestido. Su pelo aún seguía goteando.

—Vengo a pedirte, a rogarte si es necesario, que vuelvas al trabajo, Sophie.

Ella abrió la boca. No encontraba las palabras.

—Estás poniendo en peligro tu trabajo en Disney.

—¿Y eso te importa?

—Pues claro que me importa. Me preocupo por ti.

—Pero aún te preocupas más por ti, ¿verdad, Jules?

La rabia le había tomado la voz. Jules la miraba como si no entendiera lo que decía. Sophie pensó que el objetivo de esa visita era tan retorcido que quizá ni él se daba cuenta.

—¿Te da miedo que Disney pueda reprocharte que tu exmujer, a quien recomendaste, sea una de los huelguistas? ¿Temes perder puntos ante tu protector?

El rostro de Jules se tensó.

—No hay ningún motivo para el miedo. Yo voy a trabajar todos los días, que es lo que hay que hacer cuando uno quiere mejoras para todos...

—¡Ya!

—Quienes cumplimos con nuestras obligaciones somos los que estamos terminando *Dumbo*. Supongo que, luego, los que bailáis y cantáis frente a los estudios sacaréis provecho de nuestro

trabajo.

Sophie se levantó de golpe. Se mordía el labio con los dientes para retener la rabia y las palabras que prefería no pronunciar.

—Mira, Jules, tú y yo no tenemos nada más que decirnos. Hace mucho tiempo que dejamos de mirar en la misma dirección. Nunca nos pondríamos de acuerdo.

Jules también se levantó. Paseó la mirada por las cuatro paredes de aquel salón.

—Supongo que pronto tendrás problemas para pagar esto, ¿verdad? ¿Has pensado en ello? Pero ¿qué tienes en la cabeza, Sophie?

—Vete.

—He venido a ofrecerte ayuda. Vuelve al trabajo y, si necesitas dinero, puedo prestártelo.

Por unos segundos, pareció que la voz de Sophie iba a romperse. Pero se repuso.

—No necesito nada. Y ahora vete. No quiero discutir contigo. No es necesario.

Se dirigió hacia la puerta. La abrió. Jules cogió el sombrero de encima del sofá bruscamente, se lo puso y pasó por delante de ella. Ya estaba fuera cuando se volvió de nuevo.

—¡Ah!, se me olvidaba. También quiero que sepas por mí, y no por otra persona, que me caso. Con Beth Addams. Trabaja en los estudios, en el departamento de Tinta y Pintura.

Jules se fue sin añadir nada más. Sophie se había quedado en silencio, quieta ante la puerta, perdida entre recuerdos.

Mientras tanto, el mafioso Willie Bioff, que había sido acusado de pertenecer al crimen organizado y condenado por un jurado federal a pagar una fianza de cincuenta mil dólares, pensó que había que hacer algo para demostrar a sus jefes que aún era alguien en Hollywood. Decidió que, si intercedía en la huelga de Disney, su nombre volvería a salir en todos los periódicos. Y lo consiguió.

El 30 de junio, los líderes de la huelga, Littlejohn, Babbitt y Tytla, recibieron una nota de los representantes de Disney solicitándoles una reunión a dos bandas en el Hollywood Roosevelt Hotel. Un coche debía ir a recogerlos para llevarlos al punto de reunión. Subieron los tres, y no pasó mucho tiempo hasta que se dieron cuenta de que el coche no tomaba la dirección correcta. Littlejohn le exigió al chófer que les dijera adónde se dirigían. Pronto supieron que el destino era un rancho aislado en el valle de San Fernando propiedad de Bioff.

Los tres hombres se bajaron del coche con la amenaza de lanzarse en marcha. No supieron si Walt Disney estaba al corriente de aquellos extraños movimientos, pero se quedaron estupefactos cuando Gunther Lessing reconoció haber estado en contacto con representantes del sindicato de Willie Bioff.

El 10 de julio, Walt Disney publicó una nota de prensa en la que informaba de que había llegado a un acuerdo con los huelguistas, a la que respondieron con otra nota: no aceptarían ningún acuerdo que proviniera del mafioso Bioff y emplazaban a Walt Disney a acercarse al otro lado de

la calle donde cada mañana a las diez se reunían en asamblea. Hablarían amigablemente, le decían. Y añadían que era allí donde debían reunirse y no en el rancho de Bioff.

Los acuerdos, sin embargo, quedaban lejos. Walt Disney vivía aquella huelga como una traición personal y gestaba enemistades eternas. Y, mientras tanto, Roy, mucho más pragmático, trabajaba en silencio intentando reconducir la situación.

Los animadores más noveles que habían estado trabajando en *Bambi* habían tomado las riendas de *Dumbo* para poder terminarla para la fecha límite de estreno. Cada día entraban en los estudios entre los gritos y las imprecaciones de los piquetes.

—¡No lo entiendo! —exclamaba Sophie—. ¿Por qué lo hacen? ¿Acaso piensan que lo que estamos reivindicando solo nos afecta a unos cuantos?

Art los miraba y se encogía de hombros. Pero, en el fondo, el comportamiento de sus compañeros de estudio le afectaba. Y mucho.

—¿Ya sabes que han añadido una escena nueva a *Dumbo*?

Sophie se estremeció. Para ella, lo peor de aquella huelga era no poder hacer el trabajo que tanto la satisfacía y que consideraba tan suyo. No poder terminar *Dumbo* la entristecía mucho. Intentó disimular la decepción que sentía al preguntar:

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Una de unos payasos borrachos que gritan consignas laborales mientras piden un aumento de sueldo a su jefe.

Sophie no dijo nada. Le habían entrado ganas de llorar.

Con agosto ya muy avanzado, el sindicato de camioneros se unió al boicot. Se difundió el rumor de que Walt había sufrido una crisis nerviosa. Sirviéndose de la prensa una vez más, amenazó a toda la industria cinematográfica de Hollywood con terribles consecuencias si la huelga continuaba y acusó a los huelguistas de comunistas infiltrados en los estudios cinematográficos para destruir la democracia y el estado de derecho. Cegado, llegó al punto de rechazar la intermediación de un mediador federal enviado por el presidente Roosevelt. Todo el mundo se daba cuenta de que no se avanzaría si Walt seguía enloquecido, y Roy empezó a idear un plan para quitarlo de en medio. El plan se hizo realidad el 17 de agosto, cuando Disney, empujado por su hermano, salió de gira por América Latina en un viaje de buena voluntad financiado por el Departamento de Estado. Se llevó a buena parte de los animadores más leales.

Incluso en las diferentes escalas del viaje fue recibido por piquetes.

El principio del fin

El verano estaba a punto de terminar, llegó septiembre y todo el mundo empezó a ver que la huelga entraba en su recta final. A esas alturas, la situación económica de muchos de los que protestaban ya era desesperada. Sophie, sin ir más lejos, había tenido que aceptar un préstamo de Babbitt para parar el golpe y no tener que quedarse en la calle. A pesar de las bolsas solidarias y todos los esfuerzos que se hacían para ayudar a los huelguistas, el tiempo y la necesidad de trabajar pesaban en el ánimo de todos. Pero la huelga se mantuvo, y el 9 de septiembre Roy Disney se comprometió a negociar.

El día 14, la huelga acababa oficialmente.

—¡Todo! Lo hemos conseguido todo.

Sophie había bebido bastante y sus ojos brillaban, llenos de chispas. Estaba exultante. Se había reunido con Martin y Art en su casa después de que se hicieran públicos los resultados de las negociaciones. Habían cenado y habían brindado. Casi se habían olvidado del cansancio que arrastraban. Sin embargo, Art Babbitt estaba muy serio.

—Hemos conseguido la semana de cuarenta horas y doblar los salarios —repitió Sophie sin acabar de creerse sus propias palabras.

—Y el reconocimiento en pantalla —añadió Martin, que sostenía una copa de vino en la mano—. Ahora, cuando mi madre vea una película de Disney, encontrará mi nombre en los créditos. No se lo creerá. —Puso los ojos en blanco y añadió—: Y yo tampoco.

Babbitt entrecerraba los ojos detrás del humo del cigarrillo. Veía las caras de sus amigos borrosas. Aún no había abierto la boca.

—¡Vamos, Art! Anímate. Dentro de unos días todos volveremos a los estudios. Y con unas condiciones que no hubiéramos podido ni imaginar hace unos meses, cuando todo esto empezó.

—Sí, volveremos al trabajo. Ya tenía ganas de volver a la normalidad. ¿Vosotros no? —preguntó Martin.

Art resopló, enfadado:

—¿De verdad creéis que volveremos a la normalidad?

Sophie y Martin se quedaron mirándolo, sorprendidos.

—Si lo dices por tu puesto de trabajo, sabes que lo recuperarás. Roy Disney se ha comprometido a readmitir a todo el mundo.

Babbitt se levantó de la mesa y fue hacia la ventana, que estaba abierta y dejaba entrar la noche, una noche sin luna ni una brizna de aire. La oscuridad terminó de llenar de sombras las sombras que se estaban fraguando en su alma. Habló de espaldas a sus amigos.

—Ya nada será igual. Con esta huelga se ha roto para siempre la imagen mítica de Walt Disney Studios. O tal vez empezó a romperse hace mucho, cuando cerramos los ojos a los problemas reales y quisimos creernos que los estudios eran un mundo ideal para trabajar, un mundo de fantasía como el que recreábamos en las películas.

—No creo que puedas reprocharte nada en este sentido.

Babbitt no escuchaba. Dejaba caer las palabras como piedras.

—O quizá se rompió cuando aceptamos trabajar día y noche para terminar *Blancanieves*. O cuando nos callamos y toleramos que nuestros nombres no aparecieran en los créditos. Cuando abrimos la mano a las gratificaciones que Disney nos concedía de manera condescendiente, mientras a nuestro lado había compañeros que no cobraban ni las horas extras.

—Y es por eso por lo que hemos luchado, Art. Es precisamente lo que hemos conseguido cambiar con la huelga.

Art se volvió y miró a sus amigos.

—Sí, hemos conseguido cosas. Pero ahora tendremos que pagar el precio. Volveremos a nuestros departamentos y a nuestros trabajos. Al día a día. Pero no recuperaremos nuestros sueños. Ni nada de lo que esperábamos lograr cuando empezamos a trabajar en Walt Disney Studios. Porque, ¿sabéis una cosa? La leyenda se ha evaporado. El espíritu del estudio se ha esfumado y lo que nos encontraremos al volver al trabajo serán unos estudios como tantos otros. Unos estudios sin alma.

Sophie intentó abrir la boca, pero Babbitt no había terminado.

—Unos estudios dirigidos por un hombre dolido, que cree que lo han traicionado. Unos estudios divididos entre los que se declararon en huelga y los que no. Os encontraréis con compañeros que no os hablarán y que se darán la vuelta cuando paséis por su lado. Os daréis cuenta de que habéis perdido amistades. La desconfianza será el pan de cada día. Eso es todo lo que nos encontraremos. Este es el precio que tendremos que pagar.

—Entonces ¿nos estás diciendo que nada de esto ha valido la pena?

Art Babbitt fue hacia la mesa y se bebió de un trago el vino que le quedaba en la copa. Después se dirigió hacia la puerta.

—Ha valido la pena. Pero no ha terminado nada. Apenas hemos llegado al principio del fin.

Se fue y Martin y Sophie se quedaron un largo rato sentados en el comedor, con la mirada perdida en aquella oscuridad que se abría más allá de la ventana y que había impregnado las palabras de Art Babbitt.

El silencio se dilató más de lo deseable. Finalmente, Martin miró el reloj que llevaba en la muñeca y dijo:

—Es tarde. Tengo que irme.

La mirada de Sophie regresó de aquellos rincones sombríos por los que vagaba, perdida, y se clavó en Martin. Lo observó con un aleteo inquieto en las pestañas. Volvió a pensar en Art, en su distancia de aquella noche, en lo que había dicho, y le pareció que no estaba equivocado en sus predicciones.

No había terminado nada, había dicho. Apenas empezaba el principio del fin.

Era cierto.

La huelga había sido un paréntesis que había parado la rueda de sus vidas. Todo había quedado en suspenso. Se habían concentrado en la lucha y se habían sentido libres. Y fuertes. Indestructibles. Pero ahora Martin volvía a consultar el reloj porque el mundo había empezado a girar de nuevo.

Se había levantado y había depositado un beso dulce en los labios de Sophie. Un beso de despedida. Ella no se lo devolvió. No se veía capaz de besarlo, de hablarle, de pensar. No se veía capaz de empezar a vivir en el punto donde lo habían dejado. Pensó en lo absurdas que eran las alas rebeldes con las que había volado aquellos meses: la mujer comprometida, la amante feliz. Sintió un viento de rencor en el corazón que la llevó a pensar que tenía derecho a encauzar su vida. Ya había sufrido demasiado y notaba muy cerca la mordedura del tiempo en los tobillos.

Levantó la cabeza y sus ojos grises, ahora fríos, de acero, escrutaron a Martin de una manera penetrante. Antes de que su ausencia volviera a flotar a su alrededor como una niebla densa, convirtió en palabras aquel deseo que vivía en su interior desde que estaban juntos:

—Quiero que te divorcies de Alice.

El 23 de octubre se estrenó *Dumbo*. La película había podido terminarse gracias al trabajo de los animadores fieles a Disney, entre los que se encontraba Jules Beck. Al estreno no asistieron la mayoría de los que se habían declarado en huelga. El glamur del estreno de *Blancanieves* no se volvió a repetir.

Pero el éxito de la película fue inmediato y abrumador. Había gente que iba a verla varias veces y unas largas colas serpenteaban ante las salas de cine donde se proyectaba. La crítica destacaba que el verdadero espíritu de Disney había vuelto con aquel largometraje del pequeño elefante de grandes orejas.

Walt había conseguido su propósito: *Dumbo* estaba llamada a ser un éxito financiero. Había costado 813.000 dólares y se había producido en nueve meses, un tiempo récord. Un éxito en todos los sentidos. Y, sin embargo, aquella película marcó un antes y un después en el mundo de Disney. Walt se había distanciado definitivamente de muchos de sus artistas. Se había roto la sensación de ser una gran familia.

Se acababa la época dorada de Walt Disney Studios.

Babbitt tenía razón; ya nada era igual, pensaba a menudo Sophie, mientras el otoño avanzaba con monotonía tiránica y ella se dejaba subyugar por la lenta caída de las hojas de los árboles y se sumergía en añoranzas salvajes.

Art no se había equivocado. El ambiente en los estudios era irrespirable. Apenas hacía dos meses que había terminado la huelga y ya había muchos artistas que se habían ido voluntariamente. Otros habían sido despedidos. Era una realidad irrefutable que todos los implicados en la huelga estaban etiquetados.

Martin y Sophie, una vez reincorporados a los estudios, habían sido asignados al equipo de producción de *Bambi*. Sophie para trabajar en el departamento de Arte, haciendo los bocetos de ambientación, y Martin en el equipo de Animación.

Sophie se tomó el nuevo trabajo como un gran revés. Antes de la huelga había avanzado a pasos agigantados; había logrado lo que ninguna otra mujer había conseguido antes en Disney. Quizá en ningún estudio; al menos en Los Ángeles. Pero no había podido terminar el trabajo. En ese preciso momento había tenido que elegir entre aferrarse a aquella oportunidad que le podía abrir definitivamente las puertas del mundo de la animación o hacerle caso a su conciencia y ponerse al lado de las reivindicaciones laborales que estaban a punto de parar los estudios. Había elegido la segunda opción y, por ello, ahora se pasaba la jornada laboral dibujando plantas, flores y cielos azules. Aunque este trabajo en el departamento de Arte le habría parecido maravilloso unos años atrás, y no era objetivamente un mal trabajo, no tenía nada que ver con lo que había estado haciendo en *Dumbo*. Sabía que había dejado pasar su oportunidad. Se sentía castigada. Porque ella era una sindicalista, una huelguista. Y eso no lo olvidaba nadie.

Claro que el mayor castigo lo había recibido Art Babbitt. A él lo habían dejado caer. Le habían dado la espalda incluso amigos íntimos como el director de animación Hal Adelquist, que había sido su padrino en su boda con Marge.

Ahora, Hal le negaba secuencias, como lo hacían también los otros directores. Art Babbitt era un problema en los estudios. Ponerse de su parte era enemistarse con Disney. Porque Walt Disney también había cambiado. Y mucho. El idealista genio de la animación que en 1928 había fundado un pequeño estudio con siete empleados era ahora un empresario autoritario y resentido con la clase obrera. El hombre apolítico que había sido había mutado en un furioso y activo anticomunista defensor de los valores de la América más conservadora y tradicionalista. Estaba herido. Dolido. Y no le perdonaba a Babbitt que se hubiese levantado contra él.

Con el argumento de que Babbitt no tenía escenas, llegó el segundo despido. Y la demanda que él, con el apoyo del SCG, interpuso contra los estudios y contra muchos de los directores de animación con los que había trabajado durante años.

No. Ya nada le parecía igual a Sophie. Ni en los estudios ni en su vida amorosa. Porque

aquella relación secreta y estimulante que había tenido con Martin se había convertido en una lucha constante que, a menudo, la dejaba exhausta. Reconocía que la causa del cambio había sido su orgullo, que, alzándose herido, había envuelto el amor que sentía hacia Martin en una capa de dureza y de exigencias rígidas. Y también la rabia. Aquella rabia que la invadía a menudo y que hacía que, cuando estaba con él, se tensase como las cuerdas de un violín, añorando todo lo que no tenía. Lo que la vida le negaba.

¿Acaso no se merecía ella rehacer su vida como la había rehecho Jules? ¿Debía conformarse con el papel de amante secreta? ¿Debía callar siempre? ¿Tenía que amar según lo que marcaba el reloj? ¿Le estaban prohibidas las explicaciones? ¿Las preguntas? ¿Debía tragarse la rabia? ¿Tenía que vivir eternamente con la dolorosa añoranza de todo lo que perdía?

Preguntas.

Preguntas.

Las preguntas habían ocupado el lugar de las certezas. A todas horas, Sophie se hacía preguntas que la torturaban, y de tanto buscar respuestas no sentía la tormenta que rugía en su alma. Porque ella no se daba cuenta, o quizá sí, pero una oscuridad muy densa se alojaba en su interior y le volvía el carácter sombrío.

Había exigido a Martin una solución a esa situación que no era buena para ninguno de los dos. O, mejor dicho, para ninguno de los tres, porque seguro que tampoco lo era para Alice. Y él siempre le pedía tiempo. El tiempo que necesitaba para explicarle a la mujer con la que se había casado hacía menos de un año que se había equivocado. Que ella no era realmente la mujer de su vida. Que no sabía por qué lo había hecho.

—¿Cómo le cuento esto a Alice?

—No lo sé. Encontrarás la manera, Martin. ¿O crees que es mejor para ella vivir engañada?

Y él no decía nada. Y ella insistía. El enfado, como una araña que tejía a la sombra, llenaba de telarañas su relación. Y el tiempo que antes gastaban amándose se lo pasaban ahora intentando encontrar una salida a sus vidas, mientras el corazón se les hacía añicos.

Así fue pasando ese mes de noviembre de 1941 y llegó un diciembre ventoso. Y Sophie, envuelta en una melancolía negra a través de la cual todo lo veía confusamente, solo tenía en mente pasar las Navidades en casa, en Nueva York, y huir de todo. Descansar. Abrazar a su familia. Volver a vivir aquellas tardes de invierno de su adolescencia, cuando se pasaba horas y horas sentada en el sofá que había frente a la galería con la cabeza hundida en el cuaderno en el que terminaba el último dibujo, mientras su mente ya imaginaba otros mil más.

Pero no era época para la seguridad. Quizá tampoco para la felicidad. El domingo 7 de diciembre de 1941, el corazón de los americanos se paró. Japón había atacado las fuerzas navales en Pearl Harbor. El ataque dejó tras de sí más de dos mil quinientos muertos.

El lunes 8 de diciembre, Sophie fue a trabajar con normalidad. Pero ya nada era normal. En los

estudios no se hablaba de otra cosa que del ataque japonés. Todo el mundo estaba más atento a las noticias que llegaban con cuentagotas que al trabajo. Todo el mundo, también, parecía saber lo que pasaría a continuación, pero nadie sabía nada. Y, sin embargo, una palabra saltaba de boca en boca y cada vez se hacía más grande, más amenazante y más temible:

GUERRA.

Sophie llegó a casa cuando ya anochece; se quitó los zapatos, el abrigo y el sombrero y, descalza, encendió el aparato de radio. No tuvo que esperar mucho para poder oír la voz del presidente Roosevelt en uno de los discursos que más marcarían a la nación:

Señor vicepresidente, señor presidente de la Cámara de Representantes, miembros del Senado y de la Cámara de Representantes: ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que quedará en la infamia, los Estados Unidos de América fueron atacados por fuerzas navales y aéreas del Imperio japonés, repentinamente y de manera deliberada.

[...]

Nuestra nación recordará para siempre el carácter del ataque contra nosotros. No importa cuánto tiempo nos tome superar esta invasión premeditada; el pueblo americano, con la fuerza honrada que siempre le ha caracterizado, triunfará hasta la victoria absoluta.

[...]

Con la confianza que tenemos en nuestras fuerzas armadas, con la ilimitada determinación de nuestro pueblo, obtendremos el triunfo inevitable, con la ayuda de Dios.

Pido que el Congreso declare el estado de guerra entre los Estados Unidos y el Imperio japonés desde el ataque no provocado y despreciable de Japón el 7 de diciembre de 1941.

¡GUERRA!

¡GUERRA!

¡GUERRA!

No había que esperar nada más. No había motivo para esperar nada. En ese mismo momento, Sophie tomó una decisión. La tranquilidad, la esperanza y el futuro quedaban enterrados, convertidos en simples palabras vacías de sentido. Nunca como entonces se había sentido tan sola, tan perdida e indefensa en la ciudad que la había acogido.

Tenía que volver a casa.

Con su familia.

A Nueva York.

Y lo hizo.

No se despidió de nadie.

La carta

Nueva York, octubre de 1945

El hombre llegó frente al 112 West de la 72th Street, junto a Columbus Avenue. Se quedó mirando el edificio regio y enseguida notó una sensación de ahogo, como si un puño de hierro le oprimiera el pecho. El miedo le paralizó el cerebro. Era una sensación que lo acompañaba a menudo y que se había hecho más presente desde que había vuelto a Nueva York.

Cruzó la calle y buscó el refugio de un árbol desde donde poder observar sin ser visto. No sabía cuánto tiempo debería esperar. Ni si la espera obtendría resultados. No tenía ninguna certeza. Hacía mucho tiempo que un vacío se había instalado en el centro de su pecho y se había llevado sus certezas. Necesitaba llenarlo con algo, aunque no sabía con qué. Encendió un cigarrillo y exhaló una nube de humo. El perfume del otoño le parecía pegajoso. El aire agitaba con fuerza las ramas de los árboles. Se acurrucó dentro de la gabardina y caminó por la acera para no coger frío. Un rayo de sol rompió la cortina de nubes que cubría el cielo. Observó el polvillo dorado que flotaba en el aire y que lo pintaba todo con tonos mágicos. Como de esperanza.

A medida que transcurría la tarde, el sol cedía su lugar a una espesa capa de nubes tristes. Sophie levantó la mirada al cielo. El día se cerraba y todo parecía presagiar tormenta. Apresuró el paso y el niño que llevaba de la mano tuvo que correr con aquellas piernecillas cortas para seguir su ritmo. Al llegar a la esquina de Columbus con la 72th Street, ambos corrían. Pero, entonces, el niño se detuvo en seco y empezó a berrear. Sophie lo cogió en brazos. Le habló al oído y le llenó la cara de dulces besos. Pero el niño seguía llorando su indignación con la boca muy abierta. Ella comenzó a trotar y el pequeño se agarró con fuerza a su cuello; parecía como si montara a caballito. Pronto, los llantos mudaron en carcajadas.

Llegaron alborozados frente al edificio de apartamentos. Cruzaron la puerta y el edificio los engulló.

El hombre de la gabardina se había resguardado en un portal. No sabía cuánto tiempo llevaba

esperando. Miraba, sin verla, a la gente que iba y venía, arrastrando sus historias. Llegó a pensar que lo habían engañado, que Sophie no vivía allí, en el 112 West de la 72th Street. Y entonces vio aparecer ante sus ojos asombrados la imagen soñada, borrosa de tan recordada. ¡Era ella! ¡Sí, lo era! Más delgada y más menuda que como la recordaba (y la recordaba cada segundo del día), vestida con una chaqueta de color verdoso con hombreras, una falda negra hasta las rodillas y el pelo largo, recogido con dos pasadores encima de las orejas y con un poco de tupé en la parte delantera.

Tenía allí a esa mujer, una más entre las muchas que llenaban las calles de Nueva York. Mujeres que acababan de vivir una guerra, uniformadas con la austeridad impuesta. Vestidas de oscuro. Peinadas todas igual.

Una mujer entre tantas. Una mujer que volvía a casa por la tarde con un niño en brazos.

Un niño.

Un hijo.

Una madre.

Estuvo masticando esa palabra sin poder tragársela. Poco a poco le bajó por la garganta como si fuera un hierro candente.

No podía quitar los ojos de la puerta por la que Sophie había desaparecido con el niño. Notó que le faltaba el aire. Se quitó el sombrero y se pasó los dedos abiertos por el pelo, que llevaba muy corto. Salió de nuevo a la calle y se volvió a apuntalar en el árbol que le había servido de refugio. Los bocinazos de los coches se le hicieron insoportables.

Miró al cielo. El día empezaba a declinar por un horizonte encapotado y triste.

Sophie abrió la puerta del apartamento con una mano. El niño se aferraba a su cuello y no quería bajar al suelo de ninguna de las maneras. Cargándolo, cruzó la sala, pequeña y sobria, con aquel gran ventanal que daba a la calle y bajo el cual había un poyete con cojines. Había aprovechado las paredes laterales de la ventana para poner estantes llenos de libros. Y enfrente había colocado un precioso escritorio, un capricho que había convertido en su lugar de trabajo. Entró en la cocina y dejó al pequeño en una de las sillas del rincón que servía de comedor. Antes de que tuviera ocasión de protestar, le dijo:

—¿Tienes hambre, mi pequeñín? Tengo esas galletas que tanto te gustan y también tengo cereales.

El niño abrió mucho los ojos, cerró la boca y se quedó a la expectativa.

Sophie aprovechó la tregua para encender el aparato de radio, salir corriendo hacia la habitación para quitarse la chaqueta, cambiarse los zapatos por unas zapatillas cómodas y volver a la cocina.

—¡A ver, pues, vamos! —exclamó mientras abría y cerraba armarios, cogía cereales y galletas, y sacaba la leche de la nevera bajo la mirada vigilante del niño.

Tras la merienda, llegó la hora del cuento, que él nunca le perdonaba. Estuvieron un buen rato desgranando historias en el sofá hasta que Sophie se dio cuenta de que el pequeño había cerrado los ojos.

—¡Pobrecillo! Está reventado.

Lo cubrió con una manta y fue a la cocina a prepararse un café. Con la taza en la mano, volvió a la sala. Observó cómo dormía con la dulce tranquilidad de la inocencia. Le apartó el flequillo de la frente. Le acarició el pelo, que era como una nube amarilla, con cuidado de no despertarlo. Le besó. Fue a sentarse en el poyete y miró hacia la calle. El día agonizaba sin prisas. Las nubes se hinchaban y se oscurecían, pero no se decidía a llover.

Dio un sorbo a la taza y se quedó mirando la sala, que, poco a poco, sucumbía a la penumbra. Le vino a la cabeza el día que descubrió en el periódico el anuncio del alquiler de un apartamento en ese edificio, el Gallery del 112 West de la 72th Street. Era octubre de 1942. Lo recordaba perfectamente porque acababan de cumplirse tres años. Al volver a Nueva York se había instalado en casa de su hermana y su cuñado, muy cerca de allí, en la misma Columbus Avenue con la 70th Street. Se habían trasladado allí del pequeño apartamento de soltero de Damien en cuanto Joseph había conseguido vender la casa. No era muy grande pero sí confortable, y Damien tenía un cómodo despacho donde pasaba consulta. Sophie les agradeció mucho que le hicieran sitio. No podía ir a ninguna otra parte. No tenía ahorros. Ni trabajo. Pero sabía que aquello era solo una solución provisional y que no podía quedarse mucho tiempo.

—Elionor, te prometo que en cuanto encuentre un trabajo me buscaré la vida. Alquilaré una habitación, lo que sea. No os molestaré mucho más tiempo.

Las dos hermanas hablaban en la cocina mientras preparaban la cena.

—Yo, en tu caso, no tendría demasiada prisa por irme.

Sophie levantó la mirada del puré de patatas que estaba preparando y la clavó en su hermana. Se dio cuenta de que Elionor resplandecía.

—¿Qué quieres decir? ¡De ninguna manera! Soy una molestia.

—No lo creas. Has llegado en el momento oportuno, hermana.

—No te entiendo.

Elionor se volvió hacia Sophie, le cogió las dos manos y se las colocó en la barriga.

—Estoy embarazada. Echo de menos a mamá más que nunca, pero la vida tiene estas cosas. Te ha enviado a ti cuando más lo necesito. Y no sabes cómo me tranquiliza saber que estás aquí.

Esa noche, Sophie no pudo dormir. Estaba trastornada. Aunque al recibir la noticia del embarazo de Elionor se había mostrado contenta y feliz, ahora, en la soledad de la pequeña habitación que ocupaba, no sabía si se alegraba o no. Porque, ¿era realmente motivo de felicidad traer a un niño a un mundo en guerra? Pensaba que no. Que incluso era una irresponsabilidad hacerlo. ¿Qué clase de niñez tendrían los niños de la guerra? Cuanto más pensaba, más notaba que le faltaba el aire. Que se ahogaba. Porque Sophie sabía bien que aquella no era la pregunta que había que hacer. Lo que realmente la angustiaba era otra cuestión. Una cuestión que no podría

explicar a nadie ni a sí misma sin sentirse un monstruo. Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en ello. Porque, ¿qué pasaría cuando Elionor tuviera a su hijo? ¿Lo soportaría, ella? ¿Podría mirar a aquel bebé? ¿Podría tocarlo, abrazarlo? ¿Podría aspirar su olor sin pensar en su Eve? ¿Podría amarlo? ¿Podría no reprocharle que viviera?

Durante semanas, vivió con estos miedos pegados a la piel. Y, además, tenía que ocultarlos detrás de sonrisas que eran tensas y distantes. Y se refugió en el único lugar seguro que conocía, en sus dibujos. Su auténtico espacio de libertad.

Así pues, retomó los dibujos de Eve, que, en los últimos tiempos en Los Ángeles, había abandonado un poco. Y empezó a escribir textos cortos, a darles forma de historia. Fue entonces cuando le vinieron a la mente las palabras que Babbitt le había dicho al verlos: «Es un trabajo maravilloso que debería llegar a la gente».

Se puso a trabajar en ese proyecto con entusiasmo y, al mismo tiempo, con desesperación. Mientras el vientre de su hermana se hinchaba con aquella nueva vida que llevaba dentro, la historia de Eve, la niña que no creció, iba tomando cuerpo. Cuando le pareció que tenía suficiente material, lo presentó a la editorial Simon & Schuster. Los editores quedaron complacidos con aquellas historias llenas de sensibilidad y magistralmente ilustradas, y las incluyeron en su colección de libros infantiles de éxito: Little Golden Books.

Aunque el recibimiento fue bueno, Sophie no se quedó sentada esperando el éxito. La guerra lo hacía todo más difícil. Se vendían pocos libros. La subsistencia era dura. Así que empezó a aceptar algún trabajo dentro del campo del diseño gráfico. Sus dibujos habían gustado a la gran empresa publicitaria J. Walter Thompson, y la guerra había cambiado las cosas en el sector. Ahora, la publicidad se hacía con fines bélicos. Desde la agencia, Sophie trabajó en campañas que animaban a las mujeres a ocupar los puestos vacantes que dejaban los hombres que iban al frente. Un trabajo llevaba a otro. Empezó a colaborar con el War Advertising Council, que cooperaba con el Gobierno para ayudar a movilizar al país hacia la victoria. Trabajaba mucho, así que enseguida contó con unos ingresos que, aunque discretos, le permitían defenderse sola y no depender de su familia. Sophie empezó a disfrutar de una cierta tranquilidad de espíritu. Se le abrían nuevos caminos y la vida se le hacía un poco más amable. Siempre pensaba que, cuando acabara la guerra, sería el momento de retomar sus sueños. De buscar trabajo en los estudios de animación de Nueva York, cuya producción estaba casi paralizada debido al conflicto. Todo llegaría. Ahora tenía que subsistir.

Y, entonces, nació Louis. Era un niño precioso. Al verlo, al cogerlo en brazos por primera vez, Sophie sintió como si el calor de un rayo de sol hubiera perforado las tinieblas de sus miedos. La tibieza de aquel cuerpo perfecto, el olor de la vida en su inicio, le trajeron a la memoria sensaciones ya vividas. Pero, al contrario de lo que se había imaginado, los recuerdos no le hicieron daño, sino que descubrió que había suficiente espacio en su corazón para amar a Louis sin dejar de amar a Eve. Y, de este modo, desde el primer minuto de vida de Louis, ejerció de lleno el papel de tía abnegada y amorosa.

Dos meses después de la llegada al mundo de su sobrino, Sophie leyó aquel anuncio en la prensa. Había un apartamento para alquilar en el edificio Gallery, en la 72th Street.

—Iré a verlo —comentó un domingo, mientras toda la familia desayunaba.

—No debe de ser muy económico —puntualizó Damien—. El Gallery es un edificio de apartamentos bastante lujosos.

—Quizá Sophie pueda permitirse un alquiler así. No para de trabajar —dijo su padre, con un deje de orgullo en la voz.

—No, papá, es verdad que no paro de trabajar, pero me costará pagar un alquiler aunque sea en un edificio mucho más modesto.

—No tengas prisa, Sophie. No sabes cómo agradezco que estés aquí con nosotros. Louis es tan pequeño... Me da tanto trabajo...

—Pero esos apartamentos están aquí mismo. Seríamos vecinos. Podría seguir ayudándote y yo me sentiría mejor.

Sophie no se resignaba a dejar escapar aquella ocasión, y pese a que Damien y Elionor la habían prevenido ante una decepción, fue a ver el apartamento aquella misma semana. Cuando llegó ante el Gallery, su corazón se ensanchó. Era un edificio magnífico, de estilo parisino, con techo con buhardilla y galerías del segundo al sexto piso. Se preguntó si se podía permitir soñar con vivir en un edificio como ese, tan bien situado y donde tal vez podría volver a disfrutar de una galería como la que había iluminado su infancia.

Cuando entró en el edificio, las piernas le temblaban de emoción y de incertidumbre. El portero la recibió con amabilidad y se dispuso a enseñarle el apartamento que se alquilaba.

—El que se alquila, señorita, es uno de los del último piso.

—¿Sin galería? —preguntó Sophie, decepcionada, mientras sus ilusiones empezaban a derretirse como azúcar fundido.

—Sin galería ni balcón. Pero, eso sí, con un gran ventanal a la calle. Los de arriba son los más pequeños, solo tienen una habitación. Por eso el precio es bastante más asequible que el del resto.

El hombre debió de ver la decepción en los ojos de la joven, porque se apresuró a añadir:

—Pero también debo decirle que están muy bien acondicionados. El apartamento que le enseñaré dispone de cocina independiente y es luminoso. Ideal para una sola persona.

Sophie no lo dudó. Se quedó con el apartamento. Podía pagar el precio e independizarse mientras seguía viviendo muy cerca de su familia. El espacio era pequeño pero agradable, aunque pronto pudo comprobar que la vivienda era una nevera en invierno y un horno en verano.

El timbre de la puerta interrumpió el flujo de recuerdos de Sophie y despertó a Louis.

—Elionor...

—Perdona, perdona... No sabes la tarde que hemos tenido en la consulta. Damien ha tenido que salir por una urgencia en el hospital. Suerte que papá nos echa una mano en estas ocasiones. Ha terminado de pasar visita. Pero, claro, la arpía de la señora Brown...

—¡Mami...!

—¿Cómo está mi pequeñín...? —dijo Elionor, corriendo para abrazar a su hijo.

—Está cansado. Se ha dormido mientras le leía cuentos.

—Me sabe muy mal. Y tú debes de tener mucho trabajo esperándote, ¿verdad, querida?

Sophie sonrió mientras ayudaba a su hermana a abrigar a Louis.

—Hala, pequeño, vamos a casa —dijo Elionor, tirando del brazo de Louis, que lloriqueaba y no se quería separar de Sophie.

Cuando Elionor salió a la calle con el niño en brazos, había empezado a llover. Se escuchaba el chisporroteo de las gotas de agua contra el suelo. Se quitó el abrigo y envolvió con él al niño. Se alejó con pasos apresurados.

En la acera de enfrente, el hombre de la gabardina había desaparecido.

Martin volvió a Brooklyn, a casa de su madre, donde se alojaba desde que había aterrizado en Nueva York. Se encerró en la habitación, la que había contemplado su infancia y su adolescencia, sin hacer caso de los recuerdos que lo acechaban desde las sombras de las paredes.

Se quitó la gabardina y el sombrero mojados y los lanzó de cualquier manera sobre la cama.

Abrió un cajón del pequeño escritorio. Sacó unos cuantos folios y una pluma.

Se sentó.

Intentó deshacer aquel nudo que tenía en el fondo de la garganta, sin éxito.

Comenzó a escribir.

Queridísima Sophie:

He creído necesario escribirte esta carta como despedida. Como la despedida que nunca tuvimos.

Estoy en Nueva York. No sé si sabes que me alisté en la Marina en cuanto te fuiste. Quizá te lo dijo Art. Él también lo hizo pocos meses después. Quizá no se atrevió a contártelo porque no quisiste saber nada más de nosotros. Te fuiste sin despedirte. Quisiste romper con todo y con todos. No lo entendí entonces. Después, durante estos años, he aprendido a respetarlo...

Martin notó que una nube de recuerdos invadía su memoria. Se quedó unos instantes con la mirada clavada en el infinito, con la expresión vacía, sin palabras. Repasó lo que había escrito y se dio cuenta de que escribía con el corazón y que alejaba de su mente cualquier pensamiento que le impulsara a corregir, a tachar lo que había escrito. Era mejor así. Si se detenía, si borraba algo, corría el peligro de no terminar nunca aquella carta.

Art y yo hemos servido en el ejército, pero nunca hemos coincidido. De hecho, sí me crucé con otros miembros del estudio, porque muchos de los que trabajábamos en Hollywood

terminamos en alguna de las diversas bases que producían películas de entrenamiento militar. Debo decir que Art ha hecho más carrera que yo. Ha estado trabajando para Inteligencia, ha llegado a sargento de la Infantería de Marina y ha utilizado su talento para ilustrar el terreno enemigo y facilitar los ataques aéreos. Ha sido licenciado con honores. Pero puede que todo esto ya lo sepas.

Yo, querida (no te enfades, deja que te llame así porque nunca he dejado de amarte), he utilizado mi talento para otras cosas. Podríamos decir que me he pasado la guerra dibujando cómics y caricaturas. De hecho, uno de los motivos de mi regreso a Nueva York, uno de los más insignificantes, dicho sea de paso, ha sido intentar abrirme paso en el mundo del cómic a través de este material que resume los tres años más oscuros de mi vida.

Martin releyó el último párrafo y suspiró. Pareció que en aquel suspiro se le iba media vida. Abrió la ventana para poder escuchar la canción de la lluvia que caía con suavidad uniforme. La dejó entornada y se dispuso a seguir escribiendo. Se sentía cansado. La pena le mordía el alma. Pero aún tenía muchas cosas que decir. Y quería decirlas.

No sabes cuántas veces he lamentado haber hecho las cosas tan mal, Sophie. Porque las hice mal de verdad. Tenía tanto miedo de hacerle daño a Alice que no vi el daño que te hacía a ti. A ambas. Cuando te fuiste, incapaz aún de enfrentarme a la verdad, ni de hablar con Alice ni de venir a buscarte, opté por huir. Se puede decir que, afortunadamente, alguien había puesto una guerra ante mí, una excusa perfecta. Pero necesité muy poca guerra para empezar a ver las cosas de otro modo. Aproveché el primer permiso para pedirle el divorcio a Alice. Se lo conté todo. No le sorprendió.

Pero la guerra me mantenía lejos de ti. No te puedes imaginar, querida, lo cortante que puede llegar a ser la soledad en una situación como aquella. Parece que andes siempre sobre cristales rotos. Intenté escribirte a la única dirección tuya que tenía en Nueva York. Fue inútil. Y, sin embargo, tu imagen, tu sonrisa y tu voz han sido mi única compañía durante estos años. Créeme, Sophie. Créeme.

No hace ni un mes que me he licenciado del ejército. Lo primero que he hecho es venir a Nueva York. Tengo a mi madre aquí, es cierto. Pero sabía por Art que tú también estabas. Una vez en la ciudad no me ha resultado nada difícil conseguir tu dirección actual. Hoy en día, los veteranos tenemos muchas ventajas. Se nos abren muchas puertas por el simple hecho de haber luchado por la patria. Sabía que habías publicado en Simon & Schuster. Te he seguido de cerca. Cuando les llamé y les dije que había trabajado contigo y que quería verte después de estos años de guerra, todo fueron facilidades. Con tu dirección en la mano, me planté en el 112 West de la 72. Quería verte. Quería hablar contigo. No sabía qué me encontraría, pero valía la pena dar el paso. Me encontré con la única imagen que no se me había pasado por la cabeza. Te vi, Sophie. A ti y a tu hijito.

Cuando Elionor se fue con el niño, Sophie se puso a trabajar. Tenía que terminar unos bocetos que corrían prisa. También debía repasar las galeradas de la última entrega de los cuentos de Eve. El trabajo se le acumulaba y no podía permitirse el lujo de perderlo.

No se acordó ni de cenar. Trabajó horas y horas con el rumor suave y apaciguador de la lluvia de fondo.

Tampoco supo ni cuándo ni cómo había llegado al sofá. Pero estaba allí, durmiendo completamente vestida y tapada con una manta cuando la despertaron unos fuertes golpes en la puerta. Se levantó como si acabaran de pincharla. Un hilillo de saliva le caía por la barbilla. Le costó situarse, pero quien llamaba no parecía tener mucha paciencia. Fue a abrir, cruzando la sala en zigzag.

—Buenos días, señora Beck.

—Buenos días, Jimmy —contestó, al ver al portero de pie al otro lado de la puerta—. ¿Se está quemando el edificio?

—De momento no. Ha llegado una carta para usted.

—¿Una carta para mí? Esto sí que es todo un acontecimiento.

Sophie cerró la puerta y con la carta en la mano se dirigió a la cocina. Era un hecho extraordinario que el portero le subiera una carta a esas horas de la mañana. Normalmente repartía el correo por la tarde. Además, desde que vivía en Nueva York solo recibía correspondencia de Lissette, que continuaba viviendo en México y le escribía a menudo para explicarle las novedades de su vida y para pedirle que fuera a verla para pasar una temporada con ella. La añoranza de su amiga era punzante, pero Sophie no podía permitirse ese viaje.

También Art Babbitt le había escrito a Nueva York. La primera carta la recibió en casa de su hermana. No supo nunca cómo Art había conseguido saber dónde estaba, pero tampoco le extrañaba mucho. Para Babbitt no había imposibles. En aquella primera carta le reprochaba su huida, le hablaba de cómo iban las cosas en los estudios y, como de pasada, le decía que Martin se había alistado en la Marina.

En la segunda carta le anunciaba su propia incorporación al cuerpo de la Marina. A partir de entonces, recibió algunas cartas más de su amigo, que ya no pudo responder porque llegaban desde lugares diferentes y sorprendentes. El tono de las cartas de Art cambiaba a medida que la guerra avanzaba. En aquellas cartas que hablaban de soledad —a menudo escondida entre la socarronería con que su amigo se expresaba siempre—, Sophie leía el miedo ante la proximidad de la muerte.

Recordaba algunos fragmentos enteros:

Hay cosas que no puedo decirte, querida; las pondré por escrito más adelante, pero ahora mismo no puedo hablar de ellas, ¿de acuerdo?

Hablemos del regreso de Iwo Jima. Ya te he comentado algo de los pilotos de caza, un grupo de adolescentes locos que alborotan la isla como un enjambre de mosquitos tras una

misión triunfante. Uno de los misterios más destacables de la vida es cómo evitar que se aplasten entre ellos.

Hablemos del regreso a Guam, el nombre de la base donde estoy. Mi primer deber de limpieza era quitar una gruesa capa de polvo, de al menos un centímetro de profundidad. Este polvo se había acumulado mientras yo estaba fuera en una misión nefasta para el Cuerpo de la Marina. Se podría medir la duración de mi ausencia por el grosor del polvo sobre mi catre y por el lujoso crecimiento de moho verde sobre todo lo que he dejado.

El polvo provenía de los aeródromos de Guam, donde el B-29 despegó sus bombarderos hacia Japón. Más bombarderos, simultáneamente, se dirigían de Tinian hacia el norte.

Todo esto que te cuento no tiene sentido cronológico, pero lo resolveré más adelante. En estos momentos, sufro un ataque de mala memoria. Pero lo explicaré, y algún día ya lo ordenaré bien, si sigo por...

El sobre que ahora tenía en las manos no llevaba ni remitente ni sellos. Solo su nombre escrito en la parte delantera con una letra que no era la de Lissette. Ni la de Art. Era una letra que conocía muy bien. Una letra que le hizo sentir vivamente, y de nuevo, el pinchazo de una ausencia que no había olvidado nunca.

Temblando, se dejó caer en el sofá con la carta en sus manos. La abrió y sacó tres hojas de papel. Buscó la firma en la última hoja. Sus sospechas se convirtieron en certeza.

Siempre tuyo,

MARTIN

Su corazón le dio un doloroso brinco en el pecho.

Le devolvió a los labios el sabor de besos no olvidados.

Se le removió el alma.

Comenzó a leer.

No sabía qué me encontraría, pero valía la pena dar el paso. Me encontré con la única imagen que no se me había pasado por la cabeza. Te vi, Sophie. A ti y a tu hijito.

No podía ser verdad. Sophie se pasó una mano por la frente en un gesto mudo de desesperación.

Qué cosas, ¿verdad, querida? Cómo nos trata la vida. Tú y yo no hemos sido más que hojas arrastradas por el viento: ni hemos decidido hacia dónde ir ni dónde aterrizar. No, me equivoco. Tú sí lo has decidido. Tú has rehecho tu vida. Habrás encontrado a alguien que, seguramente, te ha tratado mejor que yo. Tienes un hijo precioso. ¿Qué edad tiene? ¿Dos? ¿Tres años?

Mi amor por ti ha sido siempre, desde que te conocí, ardiente. Pero también ha sido demasiado silencioso y cobarde. Te amo y te amaré, pero como te amo, tengo que irme. Basta ya de este volar sin reposo, sin rumbo. Tengo que dejar que vivas tu vida y que seas feliz. Y si alguna vez piensas en mí, me gustaría que lo hicieras sin rencor.

Me voy. No podría vivir en Nueva York ahora que sé que te he perdido para siempre. Que ya no puedo esperar nada. Después de hacerte llegar esta carta subiré a un tren y desapareceré de tu vida. No te molestaré nunca más.

Sé feliz.

Siempre tuyo,

MARTIN

La carta se le cayó de las manos. Todos los silencios que se había autoimpuesto durante aquellos años se volvían gritos. Eran hojas a la deriva, le decía él. No. No lo serían nunca más. No si ella podía evitarlo.

Miró el reloj. Las ocho y media.

Entró en la habitación y se vistió con lo primero que encontró. Se cubrió la cabeza con un pañuelo y cogió el bolso.

Salió corriendo del apartamento.

No se dio cuenta de que fuera llovía con fuerza.

Llegó a la Estación Central empapada de la cabeza a los pies. En la calle, mientras corría desesperada, la lluvia se le había mezclado con las lágrimas. Había corrido y corrido, decidida a poner fin a tantas esperanzas descabezadas.

Aunque Martin no lo decía en la carta, Sophie estaba segura de que volvía a Los Ángeles. Era donde había vivido casi siempre. Donde podría reincorporarse al trabajo en los estudios. Lo conocía y sabía que intentaría rehacer su vida allí donde la había dejado.

Consultó los horarios de los trenes. Había uno que iba a la Costa Oeste y que salía dentro de veinte minutos. Los nervios le atenazaron la garganta.

Preguntó.

Bajó a los andenes.

Intentó orientarse.

Buscó.

Lo encontró.

El tren, como todos los que hacían ese recorrido que conocía tan bien, era larguísimo; tenía muchos vagones. Un desfile de hormigas recorrió su estómago. ¿Cómo lo haría para encontrarlo entre tanta gente? Y eso suponiendo que, realmente, hubiera decidido volver a Los Ángeles en aquel tren. La duda le llenó el corazón de dolor.

Todo aquello era una locura.

Empezó a caminar por el andén con paso firme para no resbalar, mirando los vagones, la gente que estaba sentada de cara a la ventana, con poca esperanza. Prestando también atención a los viajeros que pasaban por su lado caminando en todas direcciones. El reloj no se detenía, y comenzó a sentir un arañazo en el vientre. Todos los fracasos anteriores, las desavenencias y los celos la perseguían como sombras extrañamente vivas. No lo encontraría. Le había perdido. Otra vez.

Se quedó quieta, dejando que los que iban de un lado a otro chocaran con ella.

—Martin..

Susurró con la voz quebrada.

Había llegado a la altura de la máquina sin encontrar ni rastro de Martin. Por la megafonía de la estación, una voz metálica anunció que faltaban cinco minutos para la salida del tren. No tenía ningún sentido subir a los vagones para seguir buscándolo.

Sintió un escalofrío. El estruendo de la estación se convirtió en silencio. En un silencio que le silbaba en los oídos y que caminaba a su lado como una sombra mientras deshacía el camino arrimada aún a los vagones de ese tren que, en pocos minutos, partiría hacia Los Ángeles. Pensó que la única solución que le quedaba era volver a California. Debería dejarlo todo. El trabajo, su familia. Louis. ¿Podría?

Le pareció oír unos golpes.

Levantó la cabeza.

—¡Martin!

Al otro lado de la ventanilla de uno de los vagones, Martin golpeaba el cristal para llamar su atención. Las lágrimas se desbordaron de los ojos de Sophie sin que intentara detenerlas.

Se llevó las dos manos al corazón y cerró los ojos. «Te quiero», dijeron sus labios.

La máquina pitó y el tren empezó a despertar del letargo en que dormía.

Sophie abrió los ojos, lentamente.

«Demasiado tarde», pensó.

Y entonces sintió sobre ella el contacto de unas manos que se había negado a olvidar.

—¡Sophie!

Temblorosos e incrédulos, Martin y Sophie se unieron en un abrazo cálido, un abrazo capaz de derretir el hielo de aquel largo invierno de sus vidas.

A sus espaldas, el tren que iba a Los Ángeles adquiría velocidad y se convertía en el aire que dejaba al marchar.

Agradecimientos

Un libro no es obra de una sola persona. Nace del esfuerzo y del entusiasmo de mucha gente. Y eso hay que agradecerlo.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi hija Claudia por haber plantado en mí la semilla de esta historia. Fue ella quien me habló de la lucha de las mujeres para hacerse un lugar en el mundo del cine de animación, un mundo de hombres. Y es que ella, ilustradora y animadora, tenía claro que mujeres como Rett Scott o Mary Blair habían abierto caminos impensables en aquellos primeros años del cine de animación. Gracias, sobre todo, Claudia, por hacerme entender el difícil proceso de animar en aquella época pionera.

A Glòria Gasch, mi editora, por su pasión y cuidado en la edición de este libro.

Gracias a mis amigos y amigas *escribidores* y sufridores que me han aguantado en momentos de desánimo y que se han convertido en el cojín de lamentaciones e impaciencias.

Gracias muy especiales a las lectoras y lectores que me leéis y me transmitís día a día vuestro entusiasmo por la literatura y por mis novelas, a pesar de todos sus defectos. Espero no decepcionaros.

Y gracias a la vida, que me permite escribir. Escribir. Escribir.

SANT ESTEVE SESROVIRES,

FEBRERO DE 2020

Toda una vida para recordar
Núria Pradas Andreu

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© Imagen de cubierta: Iliina Simeonova / Trevillion, y Natalia Macheda y Roberto Galan / Shutterstock

© Núria Pradas Andreu, 2020

© de la traducción, Josep Escarré, 2020

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U., 2020

© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

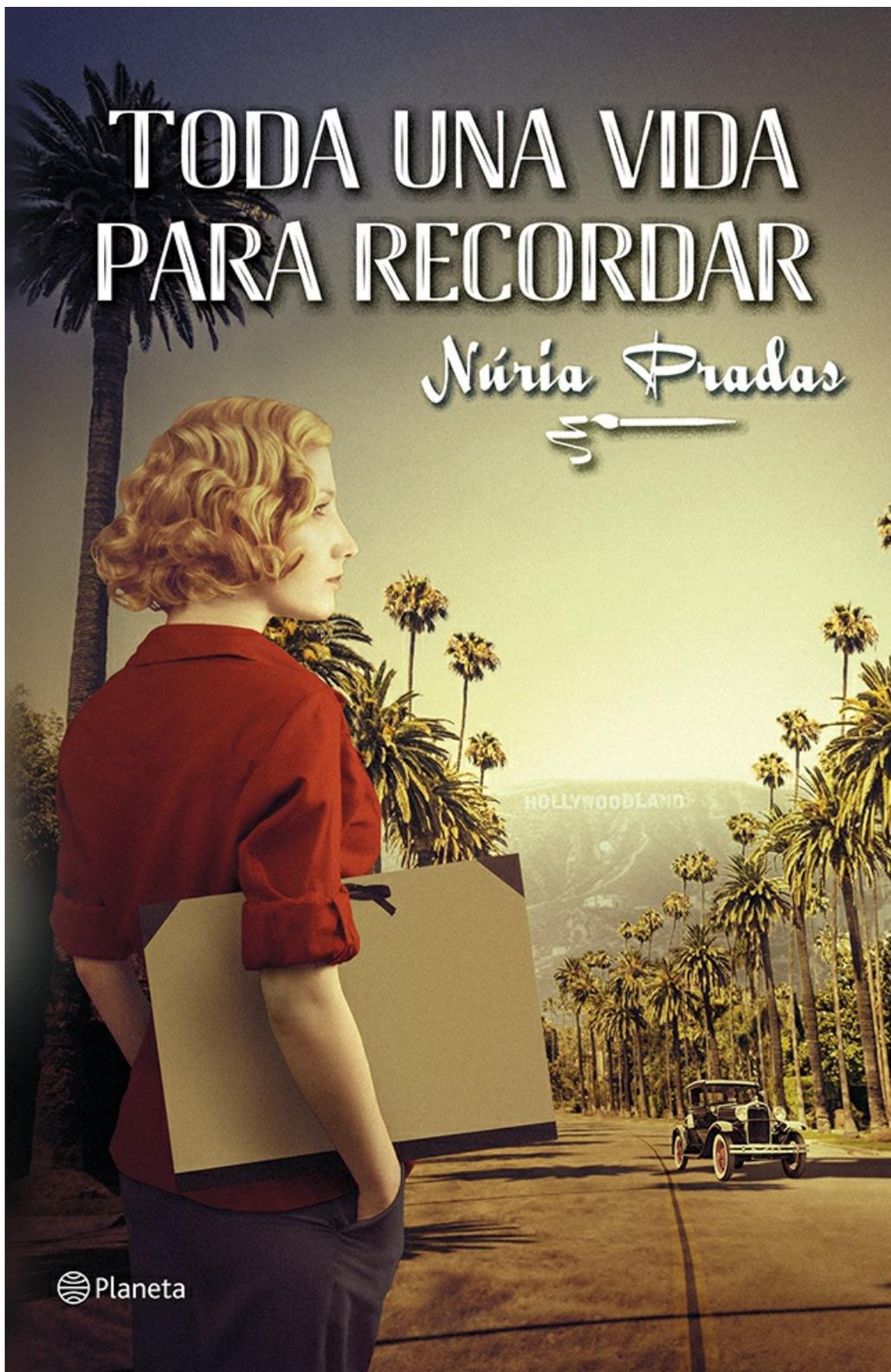
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2020

ISBN: 978-84-08-22822-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

TODA UNA VIDA PARA RECORDAR

Núria Pradas
✍️



 Planeta